

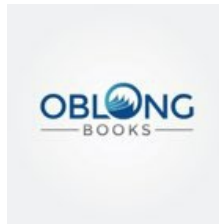
MATT BROLLY EI Muelle

UN THRILLER DELLA DETECTIVE LOUISE BLACKWELL



EL MUELLE

MATT BROLLY



ÍNDICE

[Prólogo](#)
[Capítulo Uno](#)
[Capítulo Dos](#)
[Capítulo Tres](#)
[Capítulo Cuatro](#)
[Capítulo Cinco](#)
[Capítulo Seis](#)
[Capítulo Siete](#)
[Capítulo Ocho](#)
[Capítulo Nueve](#)
[Capítulo Diez](#)
[Capítulo Once](#)
[Capítulo Doce](#)
[Capítulo Trece](#)
[Capítulo Catorce](#)
[Capítulo Quince](#)
[Capítulo Dieciséis](#)
[Capítulo Diecisiete](#)
[Capítulo Dieciocho](#)
[Capítulo Diecinueve](#)
[Capítulo Veinte](#)
[Capítulo Veintiuno](#)
[Capítulo Veintidós](#)
[Capítulo Veintitrés](#)
[Capítulo Veinticuatro](#)
[Capítulo Veinticinco](#)
[Capítulo Veintiséis](#)
[Capítulo Veintisiete](#)
[Capítulo Veintiocho](#)
[Capítulo Veintinueve](#)
[Capítulo Treinta](#)
[Capítulo Treinta y Uno](#)
[Capítulo Treinta y Dos](#)
[Capítulo Treinta y Tres](#)
[Capítulo Treinta y Cuatro](#)
[Capítulo Treinta y Cinco](#)
[Capítulo Treinta y Seis](#)
[Capítulo Treinta y Siete](#)
[Capítulo Treinta y Ocho](#)
[Capítulo Treinta y Nueve](#)
[Capítulo Cuarenta](#)
[Capítulo Cuarenta y Uno](#)
[Capítulo Cuarenta y Dos](#)
[Capítulo Cuarenta y Tres](#)

Capítulo Cuarenta y Cuatro

Capítulo Cuarenta y Cinco

Capítulo Cuarenta y Seis

Capítulo Cuarenta y Siete

Capítulo Cuarenta y Ocho

Capítulo Cuarenta y Nueve

Capítulo Cincuenta

Capítulo Cincuenta y Uno

Capítulo Cincuenta y Dos

Capítulo Cincuenta y Tres

Capítulo Cincuenta y Cuatro

Capítulo Cincuenta y Cinco

Capítulo Cincuenta y Seis

Capítulo Cincuenta y Siete

Capítulo Cincuenta y Ocho

Epílogo

Agradecimientos

Sobre El Autor

PRÓLOGO

El asaltante se rio, con la escopeta balanceándose precariamente en sus manos.

—¿Qué, quieres una confesión antes de que te mate?

—Me conformaría con una confesión —dijo la Inspectora Louise Blackwell. No era la primera vez que se enfrentaba al cañón de una pistola. Al trabajar en el caso de una chica desaparecida en Cheddar, había tenido un arma similar apuntándole directamente, pero eso no lo hacía más agradable. El verdadero peligro procedía de la persona que la empuñaba, y si el agresor estaba detrás de todos los sucesos recientes de Weston, como ahora parecía seguro, era concebible que estuviera dispuesto a utilizarla—. Tienes que decirme qué está pasando.

—Lo que pasa es que te estoy apuntando con una pistola que voy a usar en ti —explicó el agresor.

Louise miró al Inspector Robertson.

—Los refuerzos están a la vuelta de la esquina —dijo y echó un vistazo furtivo a la pala que había en el suelo de la parcela y que estaría a su alcance si se agachaba.

—A la mierda los refuerzos. No saldré de aquí de ninguna manera —dijo el asaltante, y su risa se convirtió en tos.

Ese era el momento. La tos del asaltante le estaba haciendo temblar, y Louise no perdió el tiempo. Miró a Robertson, señaló con la cabeza la pala y sacó su teléfono del bolsillo para lanzarlo hacia el asaltante. Le dijo que lo cogiera mientras ella se tiraba al suelo.

La indecisión del asaltante se vio agravada por su ataque de tos. Levantó la escopeta en el aire y siguió la larga trayectoria del teléfono a medida que lo veía caer del cielo, antes de apuntar a Louise, que ahora yacía en el suelo.

Ella clavó los ojos en el hombre y, por una fracción de segundo, se preguntó si aquello sería lo último que vería, antes de que Robertson golpeará con fuerza las muñecas del asaltante con la pala y la escopeta se le cayera de las manos sin hacer ruido.

El asaltante parecía herido, con un corte abierto en el antebrazo, pero cuando Robertson se agachó para sujetarlo, sorprendió tanto al Inspector como a Louise al clavar el codo en la boca de Robertson.

El golpe no fue importante, pero bastó para tomarlo desprevenido. Antes de que ninguno de los dos se diera cuenta, el asaltante había sacado un grueso alambre de acero del bolsillo y estaba encima de Robertson. Ambos estaban en el suelo, la rodilla del hombre en la espalda de Robertson mientras le rodeaba el cuello con el alambre.

Los refuerzos estaban a solo unos segundos y Louise no perdió tiempo en coger la pistola.

—¿Vas a dispararme a mí también? —dijo el asaltante mientras el alambre clavaba la carne de Robertson.

El arma pesaba en las manos de Louise, la tensión de los últimos días le hacía doler la espalda y el cuello, pero se mantuvo firme, con los brazos inmóviles mientras apuntaba directamente a la cabeza del asaltante.

—¿Crees que no lo haré?

—Estoy desarmado —dijo.

—Deja marchar a mi colega y saldrás ileso.

—Podría cortarle el cuello antes de que tuvieras la oportunidad de apretar el gatillo —el asaltante tiró con más fuerza del cable.

El arma ya estaba amartillada. Louise dio un paso adelante.

—Quieres que todo el mundo sepa tu nombre, está bien. Pero, ¿de qué sirve si estás muerto?

Las palabras golpearon al asaltante tan fuerte como la pala había golpeado sus brazos. Se estremeció y dio un paso atrás, con los ojos muy abiertos.

—Vale, vale, lo dejaré marchar —dijo tras soltar el cable.

Robertson se puso en pie y sujetó al agresor.

—Louise —dijo.

El sonido de su nombre llegó hasta ella, pero se quedó atrapada en un momento de indecisión. El hombre había causado tanto daño.

—Louise —volvió a decir Robertson.

Ella escuchó, pero mantuvo el arma apuntando a la cabeza del asaltante. Había arruinado tantas vidas. ¿Alguien la culparía por apretar el gatillo?

CAPÍTULO UNO

DOS SEMANAS ANTES

Louise Blackwell se despertó sobresaltada, con una sensación de pesadez en el pecho que le hacía jadear. Su subconsciente la había estado atormentando con sueños sobre Tim Finch, su ex compañero que ahora estaba en la cárcel a la espera de juicio por intento de asesinato. El sueño aún estaba fresco en su mente y lo repitió escena por escena. Al principio, estaba en la granja Walton persiguiendo al asesino en serie y abusador Max Walton, junto a Finch como único aliado. Finch diciéndole que el hombre estaba armado. Louise matándolo a tiros. Luego se encontró, a fines del verano pasado, en la casa de Finch. El hombre atando a la agente de policía Amira Hood, dispuesto a matarla, cuando Louise llegó y lo enfrentó.

No pudo evitar sonreír ante ese recuerdo en particular: la pelea que siguió y la herida que había causado en la pierna de Finch.

—Té para ti. Tengo que irme pronto.

Louise miró a Thomas, que ya estaba listo para ir a trabajar.

—¿Cómo es que no te vestías tan bien cuando trabajabas conmigo?

La última vez que se sintió así fue durante unos meses turbulentos en la universidad, cuando se enamoró por primera vez. Pensaba que desde entonces se había endurecido ante tales emociones, pero aquí estaba, despidiéndose de Thomas con un beso y un revoloteo en el estómago. Le entristeció pensar que aquel momento se había visto empañado por pensamientos sobre Finch.

Se duchó y se cambió a toda prisa. Las noches en casa de Thomas eran cada vez más frecuentes. Tanto, que tenía más de una muda guardada en la casa. Aún le resultaba un poco ilícito, sobre todo porque vivía en la misma casa que sus padres, aunque tenía su propio piso.

También era extraño ir a trabajar sin Thomas. Él había empezado su nuevo trabajo como asesor de seguridad en Thornbury, pero ella no se había acostumbrado a su ausencia. Era uno de los muchos cambios de los últimos meses. Louise trabajaba en la sede de Avon y Somerset, en Portishead, ya que el equipo del DIC (Departamento de Investigación Criminal) de Weston-super-Mare había desaparecido. Seguía siendo responsable de la ciudad en la que vivía, pero ahora tenía que hacer el trayecto diario hasta sus nuevas oficinas, que podía durar entre treinta minutos y una hora, de acuerdo al tráfico.

Mientras su coche se arrastraba por la lenta M5 en hora pico, parecía que el trayecto de hoy iba a ser más largo de lo normal. Sabía que en algún otro lugar, Thomas estaba atrapado en el mismo atasco. Era extraño lo fácil que le resultaba pensar en él. Habían trabajado juntos durante tres años antes de juntarse, y aunque había pensado en él a menudo durante ese periodo, no era

como en los últimos meses. La situación había sido un poco incómoda al principio, ya que seguían en el mismo equipo y habían decidido mantenerlo en secreto. Pero ahora que Thomas había dejado la policía, desilusionado con la política interna, se había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos su presencia durante el día. Con frecuencia había sido la persona a la que recurría en el trabajo en busca de consuelo y equilibrio, y le estaba costando un tiempo adaptarse a su ausencia, sobre todo con el traslado a la jefatura.

Sin embargo, ahora que su relación era pública, parecía que no había sido una gran sorpresa para sus compañeros. Su principal amiga en el trabajo, la Inspectora Tracey Pugh, había afirmado incluso que supo de la relación desde el principio. Tracey era la única persona del trabajo en la que podía confiar, y había señalado el hecho evidente de que la marcha de Thomas era probablemente lo mejor para su relación.

—No querrás ver a tu novio las veinticuatro horas del día, ¿verdad? —le había dicho.

Louise había estado de acuerdo, aunque le había molestado que Tracey utilizara el término “novio” que aún le resultaba un poco incongruente, como si Louise fuera demasiado mayor para esas cosas.

Recibió una llamada cuando el tráfico empezaba a disminuir hacia el cruce de Clevedon. Era la noticia que llevaba tiempo esperando oír y la razón por la que había estado pensando tanto en Finch en los últimos días: por fin se había fijado una fecha para el juicio de Tim Finch. La llamada era de Kent Mooney, un agente de la Brigada Fantasma, apodo con el que se conocía al equipo de investigación interna de la policía. Como Louise iba a declarar como testigo, no tenía ningún papel que desempeñar en la investigación en curso sobre Finch, aunque nada le habría gustado más que dirigir la acusación contra él.

Si bien la noticia debería haberla animado, una sensación de melancolía se apoderó de ella cuando abandonó la autopista en Portway y tomó la A369 en dirección a Portishead. Finch había sido un tormento desde la noche en la granja Walton. Las consecuencias de la mentira de Finch de que Walton tenía un arma de fuego habían provocado el traslado efectivo de Louise a Weston-super-Mare. No contento con que abandonara el equipo de investigación principal, Finch la había acosado tanto en el trabajo como en su vida personal, con el objetivo de que hacer que abandonara el cuerpo policial. Pero ella nunca se dejó vencer, y cuando se hizo evidente que él había hecho lo mismo y cosas peores a otros oficiales y personal civil durante varios años, finalmente consiguió que rindiera cuentas de sus crímenes.

No tuvo reparos en condenarlo por lo que había hecho. Si por ella fuera, se pudriría en la cárcel. No lo consideraba un antiguo colega: era una manzana podrida que había engañado a todos a su alrededor. El hecho de que se las hubiera apañado para convertirse en policía y de que hubiera corrompido a algunos de sus compañeros era una vergüenza que compartía con el resto de sus colegas. No tenía ninguna duda al respecto. Sin embargo, nada de eso aliviaba el temor que sentía de que, ahora que estaba a punto de terminar, Finch encontrara la forma de eludir la justicia.

Por improbable que pareciera, no era imposible.

Cuando llegó a su despacho en el departamento de Investigación Criminal, la idea le había amargado el ánimo. En el pasado, se habría tomado un café y habría pasado un par de minutos desahogándose con Thomas, pero aquellos días habían pasado. Miró desde su despacho esquinero a través de grandes paneles de cristal hacia la zona abierta donde trabajaba su equipo, y se recordó a sí misma lo lejos que había llegado. Ya había trabajado en ese lugar antes junto a Finch, pero tras su traslado a Weston, nunca imaginó que volvería a estar allí y dirigiría su propia

sección de Crímenes Prioritarios.

A pesar de llegar tarde, aún le quedaban treinta minutos antes de la reunión informativa de la mañana. Después de la reestructuración, se convirtió en la Detective Jefe de Delitos Graves en el norte de Somerset, que tenía un alcance mucho mayor que su trabajo en Weston. La carga de trabajo era mayor y, en ese momento, estaba supervisando cinco investigaciones importantes, incluida una serie de ataques por motivos raciales en el sur de Bristol. Por el momento, solo estaba a cargo de un caso, un robo a mano armada en Brislington, en el que ya había realizado varias detenciones importantes. Aunque había comprendido que su papel iba a cambiar significativamente por su traslado a la sede central, no se había dado imaginado la cantidad de tiempo que pasaría detrás de su escritorio.

Se percató de la creciente actividad mientras preparaba sus cosas para la reunión. Todo el mundo en la oficina exterior parecía estar al teléfono, lo que sugería que algo estaba pasando. No tuvo tiempo de mirar el teléfono antes de que se abriera la puerta de su despacho y entrara el Inspector Robertson. Su habitual rostro adusto parecía más hosco de lo normal, si eso era posible.

—¿No te has enterado? —dijo mientras apretaba la mano derecha para abrirla y cerrarla.

Lo primero que pensó Louise fue que, de algún modo, Finch se había escapado. Era lo único que podía explicar la agitación de su jefe, pero la verdad era mucho peor.

—Probablemente no sea nada de qué preocuparse, pero acabamos de recibir una llamada que afirma que se ha colocado un artefacto explosivo en una escuela primaria de Weston-super-Mare y que será detonado en veinte minutos.

Este tipo de llamadas no eran cotidianas, pero tampoco infrecuentes. Eso no impidió que el corazón de Louise martilleara en su pecho.

—¿Qué escuela, Iain?

—Ya hemos hablado con la directora y los procedimientos de evacuación han comenzado.

—¿Qué escuela, Iain?

La última vez que Louise había visto a Robertson tan pálido había sido la mañana siguiente a la fiesta de Navidad. Tenía los labios ligeramente entreabiertos, como si se hubiera quedado mudo. Ella quería agarrarlo y sacudirle la información, pero ya sabía lo que diría.

—Es la escuela de Emily, ¿no?

La sobrina de Louise estaba en tercer curso en la escuela Larkmead de Weston.

Robertson cerró la boca y asintió.

CAPÍTULO DOS

A Tim Finch no le molestaba estar encerrado en su celda. No es que su aislamiento le reconfortara o que disfrutara de la falsa seguridad de estar alejado de los demás reclusos, sino que podía ver más allá de sus confines. Su celda era una habitación en la que dormía y en la que pasaba demasiado tiempo, nada más que eso. Era una habitación como cualquier otra, y mientras siguiera viéndola en esos términos, su encarcelamiento no le molestaría.

No se movió cuando se abrió la ranura y un oficial lo observó. Por ahora, tenía las de ganar. Seguía en prisión preventiva, su juicio completo se había retrasado y, lo más importante, conocía a muchos de los oficiales de antes. Tenía años de secretos enterrados en su mente y, por ahora, tenía sentido para la mayoría de ellos mantenerlo de su lado.

—Visita para ti.

—Gracias, jefe.

Jefe. La palabra le picó la garganta. Era irrisorio que el guardia, un veinteañero pálido llamado Derek Wilson, pudiera llamarse jefe de Finch, pero tenía que seguirle el juego. Cuando Wilson abrió con un chirrido la puerta metálica, hizo contacto visual con Finch y él tuvo la certeza de que ambos pensaban en lo mismo: la fiesta de Navidad, dos años atrás, en la que Finch había llevado a un grupo de policías y guardias de prisiones a un pequeño club que conocía en Keynsham, y había presentado a Wilson a una joven.

Una joven que, en ese momento, era menor de edad.

Finch cogió su bastón, un molesto accesorio necesario tras el ataque que le había destrozado la pierna. Percibió la inseguridad de Wilson, pero no le sorprendió, pues lo percibía de casi todos sus conocidos. Todos creían haberlo atrapado, pero era todo lo contrario. Al igual que el resto de ellos, Wilson tenía sus pequeños y horribles secretos, y Finch los conocía todos y estaba más que preparado para utilizarlos en su beneficio.

El guardia lo condujo por el pasillo del ala de las fieras, donde Finch estaba encerrado por su propia seguridad. Había encerrado a la mitad de los monstruos que había detrás de aquellas puertas y era un insulto que lo asociaran con ellos. Pedófilos y violadores que solo actuaban por un instinto incontrolado, que estaban tan alejados de él que bien podrían haber sido de otra especie, pero por ahora se conformaba con estar entre ellos. Si algún día iba a entrar en la población reclusa como tal, tenía que estar preparado. No iba ser fácil como ex policía, y lo que era peor, ex Inspector de Delitos Graves, pero tenía los contactos adecuados. Por ahora, era importante no exagerar su jugada. No solo tenía información sobre los guardias y sus antiguos agentes. Si hacía las cosas bien, podría cumplir su mandato con total protección y volver a dirigir

las cosas en los próximos años.

El abogado de Finch no se levantó para saludarlo. Con el dinero que Finch pagaba a su bufete, un importante bufete de defensa de Londres, un poco de cortesía era lo mínimo que podía esperar.

—Rector —dijo al sentarse.

El abogado enarcó una ceja al oír su apellido.

—Señor Finch. ¿Cómo está? —preguntó, mientras Wilson cerraba la puerta tras de sí.

—¿Cómo demonios cree que estoy? ¿Qué está pasando con mi apelación? —Como su comparecencia ante el tribunal se había retrasado una vez más, Rector y sus compinches habían intentado sacar a Finch bajo fianza o, si no lo conseguían, trasladarlo a una prisión de menor categoría.

—Me temo que todavía se considera que hay demasiado riesgo de fuga para ponerte en libertad, y demasiado riesgo de seguridad para trasladarte.

—Eso es una mierda, para empezar. ¿Quién toma estas decisiones?

—No es tan simple como eso, Sr. Finch, como estoy seguro que sabe.

Finch no sabía nada de eso. Si hubiera estado fuera, habría sabido a dónde ir y qué presión ejercer sobre qué persona.

—¿Entonces por qué diablos estás aquí? Sin duda cobrándome por el privilegio.

—Dos cosas. Ninguna maravillosa, me temo. En primer lugar, ha habido otra acusación contra usted —dijo el rector mientras colocaba una carpeta frente a él.

Finch echó un vistazo a la carpeta.

—Agente Sally Margate. Es un recuerdo del pasado.

—La señora Margate afirma que usted la acosó sexualmente en el trabajo cuando ambos eran agentes en prácticas, lo que la llevó a abandonar el cuerpo de policía.

Rector lo miraba como si esperara que Finch se defendiera. Rechinó los dientes.

—Supongo que no tiene pruebas.

—La policía está investigando y recopilando informes de testigos. En cualquier caso, un nombre más no tiene buena pinta. Si tuvieras algo para ayudarnos...

Finch sonrió. El pobre desgraciado ni siquiera se atrevía a decir que quería algo para desacreditar a la mujer. Cerró los ojos y enfocó su memoria.

—El caso de Neil Clarkson. Mintió bajo juramento. Afirmó haber presenciado una agresión, pero estaba en otra habitación en ese momento. Reconozco que yo le dije que mintiera, pero si lo comprueba con los otros agentes implicados, corroborarán mi versión.

—¿Aunque los incrimine?

—Lo harán. ¿Y ahora qué?

—Además, tenemos una fecha para tu juicio.



DESPUÉS DE TREINTA minutos a solas en el patio, Finch fue conducido a su celda. Wilson no le dirigió la palabra al abrir la puerta, y una oleada de aire fétido le golpeó al sentarse en la cama.

—Gracias, jefe —dijo Finch. Cogió un libro y le dio la espalda al guardia, sin siquiera ocultar su desdén.

La puerta crujió al cerrarse y Finch apretó el lomo del libro antes de lanzarlo contra la pared

de piedra. El anuncio del juicio era de esperar, pero no dejaba de ser una patada en los dientes. Ya había superado el máximo legal de meses de prisión preventiva, pues la fiscalía utilizaba una laguna probada para mantenerlo encerrado, y esperaba que los continuos retrasos significaran que sería puesto en libertad bajo fianza antes de que el caso llegara al Tribunal de la Corona.

En cuanto a la última acusación de otra antigua colega, ¿qué demonios importaba? Estaban saliendo de la nada como los gusanos que eran, y una nueva acusación no cambiaría mucho las cosas.

La vista del libro de bolsillo en el suelo fue demasiado para él, saltó de la litera y lo colocó ordenadamente en la estantería. Cogió del lavabo un bote de loción de aftershave y se lo roció en el cuello y la cara. El aroma cítrico le trajo tantos recuerdos positivos que se sintió revitalizado. El juicio podía ser positivo. La investigación sobre él seguía presentando algunas anomalías, y guardaba mucha información crucial que podría poner en peligro el éxito de la acusación.

Por mucho que lo intentaran, no conseguirían doblegarlo. Cuando la puerta de la celda volvió a abrirse, Finch se sintió más positivo que antes. Esta vez, no trató a Wilson con deferencia burlona.

—¿Qué pasa ahora?

Wilson parecía intimidado, con la cabeza gacha.

—Alguien quiere verte —informó.

Finch se puso en pie, con la pierna dolorida, inmediatamente en alerta.

—¿Quién quiere verme? —dijo, a punto de agarrar al guardia para sacudirle la información.

El guardia no hizo contacto visual. Ahora era obvio que Finch no era el único recluso que tenía información en su contra.

—Terry Clemons.

Finch asintió.

—Has sido un chico travieso, Wilson, ¿verdad? ¿Qué tiene Clemons contra ti?

—Nada.

No había necesitado investigar nada antes de su encarcelamiento. Siempre había estado al tanto de lo que ocurría en las prisiones locales y conocía a los principales implicados. Esperaba que lo destinaran a Horfield, y Terry Clemons era alguien a quien había identificado previamente. Aunque Horfield era una prisión de categoría B, contenía algunos indeseables. Clemons era un conocido pandillero de Tottenham, al norte de Londres. Había conseguido colarse en la prisión de categoría B de Bristol hacía algún tiempo, lo que había llamado la atención de Finch cuando aún era policía. Lamentó no haber hablado con Clemons. Una cosa era segura: no iba a hacerlo ahora, a menos que se viera sometido a una fuerte coacción. Miró el botón de emergencia de la pared de la celda antes de responder.

—Bien. Entonces no te importará decirle que no hablaré con él hoy, ¿verdad?

—No creo que vaya a aceptar un no por respuesta —dijo el guardia.

—¿Ah, sí? Bueno, vas a tener que sacarme a rastras de esta celda y llevarme por el pasillo si quieres que vaya a alguna parte.

—No creía que tuvieras miedo de nada, Finch —dijo Wilson.

—Me tomas el pelo, Wilson. ¿No?

—Es *jefe* o *señor* para ti.

—De jefe o señor nada. Sé lo que hiciste, Wilson, y tengo las pruebas. Puedo seguir con esta farsa por ahora, pero puedo hacer que se hable de ti así de rápido —dijo Finch y chasqueó los dedos—. ¿Quizá podríamos compartir habitación cuando te traigan?

Las facciones de Wilson parecieron caer medio centímetro de su rostro mientras echaba mano a la porra de su cinturón multiusos. Finch sonrió satisfecho y volvió a sentarse en la cama.

—Dijo que valdría la pena.

—Seguro que sí.

—Dijo que tenía información importante que quería compartir contigo.

—Esta vez no, Wilson.

El guardia se retorció, su indecisión era repugnante de contemplar.

—Dice que puede ayudarte con Louise Blackwell.

CAPITULO TRES

Louise no aceptaba un no por respuesta. Robertson había hecho todo lo posible para impedir que fuera a Weston, pero ella necesitaba estar allí para comprobar por sí misma que Emily estaba a salvo. Al final, Robertson asignó el caso a Tracey y aceptó a regañadientes que Louise la acompañara. Se dirigieron a Weston en pocos minutos. Tracey conducía, y de vez en cuando tiraba de un mechón suelto de su salvaje melena rizada mientras sorteaba el tráfico que reaccionaba a las luces azules y la sirena penetrante. Sabía que no debía dar ninguna garantía a Louise. Sabía tan bien como ella que probablemente era poco más que rutina, pero eso no le impedía insistir a Tracey para que condujera más deprisa y tamborilear con los dedos sobre el salpicadero a un ritmo cada vez más acelerado.

Aunque ya no eran tan frecuentes como antes, las amenazas de bomba seguían siendo un problema al que la policía tenía que enfrentarse de vez en cuando. Pero rara vez había que actuar. A menudo se trataba de bromas o llamadas de atención.

Sin embargo, la amenaza parecía real esta vez. Se había descubierto un artefacto en la escuela, suficiente para justificar acción. Nada de eso importaba por el momento. Por ahora, Louise solo estaría contenta cuando viera que Emily estaba fuera de peligro.

Mientras Tracey aceleraba por la M5, Louise volvió a llamar por radio al primer interviniente, el agente David MacFarlane.

—David, ¿qué está pasando?

—La escuela ha sido evacuada, señora. Todo el mundo está en el parque al otro lado de la carretera, profesores incluidos. Los bomberos están aquí, en espera de instrucciones.

Louise sintió que sus latidos se calmaban. No se atrevió a preguntar al agente si había visto a su sobrina.

—¿Están todos?

—Todos los registros han sido entregados, así como las listas de personal e invitados. No creemos que haya nadie dentro del edificio.

—Que nadie entre antes de que yo llegue —dijo Louise y miró a Tracey, que supuestamente estaba al mando, antes de colgar.

Llegaron veinte minutos más tarde, y el área se había convertido en un mar de luces intermitentes y vehículos de emergencia. Avon y Somerset no tenían su propia unidad de desactivación de explosivos y siempre trabajaban con el equipo especializado del ejército. La furgoneta ya había llegado. Louise conocía al oficial al mando, el Cabo Primero Adam King, y lo acompañó hasta el perímetro del edificio mientras Tracey hablaba con la directora. En cada

momento, intentaba echar un vistazo a Emily entre la multitud de niños emocionados al otro lado de la calle.

—Como sabe, gran parte de nuestro trabajo es la lucha contra el terrorismo. No recuerdo la última vez que me llamaron de un colegio —dijo King.

—¿Cómo? Lo siento, Adam —dijo Louise, distraída mientras buscaba a Emily.

King era un hombre corpulento, medía más de dos metros y tenía un físico de culturista.

—No importa —concluyó él. Repasaron juntos la transcripción de la llamada que habían recibido de la directora. Joanne Harrison había sido informada de la existencia de un dispositivo de aspecto inusual en la zona de educación física. Afortunadamente, la mujer había recibido formación sobre los protocolos HOT (Hidden, Obviously Suspicious, Typical, o, mejor dicho, Oculto, Obviamente Sospechoso, Típico) utilizados para determinar los peligros potenciales de los objetos desatendidos, y había decidido acelerar las cosas.

—Necesito hablar con ella directamente —dijo King.

Louise llamó al agente MacFarlane y le dijo que buscara a la directora y a Tracey. El sudor le corría por la frente. Era principios de junio y el suroeste llevaba cinco días de una implacable ola de calor. El cielo estaba despejado y el calor era mediterráneo. Aunque sabía que Emily debía estar a salvo, no dejaba de mirar a la multitud de alumnos y profesores, desesperada por ver a su sobrina.

Reconoció a la mujer bajita y rechoncha que seguía a Tracey al otro lado de la calle. Había visto a Joanne Harrison en un par de ocasiones, cuando Emily empezó a ir a Larkmead. La acompañaba un hombre que podría haber sido su gemelo.

La señora Harrison le dio una breve sonrisa a Louise.

—Emily está bien —dijo, antes de presentar al hombre que la acompañaba, el cuidador Karl Insgrove.

—¿Usted descubrió el objeto? —dijo King. Se limpió la boca con el dorso de la mano.

—El señor Insgrove descubrió el objeto esta mañana y me alertó de él.

—¿Puede repetirme qué aspecto tenía? —preguntó King.

El Sr. Insgrove estaba en su elemento.

—He visto bombas sin detonar de la guerra antes —dijo y dio un paso adelante—. Se encontró una en Burnham, hace veinte años, pero me di cuenta de que esta era diferente. Más moderna.

Louise se esforzó por ocultar su frustración e intercambió una mirada cómplice con King, mientras instaba al conserje a ir al grano.

—¿Y qué aspecto tenía, señor? —dijo King.

—Al principio no le di mucha importancia. Pensé que era un nuevo equipo de gimnasia envuelto en plástico gris, pero luego vi los cables.

—¿Ninguno de los dos consiguió tomar una fotografía? —preguntó Louise.

—Lo siento, fue mi error. Mi primera preocupación eran los niños, obviamente —dijo la Sra. Harrison.

Louise no podía reprocharle eso. A pesar de que la directora le había asegurado que su sobrina estaba a salvo, seguía sintiendo una necesidad imperiosa de ver a Emily por sí misma, a pesar de que no había ningún peligro inmediato evidente.

—¿Ha tocado el paquete de alguna manera? —preguntó King.

El cuidador negó con la cabeza.

—Lo miré más de cerca. Los cables parecían estar conectados a una sección secundaria más

pequeña, pero no podría estar seguro. Sabía que lo más sensato era no tocarlo, así que le pedí a la señora Harrison que le echara un vistazo.

—Hiciste lo correcto —dijo King, para regocijo del conserje—. ¿Todavía no han llamado? —preguntó a Louise, una vez que los dos civiles se hubieron marchado.

—Todavía nada. ¿Suena plausible que sea un artefacto explosivo?

—Solo Dios lo sabe hasta que echemos un vistazo. ¿Qué clase de idiota lo colocaría en una escuela? Necesito que acordonen toda la calle hasta que sepamos a qué nos enfrentamos.

Louise asintió y se marchó mientras King ordenaba a su colega, el Cabo Mitch Norton, que preparara el robot antibombas. Tras hablar con Tracey y el agente MacFarlane, fue en busca de Emily. Todo parecía estar bajo control, pero necesitaba ver a su sobrina. Con el traslado y el desarrollo de su relación con Thomas, había hecho un esfuerzo especial por pasar más tiempo con la niña. Hacía más de un año que los padres de Louise y su sobrina se habían trasladado a Weston y se habían instalado todos juntos en la misma casa. Antes de eso, Emily había vivido cosas que una niña de su edad no debería haber vivido nunca, y su prioridad era darle la mejor vida posible. Por el momento, eso significaba reservar todos los domingos de su calendario para ella.

Sintió que se le doblaban las rodillas al ver a Emily jugando con un grupo de chicas de su clase. El alivio fue físico y tuvo que tomarse un segundo para serenarse. Reconoció la energía contenida en su sobrina, que saltaba en el sitio esperando su turno antes de darse cuenta de que Louise estaba allí.

—Tía Louise —dijo Emily mientras corría hacia ella.

Louise se agachó para abrazar a su sonriente sobrina, con el corazón todavía retumbándole.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la niña.

—Un poco de trabajo policial, pero sobre todo quería verte a ti —dijo Louise. Las amigas de Emily se acercaron.

—¿Por eso no estamos en clase? —preguntó una de las chicas.

—No hay de qué preocuparse. A veces nos llaman para ver si todo va bien. Chicas, disfruten de su tiempo libre. Nos vemos —dijo Louise y besó a Emily en la mejilla.

Tracey discutía con la directora y King cuando Louise regresó.

—¿Conoces a Arnie? —dijo King y señaló al robot desactivador de bombas que Norton estaba preparando. Ella había visto las máquinas antes. Este modelo en concreto tenía orugas sobre seis ruedas y un brazo hidráulico en forma de grúa. Louise no sabía si la referencia a Terminator era una broma o no, pues la máquina era bastante pequeña, pero no iba a cuestionar a los hombres.

Minutos después, King había instalado el mando de radiocontrol y Arnie se dirigió a la parte trasera del edificio. Si alguno de los niños o del personal se asustó al ver la máquina moverse sin ayuda, lo disimuló muy bien. Los niños siguieron jugando mientras los profesores empezaban a tratar con los padres que, obviamente, se habían enterado de lo que estaba ocurriendo. La escena era tan idílica que parecía absurdo pensar que pudiera haber un artefacto explosivo cerca.

King guiaba el robot con un joystick. Las cámaras de la máquina reproducían vídeo. El entusiasta cuidador, Karl Insgrove, estaba a su lado dando indicaciones para llegar al área donde se había descubierto el artefacto.

Ella se quedó atrás, lo suficientemente cerca como para ver la pantalla mientras Arnie se movía por el colegio fantasma, que se detuvo de manera brusca al llegar al almacén.

—Nosotros nos encargaremos a partir de aquí, señor Insgrove —dijo King.

El conserje parecía herido de muerte al retirarse, aunque se animó cuando King añadió:

—Gracias por su inestimable ayuda.

Louise ocupó el lugar del conserje junto a King y se sintió empujada por el tamaño del hombre. King pulsó un botón y el enorme sistema hidráulico de Arnie se puso en marcha al mover un brazo metálico hacia la manija de la puerta. El hombre controló las acciones del robot con su mano enguantada, a medida que movía la mano hacia delante y abría una puerta imaginaria, lo que hacía que el robot girara el picaporte real.

El artefacto explosivo improvisado era fácil de detectar. Un gran contenedor de plástico estaba conectado mediante cables a una fuente de alimentación a pilas. La cámara enfocó el embalaje de plástico gris, que contenía un bloque de material sólido blanco.

King consultó con su colega antes de volverse hacia Tracey y Louise. Tuvieron que levantar la vista para hablar con él. Louise estaba cegada por el sol que se cernía sobre la cabeza de King como un halo.

—No puedo asegurar que sea real —dijo—. Me parece que es RDX, un explosivo plástico.

—¿Qué daño puede hacer? —preguntó Tracey.

—No querrías estar de pie junto a él, eso seguro. Acabaría con el almacén y con cualquiera que estuviera cerca. Imagina a unos niños sacando equipo de ahí y que explote. No vale la pena pensarlo. ¿Nadie se ha dado cuenta todavía?

—No. ¿Cuál es el siguiente paso? —preguntó Louise. Estudiaba la pantalla.

—Usaremos el disruptor —contestó el hombre.

—¿Qué implica eso? —dijo Louise, consternada al darse cuenta de que estaba pensando como la gestión y que evaluaba qué consecuencias tendría la detonación de una bomba en un colegio. Realmente necesitaba salir más de la oficina.

—Piensa en ello como una escopeta en un palo. Es a base de agua y eliminará la fuente de energía del artefacto al neutralizarlo de inmediato —dijo King, con un tono práctico.

—Díganos qué necesita que hagamos —dijo Tracey, que miró a Louise para que la siguiera.

Estaba tan preocupada por Emily que se había olvidado de que ella no estaba a cargo del caso. Cuando se alejó, vio un destello de algo blanco que sobresalía de la parte inferior del paquete.

—¿Qué es eso? —señaló en la pantalla.

—Mitch, amplía el lado izquierdo del paquete. Parece que hay algo atascado debajo.

La cámara se desplazó hacia el dispositivo.

—Parece un trozo de papel, señor —fue la respuesta.

—¿Cree que puede extraerlo? —preguntó ella.

—Claro que sí —respondió King.

La cámara hizo zoom y una barra metálica extensible se acercó al paquete.

—La varilla metálica —le dijo a Louise, sin esbozar una sonrisa mientras el extremo de la varilla se abría y unas tenazas agarraban el papel—. Puede que sea bueno que hayamos esperado para hacerlo explotar —añadió. La varilla se retrajo con un trozo de papel en el que claramente había algo escrito.

—No nos mantengas en suspenso —dijo Louise. Estaba disfrutando un poco más de lo que pensaba.

—Veamos —dijo King. Giró la nota hacia la pantalla para que pudieran leerla:

La próxima vez no tendrá tanta suerte, Inspectora Blackwell. La próxima vez será en directo.

CAPÍTULO CUATRO

Louise llamó al Inspector Robertson antes de tomar la decisión obvia de cerrar la escuela por hoy. Tras neutralizar el artefacto, Adam King le informó de que el material del contenedor era falso y no el explosivo plástico que temían. Sin embargo, había insistido en que se inspeccionara el edificio, así que no tenía mucho sentido mantener la escuela en funcionamiento cuando el riesgo potencial era tan alto. Eso no impidió que la Sra. Harrison recibiera quejas de los padres que recogían a sus hijos.

Tracey se quedó con el equipo de búsqueda mientras ella esperaba con Emily la llegada de los padres de Louise. Aún no había procesado la idea de que la nota iba dirigida a ella. Tracey le había sugerido que no se involucrara más en la investigación, al menos por el momento, y Louise había accedido a regañadientes porque no quería perder de vista a Emily hasta que llegaran sus padres.

Uno de los padres de la clase de Emily, Graham Pritchard, estaba en plena discusión con la directora, y Louise tuvo que hacer un esfuerzo para no involucrarse.

—No puedo creer que ponga a nuestros hijos en peligro —le dijo a la Sra. Harrison, que parecía agobiada.

—Solo seguimos los protocolos, Sr. Pritchard. Ahora, si me disculpa —dijo la Sra. Harrison.

—No será la última vez que oiga sobre esto —dijo el hombre, como si fuera el único preocupado por la seguridad de su hijo.

Louise estaba a punto de señalar la gravedad de la situación cuando llegó su madre. Incluso ella parecía agitada.

—¿Es necesario? —le preguntó la mujer en voz baja.

—¿Qué has oído exactamente?

—Una bomba falsa de algún tipo.

—¿Quieres correr el riesgo? —dijo Louise, sin decirle a su madre acerca de la advertencia que había llegado con la bomba. Solo se preocuparía. Y también existía el riesgo de que la información, inadvertidamente o no, llegara a los grupos de WhatsApp.

—No soy yo, Louise, son los otros padres. Se están quejando en WhatsApp de que todo fue un engaño. Que seguro lo hizo uno de los niños.

A Louise no dejaba de sorprenderle lo rápido que se filtraba la información y lo absurda que podía ser su interpretación.

—No creo que un niño de once años tenga los medios para hacer esto, mamá. ¿Y para qué? ¿Para librarse de un día en la escuela primaria?

—Tal vez. ¿Qué vamos a hacer contigo, señorita? —preguntó su madre al tomar a Emily de la mano.

—¿Ir a la playa? —rio Emily.

La madre de Louise suspiró. Le encantaba ser la tutora de Emily, a sus dos padres les encantaba, pero ella comprendía lo que les podía pesar. Esperaban estar disfrutando de su jubilación, no criando a su única nieta. Louise hacía todo lo posible por ayudar, pero el trabajo se lo ponía difícil.

Se despidió de las dos con un beso y abrazó a Emily hasta que la niña se separó con suavidad.

—Necesito que tengas cuidado, mamá —le dijo a la mujer.

Su madre frunció el ceño.

—Lo tendré. ¿Hay algo que no me hayas dicho?

—No, solo ten cuidado, ¿vale?

Louise esperó a que se perdieran de vista para volver a la escuela. Intentaría volver pronto esa noche para ayudar a sus padres. Sería bueno cenar con ellos para variar, aunque no se lo había dicho a su madre por si se retrasaba.

—Oh, ¿no he alcanzado a ver a mi pequeña Emily? —dijo Tracey, mientras ella se dirigía al almacén de educación física, donde el dispositivo y la nota estaban siendo procesados, listos para los forenses.

Tracey era como una tía segunda para Emily y, de vez en cuando, se la llevaba a pasar el día.

—Lo siento. Me la llevo el domingo, ¿te apetece venir?

—Sam me va a llevar este fin de semana. Se supone que es una sorpresa, pero no deja de preguntarme si aún tengo tiempo libre —Tracey se apartó el pelo de los ojos. Sam era otro agente que trabajaba en Nailsea. Llevaban juntos un par de años, lo que al principio le había sorprendido. Sam era unos diez años más joven que Tracey, y debía ser la primera relación que recordaba de su amiga. También estaba el hecho de que Tracey había pasado una noche con Thomas, algo en lo que no le gustaba pensar.

—¿Sabes a dónde te lleva?

—Puede que haya echado un vistazo a sus correos electrónicos —dijo Tracey, con una sonrisa que le iluminó la cara.

—Siempre en el papel de detective. ¿Y?

—Bognor Regis —dijo Tracey y tomó una fuerte bocanada de aire—. Lo sé, cuando lo dices en voz alta no suena tan romántico, pero ha reservado un precioso hotel boutique junto al mar. Se esfuerza al máximo, Dios lo bendiga —dejó escapar un suspiro—. ¿Qué piensas de todo esto?

Ahora que Emily estaba a salvo, Louise se sentía más capaz de centrarse en los detalles del caso. Aunque había descartado la sugerencia de su madre de que uno de los niños lo hubiera hecho, quería creer que todo había sido un engaño y que esto sería lo máximo que oirían al respecto. Habría que interrogar a todo el personal y a cualquiera que hubiera estado en la escuela en la última semana, lo que significaba que no sería una tarea fácil.

—La nota es un poco vaga. No sugiere por qué lo hicieron o qué quieren, pero la implicación es obvia. Pretenden atacar de nuevo.

—¿Por qué crees que te mencionaron?

Louise soltó un suspiro. No quería pensar que era algo personal, pero era difícil no hacerlo con su nombre en la nota y la bomba falsa encontrada en la escuela de Emily.

Se le vino a la mente el nombre de Finch de inmediato. Puede que estuviera a salvo en

prisión preventiva, pero eso no significaba que no tuviera influencia en el exterior. Decidió guardarse esos pensamientos, por ahora.

—Tal vez pensaron que yo sería la oficial investigadora.

—O sabían que Emily iba a la escuela.

—Supongo que tenemos que considerar ambas posibilidades. Mi preocupación es que todo apunta a que esto fue un simulacro. Estaban probando nuestras respuestas. Sea o no personal para mí, tenemos que hablar con Contraterrorismo y ver qué tienen en marcha en esta zona.

—Tengo al equipo llamando a las escuelas locales por si acaso.

—Hagámoslo en toda la región. Mantengamos a todos vigilantes.

Si había sido un engaño, tal vez un empleado de la escuela descontento intentando vengarse por alguna injusticia percibida, era peligroso y altamente perjudicial. Las consecuencias se sentirían más allá de Weston-super-Mare. Louise suponía que así era con todos los tipos de terrorismo. Ahora habría muchos escolares asustados y padres ansiosos en la ciudad costera y en la zona. Había que ser muy inconsciente para no darse cuenta de que eso iba a ocurrir, y eso, unido a la nota en la que se mencionaba su nombre, le sugería a Louise que quienquiera que fuera el responsable sabía exactamente lo que estaba haciendo. Ella podía ser la causa y el objetivo del delincuente, y tendría que discutirlo con Robertson y los demás oficiales superiores.

—Mierda, tengo que irme —dijo Louise tras echar un vistazo a su reloj—. El problema con este asunto de la reubicación es que voy y vengo a la ciudad todo el tiempo —le dijo a Tracey, antes de ponerse en marcha.

—¿Qué hay de tu casa de Clifton?

Louise se había quedado con un piso de dos dormitorios en Bristol después de verse obligada a trasladarse a Weston. Lo había alquilado, pero no tenía ninguna posibilidad de volver a vivir allí. Sus padres se habían trasladado a Weston para estar más cerca de ella y tenía la obligación de ayudar a cuidar a su sobrina, cosa que hacía con mucho gusto.

—Eso es el pasado ahora. Mantenme informada de cómo van las cosas por aquí —dijo. Se dirigió hacia donde tenía aparcado el coche.

Una cara conocida la detuvo cuando estaba a punto de entrar en el coche. Como siempre parecía ocurrir, Dominic Garrett parecía estar sin aliento.

—¿Inspectora Blackwell? ¿Me puede dar un segundo de su tiempo? —preguntó el hombre de rostro rubicundo que, a pesar del calor, vestía un traje de tres piezas ajustado.

—Hola, señor Garrett, ¿cómo está? —dijo ella al abrir el coche. Garrett era el director del periódico local, The Mercury. Para Louise, Garrett era un hombre fuera del tiempo: parecía estar atrapado en algún lugar de los años ochenta, y sus días consistían en almuerzos líquidos que se prolongaban durante horas. No obstante, solía ser muy buena compañía.

—Esperaba que pudiéramos hablar de los impactantes acontecimientos en la escuela. ¿Bombas sin explotar, he oído? Niños inocentes, un fin de semana festivo no muy lejos. Estoy seguro de que te encantaría comentar al respecto.

Garrett estaba siendo obtuso a propósito. Nunca publicaría algo tan alarmante, sino que era su forma de intentar sonsacarle información. Ella decidió seguirle el juego, pues quería averiguar cuánto sabía ya.

—Sabe tan bien como yo, Sr. Garrett, que tendrá que hablar con nuestra oficina de prensa. Puedo decirle, sin embargo, que no se encontró ningún artefacto explosivo en la propiedad de la escuela.

—¿Fue un engaño?

—Ya sabe con quién hablar.

—Sigue siendo un acontecimiento aterrador. ¿Me mantendrá informado? —Sonreía, pero la expresión parecía más una mueca al entrecerrar los ojos contra el resplandor del sol.

—Claro.

—Tengo entendido que se ha fijado una fecha para el juicio del Detective en Jefe Finch —dijo Garrett, mientras Louise se sentaba en el asiento del conductor.

Así que por eso estaba aquí. Ella dio un largo suspiro y arrancó el motor.

—Ex-Detective en Jefe.

—¿Es inocente hasta que se demuestre lo contrario y todo eso?

—Si quiere verlo así —dijo Louise.

—¿Todavía confía en el éxito de la acusación?

Estaba claro que intentaba provocar una respuesta, pero la pregunta seguía irritándola. No había razón para no tener confianza, pero el hecho era que Garrett tenía razón. Finch era legalmente inocente hasta que se demostrara su culpabilidad, y sin duda haría todo lo que estuviera en su mano para eludir la justicia si podía.

—Oficina de prensa, Sr. Garrett.

—¿Te importaría que uno de nuestros freelancers se pusiera en contacto para hablar con más detalle? Una vieja amiga suya. Tania Elliot.

—¿Estás bromeando?

La mirada inocente de Garrett se había transformado en petulancia.

—Tú y Tania hacen historias encantadoras juntas.

—Adiós, Dominic —dijo Louise y se alejó antes de decir algo de lo que se arrepentiría.

Tania Elliot era el último nombre que quería oír. Elliot había sido reportera local en The Mercury cuando ella la conoció, y había alcanzado fama nacional informando sobre varios casos importantes de Louise. Ahora, se suponía que estaba en Londres y era imposible que hubiera estado en contacto con Garrett simplemente por el dispositivo en la escuela. No, solo había una razón por la cual la periodista habría vuelto a la escena, y era la misma por la que Louise se dirigía a Bristol: Tim Finch.



EL NUEVO FISCAL Jefe de la Fiscalía de la Corona de la zona era un tipo de escuela pública, Antony Meades. Sucedió a Natalie Gurgenstein, que había tomado la desafortunada decisión de empezar a salir con el entonces Detective en Jefe Finch unas semanas antes de su detención. Desde entonces, Gurgenstein se había trasladado al norte y Meades había sido ascendido.

Louise había trabajado con Meades en varias investigaciones y siempre había disfrutado de trabajar con él. Era buena compañía y educado. Al tiempo, ella dedujo que había elegido trabajar para la Corona. Procedía de una familia adinerada y estaba segura de que podría haber elegido cualquiera de los bufetes de abogados de la ciudad.

El edificio de la fiscalía estaba en el corazón de Redcliffe. El despacho de Meades era grande, pero estrecho. Daba la impresión de ser un caos organizado: carpetas, expedientes y libros cubrían cada centímetro de espacio, todo precariamente amontonado. Louise se disculpó por llegar tarde y retiró un montón de carpetas del asiento situado frente a Meades.

—Me he enterado de lo que ha pasado en el colegio. ¿Tu sobrina va allí? Confío en que todo está bien.

Louise decidió no compartir la información sobre la nota, pues quería mantenerla lo más secreta posible.

—Las noticias vuelan. Sí, todo el mundo está bien. Noticias falsas y todo eso.

—Imagino que es bastante perjudicial para relaciones públicas, ¿verdad? Las bombas en las escuelas nunca dan una buena imagen.

—¿Estás tratando de mejorar mi estado de ánimo, Antony?

Meades se apartó el flequillo rubio de la frente.

—Ah, sí, lo siento. Me temo que tengo otra noticia no tan buena.

—Creía que estabas aquí para revisar el caso Finch —dijo Louise.

—Sí y no. La acusación del Sr. Finch está bastante avanzada. Podemos repasar algunos detalles más adelante. Quería hablarte de las posibles consecuencias de la condena de Finch.

—La única consecuencia a mi parecer es que no estará encerrado el tiempo suficiente.

—Esperemos que no sea así. No, se trata de la reacción a su condena, y me temo que ya ha comenzado. Recibimos avisos de representantes legales de convictos que Finch encerró.

—Eso no es tan inusual, ¿verdad? —dijo Louise. Una consecuencia natural del encarcelamiento de un agente corrupto era que todas las personas a las que había detenido aprovechaban la oportunidad para alegar que su procesamiento había sido ilegal. Lamentablemente, a veces se anulaban los procesos. No le gustaba, y aunque esperaba que la mayoría de los procesamiento de Finch siguieran en pie, existía el riesgo de que algunos no lo estuvieran.

—No, y aunque parece que nos enfrentaremos a varios nuevos juicios, todo está bajo control. Sin embargo, he sido alertado de una investigación que tiene el potencial de afectarte de manera personal. Está un poco fuera de mi jurisdicción, pero deberíamos intentar resolverlo juntos.

A Louise no le gustó que Meades bajara la mirada.

—Dilo, Antony.

—Un pariente de Max Walton se puso en contacto con nosotros. Su sobrino, Justin Walton. Claro que se enteró del inminente juicio de Finch, y lo ve como una oportunidad de reabrir la investigación sobre lo que le pasó a su tío.

—Espero que le hayas dicho a dónde ir.

—La cosa es, Louise, que parece que quiere abrir un caso contra ti por asesinato ilegal. Dice que tenías una relación con Finch, y que cazaste y asesinaste a su tío.

—Pedazo de mierda. ¿Mencionó que su querido tío fue el responsable de los asesinatos de innumerables inocentes? No, no lo creo. Y, de todos modos, ya he sido absuelta de eso.

—Es verdad. Por desgracia, el joven Justin Walton ha estado recibiendo asesoramiento dudoso y está considerando presentar una acusación particular contra ti personalmente.

CAPÍTULO CINCO

Clemons era el tipo de estafador fácil de subestimar. A punto de cumplir los cincuenta, tenía el cuerpo bien proporcionado de un hombre que disfrutaba plenamente de la vida a pesar de haber pasado los últimos diez años al servicio de Su Majestad. Era todo sonrisas, y aunque era claro que su bonhomía era fabricada, el hombre impresionaba a Finch. Al igual que él, Clemons era metódico en todo lo que hacía. La limpieza de su celda era testimonio de ello: su cama hecha con precisión militar, sus pertenencias guardadas en perfectas líneas simétricas en sus estanterías.

Los dos eran despiadados, solo se ocupaban de sí mismos y cada uno entregaría al otro en un santiamén. Por el momento, ambos tenían algo que el otro quería, así que Finch se contentó con seguirle el juego.

El señuelo de la información sobre Louise Blackwell había sido demasiado bueno para que Finch lo rechazara. Blackwell era la razón por la que estaba dentro. Debería habérsela quitado de encima desde el principio. Pensó que lo había hecho aquella noche en Bridgwater, cuando la obligó a disparar a Max Walton, pero ella se había recuperado con rapidez.

En retrospectiva, había sido demasiado indulgente con Louise. No era como las demás, a las que había manipulado y desechado a su antojo. Había sobrevivido a cosas que habrían destrozado a la mayoría, y él había sido tonto al no acabar con ella cuando tuvo la oportunidad.

Había acordado reunirse con Clemons durante un descanso, cuando su interacción pudiera ser vigilada por algo más que los guardias de la prisión.

—Me alegro de verte, Tim. ¿Te gustan los libros?

El lote de libros que Clemons había enviado a la celda de Finch era un bonito detalle, pero no se iba a dejar comprar con tanta facilidad. Finch se sentó en la silla que le ofrecía y asintió en señal de agradecimiento.

—Avísame si necesitas algo más para instalarte —dijo Clemons y miró a sus dos secuaces, que salieron de la celda en consecuencia.

Finch ya no sentía ninguna amenaza inminente de violencia. Se había vuelto evidente que Clemons dirigía la prisión con una inteligencia que significaba que poco ocurría dentro a menos que fuera necesario. Seguía habiendo palizas, algunas salvajes, pero Clemons hacía todo lo posible por evitar la confrontación interna. Ya había demostrado a Finch un conocimiento enciclopédico de sus compañeros, que se extendía más allá de los muros de la prisión. Conocía a las familias de los presos, los círculos en los que se movían, el valor que tenían para él y, sobre todo, sus debilidades. Y no se limitaba a los presos. Al menos cuatro de los guardias estaban en

su bolsillo, y tenía más información sobre las predilecciones de Wilson que él. Era impresionante, y Finch volvió a lamentar no haber contactado antes a aquel hombre. Podrían haber hecho buenos negocios juntos.

—¿Qué sabes de Greg Farrell? —dijo Clemons, una vez terminados los preliminares.

—¿Farrell? Le había echado el ojo, pero es muy recto.

—Hiciste que lo trasladaran del Departamento de Investigación Criminal de Weston.

—Fue más que nada para molestar a Blackwell, pero creí ver algo en él. Es bueno. Un bastardo engreído, pero un buen detective.

—¿Y Thomas Ireland?

Ireland era peor que Farrell; tan recto como el día es largo. Se sorprendió cuando supo que Farrell había dejado el cuerpo policial. El detective tenía la actitud y la intensidad que llevaban a los ascensos.

—Vayamos al grano, ¿sí? Ireland es solo otro ex policía, y Farrell es el tipo de amante de las reglas que quieres evitar. Estoy seguro de que ya sabes todo esto.

—¿Sabes que Ireland se está tirando a Louise Blackwell?

Finch respiró hondo e intentó ocultar su sorpresa. Sintió surgir en su interior una rabia familiar y trató de contenerla.

—Perro sucio. No, no lo sabía y, a decir verdad, no me importa. ¿Qué tiene esto que ver conmigo?

Clemons arrugó el ceño, como si se hubiera despistado. ¿Qué esperaba de Finch? ¿Que se lamentara porque una mujer con la que se había acostado en un par de ocasiones ahora estaba con otro? Había aprendido muy pronto en su carrera que no había lugar para las emociones si quería progresar. Solo se había acostado con Louise para intentar tener algún tipo de control sobre ella. Ambos aspiraban a ascender a Detective en Jefe, y él esperaba poder desbaratar sus ambiciones. No había funcionado, y había tenido suerte de que surgiera la situación de Walton. Tomó una decisión precipitada al decirle que Walton estaba armado. Él lo había negado después y Louise había escapado de la acusación con su carrera hecha jirones, pero las cosas le habían salido bien a la larga, de algún modo. En retrospectiva, deseaba que el hombre hubiera estado armado. Si Walton hubiera disparado a Louise, Finch no estaría preso y no le dolería la pierna cada minuto del día.

Clemons se tranquilizó.

—Me estoy arriesgando al hablar contigo, entiéndelo. Los policías, corruptos o no, no son bienvenidos aquí.

—Estoy bastante seguro de que puedes lidiar con eso, Clemons. No creo que nadie piense que has cambiado de bando. ¿De qué se trata todo esto? Si buscas confianza, creo que sabes lo que vas a obtener de mí. Ninguno de los dos somos estúpidos. Sabes tan bien como yo que estoy aquí solo por mi beneficio, pero si podemos ayudarnos mutuamente, hagámoslo. Si no, me voy.

—Una vez encerraste a uno de mi grupo, ¿lo sabías?

—No creo que me hayas traído aquí por eso —dijo Finch. Buscaba en su memoria cualquier cosa que lo hubiera relacionado alguna vez con Clemons.

—Charlie Litten. Cargo por asalto.

Finch asintió.

—Gran cabrón.

—Dijo que le robaste un botín de drogas durante el arresto.

—Eso probablemente le ahorró unos años de condena.

Clemons se rio.

—Tienes pelotas, Finch, lo reconozco. Si me robas, por lo general no te va a ir muy bien.

Aún no podía relacionar a Litten con Clemons. Era un delincuente que vendía píldoras en un club nocturno. Solo lo detuvo porque mandó a otro delincuente al hospital con un traumatismo craneal irreversible. Nada en el interrogatorio posterior sugería que tuviera vínculos con el crimen organizado, ni siquiera con Londres.

—¿Ahora es cuando vienen tus matones a darme una paliza? —preguntó Finch. Su despreocupación no era fingida. Podría recibir una paliza si fuera necesario, pero no llegaría a eso. Ya le había dejado a su abogado un expediente con los detalles de los delitos de Wilson. Si le ocurría algo, el abogado debía abrir la carta y comunicar a Wilson lo que le esperaba. Por eso, confiaba en que el guardia de la prisión velara por su seguridad.

—Sería más que una paliza, pero eso es un juego de niños. Creo que podemos trabajar juntos, Finch, pero debes saber que hablo en serio. Si veo que me traicionas, acabaré contigo. Sé que crees que tienes amigos aquí, pero yo tengo más amigos que tú. ¿Entiendes?

Finch sonrió satisfecho.

—De acuerdo, Clemons, lo que tú digas. Empecemos —dijo.

CAPÍTULO SEIS

Tanto los sueños como los pensamientos de Louise volvían a estar atormentados por el recuerdo de Max Walton. La noticia de que el sobrino de Walton, Justin, quería ejercer una acusación particular la había obligado a recordar aquella perturbadora época de su pasado.

La investigación sobre Max Walton había comenzado al principio de su carrera en el Equipo de Investigación Mayor (MIT). Cinco años antes de aquella noche en la granja, el hombre había sido detenido como sospechoso de un intento de secuestro de un autoestopista en la A38. La víctima no pudo identificarlo en una rueda de reconocimiento y tuvieron que dejarlo libre. No fue hasta un año después, cuando se encontró un cadáver cerca de la granja de Walton, que volvió a aparecer en el radar policial. Por desgracia, para entonces había desaparecido, y se encontraron otros cinco cadáveres antes de su muerte.

Louise revivió esos últimos momentos a diario. Sabía lo que era Walton y lo que era capaz de hacer, pero si Finch no le hubiera mentido acerca de que estaba armado, nunca le habría disparado. Al menos, eso pensaba al principio. Con el paso de las semanas, Finch y otros oficiales superiores que lo apoyaban la hicieron dudar de sí misma; le habían dicho que era comprensible y que ellos mismos habrían hecho lo mismo en su situación. Por fortuna, ella se mantuvo firme y, en los meses y años siguientes, consiguió olvidar el recuerdo. Pero volvía a ella en ocasiones y le obligaba a revivir esos últimos segundos: la pistola en su mano temblorosa y el daño que había causado la bala.

—Café para ti.

Louise parpadeó y volvió al presente. Había pensado que quería estar sola después de un largo día yendo y viniendo de Bristol, pero Thomas la había llamado y había acabado quedándose a dormir. A veces se olvidaba de que Thomas ya no estaba en la policía, y le contaba los acontecimientos del día como si aún fueran colegas. Ya le había contado sobre la nota encontrada en el colegio, y ahora estaba tumbada a su lado y le comentaba sobre su encuentro con Antony Meades, aunque debería estar durmiendo.

—¿Él cree que Justin Walton tendría alguna posibilidad de éxito? —dijo Thomas.

—Es más sobre el daño que podría causar en el proceso. Antony piensa que es posible que alguien lo haya instado a meterse conmigo.

—Es curioso que hable ahora, al mismo tiempo que se anuncia la fecha del juicio de Finch.

Thomas había trabajado con Finch y tenía tan mala opinión de él como Louise.

—Tampoco estoy segura de que le interese a Finch —dijo ella. Se preguntó si estaba intentando convencerse a sí misma.

—Usaría cualquier cosa que pudiera afectar a su caso. ¿Y si intenta usarlo para socavar tu credibilidad?

Meades no lo había dicho, pero ella había percibido su preocupación.

—No creo que Finch esté tan desesperado.

—Aun así, es una coincidencia incómoda.

No era la única supuesta coincidencia con la que lidiaba en ese momento. Recordó su reunión con el editor del Mercury, Dominic Garrett, y la noticia de que Tania Elliot había vuelto a la ciudad. Tania había publicado un bestseller de no ficción tras la primera gran investigación de Louise en Weston, y había sido una presencia constante en la zona hasta el año pasado. Ahora, Louise entendía por qué había vuelto. Garrett no dijo nada al respecto, pero estaba segura de que Tania estaba trabajando en un libro sobre Finch, y eso significaba que también estaba desenterrando el pasado. En particular, el caso de Max Walton.

—Escucha, Tom, hay algo que deberías saber —le dijo.

Thomas sonrió.

—No me acostumbro a que me llames Tom —dijo, aunque ella llevaba seis meses llamándolo así.

Louise le devolvió la sonrisa.

—Ya no soy tu jefa.

—¿No lo eres? —preguntó con los ojos muy abiertos, fingiendo sorpresa.

—Escucha, no sé cuánto sabes de lo que pasó entonces, pero con Tania de nuevo en escena, y si Justin Walton sigue adelante con esto de la acusación particular, muchas cosas van a salir a la luz de aquella época, y yo...

Thomas se acercó a ella.

—Ya nos conocíamos, ¿recuerdas? Áreas diferentes, pero nos conocíamos. Entendí lo que era Finch entonces y sé que mentía sobre lo que pasó.

Louise se separó de su abrazo.

—No es eso. Es... Dios, es tan difícil decirlo. Yo...

Él la interrumpió para ofrecerle la salida que se dio cuenta que estaba esperando.

—Sé lo tuyo con él, Louise.

Louise y Finch se habían acostado de forma esporádica durante el tiempo que trabajaron juntos. No había sido nada serio y, en retrospectiva, sospechaba que era algo que él había ideado para controlarla. No le cabía duda de que si hubiera sido tan servil como otras conquistas de Finch, no la habría sacrificado como lo hizo en la granja Walton.

—¿No te importa?

—Bueno, me sorprende que tu gusto por los hombres fuera tan malo, pero no es asunto mío. Está en el pasado. Todos hemos hecho cosas de las que nos arrepentimos. Quiero decir... Finch, vamos —dijo Thomas y se tapó la boca con la mano.

Louise se acercó a él.

—¿En qué estaba pensando?

Se estremeció al recordar el olor del aftershave de Finch.

—Estaba pensando... Tengo a Noah este fin de semana. Tal vez podríamos salir un día y llevar a Emily.

—Claro, eso estaría bien —dijo Louise, que se tensó cuando Thomas se le acercó—. Vale, ¿intentamos dormir? —añadió.

Thomas pareció sorprendido antes de volver a su lado de la cama. No estaba segura de por

qué estaba tan desconcertada por la sugerencia de que Noah y Emily se conocieran. Llevaba seis meses saliendo con Thomas y era un paso natural. Se dijo a sí misma que solo la había pillado desprevenida la sugerencia, pero se preguntó si se estaba engañando a sí misma. No entendía por qué algo tan inocente le parecía un paso tan grande. Sabía era que no se sentía preparada, y eso solo bastaba para confundirla aún más.

—Buenas noches, Sr. Vigilante —dijo y apagó la luz de la mesilla.

—Buenas noches —dijo Thomas, inseguro, como si intentara averiguar qué había hecho mal.



LOUISE SE LEVANTÓ a tiempo para hacer el corto trayecto hasta su casa cerca de Sand Bay. Emily estaba sentada a la mesa del comedor cuando llegó. La llamó con la boca llena de cereal.

—¡Tía Louise!

Molly, la joven labrador de la familia, bailó alrededor de Louise como si no la hubiera visto en meses. El padre de Louise miró juguetonamente su reloj y dijo:

—¿No llevabas eso ayer?

—No sabes lo que llevaba ayer, muchas gracias.

—Yo sí —respondió su madre.

—Bien, me has pillado. Estaba a punto de subir a cambiarme. Solo quería que supieran que puedo llevar a Emily a la escuela esta mañana.

—Tú tratas de criar bien a tus hijos... —dijo su padre y le guiñó un ojo.

—Ustedes dos no tienen remedio —Louise negó con la cabeza.

Se duchó, se cambió y volvió a bajar en quince minutos, con la sugerencia de Thomas de salir juntos con Noah y Emily todavía molestándola.

—¿Hay más información sobre lo que pasó ayer? —preguntó su madre en voz baja mientras caminaban hacia su coche.

Después de su reunión con Meades, había sido difícil concentrarse en los acontecimientos de Weston. Todo el mundo estaba alerta ante la posible amenaza, y Louise había sufrido una ronda de interrogatorios por parte de la jerarquía de la central antes de que le permitieran trabajar en el caso.

—¿Qué se habla en los grupos de WhatsApp? —dijo Louise cuando Emily subió al coche.

—No estoy curioseando, solo me gustaría estar al tanto de cualquier posible amenaza de bomba en el colegio de mi nieta.

—Sabes que no puedo darte detalles, mamá. Fue un engaño. En cuanto sepa más y me dejen hacerlo, te lo contaré —respondió en tanto se sentaba en el asiento del conductor. Se imaginaba lo que pensaría su madre si supiera que habían encontrado una nota en el colegio con el nombre de Louise.

—¿Y cómo está Thomas? —dijo su madre, con una mirada cómplice.

Ella bajó la mirada. La incomodidad de la conversación de la noche anterior todavía estaba fresca en su mente.

—Que tengas un buen día, mamá.



LOUISE CONDUJO A EMILY por el paseo marítimo antes de girar hacia el interior en dirección a su colegio. La marea estaba alta y el agua rozaba el muro de piedra del paseo marítimo. Louise había dado por sentada la visión del mar turbio, pero ahora no se cansaba de verlo. Formaba parte de la identidad de la ciudad, en momentos como aquel, cuando llenaba la costa y cuando se retiraba y dejaba una franja de lodo en su ausencia. Se sentía unida a la ciudad por su proximidad, y habría pasado horas observándolo si hubiera tenido tiempo.

Rara vez tenía ocasión de dejar a Emily en el colegio, pero el ambiente apagado del patio era inconfundible. Como era natural, los padres estaban preocupados por los acontecimientos de ayer y los niños podían percibir la vacilación en el ambiente. Incluso Emily se pegó a ella mientras esperaban el timbre.

—Creo que algunos padres mantendrán distancia durante unos días —dijo el padre que había visto ayer en la escuela y que había reprendido a la Sra. Harrison.

Graham Pritchard era padre soltero, y cada vez que lo veía, sentía que estaba a punto de invitarla a salir. Era bastante agradable, pero tenía poco sentido del espacio personal. Siempre estaba unos centímetros demasiado cerca.

Instintivamente, Louise se apartó de él.

—Lo comprendo. Estas cosas pueden ser muy traumáticas.

—¿Ha venido en misión oficial? —preguntó Graham con una sonrisa incómoda.

—Vengo a dejar a esta jovencita —respondió. No estaba dispuesta a revelar detalles de su trabajo.

—Algunos de esos profesores harían cualquier cosa por tener tiempo libre —dijo Graham, e hizo una mueca cuando Louise no sonrió—. Lo siento, ¿no es apropiado?

Quería decirle que dejara de esforzarse tanto, y se alegró cuando la directora hizo sonar el timbre para que los niños se colocaran en sus respectivas filas.

—¿Me recogerás hoy, tía Louise? —preguntó Emily mientras ella se inclinaba para darle un beso de despedida.

—Hoy no, pero intentaré volver para la cena si puedo.

Emily frunció el ceño, dando a entender que ambas sabían que eso era poco probable.

—Ahora vete, te veré luego —dijo Louise. Se alejó antes de que Graham pudiera entablar más conversación con ella. Esperó en su coche hasta que la multitud se hubo disipado para regresar a la escuela, donde debía comenzar a entrevistar al personal.



JOANNE HARRISON se pasó la mano por el pelo despeinado mientras Louise era acompañada a su despacho por la recepcionista del colegio. Las ojeras de la directora parecían sombras. Imaginó que se había pasado la noche repasando mentalmente los acontecimientos del día anterior y preguntándose si podría haber hecho algo de otra manera.

—¿Ha habido suerte con las huellas? —preguntó, mientras Louise se sentaba frente a ella.

Los SOCO, ahora conocidos oficialmente en la región como CSI (Investigadores de la Escena del Crimen), pero a los que el cuerpo seguía refiriéndose por su acrónimo original, habían llegado ayer. Habían desmantelado el almacén donde se había descubierto el falso

explosivo en búsqueda de huellas y otras sustancias. Al mismo tiempo, los compañeros de Louise habían tomado las huellas de todo el personal y los visitantes de la escuela durante el día. Pasaría algún tiempo antes de que todo estuviera completamente procesado y se investigaran las posibles discrepancias.

La Sra. Harrison suspiró cuando Louise le explicó. La mujer emitió el sonido de la frustración de todo un día.

—Ya veo.

—Sé que se lo pregunté ayer, pero me preguntaba si tiene alguna idea más sobre quién podría ser el responsable de lo de ayer. Alguien con rencor contra la escuela, tal vez. Un ex profesor, un padre descontento, ¿algo que se le ocurra?

—He estado pensando al respecto, Inspectora.

—Por favor, llámeme Louise.

—Louise... . Los padres descontentos son parte integral de ser director, me temo. Naturalmente, todo el mundo quiere lo mejor para sus hijos, pero eso a veces significa que hay quejas por las cosas más insignificantes.

—¿Puede darme un ejemplo?

La Sra. Harrison suspiró de nuevo y removió papeles en su escritorio.

—Bueno, mi última queja no es menor. Los padres de un niño de sexto curso han presentado una queja por acoso escolar. Al parecer, un compañero se metió con el niño por tener el pelo largo. El acosador lo llamó niña y otros nombres que no repetiré.

—No es muy inteligente.

—En absoluto, y es algo que nos tomamos en serio.

—¿Qué medidas toman en un asunto así?

—Si el chico hubiera acudido a nosotros primero, habríamos hablado con el otro niño afectado y habríamos intentado llegar a una solución. Estas cosas suceden en cualquier escuela. Los niños son niños y pueden ser crueles. Nuestro trabajo es explicarles las cosas que hacen mal y ayudarles a entender y a desarrollarse. Como la queja procedía de uno de los padres, tuvimos que implicar a los padres del otro niño, lo que no suele salir bien.

Louise lo entendía perfectamente. Después de la muerte del padre de Emily, el comportamiento de su sobrina en su antiguo colegio se había vuelto revoltoso, y Louise había tenido que hablar con el director en numerosas ocasiones. Emily había mordido a una de sus compañeras durante una discusión, y las relaciones con los padres no habían vuelto a ser las mismas. Los padres de Louise eran los más afectados, y su madre le contó que los otros padres la veían jugar en el patio como si estuviera criando un monstruo.

—Me lo imagino.

—Tenemos una política de tolerancia cero con el acoso, pero siempre ocurren pequeñas cosas. Hablo con los padres todos los días por una cosa u otra, y no todos están satisfechos con las respuestas que doy.

—¿Problemas con el personal?

—En los últimos años, hemos tenido una plantilla estable. De vez en cuando me piden que aumente la nota, pero son un grupo encantador. Tanto los profesores como el personal de apoyo. No puedo creer que ninguno de ellos hiciera algo así y asustara tanto a los niños.

Louise suspiró.

—Me gustaría hablar con ellos uno por uno —dijo.

—Tengo un despacho preparado para usted y una lista —la Sra. Harrison le entregó una hoja

de papel.

Ella la siguió hasta una pequeña habitación sin ventanas.

—Lo siento, es lo único que he encontrado. Le habría ofrecido el pabellón de deportes, pero no quería que los niños lo vieran. Espero que lo entiendas.

—Está bien, gracias. ¿El Sr. Insgrove primero? —preguntó Louise al mirar la hoja.

—Se lo traeré. Una cosa más antes de irme: esta mañana recibí una llamada de una periodista preguntando por lo de ayer. No es la primera, pero parecía conocerla.

Louise bajó la mirada.

—¿Tania Elliot?

—Sí, ella. No le di más detalles, pero pensé que debería saberlo.

—Gracias —dijo Louise, apretando las manos—. Me aseguraré de que no vuelva a molestarla.

CAPÍTULO SIETE

Louise llamó a Tania Elliot esa misma mañana y quedó en verla en el restaurante Kalimera, frente al paseo marítimo, a la hora de comer. Louise sonrió al ver a la dueña del restaurante, Georgina, que había sido su confidente durante los años transcurridos desde que se mudó a Weston.

—¿Por qué has quedado otra vez con esta mujer? —preguntó Georgina al señalar a Tania, que había llegado antes y estaba sentada en una mesa mirando el teléfono. Georgina puso un café en la encimera sin preguntar—. Trae problemas consigo.

—Intento moderarlo todo lo posible. Créeme, sería peor si no me reuniera con ella.

Georgina frunció el ceño y se pasó el pelo negro por detrás de los hombros.

—Siéntate, yo te llevaré el café.

Louise estaba acostumbrada a la brusquedad de la mujer y no se ofendió. Se acercó y estrechó la mano de Tania. La mañana había sido una agotadora avalancha de entrevista tras entrevista. Era un trabajo que normalmente habría delegado, pero como se trataba de la escuela de Emily, quería participar de primera mano. Pero había necesitado algo de persuasión por su parte. Como la nota iba dirigida a ella y el lugar del crimen era el colegio de Emily, Robertson había argumentado que Tracey debía seguir siendo la investigadora principal. Louise había argumentado que, debido a su trabajo en la zona, era una detective bastante conocida. Al final, Robertson le había permitido investigar, a regañadientes, con la condición de que él fuera el Oficial Superior de la Investigación (SIO).

Aparte de algunos jugosos cotilleos sobre dos profesores que supuestamente mantenían una relación secreta, tuvo que admitir que no había avanzado más en su investigación que al principio. Como había afirmado la Sra. Harrison, el personal era un grupo bastante satisfecho y, si había un motivo para plantar el dispositivo, no era obvio.

—Luces bien —dijo Louise tras sentarse frente a la periodista. Cuando conoció a Tania, era una novata que intentaba hacerse un nombre. Lo había conseguido con la ayuda involuntaria de Louise, y ahora tenía una columna fija en un periódico de gran tirada, además de su escritura de no ficción. Su forma de vestir estaba a la altura de su elevado estatus. Antes llevaba vaqueros y una sudadera con capucha, mientras que ahora lucía un elegante vestido de diseñador y la cara maquillada de forma sutil.

—Me alegro de verte, Louise, y gracias por dedicarme tu tiempo.

—¿En qué estás trabajando ahora? —dijo Louise sonriendo mientras Georgina le ponía el café delante.

—Tu último triunfo.

La cicatriz del brazo de Louise le picó al oír esas palabras. Su último caso importante había sido el procesamiento de una asesina que había estado marcando con fuego a sus objetivos en la zona de Weston, pero Tania no estaba hablando de eso.

—¿Te refieres a Tim Finch?

—¿Qué mayor triunfo que encerrar a ese imbécil?

Eso era algo en lo que podían estar de acuerdo.

—Solo tuve un pequeño papel en eso —dijo Louise. Recordó un período de doce horas agitadas en las que no solo había luchado contra Finch y evitado que matara a Amira, lo que resultó en su arresto, sino que también había recibido la cicatriz que ahora palpitaba en su brazo después de ser atacada por una psicópata apodada “la Asesina de la Marca” por la prensa.

—Modesta como siempre. Estoy trabajando en algo relacionado con él. Claro que dependerá de lo que ocurra en su juicio, pero creo que hay una buena historia que contar.

Louise no sabía qué era lo que le molestaba tanto de Tania. Había tenido buenas relaciones con periodistas en el pasado y aceptaba que ser insistente a veces formaba parte del trabajo. Con Tania, esa prepotencia se transformaba en otra cosa. Siempre tuvo la sensación de que solo estaba interesada en sí misma, y a veces mostraba una crueldad y una falta de empatía que habrían avergonzado a muchos de los criminales con los que Louise había tratado en el pasado.

—He oído que ha habido una amenaza de bomba en el colegio Larkmead —dijo Tania y sorbió un vaso de agua helada.

El incidente había aparecido en las noticias locales, pero había pasado desapercibido para los medios nacionales hasta entonces. Sin que ningún grupo se atribuyera la responsabilidad, Louise esperaba que pronto se convirtiera en noticia de ayer y que el hecho de que su nombre figurara en la nota nunca saliera a la luz.

—Pero no quieres hablar de eso, Tania, ¿verdad?

Los ojos de Tania se entrecerraron.

—Entonces, nada de charla. Esperaba que pudiéramos seguir hablando de Finch.

—Preferiría que no.

—Tú, más que la mayoría, lo conocías muy bien. Trabajaron juntos en el Equipo de Investigación Mayor y siguieron trabajando juntos después de que te mudaras a Weston.

Louise no dudaba de que Tania sabía todo lo que había que saber sobre ella y Finch, incluida su breve relación sexual. Nunca había sido un secreto, pero no era algo que quisiera leer en el último libro de Tania.

—Finch está en prisión preventiva y pronto testificaré contra él. No esperes que hable de un caso activo.

—Por supuesto que no. Buscaba algo un poco más... personal.

Louise sintió que se le aceleraba el pulso y que la cicatriz de su brazo palpitaba con más intensidad.

—¿Personal?

—Hábleme un poco de cómo era él antes de que todo esto saliera a la luz. Ha sido un agente de policía con mucho éxito en la acusación. ¿Sabías que tenía este lado oscuro desde el principio?

—¿Si sabía que manipulaba y abusaba de las mujeres policías? ¿Antes de que intentara matar a una de ellas?

—¿Cuándo empezaste a sospechar que era corrupto?

Era una pregunta pertinente, y Louise no quería enfrentarse a ella. La verdad era que la había engañado tanto como a los demás. Hasta esa noche en la granja Walton, había confiado más o menos en Finch. Sabía que era un jugador, y por eso su relación nunca había sido seria. Pero podía ser encantador y divertido y, como sugirió Tania, también había sido un policía muy bueno, al menos en lo que se refería a procesamientos exitosos. Mientras caminaba por el edificio abandonado de la granja, con el aire fétido por el olor a mierda de cerdo, había confiado su vida a Finch.

—Mis quejas sobre Finch están registradas —le dijo.

—Tengo entendido que hubo un conflicto de opiniones sobre lo que ocurrió esa noche en la granja Walton. Afirmas que Finch te dijo que Max Walton estaba armado, y él lo niega.

—No es un secreto, Tania.

—¿Y te mantienes firme en eso?

—Es lo que pasó. ¿Por qué estás sacando esto a relucir otra vez? ¿Qué es lo que realmente quieres?

—Te degradaron a Weston por culpa de Finch. ¿Eso no te enfadó?

—Claro que me enfadó, joder —Louise apretó los dientes. Se dio la vuelta, furiosa consigo misma por haber perdido los nervios. Sus quejas habían caído en saco roto: Finch le había robado el ascenso y quería que se fuera. La había acosado incluso después de que dejara el cuartel general, enviándole mensajes anónimos que habían estado a punto de poner en peligro su cordura.

—Odio preguntarte esto, pero ¿crees que podrías haber hecho algo más para detenerlo?

Louise miró a Tania a los ojos. Tenía que reconocer que la mujer sabía cómo sacarla de quicio. Rara vez perdía los nervios, y ahora estaba a punto de cruzar la mesa para agarrar a la periodista.

—No voy a hablar más al respecto.

Tania asintió, como si le estuviera haciendo un favor al no continuar.

—Hay algo que deberías saber, Louise. Justin Walton, sobrino de Max Walton, se ha puesto en contacto conmigo.

Maldijo para sus adentros.

—¿Por qué tengo que saber eso?

—Afirma que, dado que Finch se enfrenta a una pena de prisión, el caso de la muerte ilegal de su tío debería reabrirse.

Louise resopló.

—¿Su tío, el depravado asesino de masas?

—¿Estás diciendo que todos los presuntos asesinos deben ser fusilados sin investigación ni contexto?

—No pongas palabras en mi boca, Tania. Había una amenaza legítima esa noche, y lo sabes.

—Disparaste a un hombre desarmado.

Louise solo iba armada gracias a un programa piloto nacional que permitía a los detectives llevar armas de fuego en situaciones potencialmente mortales.

—He sido absuelta de todo delito, y no estoy dispuesta a hablar más de ello.

—Creo que Justin Walton está considerando una acusación particular contra ti y Finch.

—¿Qué quieres, Tania?

—Quiero que te ayudes a ti misma, Louise.

Ella resopló de nuevo.

—Guárdate eso para personas más fáciles de manipular.

—Necesito contar esta historia. Y hasta ahora, solo tengo la versión del Sr. Walton.

—Estoy segura de que sus lectores agradecerán su aporte.

—Y también tendré la perspectiva de Finch.

Louise respiró hondo. En su visión periférica, Georgina la miraba como si estuviera lista para atacar.

—Él ha accedido a hablar conmigo —dijo Tania.

—Bueno, que lo disfrutes —respondió.

Tania le dio a Louise su tarjeta.

—Puedes llamarme cuando quieras —dijo, y los teléfonos de ambas sonaron al unísono.

Louise se alejó, fuera del alcance del oído.

—¿Tracey?

—Hola, Lou. ¿Estás en Weston?

—Sí, ¿por qué?

—Probablemente sea mejor que vayas a Kewstoke. Se ha producido un incendio en una de las caravanas estáticas de allí, y parece que podría haber un vínculo con el incidente en la escuela.

CAPÍTULO OCHO

El plan de Clemons pasaba por la mente de Finch mientras ordenaba su celda. El nuevo televisor había llegado una hora después de la reunión. Wilson había guiado a uno de los lacayos de Clemons, que procedió a instalarlo con una sonrisa idiota en la cara. A él no le gustaba mucho la televisión, pero no iba a decírselo a Clemons. Era un gesto, y por ahora lo agradecía. Lo importante ahora era cómo aprovechar mejor la situación para sus propios fines.

La propuesta tenía potencial, pero Finch comprendió que Clemons no hablaba con él por la bondad de su corazón. Parecía que lo necesitaba, y si cumplía lo que le había prometido, tenía la posibilidad de perjudicar a Louise Blackwell a través de su nuevo amante, Thomas Ireland. Como mínimo, se verían obligados a dejarlo salir de este infierno de prisión preventiva, y eso podría ser todo lo que necesitaba.

A Finch no le gustaba precipitarse, pero el tiempo no estaba de su lado. Reordenó la fila de textos jurídicos de su estantería de forma que quedaran simétricos, antes de golpear la puerta de la celda con los nudillos, lo que produjo un ruido satisfactorio contra el frío metal.

Cinco minutos más tarde, el agujero se abrió y se oyó una voz.

—¿Qué pasa, Finch?

—Me gustaría hablar con el agente Wilson, jefe —dijo Finch. Se clavó las uñas en la piel al utilizar ese título para referirse a un hombre al que ni siquiera reconocía.

—¿Ah, sí? Él no está ahora, puede arreglárselas conmigo.

—El oficial Wilson es mi trabajador clave —dijo Finch.

—Si tiene un problema, puede planteármelo a mí o esperar a que el Sr. Wilson esté disponible. ¿De qué se trata?

—¿Cuándo estará disponible?

—Le haré saber que desea hablar con él —dijo el guardia antes de cerrar de golpe el divisor.

Finch se sentó en su escritorio y se concentró en su respiración. Se negaba a dejarse irritar por un guardia sin nombre. Era una parodia encontrarse en esa situación, tener que inclinarse y suplicar ante escoria como él, pero tenía que ser sensato. Esta era su vida por el momento y tenía que jugar el juego como siempre lo había hecho. Esperaría y, cuando saliera de aquel lugar olvidado por Dios, saborearía la venganza contra todos los que le habían hecho daño.

Clemons no era el único que tenía un plan en marcha.

Wilson llegó a la celda de Finch una hora más tarde, como la obediente oveja que era.

—Necesito ver a alguien —dijo Finch, sin llegar a reprender al guardia por su ausencia.

—Puedes ponerlo en tu petición semanal —dijo Wilson—. No puedes convocarme así como

así.

—Necesito que se arregle para mañana.

—No seas ridículo. Aunque quisiera, no podría hacerlo.

—Es un ex colega mío. Necesito que lo llames y le digas que pida verme. Él sabrá qué hacer para que suene legal.

—¿Tiene que ver con tu reunión con Clemons?

Finch miró fijamente a Wilson.

—No te preocupes por decepcionar a Clemons, preocúpate por mí. Aquí está el número. Espero verlo mañana.

—Siempre supe que ibas a ser un problema —dijo Wilson tras arrebatarse la nota.



FINCH SE RECOSTÓ en la cama y esperó. Recorrió su habitación cinco veces y, contento de que nada estuviera fuera de lugar, cerró los ojos.

Estar dentro era una batalla de voluntades; querían que te rompieras para que fuera más fácil manejarte. Finch lo entendía mejor que la mayoría. A él nunca le pasaría porque era más fuerte que ellos. Podía aceptar su encarcelamiento, solo hacía falta verlo desde otra perspectiva. Si tenía que ser así, ésta sería su sede durante los próximos años. Todavía había mucho que ganar estando dentro, y él maximizaría su tiempo aquí si era necesario.

Si era necesario. Podía aceptar su suerte, pero eso no significaba que no ansiara salir, y las próximas semanas le darían la mejor oportunidad de hacerlo.

Cerró los ojos, pero no durmió. Odiaba utilizar ese término, pero lo que hacía era una especie de meditación: repasaba todos los escenarios posibles en su cabeza, desde los más obvios hasta los más ridículos. Intentó imaginar cómo reaccionarían las demás partes ante los distintos tipos de presión. ¿Dónde estaban los puntos débiles, dónde las posibilidades de explotación? Era un planteamiento que había adoptado en su carrera desde el principio. Normalmente ganaba porque era el único consciente de que estaba compitiendo. Esta vez no era así, y sus recientes experiencias con Louise y los demás le obligaban a ser más minucioso en sus planes. Había sido descuidado con esa perra de Amira, y ese descuido le había costado.

Se le apretó el pecho y la rabia le hizo contraer los músculos. Debería haber sido más despiadado con Louise Blackwell cuando tuvo la oportunidad. Ella se había convertido en la locura de su existencia. Se preguntó si la había mantenido a su lado por el desafío que suponía. La había derrotado una vez, le había obligado a disparar a un hombre desarmado, pero la victoria no había servido para nada. Había disfrutado de presenciar su pequeño colapso mientras luchaba por su caso antes de ser degradada a Weston, pero no esperaba que se recuperara.

Ahora, ella le había dado la vuelta a la tortilla al trabajar con Amira y esas otras zorras para encerrarlo.

Uno contra todos. El juego seguía en marcha. Y se prometió a sí mismo que esta vez sería aún más despiadado en su deseo de ganar.

El ruido de la puerta de la celda lo sacó de su ensueño. Había olvidado dónde estaba, y se tomó un par de segundos de silencio antes de abandonar la cama.

—La cena, Finch.

Cogió la bandeja que le ofrecían, con sus porciones infantiles de comida apenas comestible, y

vio una nota pegada debajo:

“Comprueba la parte de atrás del televisor.”

Finch hizo trizas la nota antes de empezar a comer. Si había algo esperándolo dentro del televisor, no iba a apresurarse a buscarlo.

Esperó a que recogieran su bandeja antes de actuar. Había probado el televisor ese mismo día y visto las noticias locales, pero no esperaba demasiado.

Le costó un poco de trabajo, pero consiguió encontrar un tornillo suelto que sujetaba un panel oculto. Al retirar el panel, sacó un teléfono móvil antiguo con un cable de carga conectado directamente al televisor.

Finch volvió a colocar el panel y encendió el teléfono. El volumen estaba apagado y había un mensaje en la pantalla:

“Otra ventaja.”

Finch sonrió con satisfacción y recordó que solía enviar mensajes de texto anónimos a Louise cuando se mudó por primera vez a Weston. Nunca supo con certeza el impacto mental que tuvieron, pero en ocasiones incluso había conducido hasta el bungalow en el que ella vivía y había esperado a que apagara las luces para pillarla justo cuando se estaba por dormir.

Una cosa era segura: no iba a dejarse manipular de esa manera. Había un número guardado en el teléfono, pero no iba a apresurarse a usarlo. Si Clemons quería que le agradeciera por el regalo, tendría que esperar.

Esperó hasta la mañana siguiente, después del desayuno, para sacar el teléfono del panel. Aunque podía resultarle útil, también suponía un gran riesgo para él, pues tener un teléfono en su poder le supondría perder los privilegios que tenía, y también sería perjudicial para su caso.

Clemons lo sabía, pero aun así Finch llamó al número del teléfono, y se sorprendió cuando una voz femenina contestó.

CAPÍTULO NUEVE

A los diez minutos de viaje, una columna de humo negro guio a Louise hasta su destino, un parque de caravanas en Kewstoke que estaba a menos de un kilómetro y medio de su casa.

Tracey ya estaba en el lugar de los hechos, pues se encontraba en la zona realizando una investigación no relacionada.

—Por suerte, el incendio se limitó a una caravana estática —dijo, y se secó el sudor de la frente.

El incendio había sido extinguido. Los SOCO estaban trabajando con los bomberos para asegurarse de que era seguro antes de entrar.

—¿Alguien ha avisado a las autoridades? —preguntó Louise, mientras observaba cómo los restos del humo serpenteaban hacia el cielo despejado.

—Toma —dijo Tracey. Le entregó su teléfono.

La voz parecía pertenecer a un hombre de mediana edad. Lo analizarían, pero Louise no creía que se hubiera utilizado ningún programa de modificación de voz.

—Ya le dije, Inspectora Blackwell, que la próxima vez sería de verdad —dijo la voz antes de dar la dirección de la caravana.

Louise sintió un escalofrío al oír su nombre.

—¿Cuándo se avisó de esto?

—Recibimos esta notificación ocho minutos antes de que entrara la llamada de emergencia de uno de los propietarios de la caravana. La mujer en cuestión, Merrill Letts, afirma que oyó un ruido y luego vio el fuego. Dijo que pasaron unos dos o tres minutos desde que oyó la noticia hasta que nos llamó.

Louise conocía al Ayudante del Jefe de Bomberos, un hombre corpulento llamado John McKee, que la saludó con su cálido acento galés.

—Suerte que se limitó a una caravana. Podría haberse extendido si no hubiéramos llegado antes. Tengo entendido que ayer tuvieron una falsa alarma en la escuela de Larkmead.

Estaba a punto de responder cuando Tracey le tocó el hombro. Se giró y vio que Tania Elliot llegaba en su elegante cupé negro.

—Dile que se vaya a la mierda, Tracey. La arrestaré si tengo que hablar con ella.

A Louise no se le había pasado por alto que el teléfono de Tania había sonado al mismo tiempo que el suyo. No quería exagerar, pero se preguntaba si Tania tendría una fuente en la policía u otro servicio de emergencia que le hubiera avisado.

—¿Qué has oído? —le preguntó a McKee, mientras Tracey iba a interceptar a Tania.

—Estaba en una estúpida reunión regional, pero me enteré. ¿Un artefacto explosivo falso?

—Y una nota.

—Esta vez no hay nota, ¿pero el perpetrador avisó a las autoridades?

—Parece que sí.

—Mira, entramos cuando llegamos para comprobar que nadie estaba en peligro. Volveré ahora a buscar la fuente del incendio. Los chicos dicen que había un gran olor a gasolina, y solo hay que ver el humo y los daños causados para saber que se utilizó algún tipo de acelerante. Quería comprobar si te parece bien que vayamos ahora a rebuscar entre los restos.

Louise lo consultó con Janice Sutton, del equipo SOCO, antes de aceptar. Tracey había vuelto y Tania había sido desterrada a su coche. La periodista seguía en el lugar, lo que le produjo a Louise una rabia desproporcionada.

—Dice que no hace daño sentada en su coche —dijo Tracey a modo de explicación.

Podría haber insistido, pero ya estaba distraída. De cerca, el olor a gasolina era fuerte y dulce, y el humo se pegaba a su ropa. Louise ya se había visto envuelta en un incendio, y tuvo que luchar contra la sensación de estar atrapada y rodeada por las llamas mientras tres bomberos volvían a entrar en la caravana.

No tardaron mucho en volver a salir, y uno de los bomberos se puso a charlar con McKee antes de acercarse y mostrarle a ella una imagen granulada que habían tomado en el interior. Parecían los restos carbonizados de un artefacto explosivo improvisado.

—¿Es un teléfono? —preguntó Louise.

—Yo que tú llamaría al equipo antibombas de nuevo —dijo McKee.

—¿Cómo funciona? —dijo Louise mientras ampliaba la imagen.

—No puedo estar seguro hasta que lo veamos más de cerca. Parece que la función de vibración del teléfono habría activado la ignición, pero el lugar ya había sido rociado con gasolina de antemano. Esto fue programado para explotar cuando lo hizo.

—¿A distancia?

—Solo tuvieron que llamar al teléfono —dijo McKee.

—¿No es bastante sofisticado? —preguntó Louise. Pensó en el daño potencial que podría causar un sistema así, y en si Emily estaba realmente a salvo de vuelta en la escuela.

—Por desgracia, ya no. Es aterrador. Por supuesto, tendrían que haber instalado el aparato en primer lugar, así que alguien debe haber plantado el dispositivo y empapado el lugar con gasolina.

Louise dio las gracias a McKee, con los dientes rechinando. A través del resplandor del sol, pudo ver a Tania sentada al volante de su coche hablando por el móvil. Las consecuencias podrían ser enormes. Por suerte, nadie había resultado herido, pero la idea de un pirómano con semejantes capacidades era más que inquietante.

—He hablado con los propietarios de la caravana, el señor y la señora Bastien. Una pareja de jubilados que ahora están en Malta —dijo Tracey.

—¿Qué han dicho? —dijo Louise, distraída y pensando en los pasos a seguir.

—Como es natural, están un poco disgustados.

—Lo siento, pregunta estúpida —sacudió la cabeza como para volver al presente—. ¿Cuándo estuvieron aquí por última vez?

—Llevan seis meses afuera. Pagan una cuota al parque para que les mantengan la caravana en su ausencia, pero no les gusta dejarla sola. La mujer sonaba muy afectada en la llamada. Le hice todas las preguntas obvias, pero no puede pensar en una razón por la que alguien los atacaría

en específico.

—Quizá porque el pirómano sabía que estaban fuera —dijo Louise, casi para sí misma—. Tenemos que cerrar este sitio —añadió, de vuelta en el modo de trabajo—. Que no se vaya nadie. Será mejor que avise.

—Lo arreglaré, no hay problema —dijo Tracey—. La dueña del parque también está en camino.

—Gracias, Tracey.

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó Tracey al señalar la figura de Tania Elliot, que seguía hablando por teléfono.

—Acordonemos toda la zona y asegurémonos de que Tania no pueda ver lo que pasa. Creo que vamos a estar aquí mucho tiempo.



LA NOTICIA no fue recibida con mucho entusiasmo por el Detective en Jefe Robertson. Louise podía sentirlo caminando por la oficina mientras ella le contaba sobre la amenaza potencial y su necesidad de personal extra.

—¿Sabes que voy a tener que intensificar esto? —dijo, con un gruñido grave en la voz.

En el pasado, eso habría significado llamar a Finch, y Louise tuvo que detenerse un segundo al darse cuenta de que él estaba entre rejas y ya no podía interferir.

—Haga lo que tenga que hacer, jefe.

—Siempre y cuando te des cuenta de que podemos perder el caso. Si esto se ve como algo parecido a una amenaza terrorista, nos lo quitarán.

No era la primera vez que se arriesgaba a perder una investigación. Entendía el riesgo.

—No son terroristas. Es un ataque dirigido, Iain.

—Puede ser, pero no es a mí a quien tienes que convencer. La persona que realizó la llamada mencionó tu nombre de nuevo. Me van a preguntar si deberías estar a cargo de esta investigación.

—Sé que harás todo lo posible por mí —dijo Louise, y colgó antes de que él tuviera la oportunidad de discutir. Por el momento, ella tenía el control de la investigación, y eso era todo en lo que podía concentrarse. Había realizado un curso de formación antiterrorista hacía unos años y, aunque no era una experta, nada de lo que estaba ocurriendo se ajustaba a los patrones conocidos. No lo descartaba, pero la prioridad de Louise era descubrir cualquier vínculo entre la escuela y el parque de caravanas.

Como aún era periodo lectivo, el parque de caravanas no estaba lleno, pero al cabo de un par de horas ya había una cola de propietarios y arrendatarios de caravanas que querían volver al recinto. El personal de apoyo de Portishead iba llegando poco a poco y la situación se estaba volviendo difícil de gestionar.

Cuando llegó la propietaria del parque, Mary Sutcliffe, una mujer de unos sesenta años de aspecto formidable, no tardó en expresar su preocupación por el trato que estaban recibiendo sus inquilinos.

—Agradezco su preocupación, pero no tenemos otra opción por el momento —dijo Louise. Siguió a la mujer hasta su despacho, una pequeña cabaña prefabricada con vistas al recinto.

—¿Té?

—Estoy bien —dijo Louise.

—Me vendría bien algo un poco más fuerte. Supongo que tú no puedes. Nunca me gustó beber sola.

Louise negó con la cabeza.

—¿Vive en Bristol?

—Westbury.

—¿Cuándo estuvo por última vez en el sitio?

—Ayer. ¿Supongo que soy sospechosa? ¿Crees que lo hice por el seguro? Créeme, esto me costará mucho más de lo que jamás recuperaré —La mujer hablaba bien, su acento neutro sugería que no era del suroeste.

—Nadie está sugiriendo eso —dijo Louise—. Necesito más detalles sobre su sistema de seguridad. En algún momento, alguien entró en la caravana de los Bastien y colocó el artefacto, además de empapar el lugar con acelerante. Siendo realistas, por el olor de la gasolina, eso debe haber ocurrido en las últimas veinticuatro horas.

—¿La cerradura fue forzada?

—No estamos seguros. Parece que no entraron por la fuerza, pero la cerradura podría haber sido forzada. ¿Quién tendría acceso a las llaves?

Mary miró detrás de ella hacia una caja fuerte.

—Tenemos todas las llaves ahí. Es propiedad de los Bastien, así que ellos tendrían las llaves y podrían hacer y repartir tantas copias como quisieran.

—¿Podríamos ver? —dijo Louise, que miraba a la caja fuerte de la pared.

—Por supuesto.

—¿Le importaría usar esto? —le entregó a la mujer un par de guantes de látex—. Si pudiera abrirla sin tocar nada de lo que hay dentro, por favor.

Mary frunció el ceño, pero hizo lo que le pedía.

—Dos juegos de llaves de la propiedad Bastien, ambos presentes y correctos.

—Necesitaré que revisen esta habitación en busca de huellas y ADN. ¿Quién tiene acceso a la caja fuerte?

—Yo tengo una llave, al igual que mi pareja, que en estos momentos se encuentra en Seychelles por negocios —dijo Mary, resaltando la última palabra como si se la hubiera inventado.

—¿Alguien más?

—Me temo que sí. Tenemos una empresa de limpieza que necesita acceder a las caravanas y un reparador local que viene a ayudarnos.

—Necesitaré una lista de nombres —dijo Louise—. Así como una lista de todos los propietarios y la gente en el sitio.

—Puedo imprimirla ahora. Los propietarios de las caravanas nos avisan de los alquileres y demás. Es su responsabilidad darnos todos los nombres, pero pueden ser un poco vagos, sobre todo con los familiares.

—Entiendo —dijo Louise, que se mantuvo en su asiento mientras Mary usaba su ordenador y empezaba a imprimir la información.

—Lista de alquileres —dijo Mary. Le entregó cuatro hojas de papel A4.

Un olor a humedad parecía impregnar la habitación a medida que Louise leía la lista. Algunos de los nombres ya habían sido entrevistados, pero había más de cien personas y esos eran solo los arrendatarios.

Mary le dio más papeles.

—Propietarios que pueden estar o no en el lugar. Deben decírnoslo, pero rara vez lo hacen si solo vienen por el clima. Y la lista del personal.

Louise ignoró a los propietarios y fue directamente a la lista de personal.

—Tienen muchas limpiadoras.

—Trabajo transitorio a veces. Contratamos a una empresa. Esos son los contactos principales. Para ser justos, han sido bastante buenos. No hay quejas, y parece que no falta nada.

Louise se detuvo y un golpe de adrenalina golpeó su sistema.

—¿Este hombre, Karl Insgrove?

—Nuestro reparador. ¿Qué pasa con él?

—¿Sabe si trabaja en la escuela Larkmead?

—Sí, es el conserje. Como he dicho, solo ayuda aquí de vez en cuando —dijo Mary, pero Louise ya había dejado de escuchar.

—¿Tiene su dirección?

—Sí, aquí —dijo Mary e imprimió la hoja—. No creerás que él...

Louise ya estaba de pie.

—Gracias, y por favor, no toque nada más aquí —dijo antes de dirigirse a su coche.

CAPÍTULO DIEZ

Cuando se detuvo frente a Larkmead, vio a su madre subir al coche con Emily.

—Louise, ¿qué haces aquí? —preguntó su madre, mientras Emily la saludaba desde el asiento trasero.

Había llamado a Joanne Harrison para confirmar que el conserje seguía en la escuela.

—De vuelta al trabajo, nada de qué preocuparse.

—¿Has quedado otra vez con la señora Harrison? —dijo Emily.

La madre de Louise la miraba concentrada, una mirada familiar que significaba que estaba tratando de analizar lo que su hija tramaba.

—Sí, cariño. Pero no para hablar de ti —dijo Louise, y sacó la cabeza por la ventana para besar a su sobrina—. Será mejor que te vayas a casa con la abuela.

Su madre frunció el ceño y la boca.

—¿Qué pasa?

—No pasa nada, mamá, luego hablamos. Por favor, lleva a Emily a casa ahora.

Louise esperó a que se marcharan antes de cruzar la calle hacia la escuela al mismo tiempo que llegaban dos coches patrulla de refuerzo. Esto atrajo la atención de todo el mundo, y tuvo que esquivar a padres preocupados mientras se dirigía a la recepción del colegio, donde la Sra. Harrison estaba esperando.

—¿Es absolutamente necesario? —cuestionó la directora.

—Solo necesito hablar con él. ¿Dónde está?

—En mi oficina.

—¿Sabe que estoy aquí?

—No, lo que tampoco me gusta —la directora miró detrás de Louise—. Y esto —añadió apretando los dientes mientras llegaban dos agentes uniformados.

Louise ordenó a los agentes que vigilaran la zona antes de acompañar a la señora Harrison a su despacho, donde Karl Insgrove la esperaba.

—Hola de nuevo —dijo el conserje.

—Hola, señor Insgrove —Louise estaba de pie frente a la puerta, con la directora detrás de ella.

—Karl —dijo el conserje, y su sonrisa se desvaneció al ver a Louise y a la señora Harrison juntas—. ¿Todo bien?

Louise estudió a Insgrove, en un intento de averiguar si había algo en su pasado que la relacionara con él. El agresor había utilizado su nombre tanto en la nota de advertencia en la

escuela como durante la llamada. El hecho de que la señalara a ella en específico sugería que le guardaba algún tipo de rencor, pero la única interacción que recordaba con Insgrove era haberlo visto en ocasiones cuando dejaba a Emily en el colegio.

—Ha habido un incendio en el parque de caravanas de Kewstoke —anunció Louise.

La expresión de preocupación de Insgrove fue convincente.

—Dios mío, ¿están todos bien? ¿La Sra. Sutcliffe?

—Ella está bien, y nadie resultó herido, por suerte. Creemos que fue un incendio provocado. Una de las caravanas se quemó.

—Dios mío.

—¿Algo que quiera decirme antes de que continúe? —dijo Louise, su cuerpo tenso en previsión de que Karl tratara de salir corriendo. Había estado en esta situación demasiadas veces como para no prepararse para lo peor.

—¿Alguien quiere decirme qué demonios está pasando aquí? —preguntó la Sra. Harrison, todavía en el pasillo.

—Está bien, Joanne. Es el lugar donde trabajo a tiempo parcial. Supongo que por eso está aquí. ¿Crees que soy una especie de conexión?

—Se encontró un artefacto explosivo dentro de la caravana. Era similar al que encontramos en el almacén de educación física.

Insgrove asintió.

—No sé qué decir. No he estado allí desde el fin de semana.

—¿Pero tiene acceso a las llaves?

El hombre se llevó la mano al cinturón y sacó un juego de llaves.

—Esto abre la caja fuerte del parque donde se guardan las llaves. ¿Qué caravana se quemó?

—¿Necesita el señor Insgrove un abogado? —preguntó la directora.

—No, a menos que él quiera uno. La caravana pertenecía a la familia Bastien.

—Oh, vaya. Como ya he dicho, no sé qué decirle, aparte de que no tengo nada que ver con ninguno de estos incidentes. Los Bastien son gente encantadora —añadió y miró a la Sra. Harrison, que había entrado en la habitación. Una vez más, Louise se sorprendió de lo parecidas que eran las dos personas. Sus ojos, sus cejas finas, incluso sus cuerpos rechonchos. Si los hubiera conocido en otras circunstancias, habría jurado que eran parientes.

—Esto es bastante absurdo. Conozco a Karl desde hace casi cuarenta años —dijo la Sra. Harrison.

—Tiene que acompañarme a la estación, Sr. Insgrove.

—¿Estoy bajo arresto?

—No, pero no tendría más remedio que arrestarlo si no quisiera acompañarme.

Karl miró de nuevo a la directora, suplicante.

—No he hecho nada. Y no quiero salir delante de los niños.

Si el cuidador era inocente de los cargos, entonces Louise entendía su preocupación.

—Las clases han terminado. Casi todos se han ido a casa —dijo.

—¿No lo esposará? —dijo la Sra. Harrison.

Louise hizo una pausa. El conserje tenía unos sesenta años y parecía fuera de forma, y había dos grupos de agentes ubicados en la zona de recepción y el aparcamiento.

—Tendrá que permanecer a mi lado en todo momento. Si no lo hace, lo arrestaré en el acto. ¿Entendido?

El conserje estaba al borde de las lágrimas al ponerse de pie. Parecía convincente, pero

Louise no podía permitirse que el sentimentalismo se interpusiera en el camino del deber. Se mantuvo cerca de Insgrove e hizo una señal a los agentes uniformados para que se mantuvieran a la espera.

Cuando salieron del edificio, Louise observó que la señora Harrison parecía consternada al ver que algunos de los padres seguían en el patio de la escuela. Hubo un silencio colectivo cuando Louise caminó con Insgrove a su lado. El conserje sonrió a los padres y a algunos alumnos que se habían quedado inmóviles contemplando la escena, antes de que la señora Harrison interviniera.

—El señor Insgrove está ayudando a la policía con algunos detalles sobre el incidente de ayer —explicó la señora Harrison. En todo caso, esto empeoró las cosas, ya que los padres empezaron a hablar unos por encima de otros y a preguntar por qué el conserje había sido detenido.

Louise puso la mano en la espalda de Insgrove y lo hizo avanzar, deseando que todo el mundo saliera cuanto antes de aquella incómoda situación. En el coche patrulla, lo ayudó a entrar junto a uno de los agentes. A esas alturas, Insgrove estaba llorando. Louise no estaba segura de si era por la culpa o por la injusticia que percibía; eso tendría que tratar de desentrañarlo en la comisaría. Por ahora, tenía problemas más urgentes.

A veinte metros, Tania Elliot estaba apoyada en el capó de su coche. Había estado tomando fotos del incidente y estaba grabando el arresto de Insgrove.

—¿A dónde lo llevan? —preguntó la señora Harrison, lo que sacó a Louise de su trance de concentración en la periodista.

—A la estación de Weston, por ahora. En Worle.

—Me gustaría estar presente en cualquier interrogación del Sr. Insgrove. En lugar de un abogado.

—Debido a su relación profesional y personal con el Sr. Insgrove, me temo que no será posible —dijo Louise, y esperó que la directora no cuestionara la cercanía de Louise a la investigación como Emily era una de las alumnas de la escuela—. Me aseguraré de que el señor Insgrove tenga representación legal si la necesita y, por supuesto, puede esperarlo en comisaría —añadió cuando la señora Harrison no respondió—. Si hubiera otra manera, la habría tomado. Esperemos que el señor Insgrove pueda responder a nuestras preguntas y lleguemos al fondo del asunto. ¿Quiere que la lleve a la estación?

—Puedo ir por mi cuenta, gracias —dijo la directora y volvió al colegio, donde se vio rodeada de padres y alumnos.

—¿Está detenido el señor Insgrove? —preguntó Tania, acercándose sigilosamente a Louise cuando la señora Harrison se retiró.

—No.

—Está ayudando en la investigación, según tengo entendido —dijo Tania, que tomaba notas con un pequeño lápiz que sostenía en su mano bellamente cuidada—. Es el reparador en el sitio de caravanas de Kewstoke, ¿no?

—Sin comentarios.

—Sin comentarios —Tania imitó a Louise mientras seguía escribiendo.

Louise se negó a morder el anzuelo. La periodista intentaba contrariarla a propósito, con la esperanza de que perdiera la calma y dijera algo que no debía.

—¿Qué quieres, Tania?

—Después de los acontecimientos de hoy, esta será una gran noticia. Puede que incluso nacional. Es mi deber informar lo que ha sucedido.

—El Sr. Insgrove no está bajo arresto.

—Lo sé, está ayudando a la policía con la investigación. Me aseguraré de mencionarlo.

—Tal vez podrías esperar un día. Tenemos que hablar con él por sus vínculos con ambos sitios, nada más y nada menos. No sería justo arrastrar su nombre por los medios.

—¿Justo? Esa es buena. Parece que no te importa sacarlo delante de sus colegas y de los padres. Delante de los niños.

—¿Qué quieres? —preguntó Louise. Se dio cuenta de que sonaba como un disco rayado.

—Acceso exclusivo a este caso, y que te sientes conmigo para responder a algunas preguntas sobre Finch.

Louise apartó la mirada y su cuerpo se tensó.

—Te daré información diaria sobre la investigación, te lo prometo, pero no hablaré de Finch. Tiene un juicio pendiente, como bien sabes.

—Todo será extraoficial hasta el veredicto.

—No puedo hacerlo. Tómalo o déjalo, pero no hablaré de Finch.

—Lo tomaré, Louise. ¿Hablarás conmigo después de tu entrevista con el Sr. Insgrove?

Le tiraban los músculos de los hombros. Odiaba hacer tratos con la periodista, pero no quería que el nombre de Insgrove saliera en los periódicos.

—Si no publicas nada de lo sucedido aquí todavía, hablaré contigo.

—Gracias, Inspectora Blackwell, siempre es un placer. Ahora discúlpame, tengo que hablar con unas personas.

Louise negó con la cabeza mientras Tania se dirigía hacia el grupo de padres, con el cuaderno en la mano como un arma.

CAPÍTULO ONCE

El patio de ejercicio daba a todos los lados. Si alguna vez le daba el sol, debía de ser a una hora distinta a la que Finch había utilizado el lugar. Solo caminaba entre sombras, y mientras lo recorría solo, usando el bastón a regañadientes y contando cada paso con precisión militar, sintió que los ojos se clavaban en él. Hombres de ambos lados de la prisión deseaban hacerle daño, pero estaba relativamente a salvo por ahora. Estaba en prisión preventiva, y los guardias estaban contentos de esperar su comparecencia ante el tribunal, después de la cual esperaban que fuera integrado a la vida carcelaria, probablemente en algún lugar peor que éste. En cuanto a sus compañeros de prisión, aunque pudieran burlar la seguridad que permitía que comiera, durmiera e hiciera ejercicio solo, nadie le tocaría por sus vínculos con Terry Clemons.

Aún no sabía si Clemons era una oportunidad o un obstáculo. Lo que quería de Finch era factible, siempre y cuando el desviado guardia Wilson hiciera lo que se le dijera.

Si Finch conseguía ayudarlo, Clemons le había ofrecido una posible manta de seguridad para su tiempo dentro. Él podría seguir explotando sus antiguos contactos para ayudar en los negocios de Clemons. Era una forma de mantenerse a salvo en un entorno que solo prometía volverse más hostil.

Contó hasta setenta y dos e hizo un giro brusco a la izquierda antes de volver a empezar la cuenta desde cero.

Estaría loco si no considerara a Clemons un riesgo. Por eso había pedido a Wilson que convocara a su viejo colega Edward Perkins. Perkins era perfecto para el trabajo, y se podía confiar en que mantendría la boca cerrada. Y lo que era más importante, Finch tenía información sucia sobre él desde la década pasada. Si quería, podía hacer que Perkins lo acompañara en prisión con un chasquido de dedos; eso mantendría a Perkins leal y sería un aliado si Clemons decidía traicionarlo.

Se paseó un poco más. Siempre había un olor que acompañaba sus paseos por el patio, algo parecido a verduras podridas, aunque no hubiera contenedores a la vista. Hoy se sentía en el aire espeso, represivo en el calor. Finch respiró por la boca en un intento de evitar el olor a muerto mientras consideraba la otra anomalía: el teléfono y su número preprogramado, perteneciente a la periodista Tania Elliot.

Finch recordaba a aquella mujer de su estancia en Weston. Era muy guapa y había intentado ligar con ella un par de veces, pero no había despertado ningún interés en ella. Era inteligente, y era probable que haya hecho una pequeña fortuna con los recientes acontecimientos en la pequeña ciudad costera de mierda. Por teléfono, le había prometido hacerlo famoso.

—¿Infame? —preguntó él.

—Creo que puedo hacer algo mejor que eso —había dicho ella, con voz seductora. Le pidió reunirse con él.

Ella se explicó adecuadamente solo después de que él le recordara por qué estaba siendo juzgado. Su verdadero interés era el psicópata muerto Max Walton. Estaba escribiendo un libro sobre él y las secuelas de aquella época. El recuerdo de Finch de aquella noche en la granja, cuando Louise mató a tiros a un hombre desarmado, era fundamental para sus planes.

Dios, vaya cagada. Para empezar, nunca deberían haber llevado armas. Algún pez gordo que quería renombre había utilizado a Avon y Somerset como conejillos de indias al formar a detectives veteranos en el uso de armas de fuego y permitirles llevar armas en situaciones potencialmente mortales.

Finch soltó una risita al comenzar su trigésimo segunda vuelta al patio de la prisión. Aquel experimento había terminado poco después de que él le diera a Louise la orden de disparar. No había tenido reparos en dar la orden, ni en negar que lo hubiera hecho. Quería a Walton muerto, quería que Louise la cagara para asegurarse su ascenso a Detective en Jefe, y ambas cosas le habían salido bien. El mundo era un lugar mejor sin Walton, y el suyo había sido un mundo mejor siendo Detective en Jefe.

No le había dicho nada de eso al periodista. Nunca había confiado en su clase, solo había tratado de usarlos para sus propios fines. Aun así, aceptó reunirse con ella. Esperaba poder volver públicas algunas historias sobre Louise antes de que empezara el juicio.

—Tiempo.

Finch dejó de caminar ante la orden del guardia de la prisión. Era el mismo guardia que le había negado el permiso para hablar con Wilson el otro día. Lo conocía ahora como jefe Kirkland, o *señor*, como prefería que lo llamaran.

—Voy a esposarte, Finch. Las manos a la espalda —dijo el guardia que se acercaba a él.

—Esposarme, ¿por qué? —Era una prisión de categoría B, y a Finch nunca lo habían esposado al entrar o salir del patio de ejercicios.

—Tienes visita —dijo Kirkland. Tiró del brazo derecho de Finch hacia la espalda y le colocó las esposas metálicas en las muñecas.

—Tranquilo, hombre.

—¿Tranquilo qué?

—Sr. Kirkland —corrigió Finch con una sonrisa fingida.

—Haría bien en no llevarme la contraria, Finch. No soy débil como Wilson. Desprecio a la gente como tú que abusa de su poder, y no toleraré nada de esa mierda en mi prisión, ¿entiendes?

—¿Qué pasó con eso de “inocente hasta que se demuestre lo contrario”? —preguntó Finch mientras el guardia lo empujaba a través de las puertas y de vuelta al interior de la prisión.

—Que te jodan. Eso es lo que pasó.

Sabía que no debía responder. En cierto modo, admiraba al guardia. Estaba tomando la postura que Finch había preferido como agente de policía, y sería absurdo tomárselo como algo personal.

Kirkland lo guio a través de tres puertas antes de llegar a una celda de interrogatorios. Hizo un gesto con la cabeza a un segundo guardia, que abrió la puerta metálica para revelar el rostro acogedor de Edward Perkins, sentado ante un escritorio metálico fijado al suelo.

—Eddie —dijo Finch. Kirkland lo empujó a través de la abertura y lo sentó.

—Dime Sargento Perkins —dijo su antiguo colega, con cara de piedra.

—¿Me necesitas aquí? —preguntó Kirkland.

—Estaré bien —dijo Perkins.

—Puedes quedarte con las esposas puestas, Finch, por tu insolencia.

Suspiró, pero no discutió. El guardia los encerró y ambos esperaron un minuto antes de romper el silencio.

—¿Qué tal, jefe? —dijo Perkins, y su expresión inexpressiva se transformó en una sonrisa.

—Mejor tras ver una cara amiga. ¿Así que debo llamarte Sargento Perkins? —preguntó enarcando las cejas.

—Hay que jugar, jefe.

—¿Cómo has conseguido verme? —preguntó Finch.

—Les dije que necesitaba tu opinión sobre un caso antiguo. Ni siquiera se molestaron en preguntarme. Traje algunos archivos por si acaso —dijo Perkins y colocó una caja de archivos sobre el escritorio.

—¿Hablaste con Wilson?

—Tiene que vigilarlo, jefe. Es un charlatán.

—No te preocupes, él sabe lo que pasará si habla demasiado. Yo me preocuparía más por Kirkland. Es probable que compruebe tu historia al salir.

Perkins señaló su cabeza.

—Todo está aquí arriba.

Finch asintió.

—¿Qué hay de nuevo en el mundo?

—El cuartel general es una mierda ahora. Los Weston dirigen una sección y Tracey dirige Bristol.

Tracey Pugh era una de las pocas mujeres oficiales de las que Finch no había tratado de deshacerse. En parte porque no encajaba en los jueguitos que le gustaba jugar con las oficiales. La encontraba repulsiva, y no se habría acostado con ella antes que mearla encima si estuviera en llamas, pero era la mejor amiga de Louise y eso significaba que podía aprovecharse de ella para obtener información. Por lo general, sin que ella lo supiera directamente. Por desgracia, lo único que sabía de ella era que le gustaban los hombres más jóvenes del departamento, y había eludido esa posible indiscreción al salir con un joven policía que ahora trabajaba en Nailsea y no tenía ninguna relación laboral directa con ella.

—¿Y Blackwell?

—Sigue con su agenda. ¿Cómo pueden justificar la expulsión de detectives adecuados cuando *ella* está en el cuerpo? —dijo. Decía las cosas que sabía que Finch quería oír.

—Tienes que presionar para que te asciendan, Perkins. No podemos permitir que esa gente se haga cargo.

Perkins levantó la cabeza en señal de reconocimiento. Finch le seguía la corriente, y es probable que el otro lo supiera. Ya estaba demasiado arriba en la escala salarial y nadie sensato iba a darle más poder, sobre todo por su historial con Finch.

—¿En qué puedo ayudarle, jefe?

A pesar de su relativa intimidación, Finch se vio obligado a hablar en clave. Perkins había estado en el cuerpo lo suficiente como para captar lo esencial de lo que decía. Con su ayuda, podría detener el flujo de drogas a la prisión de categoría B. Era mucho que pedirle, pero ambos sabían que no tenía más remedio que aceptar.

—Desagradable trabajo. ¿Seguro que quieres involucrarte? —dijo Perkins.

—Apenas notarás que formas parte del plan, Eddie. Haz la vista gorda y maneja a los guardias. Wilson está a bordo, así que puedes trabajar con él.

El hombre se llevó la mano a la boca y el ambiente en la celda cambió. Finch sabía que no debía hablar; Perkins quería negociar y él no iba a ser el primero en hacerlo.

—¿Qué ganas con esto? —dijo su antiguo colega, tras un prolongado silencio.

—No te preocupes por eso, Eddie.

—¿Te has enterado del incendio de Kewstoke? —preguntó Perkins. Sorprendió a Finch al cambiar de tema.

—¿Tenemos un trato, Eddie? —dijo Finch, ignorándolo.

Perkins frunció los labios. Parecía nervioso, como si estuviera a punto de decir algo.

—Eso será todo, jefe. Entonces me largo. He pagado mi deuda.

—No hace falta decirlo, Eddie —dijo Finch conteniendo su furia. Qué descaro, tratar de negociar con él. Finch podría estar dentro de la cárcel, pero para él eso era poco más que una ilusión. Perkins solo tenía una idea de los problemas que Finch podría causarle si quisiera. Que intentara jugar con él, ahora que el agente se creía en una posición más fuerte que cuando eran colegas, era algo que Finch no olvidaría pronto. Por el momento, decidió prometerle lo que le pedía—. Hay una cosa más, que te beneficiará directamente.

—¿De qué se trata, jefe? —dijo Perkins, y la tensión de la sala se relajó.

—Puede que no sea tan tarde para tu ascenso, después de todo —dijo Finch. Procedió a contarle a su antiguo colega el plan secundario de Clemons para desacreditar a Louise Blackwell.

CAPÍTULO DOCE

El bloque de pisos de Mead Vale estaba a poca distancia de la casa de Thomas. Louise ya había estado allí en un par de redadas antidroga, pero desde entonces el lugar se había arreglado bastante. El hueco de la escalera estaba mucho mejor iluminado y el problema de la humedad se había solucionado o cubierto con una capa de pintura fresca.

Karl Insgrove se había mostrado relativamente locuaz durante la entrevista. Había negado estar implicado en ninguno de los dos incidentes, pero había accedido a que se registrara su casa. Por el momento, Louise no se había pronunciado sobre su culpabilidad o inocencia. Sin duda tenía los medios para ser el responsable, pero a ella le costaba encontrar un motivo.

Y no solo la directora de la escuela había dado fe del carácter del conserje. Después de dejar su antigua estación en Worle, Louise había recibido una llamada de su propia madre en la que le contaba lo servicial que había sido el Sr. Insgrove con ella en el pasado, cuando se habían trasladado por primera vez a la escuela. Era otra distracción que no necesitaba. Ya era bastante difícil aferrarse a la investigación, y esto no era algo que fuera a compartir con Robertson por lo pronto. Se imaginaba que el grupo de WhatsApp de los padres estaba plagado de especulaciones, y había dado las gracias a su madre por su aporte y se había despedido antes de que pudiera empezar una discusión.

Tracey abrió la puerta del piso de la quinta planta y alumbró con su linterna hasta localizar un interruptor de la luz. Después de haber presenciado de primera mano la miseria en la que vivían algunos de los compañeros de residencia de Insgrove, Louise había temido lo peor, pero el pequeño apartamento de Insgrove estaba imaculado. Las paredes eran de un blanco roto neutro y el suelo de madera laminada con alfombras estampadas. Había poco desorden. En el salón había un pequeño sofá y un sillón frente a un televisor antiguo. El suelo estaba impecable y el cuarto de baño reluciente.

—O es muy práctico... o esperaba visitas —dijo Tracey tras abrir una puerta que daba a la habitación principal.

—Es un conserje. Su trabajo es cuidar de las cosas —dijo Louise. Siguió a su colega hasta el dormitorio de Insgrove.

—Militar —dijo Tracey mientras tocaba las apretadas esquinas de la cama bien hecha.

Louise descolgó un marco de la pared, encima del cabecero de la cama. Detrás del cristal había varias medallas militares.

—Nos dijo que había estado en la marina. Sirvió en las Malvinas.

Miró varias fotos de Insgrove vestido de militar con sus antiguos compañeros. La única foto

reciente que pudo ver era de él en el exterior de la iglesia de la Santísima Trinidad, con otros cinco hombres de edad similar. Louise grabó la imagen en su teléfono.

—¿Por casualidad no era experto en explosivos? —preguntó Tracey y enarcó las cejas con fingida esperanza.

—Lamentablemente, no. Técnico en barcos —dijo Louise. Recordó que Insgrove la había corregido durante la entrevista.

—Será mejor que empecemos —concluyó Tracey.

Después de la entrevista, Louise había decidido detener a Insgrove. Su relación con la escuela y el parque de caravanas parecía demasiada coincidencia y no podía arriesgarse a soltarlo hasta haber agotado todas las posibilidades. Eso significaba que tenían hasta mañana por la tarde para encontrar algo más concreto de lo que acusarlo o tendrían que dejarlo marchar.

Louise pidió por radio al equipo de búsqueda que esperaba fuera que empezaran por la habitación delantera y empezó a buscar en las mesitas de luz. Era el tipo de búsqueda en la que no sabían lo que buscaban, pero lo sabrían cuando lo encontraran. La facilidad con la que Insgrove se había sometido al registro sugería que no habría nada incriminatorio allí. Dudaba que fueran a encontrar un artefacto explosivo o un bidón de gasolina, pero lo único que necesitaban era algo que sugiriera que el conserje tenía conocimientos sobre explosivos o que había estado presente en el parque de caravanas en las últimas veinticuatro horas.

Por el momento, el interrogatorio en Kewstoke había terminado. Nadie en el parque recordaba haber visto a Insgrove desde el viernes. Solo había un número limitado de cámaras de vigilancia en la zona de recepción, y eran fáciles de evitar. Insgrove podría haberse colado durante la noche y haber copiado la llave antes de eso.

—He encontrado un portátil —dijo uno de los agentes que había estado registrando el resto del apartamento. Ya había colocado la máquina en una bolsa de pruebas transparente.

—¿Dónde estaba? —preguntó Louise.

—En el armario —dijo el agente e iluminó con su linterna un pequeño armario del cuarto de baño.

—Extraño lugar para guardar tu portátil.

—Y pesado también —dijo el alguacil.

—Vale, vamos a comprobarlo en cuanto podamos —dijo Louise en cuanto dos personas a las que no conocía entraban en el apartamento de Insgrove.

Estaba a punto de preguntarles quiénes eran cuando sonó su teléfono. Era el inspector Robertson. Louise contestó mientras Tracey les preguntaba qué estaban haciendo.

—Señor.

—Estás a punto de recibir una visita —dijo Robertson.

Louise dio la espalda a la pareja, que estaba mostrando su identificación a Tracey.

—Creo que acabamos de hacerlo.

—Contraterrorismo. ¿Los conoces? ¿Faulkner y Hartson?

—Jesús —dijo Louise, en voz baja.

—Solo quieren hablar, al parecer. Es procedimiento. Síguelos juego por ahora. ¿Puedes hacerlo? —preguntó Robertson.

—Sí, señor —dijo antes de colgar.

Tracey les devolvió el carné e hizo contacto visual con Louise, que se acercaba.

—Inspectora Louise Blackwell.

—Detective en Jefe Evelyn Hartson e Inspector David Faulkner. Contraterrorismo —dijo la

agente, y la pareja volvió a ofrecer su identificación.

Los agentes de Contrterrorismo tenían su base en el cuartel general, pero no solían mezclarse con los demás agentes. Ella asintió con la cabeza.

—Muy bien. ¿En qué puedo ayudarles?

—¿Podemos hablar? —dijo Evelyn, señalando el exterior del apartamento.

Louise miró a Tracey. Estaba técnicamente al mando, pero Tracey tenía tanto derecho como ella a estar allí.

—Supervisaré a los demás —dijo. Le dio a Louise un pequeño gesto de seguridad al alejarse. Sintió una brisa al salir al pasillo.

—Siento apartarte de tu trabajo —dijo Evelyn—. Pensamos que era mejor presentarnos ahora, para evitar complicaciones más adelante.

—¿Me va a decir que ahora es solo el procedimiento? —adivinó Louise.

El Inspector Faulkner sonrió.

—Es solo el procedimiento. Cualquier cosa que implique artefactos explosivos, en especial con notas y llamadas telefónicas adjuntas... bueno, ya sabes cómo es. Hasta ahora, solo hemos leído las notas del caso, pero no creo que podamos descartar todavía la posible implicación terrorista.

—Quizá no —dijo Louise—, pero falta mucho para saberlo.

—En absoluto —dijo el hombre y le dio una sonrisa que seguro le pareció encantadora.

—Como dice David, es solo el procedimiento. Tenemos que seguir la investigación y nos gustaría ayudar lo mejor que podamos. Solo estamos aquí para apoyarlos en esta fase —aseguró Evelyn.

Tenían cuidado de subrayar que no se hacían cargo de la investigación, aunque dejaban margen para esa posibilidad. En cualquier otro momento, Louise se habría enfadado por su implicación. En sus últimas grandes investigaciones, la amenaza del Equipo de Investigación del cuartel general y, en particular del Inspector Finch, se había cernido sobre todo. Ahora, ella misma dirigía el Equipo de Investigación Mayor y se enfrentaba a la amenaza de perder el caso a manos de otra organización. Y ya se encontraba en una situación precaria: era la escuela de Emily y la notaba estaba dirigida a ella, así que había suficiente preocupación por ser la detective principal. Esa debía ser, en parte, la razón por la que los agentes de la UAT estaban aquí, pero no tenía sentido cuestionar a nadie a estas alturas. Al menos seguía siendo su investigación, por el momento.

—No tengo problema en compartir toda la información, y tendrán acceso a la base de datos.

—Naturalmente, pero esperábamos poder colaborar de una forma más práctica —dijo David.

La adrenalina se disparó en el torrente sanguíneo de Louise. Le costó no responder con desdén.

—¿Una forma más práctica?

—Lo que mi colega quiere decir —dijo Evelyn y le lanzó una mirada desdeñosa al sonriente agente—, es que todos conocemos las limitaciones de los informes formales. Mediante el enlace, esperábamos poder conocer sus ideas directamente; quizá ponernos al día a diario. Solo tomaríamos unos minutos de su tiempo.

No era ningún secreto que, desde el incidente de la granja Walton, a Louise le resultaba más difícil que antes trabajar en equipo. Cuando se trasladó por primera vez a Weston, había estado aislada, sobre todo por decisión propia, y le había llevado tiempo confiar en sus colegas y que ellos confiaran en ella. La petición no era descabellada. Evelyn tenía razón sobre las limitaciones

de un sistema en el que solo se registraban los detalles de los delitos y la investigación posterior. La UAT tendría acceso a recursos e información que ella no tenía, y tenía sentido utilizarlos.

Louise compartió con ellos sus pensamientos sobre la naturaleza personal de los ataques.

—¿Cuál es su primera impresión de Karl Insgrove? —preguntó Evelyn.

Meditó su respuesta antes de contestar.

—Aún no tengo una idea clara de él, ya que sigue desafiando las expectativas. Se mostró bastante pasivo cuando hablamos en la escuela, lloroso cuando nos lo llevamos. Un poco más enérgico cuando lo interrogamos, pero todavía con alguna lágrima. Tras registrar su piso, parece muy ordenado, lo que supongo que coincide con su pasado militar.

—¿Crees que lo hizo él? —dijo David, como si estuviera tan claro.

A Louise nunca le gustó guiarse por corazonadas o instintos viscerales. Si creía que alguien era culpable de un delito, era porque había pruebas o un indicio claro de que lo era. Como todos los policías, ya se había equivocado antes, y era demasiado pronto para hacer semejante afirmación.

—¿Y tú?

Otra vez esa sonrisa. Se preguntaba a cuánta gente había encandilado el agente con aquella sonrisa y si confiaba demasiado en ella. Le recordó cómo había actuado Greg Farrell al principio de su carrera: una sonrisa pícaro que ocultaba sus verdaderos pensamientos.

—Si quieres, podemos ver sus antecedentes militares —dijo Evelyn cuando David no respondió.

—Sería de gran ayuda —dijo Louise. Les dio las gracias antes de regresar al apartamento de Insgrove y cerrar la puerta tras de sí.

CAPÍTULO TRECE

Por primera vez en varias noches, Louise no se quedó en casa de Thomas. La búsqueda en el apartamento de Insgrove se había prolongado hasta bien entrada la noche y, aparte del portátil, poco más se había encontrado que pareciera relevante. Se preparó un Malay Chai. Tracey le había sugerido que lo añadiera a su rutina nocturna; el té no contenía cafeína, pero estaba lleno de sabor. Se rio para sus adentros mientras se sentaba frente al televisor y pensó que, no hacía tanto tiempo atrás, el té habría sido una gran medida de vodka de la botella que guardaba en el congelador.

Después de poner las noticias de la BBC, Louise se levantó y estiró las piernas. Se habría ido a la cama, pero nunca podía dormir inmediatamente después de un día ajetreado. Le dolían las piernas, como si hubiera estado corriendo toda la tarde, y gimió al estirarlas. Quería volver a hacer algo de ejercicio, ya sea correr, montar en bicicleta o nadar, pero las exigencias de su tiempo se lo impedían. Si no estaba trabajando, estaba con Thomas o en casa con Emily.

Se sorprendió de lo mucho que disfrutaba de esos minutos de soledad. Le encantaba estar con Thomas, pero hacía tanto tiempo que no compartía su vida con nadie que no estaba acostumbrada. Le preocupaba que nunca se sintiera completamente cómoda al vivir con alguien a tiempo completo, pero eso no era algo de lo que tuviera que preocuparse por ahora. Las cosas estaban bien con Thomas, pero ninguno de los dos tenía prisa por avanzar. O eso pensaba ella. Aún no había asimilado del todo su sugerencia de que Emily y Noah se conocieran. No era una idea descabellada. Hacía tiempo que se veían y los niños eran parte integral de sus vidas. Louise debería haberse alegrado de que Thomas estuviera listo para dar el siguiente paso, así que ¿por qué se sentía como si la estuviera apresurando?

El teléfono sonó mientras se preparaba otra taza de té. Sus piernas seguían inquietas y se tocó los dedos de los pies, sintiendo un estiramiento en las pantorrillas, antes de contestar. Era casi la una de la madrugada, y no reconoció el número de Londres que aparecía en la pantalla.

—Louise Blackwell.

—Louise, soy Glyn Rhinehart, del Times.

Movió el cuello y la tensión de sus piernas se extendió al resto de su cuerpo. Glyn era el redactor de sucesos del periódico nacional. Habían hablado por última vez hacía un par de años, cuando uno de los casos de Louise había sido noticia nacional.

—Glyn, ¿cómo estás? Supongo que me llamas a la una de la madrugada por malas noticias.

—Estoy muy bien, Louise, gracias. No sé si son malas noticias, pero quería avisarte. Mañana publicaremos un pequeño reportaje sobre el incendio de la caravana en tu zona.

Se llevó el té al salón y entró en la página web del Times.

—¿En serio? ¿Es un día de pocas noticias?

—Creo que sucedió justo después de una posible amenaza de bomba en una escuela local.

La noticia ya estaba en la web. Era poco más que un artículo de “clickbait” que informaba del incendio en el parque de caravanas y de la amenaza en la escuela.

—Creo que ya lo sabes, Glyn.

El hombre se rio entre dientes.

—También sabemos que has hablado con Karl Insgrove. De hecho, tenemos una foto.

No había firma en el artículo, pero era obvio quién era el responsable.

—Tania está siendo tímida, ¿verdad? —preguntó Louise.

—¿Qué puedes decirme sobre el Sr. Insgrove?

—¿Por qué Tania no me hace estas preguntas?

Glyn volvió a reírse.

—No se te escapa nada, Louise. Quería hablar contigo antes de publicar el nombre del señor Insgrove. También tenemos una foto de cómo se lo llevan.

Cogió su té y bebió un sorbo antes de contestar.

—No creo que sea prudente, Glyn. Solo nos está ayudando con la investigación.

—Pero va a pasar la noche en las celdas...

Louise bajó la mirada y se mordió la lengua al sentir un calambre en la pierna. Se puso de pie.

—Sin comentarios, pero te agradecería que no usaras su nombre por el momento. Es conserje en una escuela local, y no hay necesidad de arrastrar su nombre por el barro sin motivo.

—¿Entiendo que trabaja en la escuela de su sobrina?

Ella apretó las manos.

—No sé qué importancia tiene eso, Glyn —bajó la voz para que él entendiera su disgusto.

—Hay rumores de que podría haber una organización terrorista detrás de todo esto. Pronto tendrá lugar el gran evento aéreo. ¿Te preocupa el impacto potencial en la ciudad?

—Sé que no vas a publicar eso. Por el momento, todo lo que sabemos es un incendio en un parque de caravanas...

—Un incendio provocado —interrumpió él.

—Un incendio y un artefacto explosivo simulado. Podría tratarse de niños jugando a juegos tontos que se les fueron de las manos. Publicar cualquier otra cosa a estas alturas sería irresponsable. Ahora, si me disculpas, ha sido un día largo.

—Solo una cosa más, Inspectora Blackwell... —dijo Glyn, pero Louise ya se había quitado el teléfono de la oreja y había pulsado “Finalizar llamada” antes de que él pudiera decir algo más.



SE LEVANTÓ A LAS SEIS, con la mente demasiado agitada para dormir bien. Después de ducharse, abrió la puerta y bajó las escaleras. Consiguió dar dos o tres pasos antes de oír que Molly saltaba hacia ella.

—Te estás haciendo demasiado grande —dijo, y se defendió mientras el perro se lanzaba sobre ella.

Después de darle al animal la atención que ansiaba, Louise se dirigió a la cocina, con Molly dando vueltas alrededor de sus piernas, para encontrar a su familia desayunando.

—¿Acabas de llegar? —preguntó su padre, inexpresivo.

Louise cogió una tostada y la mordió.

—Hoy puedo volver a llevar a Emily al colegio —dijo, al ver que sus padres intercambiaban miradas.

—Sí —dijo Emily entre bocados de cereales.

—No estoy segura de que sea una buena idea, Louise —dijo su madre.

Emily dejó caer la cuchara y se incorporó.

—Sí lo es —dijo la niña, con cara de seriedad.

—Termina de comer y ponte el resto de la ropa, jovencita —dijo la madre de Louise, sin dar más detalles hasta que Emily salió de la habitación.

—¿De qué se trata esto? —interrogó Louise.

Su padre frunció el ceño y levantó el periódico para indicar que estaba fuera de la conversación.

—No eres la persona más popular del colegio en este momento —dijo su madre.

—¿WhatsApp?

—Eso es irrelevante, Lou, y lo sabes.

—¿Es por Karl Insgrove?

—Francamente, sí. La gente está un poco molesta porque lo arrestaste delante de los niños y....

Louise suspiró.

—Lo llevé para interrogarlo. ¿Y?

—Los padres no pueden creer que sea culpable de algo.

—Ya veo. Un grupo de desconocidos que no saben nada de lo que ha pasado han determinado la inocencia del señor Insgrove —Louise sacudió la cabeza—. No debería hablar de esto, y tú no debes mencionar que tuvimos esta conversación, mamá.

—No soy estúpida, Louise.

—Bien, entonces no te importará que lleve a Emily a la escuela. He enfrentado cosas peores que la ira de los padres de la escuela primaria.

—¿Estás segura de eso? —dijo su padre, que asomaba la cabeza desde atrás de su periódico con una sonrisa socarrona.



LOUISE HOJEÓ el periódico de su padre antes de marcharse, agradecida por no haber encontrado nada sobre la investigación.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó su madre cuando Emily y Louise subieron al coche.

—¿Qué crees que va a pasar exactamente, mamá?

—Estoy preocupada por ella —dijo su madre en voz baja al señalar a Emily, que estaba sentada en el asiento trasero, con las piernas pataleando hacia delante.

—Mamá, por favor. No pasará nada delante de Emily, te lo prometo.

—Vamos, tía Louise, llegaremos tarde —dijo Emily.

—Mira, mi cliente está lista para partir.

Su madre soltó un largo suspiro y le dio un beso a Emily antes de que Louise arrancara el automóvil. Más allá de las preocupaciones de su madre, era estupendo ver a Emily tan entusiasmada por ir al colegio. Una de las razones por las que los padres de Louise se habían trasladado a Weston era por los problemas que Emily tenía en el colegio de Bristol. Era más que comprensible, y la familia esperaba que el traslado a Weston la ayudara. Hasta cierto punto, así fue. La niña seguía yendo al psicólogo una vez a la semana, y los padres de Louise habían sufrido, a su manera, la muerte de su hijo. Pero Louise tenía la sensación de que al fin estaban siguiendo adelante con sus vidas, y el afán de Emily por no llegar tarde parecía ser una prueba de que ella también lo estaba haciendo.

—¿Cómo te ha ido en el colegio estos últimos días, Emily? —preguntó Louise al ver a su sobrina por el retrovisor.

—Un poco extraño, la verdad.

Louise ahogó una carcajada ante las palabras de su sobrina.

—Un poco extraño. ¿Cómo?

—Con esa cosa, ya sabes. La bomba.

—No había una bomba, Emily. Era de mentira.

—Lo sé, nos lo dijeron. Pero... fue aterrador.

Louise se estremeció, y su piel se erizó.

—Siento mucho oír eso, Emily. Puede dar miedo cuando pasan estas cosas, pero solo era de mentira, te lo prometo.

Emily hizo una pausa, como pensativa.

—Bueno.

—¿Y sabes quién está aquí para protegerte?

Fingió concentrarse esta vez, y Louise captó la media sonrisa en el retrovisor.

—¿La Tía Louise?

—Qué inteligente —dijo, lo que hizo reír a la niña.

A pesar de la preocupación de Emily, llegaron pronto al colegio. Louise estacionó frente al paseo marítimo y decidió dar un corto paseo hasta el colegio.

—¿Puedo ir a la playa? —preguntó Emily.

—Será mejor que ahora no. No querrás tener arena en los zapatos todo el día.

Emily asintió, aceptando el sabio consejo de Louise.

—Esto es bonito —dijo, mientras se cogían de la mano y caminaban por el paseo marítimo, con el mar ya retirándose.

—Eso era exactamente lo que estaba pensando —dijo Louise. Cruzaron la calle, con la mano de Emily suave en su palma. Hacía demasiado tiempo que no pasaban tanto tiempo juntas. Si se le hubiera podido conceder un deseo en ese momento, habría pedido el día libre para poder pasar el día con la niña.

No dijeron mucho más mientras caminaban hacia el interior. Louise se contentaba con disfrutar del simple placer de coger a Emily de la mano. Cuando por fin la soltó al llegar al patio de recreo, sintió un pequeño dolor de separación mezclado con alegría al ver que Emily corría a jugar con sus amigas.

La sensación no duró mucho. Graham Pritchard apareció de la nada.

—Vi que has salido en los periódicos esta mañana —dijo tras acortar una vez más su espacio.

Louise dio un paso a la izquierda y vio a un grupo de padres alrededor de un ejemplar de The

Times.

—Oh, mierda. ¿Qué dice?

—Un poco sensacionalista para mi gusto, en especial de un periódico así. Parece cubrir todos los ángulos posibles: empleado descontento, organización terrorista. Esa periodista local lo escribió, ¿puedes creerlo? Tania Elliot.

—Puedo creerlo —dijo Louise, y se alejó un paso más mientras Graham se acercaba—. ¿Menciona algún nombre?

—Solo el tuyo y el del Sr. Insgrove.

—Mierda —dijo Louise. Echó otra mirada furtiva al grupo de padres, que la observaban sin reservas.

Deseó que el timbre sonara pronto, cuando la señora Harrison lo accionó y silenció a la multitud. Consiguió que Emily le diera un rápido beso de despedida, y se dirigía al patio cuando alguien la llamó por su nombre.

Se giró hacia la fuente de la voz y se detuvo en seco. Todos los demás estaban abandonando el patio. Los alumnos se dirigían serpenteando a sus aulas detrás de sus profesores, ajenos a la posible amenaza.

—Usted no tiene un hijo aquí —dijo Louise. Se acercó al hombre que no conocía en persona, pero que había reconocido por fotos.

—Puede que sí, puede que no —Justin Walton tenía los mismos ojos muertos que su tío. Aparte de eso, su aspecto era muy distinto. Max Walton había sido una bestia, desde la barba y el pelo alborotado hasta su físico robusto de jugador de rugby, mientras que Justin era poco más que un manojo de palos.

—¿Qué es lo que quiere, Sr. Walton? Si esto tiene algo que ver con una posible demanda contra mí, le sugiero que se ponga en contacto a través de sus abogados.

Walton sonrió, y a Louise le costó no reconocer la misma malevolencia y falta de humanidad que había visto todos aquellos años atrás. El fétido olor a mierda de cerdo y a podredumbre que había experimentado aquella noche en la granja le llegó a la nariz y le provocó arcadas.

—¿Eso? Solo era una tontería. No, tengo que hablarte de algo mucho más serio.

Louise se puso a la defensiva de inmediato. Puede que no se pareciera a su tío, pero era pariente consanguíneo de Max Walton. Echó mano a su cinturón de servicio y se aseguró de tener a mano el spray de pimienta antes de exigir a Walton que le dijera lo que quería.

CAPÍTULO CATORCE

Cuando Finch pasó por delante de las celdas en dirección a la sección principal de la prisión, fue bombardeado con gritos y obscenidades. Era el primer día del pre juicio y llevaba un traje que le quedaba una talla más holgado después de que lo metieran dentro. Clemons lo había convocado, y Wilson lo conducía entre la muchedumbre aullante, mientras Finch disfrutaba de cada momento.

Reconoció a la mitad de los presos. O los había encerrado, los había utilizado como informantes, o se había topado con ellos en su trabajo diario con la escoria. El peligro potencial no significaba nada para él. Estaba bastante seguro con Wilson allí presente, así que aprovechó la oportunidad para mirar a sus enemigos a los ojos y tomar nota mental de los que miraban hacia otro lado y los que seguían despotricando.

El mismo idiota sonriente que le había traído la televisión esperaba fuera de la celda de Clemons.

—Tienes cinco minutos —gritó Wilson, sin obtener respuesta, mientras Finch era conducido al interior.

—Vaya recibimiento —dijo Clemons, y ofreció asiento a Finch—. Estás muy elegante.

Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y juzgó la reacción de Clemons cuando sacó lentamente el teléfono móvil que le habían dado. Le impresionó que el hombre no se inmutara.

—Te lo devuelvo —le dijo.

—¿No te gustó mi regalo?

Fingió estar dolido cuando le quitó el teléfono.

—No puedo arriesgarme a llevarlo al juzgado, y no hay manera de que lo deje en mi celda.

—¿Llamaste al número?

Finch asintió.

—Es una mujer muy persistente. Parece que quiere hacerte famoso —dijo Clemons.

Finch lo ignoró. Ya se había cruzado antes con Tania Elliot. No había confiado en ella entonces y tampoco lo hacía ahora, pero eso no significaba que no pudiera serle útil.

—Entonces... ¿qué era tan urgente?

—Me gustan los hombres que van al grano. ¿Has visto esto?

Clemons le entregó un periódico con una noticia sobre un incendio provocado en Weston y una amenaza de bomba en una escuela local.

—¿Qué pasa con eso?

—Me preguntaba si estas implicado de alguna manera —dijo Clemons, que lo estudiaba de

una manera que habría inquietado a la mayoría de la gente.

—¿Por qué incendiaría una caravana, Clemons?

—La sobrina de Louise Blackwell asiste a esa escuela.

No estaba seguro de lo que el hombre estaba sugiriendo. Conocía a Emily Blackwell. Una vez había amenazado a la niña para que Louise retrocediera, pero fue en vano. No tendría reparos en volver a ponerla en peligro, pero no estaba dispuesto a discutir nada con el delincuente que tenía al lado.

—¿Y?

—Me parece interesante que estos dos incidentes ocurrieran tan cerca de tu audiencia.

Si Clemons lo estaba pensando, estaba seguro de que otros harían conexiones similares. Le hizo sonreír pensar que Blackwell y sus compinches se estaban distraendo y que él seguía ejerciendo su influencia, incluso desde la cárcel.

—Nos estamos desviando —dijo Finch. Le interesaba lo que Clemons sabía y lo que no, pero no iba a decirlo—. He hablado con mi contacto. Sabe lo que hay que hacer. El cargamento llegará pronto.

El otro hombre relajó la mirada y bebió un sorbo de agua para romper el contacto visual.

—Ya lo he visto. Eddie Perkins vino a visitarte. ¿Se puede confiar en él? Es más criminal que nadie de aquí. Excluyendo a los presentes, claro.

El cabrón tenía pelotas, eso era seguro. Era fácil hacerse el duro cuando cambiaba la dinámica de poder, pero Finch estaba decidido a que no siempre fuera de esa manera.

—Hará el trabajo. ¿Y nuestra parte del trato?

—Ya está en marcha, Sr. Finch. Estamos vigilando sus movimientos. En cuanto estemos seguros, entraremos. Es probable que el miércoles.

Finch se levantó. Casi esperaba que se abriera la puerta de la celda y que entraran un montón de lacayos de Clemons para impartir la tradicional justicia carcelaria, pero no aparecieron. En cambio, lo condujo hasta la puerta, donde lo esperaba un Wilson agitado que miraba hacia el pasillo.

—Hasta el próximo miércoles —dijo Clemons.

—El miércoles —dijo Finch. Se sintió casi regio con su traje mientras seguía a Wilson entre los reclusos que se burlaban de él, como si abandonara el lugar para siempre.

CAPÍTULO QUINCE

—¿Tenemos que hacer esto aquí? Al menos podrías invitarme a una taza de té o algo —dijo Justin Walton y se limpió la nariz.

Louise no dijo nada. No dejaba de recordarse a sí misma que no se trataba de Max Walton, que no ofrecía el mismo tipo de amenaza, pero aun así su mano estaba al alcance del spray de pimienta.

No se había dado cuenta antes, pero vio indicios de adicción en los ojos dilatados de Walton y en su incapacidad para quedarse quieto.

—Eso no va a ocurrir. Si hablamos, lo haremos aquí ahora; si no, llame a su abogado y podemos ir por canales más oficiales.

Walton se movía de un pie a otro, como si el piso fuera de lava.

—Esperaba tu ayuda —dijo, con los ojos fijos en sus pies.

—¿Quiere mi ayuda?

—Sí. Veo todos los problemas por los que estás pasando. El incendio en Kewstoke, la bomba en la escuela.

—No hubo ninguna explosión, Justin.

—Sabes a lo que me refiero. De todos modos, me hizo pensar. Lo último que necesitas es que alguien te denuncie —Walton dejó de moverse y levantó la cabeza.

—No hablas en serio. ¿Qué busca? ¿dinero? —dijo Louise.

—Haría tu vida mucho más fácil, imagino.

Ella podía ver que estaba desesperado por su próxima dosis.

—Puedo ayudarte, Justin. Puedo meterte en rehabilitación, si es lo que necesitas.

Walton retrocedió como si lo hubiera insultado.

—Vete a la mierda —dijo, con pasos cansados—. No soy una especie de drogadicto, ¿sabes?

—¿Qué es lo que quiere entonces?

Walton se inclinó más cerca.

—Algo de dinero —dijo, como si Louise fuera estúpida—. Haría que todo esto desaparezca.

Era risible y lamentable. Podía haberlo arrestado por intentar sobornar a un agente, y si seguía así, no tendría más remedio que hacerlo. También fue un alivio. Las acusaciones privadas se autofinanciaban, y si Walton estaba desesperado por conseguir dinero, eso sugería que nunca tendría el tipo de dinero para montar un caso contra Louise a menos que alguien más lo financiara.

—¿Quiere repetirlo? —dijo Louise, abriendo la aplicación de grabación de su teléfono.

—Debes pensar que soy estúpido —dijo Walton.

—Se me había pasado por la cabeza. ¿Dónde estaba la noche del seis, señor Walton? —preguntó.

Walton palideció y se quedó con la boca abierta.

—¿Qué? —dijo, con la voz desprovista de la bravuconería que había exhibido hasta ese momento.

—¿La noche del seis?

—No tengo nada que ver con nada de esto, solo intentaba puntuar. . . Solo intentaba ayudarte.

—¿Dónde se aloja actualmente, Sr. Walton? —dijo ella, e ignoró sus quejas ahora que estaba al mando.

Le sorprendió la facilidad con la que se rindió y le dio su dirección sin ningún argumento y una coartada para las tres últimas noches.

—No tengo nada que ver con esto —repitió.

Louise creyó su última declaración. No parecía tener la capacidad de organización necesaria para hacer algo así. Lo que sí le preocupaba era que hubiera contratado a un abogado para iniciar la acusación particular. Es cierto que solo había tratado con él los últimos minutos, pero no le parecía plausible. Además, confirmaba que otra persona podría haberlo metido en esto.

—¿De qué se trata todo esto, Justin? ¿Quién le dijo que presentara una acusación particular contra mí?

—No sé a qué te refieres.

—No necesitamos jugar a estos juegos, Justin. No tiene el dinero para hacerlo. Alguien lo metió en esto, ¿no?

Pensó en Tania Elliot y Tim Finch.

—No sé de qué estás hablando.

—Alguien le pagó para hacer esto. Causar un poco de problemas en el juicio que se aproxima.

Walton retrocedió y se frotó la nariz.

—Puedo ayudarlo.

—No, no, estoy fuera —dijo Walton.

Louise le dejó marchar. Arrestar al sobrino de Max Walton solo atraería más atención hacia ella. Se contentaba con tener su dirección y coartadas que comprobar, pero ahora tenía claro que alguien le había encomendado la tarea de ejercer la acusación particular, y estaba decidida a averiguar quién lo había hecho.



EN VEINTE MINUTOS estaba de vuelta en la comisaría de Weston, donde se reunió con Tracey en el antiguo departamento de Investigación Criminal. Se estaba acabando el tiempo para volver a interrogar a Karl Insgrave antes de que tuvieran que acusarlo formalmente o dejarlo en libertad.

—Te he comprado un pain au chocolat —dijo Tracey y le entregó una bolsa de papel manchada de grasa—. Y un café, que espero que aún esté caliente.

Ver a Tracey siempre le levantaba el ánimo. Fuera cual fuera la situación, Tracey solía estar allí con una sonrisa. Y después del encontronazo con Justin Walton, su sonrisa era justo lo que

Louise necesitaba ver.

—¿Intentaba sobornarte? —preguntó Tracey cuando Louise le explicó lo sucedido.

Le dio un mordisco al pain au chocolat, el azúcar se apoderó de su organismo y le produjo un delicioso subidón.

—No estoy segura de que supiera lo que quería. Tengo la sensación de que alguien lo obligó.

—¿Qué abogados contrató?

—Barker Price. De ninguna manera podría pagarles, en especial más adelante.

—Déjame echar un vistazo, a ver si puedo averiguar quién pagó la suma inicial. Conozco a algunas personas por allí.

—Te lo agradezco, gracias. No hay duda de que oculta algo —dijo Louise, sin llegar a contarle a Tracey el miedo que había visto en los ojos de Walton cuando le había sugerido que podía estar relacionado con la investigación en curso. Una cosa era tener sospechas sobre Walton, pero sin nada más que una mirada no estaba dispuesta a involucrar a Tracey todavía—. ¿No tendrás un ejemplar de The Times? —añadió.

Le contó sobre su llamada nocturna con Glyn Rhinehart.

—Iba a preguntar por eso. Tania haciéndose la tonta otra vez.

—Hubiera preferido que no mencionen el nombre de Insgrove, en lo posible.

—¿Esos oficiales de la UAT tienen algo que decir al respecto?

—Todavía no —dijo Louise.

—No hay mucho que podamos hacer ahora, supongo. Si Insgrove provocó el incendio, merece salir en el periódico —dijo Tracey.

—Averigüémoslo, entonces.

Karl Insgrove fue conducido a la sala de interrogatorios unos minutos más tarde, después de haber desayunado en su celda. La noche de encierro no parecía haberle hecho mucho daño, aunque estaba un poco emocionado al hablar con Louise. Ella aún no sabía si las lágrimas eran fruto de la culpa o del descontento por lo que le había ocurrido.

—¿Estuvo en el ejército? —preguntó Louise en un intento de pillarlo desprevenido al entrar de lleno en las preguntas.

—No exactamente. En la Marina Real —respondió Insgrove y se hundió en la silla.

—Vimos sus medallas. Impresionantes. ¿Sirvió en las Malvinas?

—¿Fueron a mi casa? —dijo Insgrove, que se secaba la frente.

—Nos dio permiso —dijo Louise, mirando a su abogado de oficio.

—¿Era técnico? —preguntó Tracey.

—No se han llevado nada, ¿verdad?

—No tiene por qué preocuparse, Karl. Todo está como estaba, excepto su portátil, que nos hemos llevado para analizarlo y se lo devolveremos.

Insgrove respiró hondo.

—Yo era técnico. ¿Qué tiene esto que ver con que me retengan aquí?

Louise se encogió de hombros.

—Queríamos averiguar más cosas sobre usted.

—¿Qué, creen que pasé penurias en la guerra, así que años después, de la nada, decidí empezar a prender fuegos?

Parecía que una noche en el calabozo había hecho al señor Insgrove un poco más contundente en sus respuestas.

—¿Qué otra razón tendría para ponerlas? —preguntó Louise.

El hombre se quedó confundido por un momento.

—Buen intento. No era justo llevarme delante de los padres. Ahora nunca confiarán en mí.

—Yo no me preocuparía por eso —dijo Louise al recordar la forma en que los padres la habían mirado antes en la escuela—. Escuche, Karl, como le expliqué anoche, sería mucho mejor para usted si confiesa ahora. Sabemos que tenía acceso tanto al almacén de material escolar como al parque de caravanas. Esto no pinta bien para usted, y si no coopera ahora, no voy a poder ayudarlo.

—Se los dije, no tengo nada que ver con nada de esto. ¿Por qué iba a poner a esos niños en peligro? Significan todo para mí —dijo Insgrove, con los ojos enrojecidos.

—Los niños nunca estuvieron en peligro, al menos no físicamente.

—¿Por qué incendiar el parque de caravanas donde trabajo? Siempre me han tratado muy bien y me dan dinero extra cuando lo necesito. Estaría loco si metiera la pata con eso. ¿Y con qué fin?

—¿Dónde estaba anteanoche? —preguntó Tracey.

—Ya se los he dicho. En casa. Fui directo a casa desde la escuela. Estaba hecho polvo después de todo ese alboroto.

—Pero nadie puede corroborar eso.

—Vivo solo —dijo Insgrove, que parecía exasperado.

Con el tiempo agotándose, Louise intentó una última táctica.

—¿Ha oído esto antes? —dijo, antes de reproducir el mensaje de voz dejado antes del incendio en el parque de caravanas.

—No —dijo Insgrove tras esperar hasta el final del mensaje para contestar.

—¿Nos conocemos, señor Insgrove? —preguntó Louise.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el abogado.

—Tanto en el mensaje del artefacto explosivo improvisado del colegio como en el mensaje de voz se menciona mi nombre. ¿Nos conocemos? —repitió.

—Te he visto en la escuela. Eres la tía de Emily —dijo Insgrove.

—Es un colegio muy pequeño, así que no hay razón para que mi cliente no la conozca —dijo el abogado, a la defensiva.

—Más allá de la escuela, señor Insgrove. ¿Nos hemos visto alguna vez en otro sitio?

El hombre miró a su abogado en busca de consejo.

—No sé a qué se refiere.

—Creo que eres tú en el mensaje de voz, y creo que dejaste esa nota en el artefacto explosivo improvisado —dijo Louise.

Insgrove empezó a sacudir la cabeza.

—No, no, no —murmuró para sí.

Louise respiró hondo.

—¿Alguien lo ha metido en esto, señor Insgrove?

Él sacudió la cabeza cinco o seis veces.

—¿Por qué alguien haría eso?

—¿Conoce a Justin Walton? —preguntó Louise.

Insgrove dudó antes de contestar.

—¿Justin qué?

Louise intercambió miradas con Tracey. Estaba claro que no llegaban a ninguna parte, y no tenían suficiente para retenerlo más tiempo. Hizo algunas preguntas más antes de dar por

terminada la entrevista. Le contó a Insgrove lo del artículo del Times y le advirtió de que atraería la atención de los medios. Su cuerpo pareció desinflarse ante la noticia, y su abogado tuvo que ayudarlo a levantarse de su asiento.

Joanne Harrison lo esperaba en recepción. Louise observó desde la ventana del despacho cómo la directora rodeaba a Insgrove con el brazo y lo conducía al coche. Una vez más, le resultaba difícil creer que no fueran hermanos.

El coche de la señora Harrison fue seguido por un coche de policía sin distintivos, ya que Louise había decidido poner a Insgrove bajo vigilancia durante las siguientes veinticuatro horas.

Apenas había empezado el día y ya se sentía agotada. Se estableció una conferencia telefónica con la central y Louise informó al equipo de los siguientes movimientos, que ahora incluían la comprobación de la coartada de Justin Walton para los últimos días.

Tras comprobar que todo estaba en orden, se dirigió al Tribunal de la Corona de Bristol, donde debía reunirse con el jefe de la fiscalía, Antony Meades. Thomas la llamó mientras aparcaba, pero ella decidió que no tenía tiempo para contestar. Estaban ocurriendo demasiadas cosas como para preocuparse por su vida privada, y estaba segura de que él lo entendería.

CAPÍTULO DIECISÉIS

El buen humor de Antony Meades se quebró cuando Louise le informó de su encuentro con Justin Walton.

—¿Intentó sobornarte? —dijo el abogado, que pasaba su mano por el flequillo.

—No exactamente.

—Eso es lo que me parece a mí. ¿No podrías haberlo arrestado?

—Sería mi palabra contra la suya, y con todo lo que está pasando, pensé que lo último que necesitábamos era más atención.

El flequillo de Meades volvió a su sitio. Se rascó la cabeza y suspiró.

—Me pondré en contacto con sus abogados. Averiguaré qué demonios le pasa.

—Gracias, Antony. Te lo agradezco.

Meades le dedicó una sonrisa. A Tracey le había gustado un poco en el pasado, y ahora que ella tenía su atención, Louise entendía por qué. Le puso delante el itinerario de la semana siguiente, con estimaciones sobre cuándo la necesitarían para testificar contra Finch.

—Me hubiera gustado estar allí durante todo el juicio, pero va a ser difícil con el caso actual.

—No te necesitaremos hasta el miércoles, como pronto. He hablado con el abogado defensor, y estoy seguro de que va a agotar hasta el último minuto facturable. Aunque no se lo dije, claro. Por ahora, tenemos que repasar tu historia e intentar anticipar todo lo que te van a decir.

Louise entendió que sería casi como si ella estuviera en juicio cuando subiera al estrado. Finch estaba siendo juzgado por el intento de asesinato de Amira Hood, y ella era fundamental para el éxito de esa acusación porque había rescatado a Amira. No solo la interrogarían sobre los incidentes que condujeron a la detención de Finch, sino que sin duda le preguntarían sobre las consecuencias disciplinarias de la muerte de Max Walton, así como sobre su relación, pasada y presente, con Finch.

Si ahora no podía responder a las preguntas de Meades, tampoco podría hacerlo en el estrado. Meades no se lo puso fácil. Asumió el papel de abogado defensor y, durante los siguientes treinta minutos, la acusó de ser una asesina despiadada, una justiciera que hizo justicia por mano propia, una amante despechada y una agente de policía celosa del éxito de su colega.

Al terminar, estaba agotada, pero se sentía más preparada para lo que le esperaba. Afuera del edificio, se estaba dirigiendo a una tienda de bocadillos que le gustaba en Corn Street cuando vio a Amira, que no tardó en acercarse y abrazar a Louise.

—¿Cómo estás, Louise? Me alegro de verte.

—Yo también me alegro de verte. ¿Has venido a ver a Antony?

—Sí, ya estoy llegando tarde. Seguro que podremos ponernos al día la semana que viene.

Amira había sido la catalizadora para abrir un caso contra Finch. La ex agente del cuartel general Amira había entablado una relación con Finch que se había vuelto abusiva; su patrón recurrente de comportamiento, al parecer. Él casi la había obligado a dejar Portishead por un puesto en el sur de Gales. El año pasado, la joven se acercó a ella y le propuso acabar con Finch juntas, y Louise se dio cuenta de que era el empujón que necesitaba.

—Lláname cuando termines con Antony —dijo Louise—. Sería genial ponernos al día. ¿Va todo bien?

—Todo va bien —dijo Amira, y sonrió una vez más antes de darle a Louise un beso en la mejilla.

A veces, las cosas funcionaban bien. Era maravilloso ver el cambio en Amira. La noche en que detuvieron a Finch, éste había retenido a Amira como rehén en su casa. Estuvo a punto de perder la vida, pero sobrevivió. Louise se había mantenido en contacto y estaba encantada de verla prosperar.

Amira dejó la fuerza policial unas semanas después de aquella noche. Irónicamente, era lo que Finch había querido desde el principio. Su *modus operandi*, al menos en lo que se refería al departamento de policía, consistía en acostarse con compañeras y personal civil antes de intentar echarlas de la zona. En parte se trataba de un juego de poder, en parte era autopreservación, y Finch había tenido éxito durante mucho tiempo. Louise era tan víctima como los demás, pero había conseguido salir airosa. Ahora, lo único que necesitaba era asegurarse de que las demás mujeres destruidas por Finch obtuvieran el mismo tipo de justicia.

Miró el móvil mientras volvía a Weston y vio otra llamada perdida de Thomas. En realidad no significaba nada, y él lo entendería, pero se preguntó si su reticencia a contestarle tenía algo que ver con su sensación de que se estaban precipitando. Lo más justo sería hablar con él, y se dio cuenta de que lo estaba evitando. Estaba a punto de devolverle la llamada cuando recibió una llamada de los dos agentes encargados de vigilar a Karl Insgrove.

—La Sra. Harrison lo llevó a comer algo y luego lo dejó en su apartamento. Bajó antes para ir al quiosco y luego volvió a subir. ¿Quiere que nos quedemos aquí?

Louise podía sentir el aburrimiento que se filtraba desde el otro lado de la línea. Ya había pasado por eso muchas veces y se alegró de no tener que quedarse mirando a la nada durante horas por si el sospechoso salía de su casa. La vigilancia no podía durar mucho por falta de presupuesto, pero necesitaba tener a Insgrove en la mira durante el mayor tiempo posible.

—Avísenme en cuanto haya más novedades —dijo, y colgó.

Tracey llamó cuando Louise llegó al parque de caravanas de Kewstoke.

—Hola —saludó, distraída por la visión de la carcasa quemada que era la casa de vacaciones de los Bastien. Parecía una monstruosa instalación artística, y los restos ennegrecidos daban la impresión de seguir ardiendo.

—Hola, pensé en ponerme al tanto —dijo Tracey—. Estuve revisando la coartada de Justin Walton. En su mayor parte, parece cierta. ¿Retiró oficialmente el caso contra ti?

—Aún no.

—He tanteado a su firma de abogados. El tipo que conozco dijo que Walton habría pagado algún tipo de depósito para llegar a esta etapa. No es particularmente barato, y acabo de ver donde vive. Hay algo raro.

—¿Podría estar traficando de nuevo? —dijo Louise.

—Vive en una especie de casa compartida. Las cosas están al límite allí. Yo diría que hay

una clara posibilidad de que estén ocultando algo. ¿Quieres que investigue un poco más?

—Tal vez no por ahora. Creo que tenemos que mantenerlo relevante —dijo Louise. Comprobar la coartada de Walton estaba relacionado con la investigación, pero cualquier otra cosa parecía demasiado cercana al caso de la acusación particular de Louise. Lo último que necesitaba era que la amenazaran de apropiación indebida de servicios policiales. Si Walton volvía a traficar con drogas, enviaría a un equipo a investigarlo, pero era mejor utilizar a Tracey en otra cosa por el momento.

—Bien. ¿Alguna noticia de Karl Insgrove?

—Está a salvo en su casa.

—¿Crees que esto sea el final?

—No podemos vigilarlo para siempre. Si él es el responsable, entonces espero que todo haya sido un grito de ayuda y este sea el final. Por suerte, nadie resultó herido.

Era cierto que se estaba dando más importancia a la investigación de la que quizás merecía, pero eso siempre iba a ocurrir cuando había un colegio implicado.

—Si tenemos suerte, el análisis de voz dará un resultado y podremos acusarlo y cerrar el caso —dijo Louise antes de colgar.

Mary Sutcliffe estaba fuera de la carcasa quemada, acompañada de dos ancianos. Seguramente los Bastien.

El incendio se había producido hacía más de veinticuatro horas, pero el olor de los gases y el humo aún flotaba en el aire, como si la singular caravana estática tuviera su propio microclima. Louise mostró su tarjeta de autorización y se presentó a los Bastien.

—Es terrible —dijo el Sr. Bastien, que estaba encorvado para parecer de la misma altura que su esposa, mucho más baja.

Llevó a la pareja al despacho de la Sra. Sutcliffe y les hizo algunas preguntas preliminares. Ninguno de los dos tenía ni idea de por qué su caravana fue el blanco del ataque.

—Por suerte, no guardábamos ningún objeto personal allí —dijo la Sra. Bastien, que temblaba cada vez que hablaba.

—¿Conocen al reparador del camping?

—¿Karl? Es un tipo encantador —dijo el Sr. Bastien, con una mirada que rozaba lo hostil—. Tengo entendido que ha sido arrestado. Una absurda idea.

—No se lo ha acusado de nada —dijo Louise—. ¿Se han cruzado alguna vez con alguien llamado Justin Walton? —añadió, por si acaso.

Los dos la miraron sin comprender y ella no tardó en dar por concluido el asunto. Desde el principio había parecido poco probable que los Bastien supieran lo que había pasado. No parecían demasiado angustiados, más bien un poco desanimados por las molestias, pero por ahora Louise no creía que hubieran tenido nada que ver con el incendio.

Además, no había descubierto ninguna animosidad entre los Bastien y Karl Insgrove. Eso en sí mismo no significaba nada, pues él habría sabido que la caravana estaba desocupada, pero dejaba las cosas menos claras. A pesar del viejo adagio de la navaja de Occam, la explicación más obvia no siempre era la correcta. Si bien todo apuntaba a Insgrove, eso no descartaba a otros posibles sospechosos. Y aunque por el momento estaba entre rejas, Louise pensaba cada vez más en la posible influencia de Tim Finch.

CAPÍTULO DIECISIETE

Thomas miraba fijamente su teléfono como si su fuerza de voluntad fuera a hacer que sonara. Se comportaba como un niño y esperaba su llamada como un adolescente enamorado. Había trabajado en la fuerza el tiempo suficiente para saber que Louise podía tener cientos de cosas más importantes que hacer que hablar con él. No era la primera vez que no respondía a su llamada, y no sería la última. Con la explosión de Weston y el inminente juicio de Finch, no era de extrañar que estuviera más que preocupada. Tomó el teléfono y pensó en llamar de nuevo, antes de guardarlo y volver a su trabajo.

Frente a él, tres grandes pantallas reproducían imágenes de CCTV de varias secciones del almacén y los muelles de carga de Oblong Distribution. Controlar las pantallas no era realmente su trabajo como jefe de seguridad (en otra oficina del edificio, dos de sus empleados analizaban los vídeos a detalle), pero le gustaba poder hacer un seguimiento de las cosas, y consideraba importante que la gente supiera que él también hacía control.

Cuando se incorporó al trabajo, Oblong se había visto asediada por problemas de seguridad. La empresa realizaba envíos a todo el país, y había demasiados que no se entregaban o desaparecían durante el transporte. Los primeros meses se dedicó a realizar controles de seguridad exhaustivos de varios empleados, lo que provocó varios despidos en la empresa. Las cifras habían mejorado desde entonces, pero tenía la sensación de que las cosas seguían sin estar como debían.

Observó cómo cargaban los palés en varias furgonetas y, de vez en cuando, echaba un vistazo al cajón de la mesa, esperando una llamada de Louise. Sonrió para sus adentros e intentó recordar la última vez que se había sentido tan nervioso por una mujer. Tal vez durante las semanas previas a su proposición de matrimonio a Rebecca. Por aquel entonces, pensó que era imposible que ella dijera que sí. Se había equivocado, pero su inseguridad estaba más justificada esta vez.

Era difícil precisar con exactitud cuándo sucedió, pero había sentido que Louise se alejaba en las últimas semanas. Seguían pasando tiempo juntos, ella incluso había pasado anteanoche en casa de él, pero parecía distraída y a él le preocupaba que hubiera apresurado las cosas. Como le había confesado, había sentido algo entre ellos desde el primer día que ella llegó a Weston cuando él aún estaba casado, y su atracción había crecido en los años siguientes. Le sorprendió tanto como a cualquiera que acabaran juntos, y tal vez se dejó llevar por un entusiasmo excesivo.

El último ejemplo de eso había sido su sugerencia de que él y Noah se reunieran con Louise y Emily ese fin de semana. Había sido una sugerencia bastante inocente, pero en retrospectiva

entendía que podía parecer como si intentara jugar a la familia feliz mientras que Louise y él apenas llevaban seis meses de relación. Quería decirle por teléfono que la sugerencia no tenía importancia, y ahora le atormentaba la indecisión. No quería parecer necesitado, pero estaba desesperado por volver a hablar con ella.

Se dijo a sí mismo que debía concentrarse y volvió a centrar su atención en el trabajo de investigar a un nuevo conductor de reparto. Había mejorado el proceso de seguridad desde su incorporación, y aunque le daba más trabajo, eso le permitía estar completamente satisfecho con cada nuevo empleado que se incorporaba a la empresa.

Tras un rápido examen del historial laboral del candidato, encontró el número de su último empleador y estaba a punto de llamar para pedir referencias cuando un parpadeo en una de las pantallas le llamó la atención. Empezaron a entrar coches en el aparcamiento. Llamó a uno de sus colegas del depósito de inmediato.

El teléfono sonaba a medida que los coches se iban filtrando; en el último recuento, eran siete. Al acercarse la cámara, Thomas observó que las matrículas de los coches estaban tapadas. Llamó a la policía mientras un grupo de hombres salía de los coches portando bates de béisbol y diversas armas y empezaba a destrozar las furgonetas aparcadas. La mayor parte de su personal había regresado a la relativa seguridad del almacén, y unos pocos se mantenían firmes y gritaban a los intrusos en un intento de proteger los vehículos, aunque Thomas habría preferido que se unieran a sus colegas en el interior.

Nunca antes había ocurrido nada parecido y Thomas no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Dio su nombre al operador de los servicios de emergencia, sin llegar a decirle que había sido policía. En cuanto colgó, los agresores volvieron al coche y se alejaron.

Por lo que Thomas pudo ver, no se habían llevado nada y, a pesar de la obstinada valentía de algunos de los conductores y del personal de carga, no se habían producido enfrentamientos físicos.

Unos minutos después de llamar, por fin consiguió comunicarse con el depósito y ordenó a todo el mundo que desaloje la zona hasta que llegue la policía, antes de dirigirse él mismo al lugar de los hechos.



—¿QUÉ clase de seguridad tienen ustedes aquí? —dijo el policía vestido de civil que parecía dirigir la operación en Thornbury.

Thomas miró fijo al hombre con cara de piedra todo el tiempo que pudo antes de esbozar una sonrisa.

—Debería haber sabido que te enviarían, Greg —dijo.

—¿Cómo estás, Tom? Me alegro de verte.

El sargento Greg Farrell era un antiguo colega de Thomas del departamento de Weston que había sido trasladado al cuartel general de Portishead un año antes que Louise. Había trabajado con Farrell en varios casos y lo había visto pasar de ser un joven precoz y un poco molesto cuando se incorporó al equipo a convertirse en un profesional experimentado. Louise confiaba en Farrell, y ésa era toda la referencia que Thomas podía necesitar.

—Bueno, estaría mejor sin todo esto, pero estoy bien. ¿Cómo van las cosas sin mí?

—Nos las arreglamos. ¿Qué diablos pasó aquí?

Thomas le contó lo que había visto desde la oficina.

—Siete coches con matrículas tapadas. Conté dieciséis hombres en total. Bates de béisbol, barras de hierro, ese tipo de cosas.

—Supongo que esto es lo que pasa cuando no entregas las porquerías de la gente a tiempo —dijo Farrell.

—Supongo que el público en general no puede soportar mucho —dijo Thomas.

—¿Alguna amenaza? Supongo que no habrán tenido disputas con empresas rivales —preguntó el oficial. Caminaba entre los vehículos maltrechos y evitaba los cristales rotos de los parabrisas y las luces.

—Me sorprendería que el Royal Mail o DHL tuvieran un equipo de matones en nómina.

Los daños parecían superficiales. Los vehículos no volverían a circular hasta dentro de unas semanas, y la factura para repararlos ascendería a miles de euros, pero solo habían atacado a la carrocería. Incluso los neumáticos de la mayoría de los vehículos estaban intactos.

—¿Y tu personal? ¿Has enfadado a alguien?

Thomas le habló de los despidos que se había visto obligado a hacer.

—Algunos de ellos tienen antecedentes penales que no habían sido declarados. Había que poner orden cuando me incorporé, y aún queda camino por recorrer.

—¿Así que podrían ser ex empleados descontentos?

—Me parece un poco extremo. Demasiados problemas para destrozar algunos vehículos. Parece un ataque específico, sobre todo a plena luz del día.

—Estoy de acuerdo —dijo Farrell—. Déjalo en nuestras manos. Tenemos que hablar con todos. ¿Podrías arreglar eso por mí?

—Claro, sargento Farrell.

—Es una pena que te hayas ido, Tom. Lo digo en serio. Creo que ahora te gustaría trabajar en el cuartel general.

—Hasta hoy, te habría dicho que había tomado la decisión correcta —dijo Thomas mientras miraba el cementerio de coches.

—Y tú y Louise...

—Todo bien.

No era ningún secreto, y a Thomas no le importaba hablar con Farrell, pero Louise era la jefa de Farrell y no le parecía bien entrar en detalles sobre su relación.

—Siempre supe que terminarían juntos.

—Claro que sí. Bien, te traeré la lista del personal...

—Señor —los interrumpió uno de los SOCOs—, creo que querrá ver esto.

Thomas siguió a la oficial y a Farrell hasta la parte trasera de una de las furgonetas de su empresa. Las ventanillas estaban destrozadas, y la agente abrió la puerta con la mano enguantada.

—Hemos fotografiado el lugar —dijo tras sacar un bolso—. Encontramos esto —añadió, abriendo la cremallera para revelar una pequeña bolsa de polvo blanco bien envuelta.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Esta vez, Louise contestó a la llamada de Thomas. Quería oír su voz, pero también necesitaba a alguien con quien desahogarse sobre Finch. Acababa de hablar por teléfono con Antony Meades, que había estado en el tribunal viendo la selección del jurado para el caso. De repente, se dio cuenta de que la próxima semana era una realidad y, aunque el caso contra Finch parecía sólido, siempre cabía la posibilidad de que las cosas salieran mal.

Thomas escuchó con paciencia mientras ella le hablaba de Justin Walton y de su preocupación por Finch. Cuando terminó, él le contó vacilante sobre un incidente ocurrido en su trabajo.

—Me lo perdí —dijo ella—. ¿Farrell estaba allí?

—Aún está aquí —dijo Thomas—. Han encontrado lo que parece ser cocaína en tres de nuestras furgonetas. Solo pequeñas cantidades, pero estaba empaquetada como si estuviera lista para vender.

—¿Algún arresto?

—Todavía no. Todos los conductores y empaquetadores tienen que quedarse en el lugar, lo que es un fastidio, aunque es comprensible. A mí también me interrogarán.

Louise se rio.

—Le diré a Greg que no sea muy duro contigo.

—Te lo agradezco —dijo Thomas, con la voz apagada.

—¿Crees que podría haber sido plantada por los atacantes? ¿Cuál es el valor estimado de venta en la calle?

—Farrell no cree que sea tanto. De 20 a 50 mil, según la pureza.

—No es nada.

—No —repitió Thomas, antes de callarse.

—¿Hay algo más que no me hayas dicho? —dijo Louise. Se preguntó si era el momento adecuado para hablar de sus planes para el fin de semana y del hecho de que aún no le había confirmado si quedarían el domingo.

Thomas suspiró.

—Lo siento, Louise. No quería molestarte con esto, no con todo lo que tienes entre manos.

—No seas tonto, Tom. Puedes contarme cualquier cosa.

—Todavía no me acostumbro a que me llames... De todos modos, Tania Elliot estuvo aquí. Maldijo en voz baja.

—Es como los viejos tiempos, cuando ella era como mi sombra. ¿Qué quería?

—Estaba al tanto del incidente, naturalmente. Empezó a interrogarme sobre una operación de contrabando de drogas que se llevaba a cabo desde aquí.

—Espero que le dijeras dónde ir.

—Lo hice, pero ya sabes cómo es. No se calla. Empezó a preguntarme si una banda rival hizo esto.

—Yo no me preocuparía. Es su forma de trabajar: se agarra a un clavo ardiendo hasta que encuentra uno al que aferrarse.

—No me habría importado, hasta que te mencionó.

—¿Lo hizo? —dijo Louise, con el calor subiendo a su cara.

—Preguntó si teníamos una relación. Obviamente, solo le contesté “sin comentarios” a todo. Luego empezó a hablar del caso de Finch. Creo que va a usar la noticia. Sé que no podría haber llegado en peor momento para ti.

En eso tenía razón, pero no podían hacer nada al respecto.

—No te preocupes, hablaré con ella —dijo Louise, que ya fantaseaba con la gama de palabrotas que le diría a la periodista la próxima vez que hablaran.



EL ALBOROTO en la empresa de Thomas era una distracción inoportuna, y la presencia de Tania complicaba aún más las cosas. Fuera cual fuera la verdad de la situación, la periodista encontraría la forma de manipular la historia para sus propios fines; y con el juicio de Finch comenzando la próxima semana, era obvio y preocupante a dónde conduciría.

Resistió el impulso de viajar a Thornbury para comprobar la situación y regresó a Portishead. La mayor parte de su equipo estaba trabajando en otros casos y el lugar carecía de energía. Simon Coulson, uno de los informáticos de la central, había dejado un mensaje en su escritorio. El portátil encontrado en el apartamento de Insgrove no se había utilizado en cuatro años, lo cual era decepcionante, pero no sorprendente. Tras servirse un café, se asomó al despacho de Robertson. El Inspector levantó la vista y volvió a mirar la pantalla del ordenador.

—Veo que tu novio dirige ahora una operación antidroga —dijo sonriendo para sí.

—Pensé que se le habría ocurrido algo un poco mejor que eso, señor, con todo el tiempo que tiene entre manos.

—Sí, claro. Aquí hay tiempo de sobra. ¿Hay algo en lo que te pueda ayudar, Inspectora Blackwell?

—Bueno, no quiero agobiarlo.

Robertson suspiró y levantó la vista.

—El doble de responsabilidad, pero no el doble de sueldo —dijo—. ¿Alguna vez extrañaste esos días felices junto al mar?

—Sigo allí la mayor parte del tiempo. Y para ser justos, solo han pasado unos meses.

—Parece toda una vida. ¿Qué pasa?

Louise tomó asiento. Su jefe tenía los ojos enrojecidos y una barba canosa de un par de días en la cara. La mudanza de estación había supuesto un cambio para todos y, como ella, Robertson aún no había encontrado el equilibrio. Le contó lo que había oído de Thomas y los últimos acontecimientos en Weston.

Robertson no tardó en descubrir de qué quería hablar realmente.

—¿Lo de Finch es la próxima semana?

—Sí.

—¿Te preocupa tu testimonio?

—Me preocupa más que pueda salirse con la suya.

—Creo que eso está fuera de su alcance. Él quiere su día en la corte porque le encanta el sonido de su propia voz, y le dará la oportunidad de expresar sus quejas. No llegará a nada.

—Es probable que yo sea su principal queja —dijo Louise.

—Lo eres, y eso es bueno. No estaría donde está si no fuera por ti.

Ella no podía atribuirse todo el mérito. Había sido la determinación de Amira la que la había impulsado a actuar, y la verdadera razón por la que Finch estaba entre rejas era la Brigada Fantasma, que había estado llevando a cabo una operación secreta contra Finch durante varios meses. Debía de sentirse frágil: primero necesitó oír la voz de Thomas, y ahora esta charla con Robertson.

—Supongo que tienes razón —dijo al ponerse de pie.

—Fuiste absuelta de todo delito, Louise —dijo Robertson en voz baja, como si leyera su mente—. Por si sirve de algo, te creí en su momento y estoy seguro de que te creo ahora. Finch es un gran manipulador. No sé por qué te dijo que Max Walton tenía una pistola, pero sospecho que no está bien de aquí —Robertson señaló su cabeza con una mirada absurdamente cómica.

Fue un alivio reírse. Louise no recordaba que Robertson hubiera hecho algo así antes. Por lo general, tenía un sentido del humor muy seco, y en un abrir y cerrar de ojos su expresión de loco había desaparecido y volvía a estudiar su pantalla.

—Gracias, Iain —dijo. Recibió como respuesta un gruñido de reconocimiento.

Mientras se dirigía de nuevo a la oficina principal, vio a Simon Coulson merodeando fuera de su despacho.

—¿Has venido a verme o acabas de salir del trabajo?

Coulson sonrió con timidez.

—Tengo los resultados del análisis de voz de la llamada al colegio. Los revisé yo mismo —dijo y le entregó unos papeles.

—Te lo agradezco, Simon. ¿Me lo cuentas todo?

—Como esperábamos, la llamada se envió desde una IP de voz, así que es prácticamente imposible de rastrear. Fue una gran idea hacer que el Sr. Insgrove repitiera la frase usada durante su entrevista. No te aburriré con los detalles, pero nuestro análisis sugiere que hay un 78% de posibilidades de que fuera el Sr. Insgrove quien hizo la llamada usando el software de cambio de voz.



COULSON LE HABÍA DADO algunos detalles más sobre las frecuencias de voz y los moduladores, lo que no había tenido mucho sentido para ella. Si él decía que había un 78% de posibilidades, ella lo tomaba al pie de la letra. No sería suficiente para asegurar una acusación, ni siquiera para justificar otra detención, pero le daba a Louise una buena razón para volver a interrogar a Karl Insgrove.

Se puso en contacto con el coche patrulla cuando regresaba a Weston y le dijeron que no había habido ningún movimiento en todo el día. La vigilancia iba a terminar en breve y no había planes para prorrogarla. El simple hecho era que resultaba demasiado caro tener a un par de agentes vigilando el edificio de un sospechoso por un caso de incendio provocado. Había podido autorizar la vigilancia solo porque el objetivo inicial fuera un colegio y de que se utilizaran artefactos explosivos. A pesar del 78% de posibilidades de Coulson, era poco probable que Robertson o sus superiores estuvieran dispuestos a seguir gastando dinero en ello.

Llegó en treinta minutos y les dio a los dos agentes un par de cafés comprados en una gasolinera.

—¿Así que no lo han visto en todo el día?

—No ha salido desde la última vez que hablamos. Patrullamos cada hora alrededor del edificio, pero solo hay una entrada y una salida —dijo el conductor.

Louise sabía que eso no era estrictamente cierto, ya que había varias salidas de incendios con alarma, así como numerosas ventanas en la planta baja por las que alguien podía salir, pero no insistió.

—Vale, voy a subir. Uno de ustedes diríjase a la parte de atrás, por favor —dijo Louise antes de dirigirse a la entrada.

No había llamado antes, no quería darle a Insgrove la oportunidad de preparar su historia. Si podía hablar con él a solas e inculcarle la gravedad de que sus patrones de habla coincidieran en un 78% con la llamada de emergencia, tal vez podría obtener por fin algunas respuestas. Sería bueno llegar al fin de semana con una especie de victoria, sobre todo al tener en cuenta lo que le esperaba la semana siguiente.

El ascensor olía a humedad y a cigarrillo, a pesar de los grandes carteles de “prohibido fumar” colocados en todos los lados. Fue un alivio cuando la puerta se abrió y salió al aire relativamente fresco del pasillo. Golpeó tres veces la puerta y, cuando el señor Insgrove no respondió, lo llamó por su nombre.

Louise estaba preocupada por lo que pudiera ocurrir. Llamó al número de Insgrove, que sonó siete veces antes de pasar al contestador, y volvió a golpear a la puerta.

La vecina de Insgrove, una joven embarazada, abrió la puerta y se asomó.

—¿Qué es todo ese ruido?

—Lo siento, señora. Soy laInspectora Blackwell. Estoy tratando de hablar con el Sr. Insgrove. ¿Le ha visto hoy? —dijo Louise mientras mostraba su identificación.

—No. Lo escuché tocando su música más temprano. He estado fuera.

—¿Por casualidad tiene una llave de su apartamento?

—No —dijo la mujer y frunció el ceño como si Louise hubiera preguntado algo absurdo antes de cerrar la puerta de un portazo.

—Señor Insgrove, por favor —dijo Louise, golpeando la puerta una vez más.

Al no obtener respuesta, llamó a los dos agentes para comprobar que no se había producido ningún movimiento. Insgrove no estaba preso y no le habían dicho que se quedara en su apartamento. La razón por la que le había puesto un equipo de vigilancia era más para ver cuáles serían sus próximos movimientos que para asegurarse de que se quedaba en casa. Pensó en llamar a la Sra. Harrison, a quien Insgrove había puesto como contacto de emergencia, pero no quiso involucrarla todavía. En su lugar, llamó a Robertson y le explicó la situación.

—¿Crees que está en peligro? —le preguntó Robertson, que le dio luz verde para que echara la puerta abajo.

—No parece haber salido del edificio y no contesta al teléfono. Teniendo en cuenta todo lo que ha pasado últimamente, me preocupa su bienestar —dijo Louise. Se aseguró de haber cubierto todas las bases antes de proseguir.

—Estoy de acuerdo —dijo Robertson.

Louise llamó al equipo de patrulla y les dijo que trajeran el ariete. Volvió a llamar al teléfono de Insgrove antes de golpear la puerta, lo que atrajo una vez más la atención de la vecina embarazada de Insgrove. La joven abrió la puerta y estuvo por abrir la boca para hablar, pero la cerró cuando vio a los otros dos agentes corriendo con el ariete.

—Señor Insgrove, voy a contar hasta diez y luego me veré obligada a derribar la puerta porque temo por su seguridad —dijo Louise. Contó hasta diez y asintió a sus colegas.

La puerta se derrumbó al primer golpe, y el marco se hizo añicos por el impacto. Louise fue la primera en cruzar la puerta. Un olor familiar la recibió al entrar en el salón de Insgrove, algo cobrizo y acre que flotaba en el aire, que la puso en alerta de inmediato. Sacó su bastón y sus dos colegas la siguieron al interior.

—Mantengan sus posiciones —dijo Louise. Temía lo peor y no quería contaminar una posible escena del crimen.

No fue el olor de la sangre, sino el sonido del agua que goteaba lo que la condujo al cuarto de baño. Abrió la puerta con la porra. No necesitó comprobar el cuerpo en la bañera para saber que Karl Insgrove estaba muerto.

Su cadáver yacía en un charco de líquido granate, con una larga incisión vertical en la muñeca izquierda. En el suelo del cuarto de baño había una maquinilla de afeitar sin el protector de seguridad. La bañera estaba llena hasta las tres cuartas partes y, aunque el grifo seguía goteando, no había riesgo de inundación como para tener que cerrarlo. En cambio, Louise se alejó e indicó a sus compañeros que avisaran.

Mientras retrocedía, vio un sobre con una dirección encima de la mesa del comedor. Como no podía leer la inscripción del anverso desde su ángulo, pensó en acercarse y abrirlo, pero decidió no hacerlo. Aunque la muerte tenía todas las características de un suicidio, podía tratarse de otra cosa y la carta podía contener información forense importante, por lo que tendría que ser tratada por los SOCO.

—Aseguren la entrada a todo el edificio. No quiero que nadie entre ni salga —dijo a sus colegas. Hasta que no le dijeran que el suicidio estaba confirmado, debía tratarlo como una muerte sospechosa y no quería que ningún testigo potencial o incluso el atacante se marchara antes de que alguien hubiera hablado con ellos.

Los agentes llegaron en menos de una hora. Louise tenía una buena relación con la jefa del equipo, Janice Sutton, y le preguntó si alguien podía procesar la nota con carácter prioritario.

—Vamos a instalarnos primero en el baño y yo me encargaré personalmente —dijo Janice, que comprendía la presión a la que estaba sometida Louise.

Pasaron treinta minutos antes de que recibiera la nota. El sobre iba dirigido a la Sra. Harrison, y Louise dio permiso a Janice para abrirlo. Janice hizo lo que se le pedía, fotografió la carta y la envió al teléfono de Louise:

QUERIDA JOANNE,

Nunca pensé que las cosas acabarían así. Solo quería ayudar.

Gracias por todo lo que me has dado estos años. Fue un placer trabajar en la escuela y lamento la angustia que debo haber causado al personal, a los niños y, sobre todo, a ti.

Hagas lo que hagas, por favor, no abras la escuela el lunes.

Tuyo para siempre,

Karl

CAPÍTULO DIECINUEVE

Afuera, había caído la noche. El aire estaba cargado de olor a marihuana y humo de cigarrillo. Los residentes se inquietaban cada vez más a medida que llegaban más vehículos de emergencia. Louise se reunió con Tracey, que compartía un cigarrillo con Greg Farrell. Ver a Farrell le recordó que no había llamado a Thomas desde la última vez que hablaron.

—Creía que seguías en Thornbury —le dijo a Farrell.

—Esto suena mucho más emocionante —dijo él—. Y casi terminamos allí.

—¿Thomas está bien? —preguntó Louise y observó al par en busca de un intercambio de miradas.

—Decidimos no arrestarlo esta vez —dijo Farrell, lo que produjo una risita de Tracey.

—Me alegro de que le veas el lado divertido —dijo Louise—. ¿Tú qué crees? ¿Fue plantado?

—Si lo fue, no lo plantaron durante la redada. El depósito estaba cubierto con cámaras de CCTV, obra de tu novio, y he visto el ataque numerosas veces desde varios ángulos y solo destrozan el lugar.

—Buena sincronización de su parte —dijo Tracey.

—Exactamente. Tuvimos un poco de suerte. La cubierta se desprendió de una de las placas de matrícula y tenemos una coincidencia parcial. Lo estamos investigando ahora mismo.

—¿Tienen alguna idea de quiénes eran los atacantes? —preguntó Louise.

—Todo el mundo se hace el tonto sobre las drogas, pero me sorprendería que no hubiera una conexión. O eran proveedores o rivales.

—¿Rivales?

—Tom tiene mucho trabajo. Tuvimos que bloquear todas las furgonetas y camiones que salían de su depósito hasta que registramos todo el lugar. No estaba muy contento, y tampoco sus jefes.

Louise se frotó la ceja. A él le estaba yendo tan bien en el trabajo, y ahora sucedía esto. Se sentía culpable por la forma tan desganada en que había reaccionado a su sugerencia de reunir a los niños. Era lo suficientemente astuto como para darse cuenta de su reticencia, y esto sería un problema extra con el que él no querría lidiar.

—Lo llamaré.

—¿Alguna novedad? —dijo Tracey. Terminó su cigarrillo y lo apagó con la suela del zapato.

Por un segundo, Louise pensó que le estaba preguntando por su relación con Thomas antes de recordar el cadáver en la bañera.

—Todo apunta a un suicidio. Lo sabremos con seguridad después de la autopsia.

—¿Y la nota?

—Es un gran dolor de cabeza del que podríamos prescindir. Robbo está hablando con los jefes al respecto. Estoy esperando a la UAT, y debo contarle todo a la Sra. Harrison. ¿Te haces cargo, Tracey?

Tracey asintió.

—¿Necesitas compañía? —preguntó Farrell.

—Estoy bien, será mejor que la vea a solas —dijo Louise. Llamó a Thomas cuando se dirigía a su coche, esquivando una discusión entre un agente uniformado y dos mujeres que intentaban volver a entrar al edificio. Le hizo un gesto de ánimo a su colega y se guardó el teléfono en el bolsillo. Thomas no contestó.



LOUISE PENSÓ en la nota mientras conducía hacia la dirección de la casa de la señora Harrison en Congresbury, que estaba a poca distancia de Worle por la A370. Surgían más preguntas que respuestas. A pesar de la amenaza implícita de que habría otra explosión el lunes, la nota no mencionaba a Louise en concreto. La nota encontrada en la escuela incluía su nombre, y el autor de la llamada, probablemente Insgrove, también había utilizado su nombre. ¿Por qué no lo había utilizado ahora? La ausencia de su nombre en la nota de suicidio facilitaría la justificación de su posición en la investigación, pero también le hizo preguntarse si no había abordado el caso de forma equivocada.

Louise se detuvo frente a una pequeña casa de campo en el corazón del pueblo. El jardín delantero estaba adornado con plantas y arbustos que debían lucir espectaculares durante el día. Aunque era junio, el aire era otoñal y le llegó el olor a madera quemada cuando golpeó a la puerta. Todos los policías detestaban esta parte del trabajo. Aunque la Sra. Harrison no era pariente de Insgrove, no se sabía cuál sería su reacción ante la noticia de su muerte, sobre todo al tener en cuenta los últimos acontecimientos.

Los ladridos de los perros acompañaron a los pasos. La señora Harrison abrió la puerta y tardó un par de segundos en darse cuenta de quién estaba allí.

—¿Inspectora Blackwell? —dijo, vacilante.

—Sra. Harrison, ¿puedo pasar?

—Por supuesto, ¿de qué se trata? —preguntó la Sra. Harrison. Su confusión se convirtió en preocupación.

Louise esperó hasta que estuvieron en el salón y la Sra. Harrison se sentó para contarle la noticia. Estudió a la directora mientras le contaba la muerte de Karl Insgrove. La evidente conmoción pronto fue sustituida por incredulidad.

—¿Cuándo? ¿Cómo? Lo he visto esta mañana.

—Necesitaba hablar con el Sr. Insgrove. Cuando no respondió a mi llamada, decidí visitarlo en su apartamento. Entonces descubrí su cuerpo.

—¿Qué... qué pasó?

—Es demasiado pronto para saberlo con seguridad, pero parece que el Sr. Insgrove se quitó la vida hoy temprano.

A la Sra. Harrison se le escapó un sonido agudo en tanto procesaba la información.

—¿Se quitó la vida? No, no puedo creer... Espera, ¿cómo lo encontraste? ¿Estaba la puerta abierta?

—Tenía motivos para preocuparme por la seguridad del Sr. Insgrove y decidí forzar la puerta.

—Tú —gritó la Sra. Harrison, poniéndose en pie—. Todo esto es obra tuya. Se suicidó porque tú lo arrestaste. Delante de los padres, por el amor de Dios.

Louise permaneció sentada.

—Por favor, Sra. Harrison, siéntese.

—¿Por qué pensaste que estaba en peligro? —continuó gritando la Sra. Harrison, con el cuerpo rígido y la barbilla apuntando hacia Louise.

El gesto le recordaba al del conserje, y la imagen de su cuerpo en la bañera apareció a la mente de Louise. Parpadeó al ver el agua granate de la bañera, la salvaje incisión en la muñeca del hombre y las paredes salpicadas de sangre.

—Por favor, esto no nos ayuda a ninguna de las dos. Siéntese y se lo explicaré.

La Sra. Harrison permaneció rígida unos segundos más antes de desinflarse como un globo y desplomarse en el sillón frente a Louise, como si toda la fuerza hubiera desaparecido de su cuerpo.

Louise le habló sobre la coincidencia en el reconocimiento de voz y del equipo de patrulla que había apostado frente al edificio de Insgrove.

—No puedo creerlo. Era un hombre problemático en algunos aspectos, pero nunca haría daño a nadie.

—¿En qué sentido era problemático? —dijo Louise, sin llegar a preguntar a la mujer por qué no había ofrecido esa información antes.

—Conozco a Karl desde hace muchos años. Fuimos juntos a la escuela. Es un hombre muy inteligente —la Sra. Harrison cerró los ojos unos segundos—. *Era* un hombre muy brillante. Pero no tuvo algunas de las oportunidades que yo tuve la suerte de tener. Por eso se alistó en la marina, para conseguir un oficio, ver mundo. Ya sabe... todas esas tonterías.

—¿Seguían siendo amigos cuando se alistó en la marina?

—Lo conocí antes de que se alistara. No lo conocía cuando volvió. Al menos en un inicio.

—¿Qué quiere decir?

—Lo enviaron a las Malvinas en el ochenta y dos. Hasta el día de hoy, nunca ha hablado de ello, pero debe haber visto algunas cosas que lo han perseguido desde entonces. Cuando regresó, no podía mantener un trabajo y se volcó al alcohol y después a las drogas. Perdimos el contacto —suspiró y se rascó la frente—. Una vez fuimos... ya sabes... íntimos el uno con el otro. Eso fue antes de que se fuera. Creí que estaríamos juntos cuando volviera, pero ese era otro Karl. Solo cuando lo vi mendigando en la calle hace unos diez años, supe que tenía que ayudarlo. Es mi eterna vergüenza no haberlo hecho antes.

Le enseñó a la directora la nota que Karl le había dejado y, por primera vez desde que Louise había llegado, la señora Harrison empezó a llorar. Al principio solo sollozaba, pero pronto se puso inconsolable, como si hubiera estado aguantando todo su dolor durante años.

Louise quería consolar a la mujer, pero tenía que mantenerse distante y profesional.

Parecía que tanto la vida de la señora Harrison como la de Karl Insgrove habían cambiado irrevocablemente cuando él fue a la guerra. A su manera, ninguno de los dos lo había asumido y habían vivido a la sombra de aquella decisión.

Esperó a que la otra mujer recobrara la compostura antes de preguntarle si había alguien más

en la vida de Insgrove con quien debieran hablar.

La señora Harrison negó con la cabeza, como si pensara que Louise no la había escuchado.

—Era una persona muy solitaria. Como yo, asistía con regularidad a la Santísima Trinidad. También solía ayudar allí. Siempre ocupado, siempre al servicio. Nuestro pastor, el reverendo Lancaster, lo amaba. Era un hombre muy callado, pero todos lo querían.

—¿Alguien más en quien pueda pensar? Sería de mucha ayuda.

—Hay un grupo de veteranos de guerra con el que se reunía una vez a la semana en el salón de la iglesia. Ex militares, como él. Sé que le reconfortaba mucho.

Louise recordó una de las fotos que había visto en el apartamento de Insgrove.

—¿Es éste grupo? —preguntó y le mostró a la señora Harrison la foto de Insgrove y los otros cinco ancianos.

—Sí, ese es. Ese hombre, Bryce Milner, es el organizador. El otro hombre, Ben Coles, también es feligrés de Santísima Trinidad. Tengo el número de Bryce, por si le sirve de ayuda.

Tomó los datos de la señora Harrison antes de preguntarle si conocía el significado de la mención de Insgrove al lunes en su nota de suicidio.

La señora Harrison rompió a llorar de nuevo mientras Louise esperaba su respuesta. La muerte de Insgrove había afectado a la directora mucho más de lo que ella esperaba, y era una lástima que tuviera que presionarla tanto.

—Le pido disculpas —dijo la señora Harrison al cabo de un par de minutos y se limpió la nariz—. No, no tengo ni idea de lo que significa esa nota. No entiendo nada.

—¿Hay algún lugar en Weston que crea que pueda tener importancia para Karl?

La mujer negó con la cabeza antes de que una sonrisa apareciera en su rostro.

—Imagino que eres demasiado joven para recordar el Tropicana en el paseo marítimo.

—No, lo recuerdo. Fui allí de niña.

El Tropicana era el antiguo complejo de piscinas al aire libre que una vez cautivó la imaginación de la joven Louise, con su piña gigante de fibra de vidrio que albergaba toboganes de agua que, en retrospectiva, no eran tan espectaculares. El edificio seguía existiendo y se organizaban eventos allí de vez en cuando, como una instalación de Banksy hacía unos años.

—Karl trabajó allí como socorrista antes de alistarse en la marina, aunque eso fue antes de que se convirtiera en el Tropicana. Era un nadador excelente. Me lo imagino ahora, sentado en esa silla alta mirando a todo el mundo. Es difícil imaginar que sea la misma persona. Es curioso, ¿verdad? Cómo envejecemos, cómo cambiamos.

Dio las gracias a la mujer y le dijo que el lunes se pondría en contacto con ella para hablar del posible cierre de la escuela. Al salir del edificio, llamó a Robertson y le sugirió que se buscaran explosivos en el edificio Tropicana.

CAPÍTULO VEINTE

Louise había sospechado que había algo más entre la directora y Karl Insgrove que una relación de empleador/empleado, pero no se esperaba la historia que acababa de contar la mujer. Debido a la similitud de su apariencia, había esperado descubrir que Insgrove era primo lejano de la señora Harrison, no que habían sido amantes.

La tristeza había sido evidente en los ojos de la señora Harrison cuando le contó la historia. Louise no había querido entrometerse, pero estaba claro que la mujer vivía sola y se preguntó si, de algún modo, se había pasado la vida añorando lo que podría haber ocurrido entre ella e Insgrove. Lo había rescatado después de encontrarlo durmiendo en la calle y era evidente que luchaba por aceptar lo que le había sucedido al hombre. Que lo recordara como un socorrista, joven y con toda la vida por delante, era revelador, y Louise esperaba que la mujer pudiera seguir recordándolo con cariño en los años venideros.

El teléfono de Thomas volvió a saltar directo al contestador mientras ella conducía hacia el Tropicana. Lamentaba no haber podido estar a su lado en un día tan duro, y la culpa por sus dudas sobre su relación seguía rondándole la cabeza, pero con la nota de Insgrove era poco probable que fuera a ir a ninguna parte en un futuro próximo.

Al llegar al paseo marítimo, llamó a Bryce Milner, el organizador del grupo de veteranos de guerra al que había asistido Insgrove. Tenía un acento ronco del norte de Gales.

—No puedo creerlo —dijo.

—¿Conocía bien al Sr. Insgrove?

—Ha estado asistiendo a nuestro grupo de veteranos de guerra durante algún tiempo. No lo veía fuera del grupo, excepto en la iglesia.

Quedaron en verse al día siguiente y Milner le dio los nombres y números de los otros hombres que había visto en la fotografía en el apartamento de Insgrove.

Al salir del coche, vio a Robertson esperando fuera del edificio Tropicana, con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—¿Va a nadar, señor? —dijo Louise.

—No es el mejor momento para bromear.

—¿Cómo llegó tan rápido?

—Es mi superpoder. ¿Qué importa?

—¿Ha estado en el apartamento de Insgrove?

—Sí, he disfrutado de ese desastre. Ahora dime otra vez por qué estamos aquí.

Louise transmitió la información que había recibido de la Sra. Harrison.

—No puedes hablar en serio —dijo Robertson—. ¿Estamos aquí porque este tipo era salvavidas en los malditos años setenta?

—Trabajó en la escuela y en el parque de caravanas. Tendría sentido que su objetivo fuera otro lugar que significara algo para él.

—¿Por qué atacar a otro lugar si iba a terminar con su vida?

—Podría haber planeado todo de antemano, ya sabe cómo es. Construyendo su confianza un paso a la vez. Si no lo hubiéramos atrapado, ¿quién sabe cuándo habría parado?

—¿Pero por qué ahora?

—Eso es algo que debo averiguar.

—Despejamos este lugar, ¿y si no hay nada aquí? ¿Vaciamos todo Weston el lunes?

—Me temo que esa es una decisión para los directivos —dijo Louise, con una ligera inclinación de la cabeza.

—No presiones. Pero esta noche no va a pasar nada, eso está claro. Y no podemos pedir al ejército que vuelva, no con estas pruebas. Traeremos un equipo mañana por la mañana y registraremos el lugar nosotros mismos.

Louise caminó por el paseo marítimo mientras Robertson volvía a su coche. El edificio Tropicana se extendía hasta la playa, que ahora estaba totalmente sumergida. Las luces del paseo marítimo reflejaban las ondulaciones del agua y, a lo lejos, la silueta de Steep Holm emergía del mar. Le recordaba su primer caso importante en la ciudad, cuando siguió la pista de un despiadado asesino en serie hasta la pequeña isla deshabitada. Volvió hacia el interior y esperó a que pasara un grupo de corredores antes de cruzar la carretera hacia su coche, donde la esperaba Tania Elliot.

—Yo y mi sombra —dijo Louise.

—¿Qué te trae por aquí esta noche,Inspectora Blackwell? —preguntó Tania, que iba envuelta en un abrigo tres cuartos maravillosamente confeccionado.

—Podría hacerte la misma pregunta. ¿Me seguiste desde Congresbury?

—¿Te importaría comentar sobre la muerte de Karl Insgrove? —dijo la periodista, ignorando la pregunta.

Le había prometido a Tania acceso total si mantenía el nombre de Insgrove fuera de la prensa, cosa que no había hecho.

—Habla con la oficina de prensa.

—Sabemos que fue suicidio. ¿Alguna nota?

—Nada que pueda compartir en este momento.

—¿Crees que el Sr. Insgrove fue responsable del engaño en la escuela y del incendio en el parque de caravanas?

—Eres muy directa, ¿verdad, Tania?

Cuando no le molestaba la intromisión de la periodista, Louise la respetaba a regañadientes. A menudo había pensado que Tania sería una buena agente de policía, y sin duda era mejor buscando información que algunos detectives que ella conocía.

—Solo hago mi trabajo.

—La investigación sigue en curso.

—¿Y cuál es la razón por la que estás aquí esta noche?

—Tenía que hablar con alguien.

La periodista sonrió como si estuviera al tanto. Era muy probable que hubiera visto a Louise reunirse con Robertson y estuviera buscando información.

—El lunes es el juicio de Tim Finch.

Louise resistió el deseo de irse. No quería hablar del juicio con ella, pero le interesaba lo que pudiera decir.

—Soy consciente de ello.

—¿Estarás allí?

—Si otros casos me lo permiten.

—Pero, ¿darás testimonio?

Tania sabía muy bien que iba a declarar. Era una testigo fundamental en el cargo de intento de asesinato.

—Cuando me llamen.

—¿Estás lista para revivir lo que pasó en la granja Walton?

Louise no había esperado la pregunta, y respondió con rapidez.

—¿Hablaste con Finch? —preguntó.

—No puedo divulgar mis fuentes, Louise, lo sabes.

—No es una fuente, Tania. Es un psicótico que odia a las mujeres —dijo Louise, y se arrepintió de las palabras en cuanto salieron de su boca—. Eso era extraoficial y me voy.

Tania esperó a que Louise llegara al coche antes de decirle:

—¿Es cierto que tu ex colega Thomas Ireland ha sido detenido hoy por presunto tráfico de drogas?

Se detuvo en seco. Tenía el cuerpo rígido y un dolor que se extendía desde el hombro izquierdo hasta el cuello.

—¿Por qué haces esto, Tania? He ayudado a tu carrera desde el principio. Podríamos ser aliadas en lugar de enemigas —dijo a medida que se dirigía de nuevo hacia la periodista, hasta que estuvo lo bastante cerca como para oler su perfume.

Tania dio un paso atrás instintivamente.

—No creo que seamos enemigas.

—Thomas no ha sido detenido, y tú lo sabes. ¿Por qué hacerme perder el tiempo?

—¿Pero tienes una relación con él?

Louise bajó la mirada.

—Que estemos juntos o no es irrelevante, y eso es todo lo que te diré. Cualquier otra cosa que quieras saber, dirígete a la oficina de prensa.

—¿No te preocupa que Finch utilice esto para desacreditarte? —dijo Tania.

Louise ignoró el comentario, subió al coche y se marchó antes de tener la oportunidad de decir o hacer algo de lo que se arrepintiera.



CUANDO LOUISE REGRESÓ al bloque de pisos de Karl Insgrove, estaban metiendo el cadáver en la parte trasera de una ambulancia para llevarlo al depósito de cadáveres. Los residentes ya podían entrar y salir, y en pocas horas no habría pruebas de que hubiera ocurrido algo en el edificio aquel día.

—Los SOCO siguen registrando todas sus pertenencias —dijo Tracey al acercarse.

Louise la puso al corriente de su reunión con la Sra. Harrison y de la posibilidad de que el

edificio Tropicana fuera un objetivo potencial.

—Hay un par de personas a las que les interesaría saberlo, me temo.

—¿La unidad antiterrorismo?

—Llegaron hace diez minutos. Les he impedido entrar en el piso y no sé dónde se han metido. Querían hablar contigo directamente.

—Estoy segura de que me encontrarán cuando estén listos —dijo Louise, y vio a Farrell en la entrada de los pisos—. Disculpa —añadió.

Se acercó al Sargento.

—Greg, ¿podemos hablar?

Farrell asintió.

—Por supuesto.

—Hoy no has tenido ningún contacto con Tania Elliot, ¿verdad?

—No, la verdad es que no. Estuvo en Thornbury más temprano, pero no hablé con ella.

—Comprueba si alguien de tu equipo ha hablado con ella —dijo Louise, y le contó la acusación que la periodista había hecho sobre Thomas.

—Jesús. Averiguaré quién habló con ella. Claro que no estamos tratando a Tom como sospechoso —dijo Farrell, mientras los dos agentes de la unidad antiterrorismo (UAT) doblaban la esquina—. Iré a ayudar a Tracey —concluyó antes de alejarse.

—Un día duro —dijo el inspector David Faulkner con su sonrisa habitual.

—Se podría decir que sí. Supongo que se han enterado de todo.

—Hemos leído la nota —dijo Evelyn—. ¿Alguna idea de lo que quiere decir sobre el lunes?

Louise les contó sobre su conversación con la Sra. Harrison y lo que había dicho sobre el edificio Tropicana.

—Es impreciso, lo sé, pero era importante para él.

Los agentes de la UAT intercambiaron una mirada.

—¿Va a examinar el lugar? —preguntó Faulkner.

—Está por encima de mi autoridad, pero espero que empecemos mañana. A menos que tenga alguna sugerencia.

—¿Cree que el Sr. Insgrove podría haber estado trabajando con alguien? —preguntó Evelyn.

—Se me ha pasado por la cabeza, aunque nada lo sugiere. Era una persona bastante solitaria. Aparte de la Sra. Harrison, no sabemos de ninguna amistad cercana. Dicho esto, era una figura popular en la escuela y en el parque de caravanas.

—¿Alguna correspondencia aparte de la nota de suicidio?

—Los SOCO nos mantendrán informados. Su portátil ha sido enviado para su análisis.

—¿En la sede? —preguntó Evelyn.

—Sí. Simon Coulson. Ya sabemos que no se ha utilizado en los últimos cuatro años.

Evelyn miró a su colega.

—Nos gustaría ayudar con eso, si podemos.

—¿Hay algo que no me estén diciendo? —preguntó Louise.

—Podría no ser nada, podría ser algo. El hecho es que hay riesgo de explosión en algún lugar el lunes. Como comprenderás, tenemos vigiladas a varias personas de la región. Hablaremos con ellos.

—¿Tenían los ojos puestos en Karl Insgrove?

—Estamos aquí para ayudar —dijo David, como si ella no hubiera hecho la pregunta—. Me aseguraré de que nos pongamos en contacto con el Tropicana. Parece un buen lugar para

empezar, aunque yo sugeriría que primero se hiciera otro barrido de la escuela. ¿Podrías mantenernos informados de todo lo que descubras en el apartamento?

El encanto de Faulkner le falló, pero Louise accedió a cooperar. Que no pudiera ver la relación con una amenaza terrorista no significaba que no la hubiera, aunque estaba convencida de que estaban cubriendo sus apuestas. Le parecía que era el último intento desesperado de un viejo solitario por dejar su huella. Por lo que le había contado la Sra. Harrison y por sus acciones posteriores, era evidente que Insgrove había sufrido problemas de salud mental que no habían sido controlados. Era una historia conocida de abandono que, como ocurría tan a menudo, podría haberse evitado.

Era más de medianoche cuando abandonó el lugar. Quería interrogar a tantos residentes como fuera posible y necesitaba quedarse para asegurarse de que el trabajo se hacía correctamente. Había enviado a Tracey y a Farrell a casa mucho antes y, al subir al coche, se dio cuenta de que Thomas vivía a menos de un kilómetro. Se había centrado tanto en el bloque de pisos que había olvidado que estaban en el centro de Worle y que su antiguo bungalow estaba a un corto paseo de distancia.

Condujo hasta su casa, aparcó fuera y envió un mensaje de texto. Él le había dado una llave y le había dicho que podía visitarlo cuando quisiera, pero que no le parecía bien entrar ahora. O estaba durmiendo o seguía trabajando. Decidió que él se pondría en contacto con ella cuando estuviera preparado y condujo hasta su casa, comprobando de vez en cuando si había algún mensaje que nunca llegaba.

CAPÍTULO VEINTIUNO

La siguiente vez que Louise miró el teléfono fue a la mañana siguiente, para responder a la insistente llamada de Tracey.

—Buenos días —dijo, y se sorprendió por su propia voz graznante.

—Siento molestarte tan temprano, Lou. Acabo de enterarme de que el asunto de Thornbury ha salido en los tabloides.

La noticia sobresaltó a Louise y ahora Tracey tenía toda su atención.

—¿Supongo que hay algo más en la historia?

—Tanto tú como Thomas son nombrados, y no en el buen sentido. Han sido inteligentes, pero se insinúa que Thomas está implicado o que fue negligente.

—¿Y yo? —dijo Louise. Puso a Tracey en el altavoz y buscó la noticia en Internet.

—Me temo que no es bueno.

—No, no lo es —dijo Louise una vez que encontró el titular:

“Novio de policía asesina en escándalo de emboscada de drogas.”

—Hay titulares engañosos, y luego está eso —añadió. Podía oír a Tracey fumando al otro lado del teléfono mientras leía el artículo que mencionaba que Thomas había sido interrogado por la policía. El artículo afirmaba que Louise había sido absuelta de cualquier delito relacionado con la muerte de Max Walton, pero ella dudaba que mucha gente leyera todo el artículo—. Han cubierto todas las bases. No necesito adivinar quién lo escribió.

—Esa mujer es una amenaza. Esto podría prejuzgar fácilmente a los miembros del jurado.

Louise ya estaba pensando en eso.

—Tal vez eso es lo que ella quiere que suceda —dijo, antes de colgar.



LLAMÓ A THOMAS mientras se cambiaba y se alegró de que sonara el teléfono, aunque él no contestó hasta el décimo tono.

—¿Hola? —dijo, como si fuera una pregunta.

—Hola, desconocido. ¿Todavía en la cama?

—Hola. Puede que sí —dijo Thomas, que sonaba dormido.

—¿Todo bien?

—Con una resaca de proporciones titánicas.

—Fui a tu casa anoche, pero las luces estaban apagadas y no quise molestarte.

—Creo que es algo bueno. No llegué hasta las tres. Tuve que dejar mi coche y cogí un taxi en Bristol. Fui con algunos de los chicos a ahogar nuestras penas después de la mierda de ayer. No luce bien para el nuevo jefe de seguridad.

—No pueden culparte por esto.

—El último en entrar, el primero en salir. No lo sé. Me siento demasiado mal para pensar en ello ahora.

Louise hizo una pausa. No quería agravar su sufrimiento, pero era mejor que ella se lo dijera directamente.

—Me temo que salió en los periódicos —dijo, y le contó sobre el artículo.

—Lo siento mucho, Louise.

—¿Qué quieres decir?

—Esto es lo último que necesitas antes de la semana que viene, y con todo lo que está pasando en Weston en este momento.

—No seas ridículo, esto no es culpa tuya.

—Bueno, si no fuéramos...

—Basta. Nos habrían relacionado de todas formas. ¿Viste a Tania ayer?

—Trató de hacerme algunas preguntas, pero le dije a dónde ir. En retrospectiva, fue bastante tonto de mi parte.

La periodista se estaba convirtiendo en un problema. No pasaría mucho tiempo antes de que Robertson o alguien de más arriba en la cadena alimentaria la cuestionara por el artículo. Ya era bastante malo tener a un ex Detective en Jefe en el banquillo la próxima semana, y este tipo de publicidad lo hacía todo diez veces peor.

—Lo solucionaremos. Intenté llamarte ayer —dijo Louise.

—Lo siento, estaba recibiendo tantas llamadas que lo apagué. Sabía a lo que te enfrentabas en Weston, así que pensé que no querías saber de mí.

—Eso es una tontería. Mira, mejor me voy. Es probable que esté trabajando todo el fin de semana, pero podemos ponernos al día esta noche.

—Eso estaría bien. Creo que necesito dormir un poco ahora.

—¿No se quedaba Noah este fin de semana?

—Tuve que dejarlo para otro día, después de lo de ayer. Rebecca no estaba muy contenta. Tendremos que reunirnos con Emily en otro momento.

—Sí, me parece bien. Te veo luego —dijo Louise.



¿DEBERÍA HABER SIDO MÁS COMPRENSIVA? Thomas se había disculpado porque sus nombres aparecieron en el periódico, pero debería haber sido ella la que se hubiera disculpado con él. Ella era la “policía asesina”, como la describía tan crudamente el periódico. Si no hubiera sido por ella y por el caso Finch, dudaba que el incidente hubiera salido en las noticias.

Y luego estaba la culpa por sentirse aliviada de que Noah no se quedara ese fin de semana. ¿A qué tenía tanto miedo? Pasar unas horas con Noah y Emily no constituía un matrimonio. Era una idea sensata que no debería haberla preocupado en absoluto. Sin embargo, se sintió aliviada, aunque sabía que tenía que dar la noticia a sus padres de que no podría cuidar de Emily ese

domingo.



—¿Es cierto? —preguntó su madre cuando se reunió con ellos para desayunar—. ¿Lo del señor Insgrove? —dijo esto último en voz baja mientras miraba a Emily, que estaba demasiado ocupada comiendo tostadas como para preocuparse por lo que decían los demás.

—Me temo que sí. Ayer —dijo Louise.

Su madre se levantó, con la cara desencajada como si se estuviera enterando de que había muerto un familiar.

—¿Qué pasa? —preguntó su padre, que se había levantado de la silla del comedor.

—Te van a echar la culpa de esto, ¿sabes? —dijo su madre, que dirigía a trompicones al salón para alejarse del alcance del oído de Emily.

—Oh, vamos, cariño, eso no es verdad —dijo su padre.

—Lo es —reprochó su madre, con veneno—. Sacaste a ese pobre hombre esposado de la escuela, frente a todos los padres y alumnos.

—Entiendo que estés disgustada, mamá, pero eso no fue lo que pasó. No estaba esposado, y casi todo el mundo se había ido a casa en ese momento.

—Oh, da igual. Te culparán a ti, y luego la culpa será nuestra y de Emily.

—¿*suya y de Emily*? —repitió Louise.

—Oh, sabes a lo que me refiero. Cada vez que estamos cerca de instalarnos, algo sucede. ¿Cómo crees que Emily va a lidiar con esto?

Con todo el drama, Louise no había pensado mucho en las consecuencias más allá de lo que habían revelado los artículos del periódico. El hecho era que Insgrove había sido el conserje de la escuela de Emily. Fuera o no responsable del artefacto y del incendio, la escuela le guardaría luto. Su madre tenía razón, algo de culpa recaería sobre ella, pero no podía sentirse culpable por eso ahora. Solo había hecho su trabajo y había seguido sus directrices correctamente. Nunca había deseado nada malo a Insgrove, pero había muchas probabilidades de que fuera el responsable de la falsa bomba y del incendio del parque de caravanas.

Lo que no podía decirle a su madre era que la amenaza estaba lejos de terminar. La críptica advertencia de Insgrove sobre el lunes seguía siendo motivo de gran preocupación. Aunque el hombre estaba muerto, el incendio del parque de caravanas indicaba que alguien tenía la capacidad de provocar una explosión a distancia, y era muy posible que hubiera programado un temporizador para el lunes. Y el hecho de que la nota de suicidio de Insgrove no la mencionara seguía siendo un problema, pues tenía que preguntarse si Insgrove había estado trabajando con alguien más.

—Lamento que te sientas así, pero hicimos lo correcto al llevarlo a la estación para interrogarlo. Nadie quería que pasara esto.

—Intenta explicar eso en el patio el lunes por la mañana —dijo su madre y se puso de pie—. Permiso —añadió, antes de marcharse.

—Déjala ir —dijo el padre de Louise—. Solo está enfadada.

Louise se despidió de él con un beso, sin llegar a decirle que el lunes por la mañana podría no haber clases si no encontraban algo el fin de semana.



—ESO ES lo último que quieres ver un sábado por la mañana —dijo Robertson, mientras veían aparcar una furgoneta en el paseo frente al Tropicana.

—Le quita un poco el misterio —dijo Louise. El cabo primero Adam King salió de la furgoneta, que llevaba estampadas las palabras “*Unidad de Desactivación de Bombas*”, acompañado de su colega Mitch Norton.

—Louise. Iain —saludó King.

—Gracias por venir, Adam —dijo Louise—. Como te dije por teléfono, espero que no te necesitemos, pero pensé que era mejor que estuvieras aquí en caso de que encontremos algo.

Después de consultar con el ayuntamiento y los propietarios del Tropicana, se había acordado que la cafetería del local permanecería cerrada durante todo el día en tanto se hacía un barrido del lugar.

—Más vale prevenir que curar —dijo King—. ¿Por dónde quieres que empecemos?

La nota de suicidio de Insgrove rogaba a la directora que no abriera la escuela el lunes, pero Louise no iba a esperar hasta entonces.

—La escuela tiene que ser el punto de partida. Sé que la revisaron cuando extrajeron la bomba falsa, pero ha estado abierta desde entonces.

—No hay problema, iré ahora. Haz que tu equipo haga un barrido inicial del Tropicana primero. Ya sabes cómo es, detente si encuentras algo sospechoso.

Mientras King y Norton recorrían la corta distancia que los separaba de la escuela, la zona que rodeaba el Tropicana fue acordonada y pronto se formó una pequeña multitud. Había una mezcla de curiosidad morbosa y aprensión en sus rostros a medida que la policía uniformada avanzaba, coordinada por el Inspector Dan Baker, de la comisaría de Weston. Louise sabía que probablemente era alarmista, pero no estaría tranquila a menos que aseguren el lugar.

—Ven. Puedes invitarme a un café —dijo Robertson, que se alejó por el paseo marítimo ignorando las miradas de los ansiosos transeúntes.

—¿Es malo esperar que encuentren algo? —dijo Louise. Le dio a Robertson un café que había comprado en la cafetería del antiguo acuario.

—Supongo que sería un resultado. A menos que Insgrove tenga planeado algo más desde la tumba.

—Esperemos que sea solo el lunes —dijo Louise y miró hacia atrás a lo largo del paseo marítimo hasta el Tropicana. Una sensación de inquietud flotaba en el aire, como si algo trascendental fuera a ocurrir en cualquier momento.

—Mucha gente está molesta por esto. El espectáculo aéreo empieza la semana que viene. No hace falta que te diga que es uno de los fines de semana del año con más ingresos —dijo Robertson gruñendo mientras daba un sorbo a su café.

—Qué desconsiderados son estos pirómanos.

Robertson le lanzó una mirada fulminante.

—No creas que no he leído los periódicos de la mañana —dijo, antes de dar otro trago.

—¿Qué puedo decir? Me encanta mantener el empleo de los periodistas locales.

Robertson tomó aire.

—¿No has pensado en seguirle la corriente a la mujer? Esto es un trabajo para quitarse el sombrero del más alto nivel.

—He hecho todo lo posible, Iain. Le ofrezco acceso exclusivo y luego hace algo así. Es su forma de ser. Para ella, solo se trata de maximizar los lectores, y solo empeorará con este libro en el que está trabajando.

—¿Este libro es sobre ti, o sobre Finch?

Era una pregunta que Louise había estado considerando desde que el periodista había reaparecido en la ciudad el otro día.

—Creo que eso dependerá del resultado del juicio. Necesitará un final, supongo.

—Asumo que has pensado que es el momento oportuno para que esto suceda —dijo Robertson.

Era una lástima que el caso Insgrove coincidiera con la inminente cita de Finch con el tribunal, pero podría ser cualquier otra investigación. En cuanto a lo que ocurría con Thomas en Oblong, era grave pero no habría llegado a los periódicos de no ser por su relación.

—No creo que Finch esté planeando todo esto desde su celda, si eso es lo que estás pensando —dijo Louise, aunque no había descartado la idea del todo.

—No, pero no me gusta que todo esté ocurriendo al mismo tiempo. Tienes que concentrarte.

—Ya he lidiado con esto antes, Iain. Sé lo que estoy haciendo.

—Lo sé, lo sé, solo digo que no dejes que esto te distraiga. Sé que es importante y que harás un buen trabajo, pero el lunes también es importante. Necesitamos que ese bastardo esté tras las rejas, y por mucho tiempo. Por ti, y por todos a los que arruinó. Por la policía. Y te guste o no, Louise, eres fundamental para que eso suceda.

Se imaginó a Finch en una pequeña celda, conspirando contra ella. Pero la imagen se hizo mucho más clara cuando se lo imaginó de vuelta en el exterior. Tal vez estaba siendo paranoica, pero a pesar de la abrumadora evidencia en su contra, todavía le preocupaba que fuera a salirse con la suya, de alguna manera. Iban a cuestionar el carácter de Louise, y el artículo del periódico con su exagerado titular no iba a facilitar las cosas. Pero las cosas a veces salían mal, y aunque apreciaba las palabras de ánimo de Robertson, nada iba a distraerla de mantener a Finch donde debía estar.

—Será mejor que regresemos —dijo.

—Parece como si nunca hubiéramos dejado esta ciudad, ¿verdad? —dijo Robertson, mientras caminaban de regreso al Tropicana.

—Soy más local que nunca —dijo Louise. Se giró al oír una sirena a lo lejos, al mismo tiempo que su teléfono empezaba a sonar.

Robertson se había parado en seco.

—¿Vas a contestar?

—Blackwell —dijo Louise, con los ojos puestos en Robertson en tanto escuchaba la información que le daban desde la emisora—. Una explosión —anunció tras colgar.

—¿Dónde? ¿No será en el Tropicana? —dijo Robertson, mirando hacia el paseo marítimo.

—No —sacudió la cabeza—. En la escuela.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Era sábado, pero Louise llamó a sus padres mientras corría hacia su coche.

—¿Dónde estás? —dijo. Trató de mantener el pánico fuera de su voz cuando su padre respondió.

—En casa. ¿Todo bien?

Louise lanzó las llaves del coche a Robertson.

—¿Mamá y Emily están contigo?

—Mamá se la llevó a pasear con el perro. ¿Qué pasa? Estás empezando a asustarme.

La cicatriz en el brazo de Louise comenzó a palpar y picar. Su padre había sido el primero en llegar la noche que ella recibió la herida. Ya había sufrido mucho por su culpa, y lamentaba causarle más preocupaciones.

—Lo siento, papá. Hubo un incendio en la escuela de Emily. Solo quería comprobar que no habían ido por ninguna razón.

—Jesús —dijo su padre con la voz baja—. No, se fueron hace cinco minutos. ¿Hay alguien herido?

—Voy para allá ahora.

—Gracias a Dios que no ocurrió en un día de semana.

—¿Puedes comprobar que están bien y mandarme un mensaje? Será mejor que no llame a mamá o se preocupará.

—Lo haré ahora. Por favor, cuídate, cariño.

—Lo haré, papá. Te quiero.

Robertson conducía como un piloto de rally, y llegaron a la escuela en menos de cinco minutos. Los guio una columna de humo negro que salía del edificio principal. Se detuvo en la carretera junto a la furgoneta de King, y ambos se dirigieron hacia el primero de los dos camiones de bomberos. King estaba junto al jefe de bomberos, John McKee, que daba instrucciones mientras su equipo intentaba contener la propagación.

—Se apagó cuando llegamos —dijo King.

—¿Hay alguien dentro? —preguntó Louise.

—Estamos comprobándolo ahora. He enviado un equipo por detrás —dijo McKee.

Louise llamó a la directora y se sintió aliviada cuando contestó. Parecía despreocupada.

—Siento decirle esto, Sra. Harrison, pero ha habido un incendio en la escuela. Necesito saber si alguien debía estar dentro hoy.

—¿Qué? —dijo la directora.

—Por favor, es importante que piense. ¿Alguien tiene acceso a la escuela?

La Sra. Harrison comenzó a murmurar, como si tratara de ordenar sus pensamientos.

—Usamos un servicio de limpieza contratado. Iban a llegar esta mañana. Son del ayuntamiento, así que tienen llaves, aunque Karl suele estar allí para supervisar.... —dijo, y sus palabras se detuvieron.

—Podría haber gente dentro. Personal de limpieza —informó Louise.

—¿Cuántos? —dijo McKee, y llamó a dos de sus colegas.

Louise hizo la pregunta a una Sra. Harrison ahora conmocionada.

—Normalmente tienen un equipo de seis o siete —explicó la directora. Colgó luego de que la Sra. Harrison le dijera que estaba de camino.

Robertson se llevó a Louise aparte.

—¿Hemos registrado a fondo este lugar? —preguntó.

—Adam y Mitch registraron cada rincón después de la bomba falsa, pero la escuela ha estado abierta desde entonces —dijo Louise, que repetía lo que le había dicho antes al Rey.

—Por eso estamos aquí —dijo King.

—Será mejor que vayamos al parque de caravanas. Envíen un equipo por si acaso —dijo Robertson y, en ese momento, el equipo de bomberos empezó a sacar gente por la puerta principal hacia los paramédicos que esperaban.

Louise corrió hacia la entrada de la escuela, ignorando las objeciones de McKee. Había contado cuatro personas por ahora, todas mujeres. Todas parecían ilesas, salvo por la inhalación de humo que las hacía toser y balbucear.

—¿Cuántas han venido a trabajar hoy? —preguntó a una de ellas, a la que un paramédico envolvía en un abrigo de papel de aluminio y le ofrecía oxígeno.

—Seis —respondió la mujer—. Creo que Hana estaba allí cuando....

La mujer vaciló. Louise no sabía si las lágrimas que caían de sus ojos eran de angustia o consecuencia del humo negro.

—Creo que estaba cerca de la explosión —concluyó.

Sacaron a otra mujer y Louise gritó a McKee,

—Hay una más. Es posible que haya estado cerca del origen de la explosión.

—Lo tenemos bajo control, Inspectora Blackwell —dijo McKee, que estaba en comunicación con su equipo por radio.

Pasaron los minutos sin que ocurriera nada. El incendio ya estaba controlado, la zona cercana a la entrada de la escuela nublada por el espeso humo. Louise empezó a toser, y lágrimas le caían por el rostro antes de que McKee y Robertson la llevaran a una distancia segura.

—Vamos a sacarla ahora —dijo el jefe—. No suena bien.

Segundos después, dos bomberos salieron del humo sombrío cargando una camilla. Caminaron con paso firme hasta una de las ambulancias, colocaron el cuerpo en la parte trasera y se lo llevaron.

Quince minutos más tarde, se recibió la llamada del hospital. La mujer, identificada como Hana Sánchez, había muerto al llegar.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Greg Farrell se ajustó la corbata y tomó asiento en el despacho del Departamento de Investigación Criminal (DIC). Era sábado, pero llevaba traje como de costumbre. Su apariencia era algo de lo que se enorgullecía. Al igual que la delincuencia no cesaba durante el fin de semana, tampoco lo hacía su profesionalidad.

Se había hecho un arresto tras el registro domiciliario de uno de los conductores interrogados el día anterior en Thornbury, y Farrell iba a entrevistar ahora al sospechoso, Lloyd Bradshaw. Aunque no tenía antecedentes por delitos de drogas, Bradshaw había sido detenido dos veces como sospechoso de suministrarlas, pero se había librado de los cargos en ambas ocasiones. Parte de la cocaína recuperada ayer se había encontrado en su furgoneta. Eso, unido a sus antecedentes, había bastado para obtener una orden de registro de su apartamento en Knowle West. Se había encontrado medio kilo de cocaína, y Bradshaw había sido acusado y llevado a la comisaría para ser interrogado.

Farrell se tomó un café. Tras ayudar ayer a Louise en Weston y de la detención de aquella mañana, no había dormido mucho. Ahora sintió una súbita calma, y las palabras de su pantalla se fundieron unas con otras.

—¿Te estamos desvelando, Farrell?

Se giró hacia la fuente del comentario, el Sargento Eddie Perkins.

—¿Sabes que es sábado, Ed?

Perkins sonrió, pero la falta de humor en sus ojos sugería que no le había hecho gracia la broma. Aunque no era una broma. Farrell no recordaba la última vez que había visto a Perkins trabajando un fin de semana, sobre todo desde que habían detenido a su antiguo jefe, el Inspector Finch.

—He oído que arrestaste a alguien por la redada antidroga de Thornbury —comentó Perkins.

Farrell dejó de hacer lo que estaba haciendo y tomó otro sorbo de café antes de contestar. Perkins trabajaba en otro departamento, y no le gustaba trabajar en equipo con los demás departamentos. Era evidente que quería algo.

—Lo interrogaré ahora. ¿Por qué?

—Por curiosidad.

—¿Curiosidad? —dijo Farrell, incrédulo.

—Perdona que te moleste, Greg. Parece que fue una buena redada.

Farrell entrecerró los ojos. Perkins apenas le había dirigido la palabra durante los primeros meses cuando se trasladó al cuartel general. Entonces formaba parte del equipo del Inspector

Finch, y era evidente que los novatos no eran de su agrado. Aparte de Tracey, Perkins era el único superviviente del antiguo equipo de Finch, pues los demás habían sido trasladados o se habían marchado en circunstancias sospechosas. Si Farrell no se fiaba de Perkins antes, ahora menos, y no se tragaba ningún falso cumplido de su parte.

—Así fue. Gracias por su interés —dijo, y dirigió su atención a la pantalla.

—Tuvimos una detención a principios de año en los muelles. Un modus operandi similar, aparecieron varios coches y hubo una pequeña pelea.

Farrell recordó el incidente, pero no le vio la importancia. Se habían practicado varias detenciones a raíz de las grabaciones de las cámaras de seguridad, que revelaron las matrículas de los asaltantes. Se sospechaba que los implicados tenían vínculos con una banda local de narcotraficantes, pero a raíz del incidente solo se efectuaron unos cuantos cargos por posesión de drogas.

—¿Conoces a Lloyd Bradshaw? —dijo Farrell, deseoso de averiguar qué pretendía Perkins.

—Es un delincuente. Me lo he encontrado varias veces. Es un bastardo retorcido que siempre parece salirse con la suya.

Podría haber acusado al antiguo jefe de Perkins de lo mismo hasta su detención el año pasado.

—Vale, gracias, Ed. Si recuerdas algo concreto que creas que puede ayudar, dímelo.

—Claro —dijo Perkins y se alejó.

—Eso ha sido jodidamente raro —se dijo Farrell, mientras cerraba el ordenador y se iba en busca de más cafeína.



TRACEY ESTABA en la cocina llenando una petaca con café.

—Déjame un poco, ¿quieres? —preguntó Farrell.

—¿Te has enterado? —dijo Tracey. Dejó un poco de un líquido marrón de aspecto poco apetecible arremolinándose en el fondo de la cafetera.

—¿Qué? —frunció el ceño y se sirvió el café tibio en la taza.

—Ha habido otra explosión en Weston. Esta vez, ha muerto alguien.

—Mierda. ¿Ahí te llevas todo mi café?

—Es un largo viaje. ¿No vienes?

—No, todavía estoy lidiando con el caso Thornbury. Hice un arresto a primera hora de la mañana.

—Eso he oído. Debe haber sido raro hablar con Thomas ayer.

—No le importó. Ya sabía lo que iba a decir antes de que le hiciera las preguntas.

Farrell conocía a Thomas desde sus años de prueba en las calles de Weston. Por aquel entonces, Thomas trabajaba en el DIC y ocupaba el mismo puesto que Farrell. Se habían enfrentado en ocasiones, y Farrell tenía que admitir que se debía, en gran parte, a su arrogancia juvenil. Se llevaban mucho mejor cuando Thomas renunció y, aunque para entonces trabajaban en ciudades distintas, Farrell lamentaba su marcha.

—¿Supongo que has visto el periódico esta mañana?

—Yo no lo llamaría periódico, pero lo he visto. Supongo que el momento no podía ser peor. Hablaré con relaciones públicas, a ver si podemos usar algo que quite la presión sobre Thomas y

Louise. Voy a entrevistar a Bradshaw ahora. Espero que eso ayude.

Tracey asintió.

—Gracias, Greg.

No era sorprendente que Tracey hubiera sobrevivido a la selección de antiguos colegas de Finch. Era diligente y probablemente la policía más trabajadora que había conocido en el cuartel general. Farrell sabía que también había tenido algo con Thomas, y se preguntaba si eso saldría pronto en las noticias.

Bradshaw estaba en la sala de entrevistas con su informe. Farrell cumplió las formalidades antes de preguntarle de dónde había sacado la cocaína que encontraron en su apartamento.

—Uso personal.

Farrell se rio entre dientes.

—Debes de tener una buena constitución, Lloyd. ¿Y la heroína de tu furgoneta?

—La plantaron, y lo sabes.

—Seré sincero contigo, Lloyd, y puedes preguntarle a tu abogado, pero tenemos suficientes pruebas para que la acusación prospere. Ningún juez va a creer que la tenías para uso personal.

Bradshaw se encogió de hombros y parpadeó mientras se removía en su asiento. No miró su informe antes de contestar.

—Uso personal.

Farrell se frotó la barbilla y abrió el expediente de Bradshaw.

—Ya hemos pasado por esto, ¿verdad, Lloyd? Ya sabes cómo funciona esto. Veo que no eres reacio a cooperar con la policía.

—No soy un soplón —dijo Bradshaw y se dirigió a su abogado en busca de apoyo.

—No me importa lo que seas, Lloyd. Solo quiero saber de dónde sacaste esto. Dinos para quién trabajas y estaré más inclinado a creer que las drogas que encontramos en tu apartamento y en tu furgoneta eran para uso personal.

El abogado movió la nariz, pero no dijo nada. Farrell esperaba que le pidiera una confirmación más formal de que se retirarían los cargos contra su cliente.

—Sin comentarios —dijo Bradshaw.

—Piénsalo bien, Lloyd, esta no es tu primera vez. Solo necesito un nombre. Nadie sabrá que vino de ti. Hazte un favor o estarás ante los magistrados el lunes por la mañana.

Bradshaw se movió en su silla.

—Se lo estaba guardando a alguien —dijo.

—Bien, Lloyd, estamos llegando a algo. ¿A quién se lo guardabas?

—Esto no puede apuntar a mí.

—No lo hará, Lloyd, solo dímelo.

Bradshaw enseñó los dientes.

—Es ese maldito tipo de seguridad.

—¿El tipo de seguridad? —dijo Farrell, con un escalofrío recorriéndolo.

—Sí. Estaba allí ese día. Tommy. Tommy Ireland.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Louise permaneció en el colegio, coordinando la llegada de Janice Sutton y los SOCO, y Robertson se marchó a Portishead a la espera de nuevos acontecimientos. La escuela era ahora potencialmente una escena del crimen. Adam King se había apresurado a llegar desde el Tropicana y estaba trabajando con los SOCO y los bomberos para determinar lo que había sucedido.

King fue el primero en salir de la escuela, vestido con un traje blanco protector de SOCO. Se bajó la mascarilla y aspiró aire como si fuera néctar. Louise bajó la mirada hacia la bolsa de pruebas que tenía en la mano y se esforzó por no hacer suposiciones sobre el contenido.

—Fue deliberado —dijo King—. Lo encontramos en el vestíbulo del colegio. Creo que estaba colocado dentro de un caballo de madera con pomo. Es de tipo militar, con detonación remota.

Levantó la bolsa como si ella conociera el artefacto carbonizado que contenía

—¿Detonación remota?

—Teléfono móvil. La llamada podría haber llegado desde, bueno, cualquier parte del mundo. Similar en cierto modo a la detonación en Kewstoke, excepto que esta vez la fuente de energía estaba conectada a explosivos plásticos. He tomado algunas muestras, y un examinador de escena llegará pronto. También necesitaremos la ropa de la víctima.

—¿Podría haber sido con un temporizador, o detonado por accidente? —preguntó Louise—. Insgrove dijo que ocurriría el lunes.

Intentó quitarse de la cabeza la imagen de Karl Insgrove en el agua ensangrentada de su bañera.

Los ojos de King se abrieron de par en par.

—Un temporizador, es posible. ¿Un accidente? Poco probable. Se necesitaría una carga para activarlo. La llamada podría programarse con antelación para que se marque automáticamente a una hora concreta. Así hay menos posibilidades de que te rastreen, aunque son casi nulas. Sin embargo, mi suposición es que alguien llamó.

—Pero Insgrove pudo haber colocado este dispositivo y programar un temporizador para que llamara esta mañana.

—Podría haberlo hecho, sí.

—Y los explosivos, ¿dónde los conseguiría?

—Si sabes dónde buscar, es posible. Contactos militares, o la dark web. Aunque no es fácil. Tendremos una mejor idea de lo que usó cuando tengamos los resultados de hisopado.

—¿La explosión mató a Hana Sánchez?

—La autopsia nos dirá más. Este tipo de explosión... Si estaba demasiado cerca —King sacudió la cabeza—, la fuerza le habría absorbido el oxígeno.

—En cuanto al fuego, la explosión prendió fuego a las cortinas del vestíbulo de la escuela. Eso causó la mayor parte de los daños. Llegamos a tiempo y la mayoría de los daños son superficiales —dijo McKee.

Louise había conseguido interrogar a algunas de las otras limpiadoras. La mujer fallecida, Hana Sánchez, había estado sola puliendo el suelo en el vestíbulo de la escuela en el momento de la explosión.

—Tengo que preguntar... —dijo Louise.

King asintió antes de que pudiera terminar la frase.

—Comprobamos todo la última vez que vinimos, incluido el caballo de pomo. Un lugar tan bueno como cualquier otro para esconder algo. Todo está grabado, así que estamos cubiertos, aunque me doy cuenta de que no es un gran consuelo a estas alturas.

Habían pasado tres días desde la reapertura de la escuela, lo que le habría dado a Insgrove la oportunidad de colocar el dispositivo.

—Gracias, Adam. ¿Puedes procesar esto por mí con cualquier otra cosa que encuentres?

—Claro. Probablemente haré que el resto del equipo venga para ayudar a asegurar ambos sitios. Si podemos mantener el personal al mínimo. Y podría valer la pena poner una zona de exclusión en el Tropicana, en caso de que haya algo activo allí.

Louise volvió a darle las gracias y empezó a hacer llamadas. Lo último que alguien quería era ver una parte del paseo marítimo acordonada por la amenaza de una explosión, pero ¿qué opción tenía? Mejor eso que arriesgarse a otra víctima mortal.

Detrás de ella, oyó un alboroto en las barreras instaladas en la carretera. Volteó y vio a la Sra. Harrison discutir con uno de los uniformados.

—Déjenla pasar, por favor —dijo Louise.

La directora pasó debajo de la cinta policial y se acercó a Louise.

—¿Qué le ha pasado a mi colegio? —dijo con el rostro desenchajado.

—Mi equipo me ha dicho que los daños son principalmente superficiales. Las cortinas se incendiaron, y la explosión ha causado algunos impactos en las paredes y techos que tendrán que ser examinados. Lamento tener que decirle que una empleada de la limpieza fue alcanzada por la explosión y perdió la vida.

La Sra. Harrison la miró estupefacta, como si no pudiera entender sus palabras, antes de que sus piernas cedieran y cayera al suelo.

Louise se agachó a su lado. Intentaba mantener distancia. No sabía por qué el agresor la estaba involucrando, pero la nota y la llamada telefónica eran suficientes para hacerla sentir responsable o, de alguna manera, cómplice por lo que estaba ocurriendo.

—Señora Harrison, ¿se encuentra bien? —dijo e hizo señas a uno de los paramédicos. La directora estaba sin aliento, con la piel blanca como un fantasma y la frente erizada de sudor. El paramédico se sentó junto a ella y le tomó el pulso a medida que su rostro empezaba a recuperar el color.

—Lo siento.

—Por favor, quédese ahí unos minutos. Recupere el aliento —le dijo el paramédico.

Louise se sentó en el suelo junto a la directora y dio las gracias al paramédico.

—Esto debe ser el shock, tómese su tiempo.

—No puedo creerlo. El otro día ya fue bastante duro. Hemos pasado los últimos tres días lidiando con los miedos y preocupaciones de los niños. Interiorizan estas cosas de un modo que no solemos apreciar.

Louise lo entendía muy bien. Lo había visto en Emily cuando Paul había muerto: la ira y el resentimiento burbujeando bajo la superficie que se revelaba en ocasiones mediante actos aleatorios de violencia.

—No va a ser fácil —dijo Louise, incapaz de encontrar las palabras para endulzar la situación.

—No sé qué van a pensar los padres —dijo la directora, y miró a Louise como si acabara de recordar que su sobrina estaba en el colegio—. ¿Qué piensas tú? ¿Qué piensan tus padres? ¿Querrían enviar a Emily a la escuela el lunes?

—Es una tragedia terrible, pero la escuela saldrá adelante. Es una pequeña comunidad maravillosa. Todos sentimos eso desde el principio, por eso la enviamos aquí. Los padres sabrán que no es culpa de nadie. Se unirán.

De nuevo, la imagen de Karl Insgrove en su bañera apareció en su mente. Le dijo a la Sra. Harrison dónde creían que habían colocado el artefacto.

—¿Supongo que el Sr. Insgrove habría tenido acceso a la escuela antes de su arresto?

—Por supuesto, pero no estará sugiriendo...

Louise dejó que la mujer reflexionara sobre la situación. Insgrove se había quitado la vida y casi había admitido su implicación y, un día después, un artefacto había explotado en la escuela. ¿Qué otra cosa podían pensar?

—Él no haría daño a nadie. Era tan gentil, no lo entiendes.

No discutió. Se contentó con aceptar la negación de la Sra. Harrison por el momento. La directora ya había sufrido mucho esa semana. Insgrove había significado más para ella de lo que estaba dispuesta a aceptar, y la enormidad de que esto ocurriera el día después de su muerte habría golpeado a la más fuerte de las personas.

La única anomalía que preocupaba a Louise era la falta de una advertencia. La nota de suicidio decía lunes. El primer incidente había sido un engaño, y la segunda vez parecía que se habían tomado precauciones para evitar que alguien saliera herido, así que ¿por qué había ocurrido esto ahora?

Louise interrumpió sus pensamientos al ver a Tania Elliot hablando con uno de los agentes que vigilaban la barrera.

—Disculpe, señora Harrison. ¿Le parece bien que me aleje un momento?

—Estoy bien, gracias.

Intentó correr al ver a la periodista interrogar al agente subalterno, con el teléfono en la mano para grabar la interacción.

—Sabes cómo se hacen las cosas, Tania —dijo Louise e hizo un gesto con la cabeza al agente para que las dejara solas.

Tania pulsó la pantalla de su teléfono y lo guardó en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Vi que estuviste ocupada.

—¿Eso está encendido?

—No. No estoy grabando esta conversación, aunque agradecería un comentario sobre la muerte de Hana Sánchez.

Louise bajó la mirada. No era una sorpresa que Tania ya lo supiera, pero eso no lo hacía menos molesto.

—Es parte de una investigación en curso.

—¿Investigación de asesinato?

—Hubo un incendio en la escuela y, lamentablemente, la señora Hana Sánchez murió como consecuencia.

Tania se echó a reír, y el sonido resonó en los muros de piedra del patio del colegio.

—¿Incendio? ¿Cuánto tiempo crees que podrás mantener esa mentira? Sabemos que el incendio del parque de caravanas fue provocado por una detonación, y mira... —dijo, señalando la furgoneta de la unidad de desactivación de bombas de Adam King.

—Por ahora, estamos tratando de no alarmar a nadie.

—¿Pero no deberíamos alarmarnos? El próximo fin de semana es el espectáculo aéreo, y habrá miles de visitantes. ¿Crees que el evento debería ser cancelado?

Louise tenía que reconocérselo a Tania: podía dramatizar cualquier situación al máximo.

—Creemos que el responsable se quitó la vida ayer. Pero no podemos confirmarlo por ahora, y espero que respetes la situación y no publiques nada hasta que se hayan realizado las autopsias de Karl Insgrove y Hana Sánchez.

En circunstancias normales, Louise no habría compartido tanto, pero la alternativa era arriesgarse a una campaña de miedo que nadie quería en ese momento. Por ahora, no podía confirmar la culpabilidad de Insgrove, pero no quería que la gente se haga la idea de que seguía existiendo una amenaza en la ciudad.

—Creo que eso sería lo más sensato por ahora —dijo Tania.

No quiso darle las gracias. Demasiadas veces decía una cosa y hacía otra. Si era lo mejor para Tania, lo publicaría.

—Hay una cosa más —dijo Tania cuando Louise volvía a la escena.

Hizo una pausa antes de mirar atrás e hizo uso de toda su fuerza de voluntad para no estallar.

—¿De qué se trata?

—El incidente de ayer en Thornbury. La redada antidroga. ¿Alguna noticia al respecto?

—No es mi caso, Tania.

—Pero tu novio está involucrado.

—Como he dicho, no es mi caso.

—¿Crees que está involucrado? ¿Thomas?

—No seas ridícula, Tania. Hasta luego.

—Sabes cómo se verá esto, ¿no?

Louise se detuvo de nuevo.

—¿Es algún tipo de táctica que te enseñan en la escuela de periodismo? ¿Molestar a alguien lo suficiente para conseguir una reacción?

Tania se rio. No sabía si de verdad creía que era un juego.

—Quiero llegar a la verdad, Louise. La próxima semana es el juicio del Detective en Jefe Finch, después de todo.

—Ya no es Detective en Jefe.

—Te llamarán como testigo. ¿Estabas allí la noche del arresto?

—Sabes todo esto, Tania. Escúpelo.

—Carcome un poco tu credibilidad, ¿no?

—¿Qué cosa? —dijo Louise, levantando la voz.

—Acostarse con el acusado, y luego con un hombre que puede ser culpable de tráfico de drogas.

Louise estaba acostumbrada a este tipo de ataques de la periodista. Era una técnica que Tania había empezado a dominar tras su primer éxito en Weston, cuando informó sobre el caso del Asesino de los Jubilados. Estaba usando todas sus fuerzas para no responder; ya tenía suficientes preocupaciones como para tener que lidiar con la provocación de Tania Elliot.

—Adiós, Tania —dijo, antes de volver a la escuela.

De pie junto a la entrada, le dieron ganas de vomitar por el olor a azufre que desprendía el pasillo incendiado. Sintió que la periodista seguía mirándola y se mantuvo erguida como para demostrar su determinación, cuando lo único que quería era agacharse y aliviar la tensión de sus hombros y cuello. Una mujer inocente acababa de morir, pero los pensamientos de Louise se desviaban hacia otras preocupaciones por culpa de Tania Elliot. Sabía que no debía dejar que se burlara de ella, pero ¿y si tenía razón? Se había acostado con Finch en el pasado, y hasta cierto punto había confiado en él. No podía creer que pensara de esa manera, pero ¿y si Tania tenía razón sobre Thomas? Y si ese era el caso, ¿qué decía eso de ella? ¿Cómo podía esperarse que dirigiera una investigación con éxito si ni siquiera era capaz de tomar las decisiones correctas en su vida personal?

Su atención cambió al recordar el cuerpo de Hana Sánchez saliendo del edificio de la escuela en dirección a la ambulancia. Su rol era sencillo: averiguar quién era el responsable de esa muerte y del terror que se extendía por la ciudad.

Todo lo demás, por ahora, podía esperar.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Tras su anterior revelación de que Thomas Ireland, o como él lo llamaba, Tommy Ireland, le suministraba las drogas, Lloyd Bradshaw no dijo nada más. Farrell pasó otros treinta minutos insistiéndole, pero Bradshaw se calló. No daba mucha credibilidad a sus palabras. Bradshaw sabía que Thomas era un ex policía, y dar su nombre era casi con toda seguridad una táctica de distracción. No podía respaldar su afirmación de que guardaba las drogas para Thomas, pero eso no significaba que Farrell pudiera ignorarla, por desgracia. Tendría que hablar con Thomas, y eso sería un dolor de cabeza.

El antiguo jefe de Farrell, el Inspector Robertson, dirigía la sección de Louise. Debido a los recientes sucesos de Weston, también se encontraba en la comisaría. Parecía la persona adecuada para hablar de esto. Louise se enteraría en algún momento, pero él quería que la situación se tratara con la mayor discreción posible.

Mientras se dirigía al despacho de Robertson, uno de los empleados de apoyo lo llamó.

—Si vas a ver al Inspector Robertson, yo lo evitaría. Está de mal humor.

—¿Por qué?

—Ha habido otra explosión en Weston. Una limpiadora de la escuela ha muerto.

—Lo sabía —Farrell se pasó la mano por la cara—. Odio los fines de semana —comentó. Ignoró el consejo y golpeó la puerta de Robertson.

—Vuelve el hijo pródigo —dijo Robertson, como si no se hubieran visto desde que el DIC de Weston se había trasladado al cuartel general. Incluso más que Thomas, Robertson había sido un mentor para Farrell desde el principio y le había ayudado a conseguir una plaza en el Departamento de Investigación Criminal tras sus dos años de ronda.

—¿Podemos hablar, señor?

—Siéntate, hijo. ¿De qué se trata?

Farrell explicó la situación de Bradshaw y Thomas. El rostro de Robertson era ilegible.

—Tendré que traer a Tom para interrogarlo.

—Primero tienes que averiguar qué gana Bradshaw con esto. ¿Nada más apunta a que Ireland esté involucrado?

Tommy Ireland. Farrell nunca había oído a su antiguo colega usar el apodo Tommy. Estaba seguro de que lo había creado Bradshaw, pero no podía quitarse de la cabeza la escalofriante idea de que Thomas no era la persona que creía conocer. Teniendo en cuenta lo que sabían de su ex jefe, el Inspector Finch, que se sentaría en el banquillo de los acusados la semana siguiente, no era inconcebible. Finch había conseguido engañar a la gente durante años, pero siempre había

habido dudas sobre su carácter. Su vida de mujeriego no había sido controlada, y el incidente de la granja Walton con Louise había cambiado la percepción que mucha gente tenía de él, aunque la mayoría se había guardado para sí sus opiniones negativas.

Sin embargo, no podía decirse lo mismo de Thomas Ireland. No era precisamente un tipo que se atuviera a los reglas, pero siempre había sido fiable y digno de confianza. Farrell nunca había sabido de nadie que pusiera en duda su profesionalidad, y ésa era una de las razones por las que le costaba creer el testimonio de Bradshaw.

—Nada en absoluto.

—Esto es lo último que necesitamos, con ese imbécil de Finch en el tribunal la semana que viene. Mi consejo sería ir por Bradshaw. Averigua a quién conoce, con quién trabaja. Deja a Thomas por ahora hasta que tengamos más información.

—¿Debo hablar con Louise?

Robertson negó con la cabeza.

—Ya tiene bastante de qué preocuparse por ahora. Bradshaw debe estar tentando a la suerte. No tiene sentido agitar las cosas a menos que pueda ofrecernos alguna prueba, y supongo que no puede.

—No hablaré más al respecto.

—Entonces sigue los procedimientos normales. Obviamente, no podemos descartar a Ireland, pero no voy a empezar a fastidiarle la vida por lo que diga este sinvergüenza.



FARRELL ACUSÓ a Bradshaw de posesión con intención de distribución y le aseguró un lugar en una celda hasta el lunes, cuando se presentaría ante los magistrados. Aunque en principio estaba de acuerdo con el consejo de Robertson, no se sentía cómodo ocultándole nada a Louise. Sabía que Robertson no diría nada, pero en la comisaría todo se filtraba y en algún momento tendría que hablar directamente con Thomas.

Pasó el resto del día hablando de nuevo con los conductores de Oblong. Nunca mencionó a Thomas, pero orientó sus preguntas para que todos tuvieran la oportunidad de nombrar al jefe de seguridad como alguien que podría haber estado indirectamente implicado en el incidente del viernes. Nadie lo hizo.

La única novedad vino de una fuente poco probable. El sargento Eddie Perkins había estado siguiendo una pista sobre otro incidente relacionado con drogas en Fishponds cuando detuvo a un conocido matón local llamado Martin Sinclair. Durante la detención, Perkins registró la furgoneta de Sinclair y se dio cuenta de que la matrícula trasera estaba tachada. Una rápida comprobación de las imágenes de CCTV del ataque en Thornbury reveló que el coche de Sinclair compartía la característica de una ligera abolladura en el paso de rueda trasero.

—¿Quieres sentarte? —preguntó Perkins, tras informar a Farrell de la detención.

Era la segunda vez ese día, nada menos que un sábado, que se interesaba por él. No era un comportamiento propio de Perkins. Apenas habían interactuado, y Farrell no se lo creía. Tal vez estaba tratando de hacer alianzas ahora que no tenía a Finch, pero era demasiado tarde para eso.

—Gracias, Ed, pero no quiero molestarte. Lo veré en video y hablaré con él si es necesario. ¿Insistirás en el incidente de Thornbury?

—Sí, por supuesto. ¿Estás seguro? No me molestaría que te lleves parte de la gloria —dijo Perkins.

—Gracias, amigo, pero es toda tuya.

No era magnanimidad lo que le impedía unirse a la entrevista. Aunque Perkins intentaba congraciarse o no, lo último que Farrell quería era interrogar a Sinclair sobre Thomas delante del otro detective.

Observó la entrevista desde la sala de observación a medida que Perkins interrogaba a Sinclair, primero sobre un alijo de droga no relacionado en los muelles de Avonmouth y luego sobre Thornbury. Cuando Sinclair intentó negar su implicación, Perkins señaló que tenían imágenes de videovigilancia.

Un sospechoso con menos experiencia habría mencionado que todos los atacantes llevaban máscaras, pero Sinclair no iba a dejarse engañar por una trampa tan sencilla.

—Un coche blanco. ¿Cuántos miles de esos crees que hay en Bristol? —dijo.

—¿Con la misma abolladura, en el mismo sitio? Yo diría que un total de uno, para ser exactos, y que te pertenece a ti.

Sinclair se encogió de hombros.

—¿Por qué fueron? ¿Por qué causaron todo ese daño?

Se encogió de hombros.

—Para la grabación: el Sr. Sinclair se encogió de hombros. ¿Pandilla rival, tal vez?

—No sé de qué estás hablando.

—Se encontró una cantidad de droga en tres de las furgonetas del depósito de Thornbury. Mi pregunta es: ¿por qué dejar las drogas en la escena? Es obvio que sabían que estaban allí. ¿Por qué destruir las furgonetas? ¿Por qué no llevarse la mercancía?

—Sin comentarios.

—Buena suerte diciéndole eso a un juez, Sinclair. Tu placa estaba tapada cuando te encontramos, y la evidencia de video es suficiente para vincularte al ataque. Con tus antecedentes, te espera una condena larga.

—¿Es así?

—Ayúdame y te ayudaré. ¿Por qué tenían como objetivo el depósito de Thornbury?

Farrell había pedido a Perkins que interrogara a Sinclair sobre el incidente de Thornbury, pero ahora parecía ser su única preocupación. Farrell no podía evitar sentir que estaba siendo manipulado, de algún modo, como si Perkins supiera algo que él ignoraba.

—Sabes tan bien como yo que algo está pasando allí desde hace algún tiempo, Perkins.

Perkins pareció sorprenderse por la sugerencia, lo que no coincidía con nada de lo que Farrell supiera. Ninguno de los conductores de la furgoneta tenía antecedentes, salvo Lloyd Bradshaw, que solo tenía una amonestación. Y había algo en la afirmación de Sinclair de que algo pasaba en el depósito de Thornbury que no sonaba auténtico. Era probable que solo estuviera intentando cubrirse las espaldas y desviar su atención hacia otra parte, pero sonaba artificioso. Era como si toda la conversación condujera a esta revelación.

—No presumas nada sobre mí, Martin. Te lo preguntaré por última vez: ¿qué hacías en Thornbury?

Sinclair se inclinó hacia delante. Parecía que había detectado cierta vacilación en Perkins y quería explotarla en su propio beneficio.

—No es tan difícil sin tu novio cerca, ¿verdad, Sargento Perkins? —dijo con un gruñido.

—Te lo advierto —respondió el agente. Su tono de voz más agudo dio a entender que estaba

perdiendo el control de la entrevista.

—Ya no es la mansión de Finch. No le importas a nadie, y esto —dijo Sinclair, levantando los brazos— no engaña a nadie.

Solo fue un segundo, pero Farrell vio un destello de indecisión en los ojos de Perkins. Estaba claro que el interrogatorio no estaba saliendo como él pretendía y, como consecuencia, su cuerpo se tensó.

—No me hables así —dijo entre dientes.

El sospechó miró a la cámara y sonrió antes de que Perkins diera por terminada la entrevista.

—Ese imbécil —le dijo Perkins a Farrell cuando se reunieron en la sala de visionado.

—No dejes que te afecte —respondió, perplejo por el hecho de que Perkins lo tratara ahora como a un confidente.

—Me da rabia. Encarcelan a Finch y, solo porque trabajé con él, tengo que lidiar con las consecuencias.

Era la primera vez que oía a Perkins mencionar a Finch desde la detención de su antiguo jefe. No era ningún secreto que la Brigada Fantasma había estado investigando tanto a Perkins como a Finch, pero no tenían pruebas suficientes contra él para emprender una acción judicial. A Farrell le daba igual, siempre lo asociaría con el sociópata de su antiguo jefe, pero era interesante que lo mencionara ahora.

—¿Tienen suficientes pruebas para acusar a Sinclair?

—La verdad es que no. Tiene razón sobre la abolladura de su furgoneta. Todo lo que tengo sobre él es circunstancial por el momento, pero sé que estaba en la escena. Siento no haber podido ayudarte más.

—Lo intentaste, Ed. Te lo agradezco.

Pero no lo agradecía. Perkins se había excedido un poco al final y había evidenciado que quería hacerle un favor a Farrell. Era fuera de lo común, y necesitaba saber por qué. Podía ser que Sinclair tuviera razón y que Perkins estuviera en riesgo sin Finch, pero lo más probable era que estuviera intentando forzar su entrada en la investigación. ¿Sabía que Lloyd Bradshaw había mencionado a Thomas como posible cabecilla? Farrell se imaginaba que eso sería todo un éxito para Perkins: hacer caer a un antiguo compañero cambiaría los malos sentimientos que la gente tenía por él en ese momento y desterraría su amistad con el caído en desgracia Finch.

Decidió seguirlo cuando salió de la comisaría a primera hora de la tarde. Resultó ser una tarea relativamente fácil, ya que Perkins hizo el corto trayecto hasta un aparcamiento situado junto al paseo marítimo de Clevedon.

Observó desde el otro lado de la carretera cómo el sargento se paseaba por el aparcamiento fumando y esperando a que llegara alguien. Cinco minutos más tarde, se detuvo un elegante cupé Mercedes del que salió la periodista Tania Elliot.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Louise no dejaba de mirar el móvil al salir del hospital donde habían trasladado el cuerpo de Hana Sánchez. Por mucho que lo intentara, seguía sin poder quitarse de la cabeza las palabras de Tania. La insinuación de que Thomas estaba implicado de algún modo en la operación de narcotráfico era irrisoria, pero aun así había dejado que sus palabras la afectaran. Lo que debería haber hecho era llamar a Thomas y comprobar que estaba bien, así que ¿por qué dudaba? Su instinto natural era sospechar de todo el mundo, ¿y si oía algo sospechoso en su voz? ¿Y si los últimos meses habían sido una mentira?

Después de ver el cadáver de Hana Sánchez, ahora era su deber informar a la familia de la mujer. Un segundo aviso de fallecimiento en menos de una semana sería difícil de asumir para cualquier agente, y Louise no podía evitar cargar con la responsabilidad. La primera nota de la escuela contenía su nombre y la persona que llamó la había mencionado expresamente. Solo por eso ya era culpable. Podía tratarse de una distracción, pero si el agresor lo hacía solo para herirla, le costaría perdonarse.

El viaje hasta la pequeña casa adosada de Hana en Yatton le pareció una penitencia. Según los registros, estaba casada con un tal Marco Sánchez, que en la actualidad cobraba un subsidio de desempleo. Tenían dos hijos treintañeros, Abby y Marco hijo, que vivían en la zona.

Un hombre vestido con una gruesa bata azul marino abrió la puerta. Olía a alcohol, como si se hubiera empapado con él.

—¿Señor Sánchez? —preguntó ella.

El hombre tardó unos segundos en contestar en tanto se esforzaba por enfocarla.

—Sí —respondió. La palabra sonó como una pregunta.

—¿Puedo pasar? —preguntó Louise y mostró su tarjeta de autorización.

La casa era una extraña mezcla de perfecta limpieza y caos. Siguió al Sr. Sánchez al salón y echó un vistazo a la inmaculada cocina, que era un cementerio de cajas de comida para llevar y latas de cerveza.

—Disculpa el desorden —dijo el hombre, y se dejó caer en el sofá.

—Por favor, ¿podemos sentarnos?

Procedió a contarle el incidente del colegio. Cuando terminó, el Sr. Sánchez se estremeció antes de levantarse y llenar una taza de porcelana con whisky de marca de supermercado.

—¿Se ha ido? —dijo, haciendo una mueca de dolor al beber el trago.

Louise asintió.

—¿Hay alguien que pueda quedarse contigo? —preguntó.

—Mi niña viene de vez en cuando.

—Su hija... ¿Abby?

—Abby —repitió el Sr. Sánchez y llenó su copa una vez más.

Louise le quitó la botella de las manos y lo ayudó a sentarse. Encontró el número de teléfono de Abby y experimentó el dolor de contarle a la mujer sobre la muerte de su madre, antes de llamar a un agente de enlace familiar para que acudiera a la casa y ofreciera ayuda al Sr. Sánchez. Nada sugería que Hana Sánchez hubiera sido un objetivo específico. Solo estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado y, por esa razón, Louise quería ofrecer a su familia toda la ayuda posible.



DOS HORAS MÁS TARDE, estaba fuera del Hospital Weston General. Abby Sánchez había identificado el cadáver de su madre, y Louise había dispuesto que lo trasladaran al depósito de cadáveres del condado mañana por la mañana. Se debatía entre conducir hasta su casa o no cuando Greg Farrell le tocó el hombro.

—Me han dicho que estabas aquí —dijo, en respuesta a su mirada de asombro.

—¿Qué haces aquí, Greg?

—He tenido un día infernal, no puedo negarlo —contestó Farrell. Le habló de la entrevista con Lloyd Bradshaw y de su afirmación de que Thomas era el responsable del tráfico de drogas en la empresa de reparto—. Lo llamó Tommy Ireland.

—¿Tommy Ireland? —dijo Louise, y oyó una pizca de pánico en su risa—. No es posible que le creas —añadió. Pensó en las palabras de Tania Elliot ese mismo día.

—No. Algo raro está pasando. ¿Conoces a Ed Perkins? Claro que lo conoces. Esta mañana, empezó a hablarme. Como si fuéramos amigos. De la nada, encontró a uno de los conductores del incidente en Thornbury. Me pidió que participe en la interrogación, y luego tuvo la audacia de quejarse de su trato injusto porque han encerrado a Finch.

Perkins era uno de los aduladores de Finch, posiblemente el último que quedaba en la comisaría. Había sido detective durante la época de Louise en el Equipo de Investigación Mayor y ascendido poco después de su marcha. No había tratado demasiado con él desde entonces, pero siempre había dado a conocer sus lealtades. No era de extrañar que intentara forjar nuevas alianzas ahora que Finch iba a ser juzgado, ni que metiera las narices en una investigación que afectaba a Thomas.

—¿Estuviste presente?

—Lo vi. Algo en él no me sonaba a verdad, parecía que estuviera siguiendo los pasos. El sospechoso, Martin Sinclair, lo enfrentó en un momento dado, y no le gustó. Pero no estoy aquí por eso. Esa noche decidí seguirlo, y terminó yendo a ver a esa periodista, Tania Elliot.

—¿Lo hizo? ¿A qué hora fue?

—Sobre las ocho de la tarde.

—No mucho después de que hablé con ella por última vez. ¿A qué está jugando Perkins? ¿Sabe de la acusación de Bradshaw?

—No que yo sepa. Hasta ahora, solo tú, yo y Robertson lo sabemos. Pero ya sabes cómo es, toda la estación podría haberse enterado a estas alturas.

—Es curioso que Tania ya me había preguntado al respecto.

—¿Sabía que Thomas era el jefe de seguridad de Oblong? —preguntó Farrell.

—Sí, pero sugirió que era sospechoso de tráfico de drogas. Antes de la declaración de Bradshaw.

—¿Crees que sabía que Bradshaw lo diría?

—Eso, o pensaba que alguien iba a hacerlo —dijo Louise.

—Lo vigilaré —dijo Farrell, desviando la mirada.

Era obvio lo que le preocupaba, así que decidió ayudarlo.

—Supongo que en algún momento tendrás que interrogar a Thomas —dijo.

—Lo haremos tan discretamente como podamos. Lo veré en el trabajo el lunes a primera hora.

Louise suspiró. Era lo último que necesitaban en ese momento.

—Tal vez deberías hacerlo antes. Cualquier indicio de favoritismo se verá mal, y como Tom y yo....

—Entendido —dijo Farrell mientras negaba con la cabeza—. Supongo que lo haré mañana. ¿Crees que todo esto se ha acabado ahora que Insgrove está fuera de juego?

—Eso espero, aunque sigo sin saber por qué lo hizo, más allá de que fuera un grito de auxilio —dijo ella—. Y todavía tenemos la amenaza del lunes cerniéndose sobre nosotros.

Agradeció a Farrell por hacer el viaje y lo vio alejarse antes de decidir qué hacer a continuación. Era demasiado tarde para volver al cuartel general, pero estaba inquieta y no podría dormir. Sabía lo que tenía que hacer, pero lo estaba posponiendo. No había hablado con Thomas desde el principio del día, pero si lo llamaba ahora, tendría que contarle sobre la acusación de Lloyd Bradshaw.

Decidió conducir hasta la casa de Thomas. Se consideraba a sí misma una excelente juez de carácter que a veces podía equivocarse, pero no podía creer que se hubiera equivocado con él. Incluso si no iba en contra de su carácter, no entendía cómo habría podido ocultarle esa faceta a lo largo de los años.

Mientras conducía por Locking Road, se recordó a sí misma que todo esto se relacionaba con un delincuente al que habían encontrado con cocaína en su poder. Bradshaw sabía que Thomas era ex policía y quizá pensó que la acusación lo beneficiaría de alguna manera.

Eso solo la hizo sentirse más culpable. El hecho de que pensara en implicar a Thomas decía mucho más de ella que de él.

Su teléfono sonó cuando se dirigía a Baytree Rec. El suyo era el único coche que circulaba en ese instante, y el penetrante tono de llamada la hizo estremecerse en el asiento. El teléfono estaba conectado al salpicadero y el nombre de *Detective en Jefe Robertson* parpadeaba en la pantalla.

—¿Señor? —contestó.

La voz de Robertson salió como un gruñido grave de los altavoces del coche.

—¿Dónde estás, Louise?

—Atravesando Weston en dirección a Worle —dijo Louise, sin llegar a decirle a su jefe que se dirigía a casa de Thomas.

—Sigue conduciendo hasta Portishead. Ha habido algunas novedades —dijo Robertson y colgó.

Louise no se molestó en volver a llamar. Parecía que Robertson acababa de ser sacado de la cama o del bar, y si no quería hablar con ella por teléfono, nada iba a cambiarlo. Llegó con rapidez al cuartel general, donde vio al Detective en Jefe dirigirse al edificio principal.

Era demasiado tarde para llamar a Tracey o a Farrell para ver si sabían lo que estaba ocurriendo, así que siguió a Robertson al edificio sin saber qué esperar. Robertson se detuvo a coger un café de la máquina expendedora y le ofreció una taza. Había acertado al pensar que lo habían sacado de la cama: llevaba vaqueros y un jersey oscuro, el pelo revuelto y los ojos hundidos. Era raro verlo con ropa informal, pero ella sabía que no debía mencionarlo.

—Gracias —dijo al aceptar el café.

—Me llamaron poco antes de que yo te llamara a ti. Como jefe de departamento, me alertaron —dijo el hombre mientras tomaban el ascensor hacia el Departamento de Investigación Criminal. Sacó su teléfono y reprodujo el mensaje, que parecía usar el mismo software de alteración de voz que la llamada de Insgrove, a pesar de que la voz sonaba ligeramente más aguda:

La explosión de la escuela no será la última hasta que laInspectora Louise Blackwell haya pagado por todos sus crímenes.

CAPÍTULO VEINTISIETE

El Ayudante del Jefe de Policía Alan Brightman y los dos agentes de la UAT esperaban a Louise en la sala de incidentes. Estaba asimilando el mensaje anónimo en tanto seguía a Robertson hasta el despacho. Podía haber cambiado las cosas. No solo sugería que Insgrove estaba trabajando con otra persona o que no estaba implicado en absoluto, sino que confirmaba que la parte o partes implicadas tenían un agravio particular con ella que podía hacer insostenible su posición en la investigación.

La explosión de la escuela no será la última hasta que la Inspectora Louise Blackwell pague por todos sus crímenes.

Louise no sabía cuáles eran sus supuestos crímenes, pero había muerto gente y ella tenía que cargar con esa culpa. Era claro que estaba allí por esa razón, y el camino hasta la mesa ovalada donde estaban sentados las tres personas se le hizo interminable.

—Detective en Jefe Robertson, Inspectora Blackwell, gracias por venir a esta hora —dijo Brightman. Al igual que Robertson, vestía de civil.

El año pasado por estas fechas, habría estado el Ayudante del Jefe de Policía Morley en el tribunal. Por fortuna, ese dinosaurio había renunciado tras la detención de Finch. Brightman tenía una reputación progresista y, como mínimo, no estaba predispuesto a odiar a Louise.

—Señor —dijo ella. Tomó asiento y saludó con la cabeza a los dos agentes de la Unidad Antiterrorismo (UAT).

—Habrán oído la llamada de voz. Parece casi imposible que fuera pregrabada, ya que el operador mantuvo una conversación con la persona. Esto, por supuesto, descarta a Karl Insgrove a menos que esté llamando desde la muerte. ¿Algo en su trato con el señor Insgrove sugiere que trabajaba con otra persona? —dijo Brightman.

—Nada, señor. Insgrove negó cualquier implicación desde el principio. La prueba más sólida que teníamos contra él, aparte de su conexión con la escuela y el parque de caravanas, era el análisis de reconocimiento de voz que hicimos de la llamada inicial.

Brightman buscó entre sus papeles.

—¿Setenta y ocho por ciento de probabilidad?

—Sí, señor.

—¿Sigues pensando que él fue el responsable?

La pregunta estaba cargada. Insgrove se había quitado la vida, y si después se descubría que no había tenido nada que ver, la culpa recaería en Louise. Eso no significaba que no fuera a decir lo que pensaba. Todo apuntaba a la implicación de Insgrove, y ella mantenía su postura.

—Hasta este mensaje, creía que él era el único responsable. Sigo pensando que está involucrado, pero parece que no trabajaba solo.

—¿Le guardaba el Sr. Insgrove algún rencor en concreto? —preguntó el Inspector David Faulkner.

Louise miró primero a Robertson antes de volverse hacia el subjefe. Esperaba la pregunta, y era pertinente, pero no estaba segura de que viniera de la persona adecuada.

—Con todo respeto, señor, ¿por qué me interroga la UAT?

—Todos somos colegas aquí, Louise. Por favor, responde la pregunta —dijo Brightman.

—La cooperación va en ambos sentidos, señor. No me han ofrecido nada, ¿y a cambio quieren que empiece a responder sus preguntas? —Era un movimiento arriesgado, pero estaba harta de que le dieran órdenes en su propio caso. Ahora que Finch y Morley se habían ido, necesitaba dejar clara su posición. Se negaba a que la pisotearan, y Brightman tenía que entenderlo.

El subjefe inclinó la cabeza hacia los agentes de la UAT.

—¿Y bien?

—¿Qué le gustaría saber? —dijo Faulkner, que centraba su magnánima sonrisa en Louise.

—En primer lugar, pueden decirme qué dice su expediente sobre Insgrove.

—No tenemos ningún expediente sobre Karl Insgrove —dijo la Inspectora Evelyn Hartson, hablando por primera vez.

—¿Sobre quién tienen un expediente? —preguntó Robertson.

—Hay información que no podemos compartir. Estamos en contacto con el MI5 y no podemos revelarla. Todo lo que puedo decirle es que ninguno de nuestros servicios de inteligencia sugiere que se hayan planeado atentados en la zona, y nuestra información posterior lo corrobora —dijo Faulkner.

—Y si no le importa que se lo diga, Inspectora Blackwell, esta llamada anónima sugiere que usted es un objetivo específico para los delincuentes. En especial si tiene en cuenta la llamada anterior, que creemos que procedía de Insgrove, y la nota encontrada en la escuela Larkmead —dijo Evelyn.

—Eso es difícil de negar. Mi sobrina va a la escuela Larkmead, aunque no tengo relación directa con el parque de caravanas.

—¿Cree que esto podría tener algo que ver con el juicio de Finch la semana que viene? —preguntó Brightman.

Hasta ahora, Louise se había centrado en Insgrove. Desde la aparición de Justin Walton, pensó menos en la posibilidad de que Finch estuviera involucrado, pero aún no lo había descartado. Finch tenía conexiones en la fraternidad criminal, e incluso desde una celda de prisión era factible que tuviera algo que ver.

—Mi sensación es que no, no está involucrado. No creo que Finch caiga tan bajo. Y no sé en qué le beneficiaría matar a civiles inocentes. Sería demasiado solo para molestarme.

—Podría estar tratando de desacreditarla —dijo Evelyn—. ¿Leyó el periódico recientemente?

—Eso es innecesario —dijo Robertson.

Louise frunció el ceño. Robertson comprendía que ella no necesitaba protección, pero odiaba las tonterías tanto como cualquier otra persona. La Inspectora Hartson se había desentendido de Louise desde la primera vez que la conoció, como si los acontecimientos estuvieran por debajo de su posición.

—No descarto por completo la implicación de Finch, pero me gustaría aclarar que su

acusación no depende solo de mi testimonio. Muchos de los cargos son claros, y el caso de intento de asesinato es irrefutable —argumentó, a pesar de sus preocupaciones personales sobre el caso—. Podemos situar a Amira Hood en su casa, y hay suficientes pruebas visuales y verbales que sugieren que Finch planeó matarla. También están todas las demás mujeres de las que abusó sistemáticamente, que son igual de importantes para que la acusación prospere. Aunque esto me desacredite, y no sé cómo ni por qué, Finch no saldrá beneficiado. Y créanme, no lo estoy defendiendo. Pero, por ahora, no creo que esto sea obra suya.

Decidió no declarar lo que sabía sobre Perkins y su reunión clandestina con Tania Elliot. Podría significar algo o no en este punto, y no quería enturbiar más las cosas hasta que tuviera más información.

—Entonces, ¿quién le guardaría rencor para atacarla de esta manera? ¿Por qué supuestos delitos tiene que responder? —preguntó Brightman.

Louise se había hecho a la idea en cuanto escuchó el mensaje. Estaba relacionado con el caso Finch en cierto modo, pero quizá más indirectamente de lo que ella hubiera esperado.

—Creo que la persona que llamó alude al incidente en la granja Walton.

—¿Cuando disparó a un hombre desarmado? —dijo Evelyn.

Sintió que Robertson se tensaba a su lado. Por mucho que hablara de cooperación, la Inspectora Hartson estaba siendo deliberadamente confrontativa.

—Creo que Evelyn se refiere a cuando usted se vio obligada a enfrentarse al asesino en serie Max Walton. ¿No es cierto, Evelyn? —dijo Faulkner con una sonrisa alentadora.

La expresión de la mujer no se quebró.

—No estoy acusando a nadie de nada. La absolvieron de todos los cargos. Digo que dispararon a un hombre desarmado y es natural que alguien se sienta agraviado por ello. La pregunta es, ¿quién?

Louise no estaba dispuesta a compartir ninguna información con los agentes, pero por la forma en que el subjefe la miraba, era inevitable que lo averiguaran de una forma u otra.

—El sobrino de Walton, Justin Walton, ha amenazado con demandarme por la muerte de Max Walton.

—¿Lo sabíamos? —preguntó Brightman, que parecía dirigirse a la sala en general.

—No está confirmado por ahora, y tengo entendido que el Sr. Walton ya no seguirá con la demanda —dijo Louise.

—¿Ha hablado con él recientemente? —preguntó Faulkner.

No iba a anunciar que Walton había intentado chantajearla.

—Ya lo he interrogado sobre las explosiones y su relación con Karl Insgrove. Hemos comprobado su paradero durante, después y antes de los sucesos de Weston. No creí que fuera un sospechoso creíble.

—¿Y ahora sí? —preguntó Faulkner.

Louise frunció el ceño.

—La verdad es que no. Estoy segura de que es drogadicto y está casi en la indigencia. No creo que tenga los medios, ni intelectuales ni económicos, para hacer algo así.

—¿Pero tal vez si trabajara con Insgrove? —dijo Brightman.

—¿O con alguien más? —dijo Hartson.

—¿Qué sabemos del resto de su familia? —preguntó Robertson.

—En el momento de su muerte, Max Walton tenía una esposa de la que estaba separado, Claudia Walton, y un hijo de dieciséis años, Martyn. Su esposa había sufrido años de abusos

emocionales y físicos por parte de él. Ella era originaria de Sudáfrica y ambos regresaron hace dos años. El hermano de Walton, padre de Justin, murió hace siete años. Víctima de un atropello con fuga.

—A partir de esta nueva información, concretamente el mensaje telefónico anónimo, creo que deberíamos aumentar la vigilancia sobre Justin Walton. ¿Estamos de acuerdo? —dijo Brightman.

—Revisaré a la esposa y al hijo. Asegurarme de que estén a salvo en Sudáfrica —dijo Louise—. No quiero descartar la posibilidad de que todo esto sea una distracción. No sabemos con seguridad si algo de esto está relacionado con Max Walton. Gracias a Tania Elliot, el juicio de Finch de la semana que viene está en los titulares. Tal vez el terrorista está usando esto como un medio para distraernos y haya sacado a relucir el caso Walton para enviarnos en la dirección equivocada.

Esperaba no tener que explicárselo a los agentes de la UAT. Aunque hablaron de cooperación, no le habían dado nada. No les creía que no tuvieran los ojos puestos en al menos una persona de la zona.

Faulkner volvió a sonreír, y esta vez lo hizo con naturalidad.

—Muy astuta,Inspectora Blackwell. Ten la seguridad de que nos estamos tomando esto muy en serio —dijo mientras intercambiaba miradas con Hartson y Brightman.

—Como recordatorio, tenemos agentes arriesgando sus vidas ahí fuera —dijo Robertson—. Hoy hemos tenido una baja civil, y podría haber sido fácilmente uno de mi equipo. Así que si saben algo ahora, será mejor que lo compartan.

—¿David? —dijo Brightman.

—Hay un grupo de Withywood en Bristol que tenemos muy vigilado. Nada apunta a que estén organizando algo en Weston, pero no hay mucha charla interna entre ellos. En cuanto sepamos algo que pueda poner en peligro la vida de sus agentes, les informaremos de inmediato. Siempre ha sido así, siempre será así —explicó Evelyn.

Louise quería que se acabara la reunión, pero aún no había terminado. Había una tensión inconfundible en el ambiente, y quedaban demasiadas cosas sin decir.

Fue la Inspectora Hartson quien rompió el silencio.

—Tengo que decirlo sin rodeos, señor, no creo que la Inspectora Blackwell deba seguir a cargo de este caso.

La tensión volvió al cuerpo de Louise. Giró el cuello, oyendo un clic y un chasquido que esperaba que no fuera audible para el resto de la sala. A pesar de la evidente antipatía de Evelyn, no podía culpar a la agente de la UAT. Si Louise analizaba la situación de forma imparcial, tenía que admitir que se había acercado demasiado al caso. El delincuente la estaba culpando de la última atrocidad. La habrían apartado del caso si Morley hubiera seguido al mando, pero el nuevo ACC la miró con las cejas levantadas y le dio la oportunidad de explicarse.

Respiró hondo.

—Comprendo que parece que estoy demasiado cerca del caso, pero apartarme ahora sería dar un paso atrás. ¿Y si esto es lo que quiere el delincuente? Sacarme del caso porque soy la persona que más sabe sobre él.

—Oh, vamos —dijo Evelyn, que se echó hacia atrás en la silla en un alarde de exasperación. Louise se inclinó hacia delante.

—Lo único que me vincula personalmente es mi nombre en la nota de la escuela y los mensajes. No me han hecho ninguna demanda. ¿Y creen que detendrán los ataques si me sacan

del caso? Quieren que pague por lo que sea que crean que he hecho. ¿Creen que debemos hacer lo que dice el delincuente porque piensa que soy culpable de un delito? Eso no tiene sentido —dirigió su atención a Brightman—. Conozco ese pueblo y a esa gente mejor que nadie, señor. Sería un error traer a alguien de afuera ahora. Costaría demasiado tiempo. Estoy concentrada al cien por cien.

Brightman se frotó la barbilla.

—¿Iain?

—El historial de Louise habla por sí solo, señor —dijo Robertson, como si la pregunta no mereciera respuesta.

Brightman asintió.

—Mantendremos las cosas como están, pero quiero una actualización diaria,Inspectora Blackwell, ¿entendido? —dijo, y dio una palmada para concluir—. De acuerdo. Creo que a todos nos vendría bien dormir un poco. Mañana ya casi está aquí.



—PODRÍA HABER SIDO PEOR —dijo Robertson, una vez que los demás salieron de la habitación.

—¿Cómo?

—Nadie habló de entregar el caso a la UAT. Parece un progreso —Robertson vaciló, y Louise supo lo que se avecinaba—. ¿Has visto a Thomas hoy?

—No, pero he visto a Farrell. Me habló de la acusación contra Thomas.

—Tonterías, obviamente. Pero tendremos que hablar con él.

—Farrell va a hablar con él —dijo ella.

—¿Y tú?

Louise suspiró. Hacía una eternidad que no lo veía. Comprendió la petición no expresada de Robertson de no hablar con Thomas antes de su reunión con Farrell, y le entristeció admitir que se sentía un poco aliviada. No creía que Thomas tuviera nada que ver con lo sucedido, pero aún le preocupaba verlo cara a cara por si veía algo en sus ojos que sugiriera que estaba implicado de algún modo.

—Me voy a casa, señor —dijo.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Solo era el procedimiento, pero Louise no podía deshacerse de su sentimiento de culpa por no haberse puesto en contacto con Thomas la noche anterior. Le parecía una traición y, más tarde, Thomas tendría que soportar el interrogatorio de uno de sus antiguos compañeros de trabajo sobre su papel en una trama de distribución de drogas.

—¿Estás bien, tía Louise?

Estaba con Emily en la playa de Sand Bay. Molly corría hacia y desde el mar, y ladraba a las pequeñas olas.

—¿Qué quieres decir, cariño?

—Estás pálida —dijo Emily.

—Solo estoy cansada —explicó. Se sentía como si estuviera con resaca, a pesar de no haber bebido de alcohol en meses. Era el cansancio de los últimos días, una combinación de falta de sueño y comidas rápidas. Por si el caso Insgrove no fuera suficiente, mañana empezaba el de Finch en el Tribunal de la Corona. Aún no le había dicho a Emily que no podía pasar todo el día con ella, y sentía como si todo amenazara con abrumarla.

—Podemos irnos si quieres —dijo Emily, con una expresión de compasión desgarradora.

—De ninguna manera. No voy a interrumpir así un paseo con mis dos mejores chicas —dijo Louise. Luchaba contra su letargo mientras trotaba hacia la orilla, donde Molly seguía ladrándole a la marea como si pudiera revertirla.

Después de desayunar, llamó a Farrell antes de conducir hasta el cuartel general. Thomas había accedido a hablar con él aquella mañana y había acudido a la comisaría más temprano.

—¿Cómo estaba? —preguntó, y echó un vistazo a su teléfono para ver si Thomas había llamado.

—Ya sabes cómo es, estaba bastante relajado. Entendió que teníamos que hacerle las preguntas. Está claro que no hay amor perdido entre él y Bradshaw, así que no le sorprendió que hiciera la acusación. Nos ofreció acceso a todo, registros telefónicos y de computadora, incluso nos ofreció registrar su casa. Lo comprobaremos para cubrirnos las espaldas, pero es lo que pensábamos: un fracaso.

Louise se despidió de Emily con un beso. Siempre era difícil despedirse de ella durante el fin de semana, y la abrazó un poco más de lo habitual.

—¿Todo bien? —preguntó su madre.

—Es solo el asunto de la escuela.

Su madre negó con la cabeza.

—No, contigo. Emily dijo que estabas mal en la playa.

—Estoy bien.

—Te hacen trabajar demasiado, y más ahora que tienes que ir a Portishead todos los días. Ni siquiera tocaste tu desayuno.

Louise se alegraba de que su madre hubiera dejado de beber, pero eso significaba que tenía más energía para concentrarse en otras cosas, que ahora parecían centrarse en el bienestar de Louise.

—Comeré algo en la estación. Gracias de nuevo, siento irme con tan poca antelación.

Su madre la siguió hasta el coche.

—¿Cuándo sabrás lo de la escuela? —preguntó— Los padres están seguros de que van a cerrar durante la semana.

—Creo que eso es asunto de la escuela. Seguro que te avisarán. Solo el vestíbulo está dañado, así que no creo que necesariamente tengan que cerrar.

—Alguien murió allí, Louise. No es bueno para los niños.

—Lo sé, mamá, créeme. Suena horrible, pero la vida tiene que continuar. No puedes esperar que toda la escuela cierre durante la semana, y me imagino que la mayoría de los padres se molestaría si así fuera.

El último comentario hizo que su madre frunciera el ceño.

—Lo siento, sé que suena cruel. Hacemos todo lo que podemos. Tengo que irme. Te quiero, mamá.

Su madre asintió.

—Come algo —dijo mientras Louise se alejaba.



SE DESVIÓ COMO de costumbre por el centro de la ciudad antes de dirigirse a Portishead. Aunque ya había estado en la playa de Sand Bay esa mañana con Emily, quería echar un vistazo a Weston antes de ir a trabajar. Sintió como si estuviera visitando la ciudad al dar una vuelta por el paseo marítimo y visitar el Tropicana, cuya cafetería ya estaba abierta, antes de volver a la escuela de Emily, donde un equipo de construcción ya había empezado a trabajar en el dañado vestíbulo de la escuela.

Debería haberse dirigido a la circunvalación, pero decidió atravesar Milton en dirección a la M5. Tomar esta ruta significaba que pasaría el desvío hacia la casa de Thomas.

Se le aceleró el pulso al pasar por Worle rec. Era ridículo sentirse así, pero estaba nerviosa por volver a verlo. Se sentía incómoda por no haberle visto en los dos últimos días, y la inquietud se había intensificado porque Farrell lo había interrogado aquella mañana. Thomas no lo sabría con certeza, pero seguro se habría preguntado si Louise lo sabía de antemano.

Aminoró la marcha al acercarse la curva. Ahora se encontraba en la peculiar situación de querer hablar con él y al mismo tiempo temer que cualquier conversación acabara en discusión.

Pasó la curva y decidió que estaba dándole demasiadas vueltas a la situación. Después de todo, le habían dicho que no hablara con él, y Thomas sabía cómo funcionaban las cosas en el trabajo. No era el tipo de persona que se enfadaba. Sabría que había estado ocupada con el trabajo y la llamaría cuando estuviera listo. Además, tenía asuntos más urgentes de los que

ocuparse. Aun así, miró el teléfono otras diez veces antes de llegar a la estación.



LA DELINCUENCIA no cesaba durante el fin de semana, y el aparcamiento de la comisaría estaba lleno. Louise seguía sintiéndose un poco como una intrusa cada vez que cruzaba las puertas principales. No era el mismo lugar que había dejado hacía unos años cuando se trasladó a Weston, pero todavía había personal que recordaban aquella época y las consecuencias de la muerte de Max Walton. Y por desagradable que pareciera, algunos de ellos estaban del lado de Finch. Lo habían estado durante el caso Walton, e incluso habían permanecido leales tras su detención. La mayoría de los agentes de la comisaría se alegraron de la marcha de Finch, pues los agentes corruptos solo servían para dificultar el trabajo de todos. Pero aún quedaba algún policía de la vieja escuela que veía la detención de Finch como una traición, y Louise no estaba segura de a qué bando pertenecía cada uno. Se veía obligada a soportar miradas y murmuraciones a sus espaldas. Se había acostumbrado hacía tiempo, pero eso no lo hacía más fácil.

Se alegró de llegar al Departamento de Investigación Criminal, donde Farrell y Tracey estaban juntos en la sala de incidentes mirando a la mesa.

—¿Qué estamos viendo? —preguntó Louise.

—Otra vez en las noticias nacionales —dijo Tracey, y se apartó para que ella pudiera ver un pequeño titular en uno de los periódicos dominicales:

Presunto asesinato en escuela

Una fotografía del incendio en la escuela de Emily ocupaba una cuarta parte de la página, y Louise vio su nombre al hojear el artículo.

—¿De dónde demonios sacan lo de “presunto asesinato”? —preguntó tras observar el nombre de Tania en el titular.

—Probablemente de una fuente anónima —dijo Farrell—. ¿Has conseguido hablar con Thomas?

Louise negó con la cabeza.

—Todavía no —dijo, un poco más cortante de lo que pretendía, antes de ponerlos al corriente de su reunión nocturna con Brightman y los agentes de la UAT, y del mensaje anónimo que se había enviado a la comisaría en el que se decía que Louise tenía que pagar por sus crímenes.

—Imagina si Morley aún estuviera aquí. Te habría sugerido que renunciaras —dijo Tracey.

—Incluso él no sería tan estúpido como para ceder a demandas como esa. Brightman estaba haciendo todo lo posible para estar de mi lado, pero puedo imaginar la presión a la que está sometido. Me preocupa que la UAT se ocupe de la investigación.

—¿Tú crees? —dijo Farrell—. Esto no es un asunto de terrorismo.

Se alegró de que ninguno de sus colegas hubiera planteado la cuestión de cuáles eran sus supuestos delitos.

—Quizá no, pero eso no significa que no quieran implicarse. Con el espectáculo aéreo del próximo fin de semana, quieren cubrirlo todo. Si no encontramos algo en los próximos días, nos quitarán el caso o se verán obligados a cancelar el evento.

—¿Te imaginas las consecuencias de eso? —dijo Tracey.

Tracey tenía razón. Las empresas locales perderían miles de libras si se cancelaba el evento, y sería casi imposible de afrontar para una zona que dependía del comercio cíclico. Quienquiera que hubiera enviado aquel mensaje estaba cargando toda la responsabilidad sobre los hombros de Louise, y por injusto que fuera, era algo que tendría que aceptar. No iba a renunciar, aunque fuera una opción.

—Supongo que la noticia de esta amenaza se queda entre nosotros —dijo Farrell.

—Sí, pero creo que ya se difundió en la comisaría, y si algo nos han enseñado las últimas noticias es que a alguien le gusta hablar. Tracey, ¿podrías traer a Justin Walton? Creo que deberíamos analizar su voz con el mensaje. Además, sería bueno averiguar si hay algún otro pariente por ahí —dijo Louise, y se recordó a sí misma que aún no había hablado con Sudáfrica.

Esperó a que Tracey se fuera antes de hablar con Farrell.

—Entonces, ¿cómo estuvo él en realidad? —dijo.

—No habrás venido hasta aquí solo para leerme la cara, ¿verdad? —dijo el agente—. Estaba bien, dispuesto a cooperar. Sabe cómo funciona todo esto, así que no fue un problema.

—Debe haber sido incómodo para él.

—Si no te importa que pregunte, ¿has hablado con él hoy?

—Aún no.

Farrell se arregló la corbata. Era domingo por la mañana, y debía de ser la persona más elegante de la comisaría.

—No está implicado, estoy seguro, y no lo digo porque sea un ex policía, o porque es... ya sabes....

—¿Mi novio? —dijo Louise. La palabra todavía sonaba rara a sus oídos.

—Sí. Bradshaw está desviando la atención y vio una oportunidad obvia de quitarse un poco de protagonismo de encima, y le ha salido el tiro por la culata. Lo acusé y mañana estará frente a los magistrados.

—Gracias, Greg.

Farrell asintió y le entregó el periódico antes de marcharse.

Louise tardó varias llamadas en localizar la dirección de la ex mujer de Max Walton. Claudia Walton había cambiado su nombre a Kim Renwick antes de abandonar su país natal. Comprendió la importancia de cambiarse tanto el nombre como el apellido y comprendió el deseo de borrar por completo la persona que había sido mientras estuvo casada con Max Walton. Localizó a la mujer en Menlo Park, un suburbio de Pretoria, donde vivía con su hijo Martyn, cuyo apellido también había cambiado de Walton a Renwick.

Llamó a la comisaría local y explicó la situación al Sargento Connah Graves, que accedió a localizar y hablar con el par. Louise dio un golpecito en la mesa mientras hablaba con el detective. Era difícil descifrar por su acento si se estaba tomando esto tan en serio como merecía. Ella insistió en la importancia y la urgencia, y él accedió a tratarlo como una prioridad sin cambiar ni una sola vez el tono de su voz.

Colgó y se frotó la frente, donde se le estaba formando un dolor de cabeza. Odiaba tener que esperar a los demás. Si pudiera hacer lo que quisiera y dispusiera de tiempo ilimitado, se encargaría de cada minúsculo aspecto de cada investigación. Como estaban las cosas, ya estaba impaciente por que Tracey le diera noticias de Justin Walton y que Graves le dijera que había hablado con Kim y Martyn Renwick.

No lograría nada al esperar, así que volvió a Weston y llamó a la Sra. Harrison en el camino.

Como esperaba, la directora estaba en la escuela organizando las reformas.

—Lo peor es el olor. Das un paso en el vestíbulo de la escuela y sales apestando a hoguera —dijo la Sra. Harrison y olisqueó su cárdigan cuando se encontraron en su despacho.

—¿Así que piensan permanecer abiertos mañana?

—Por supuesto, haría falta algo extraordinario para hacer que cerremos. Se lo debemos a los alumnos y a Karl.

—¿El señor Insgrove? —dijo Louise, incapaz de ocultar su incredulidad.

—Karl Insgrove era un antiguo miembro de esta comunidad, y honraremos su muerte de la manera apropiada.

—¿A pesar de que podría ser responsable de lo que pasó aquí?

—Te recuerdo que el Sr. Insgrove ya había fallecido cuando comenzó el incendio —dijo la directora.

—Fue una explosión planeada, señora Harrison, no un incendio descontrolado. Creemos que el señor Insgrove nos llamó antes de que se encontrara la bomba falsa. Como sabe, le dejó una nota para advertirle de una posible amenaza futura.

La señora Harrison frunció los labios.

—Eso podría haber sido por cualquier cosa. En lo que a mí respecta, Karl nunca hizo nada malo. Estaba claro que sufría algunos problemas mentales y eso, unido a la presión de los últimos días, lo llevó a una muerte prematura.

Al menos esta vez no culpó a Louise.

—¿Tenía el Sr. Insgrove algún amigo cercano que le haya mencionado?

—En realidad no, era un hombre muy solitario, como mencioné antes. ¿Por qué lo preguntas?

Louise sabía que tenía que manejar la situación con cuidado. La directora estaba cegada por su relación con Insgrove, y le costaba asimilar el concepto de su implicación.

—Tenemos que descartar todo. Podría ser que el señor Insgrove estuviera trabajando con alguien más. Quizá estaba siendo coaccionado para actuar en contra de su voluntad —añadió, con la esperanza de apaciguarla.

La Sra. Harrison se lo pensó unos segundos.

—Bueno, supongo que podría entenderlo. Sin embargo, no creo que tuviera mucha vida social más allá de trabajar en la escuela y en el parque de caravanas. Y el grupo de veteranos, por supuesto.

Había quedado en encontrarse ayer con el organizador del grupo, Bryce Milner, de profundo acento galés, pero tuvo que cancelarlo tras la explosión.

—¿Nadie más? ¿Alguien cercano a él?

La mujer pareció retorcerse de solo pensarlo y Louise no la presionó más. Le dio las gracias, y se dirigía a visitar a Bryce Milner cuando sonó su teléfono. El número era privado.

Por un momento, Louise retrocedió en el tiempo hasta la época en que se había mudado a Weston. Uno de los juegos de Finch había sido enviarle mensajes de texto anónimos, y ver “*número privado*” en su teléfono siempre le producía una descarga de adrenalina.

—Inspectora Blackwell.

—Inspectora Blackwell, soy Connah Graves de la policía de Menlo Park.

—Hola, Connah. Gracias por responderme tan rápido.

—Está bien. Me las arreglé para localizar a Kim Renwick. Se ha mudado de la zona y vive a noventa minutos de distancia, así que pensé en llamarla primero.

Louise suspiró para sus adentros. No era la forma en que ella lo habría hecho.

—¿Qué dijo?

—Esa es la cuestión. No ha vuelto al Reino Unido desde que se mudó, pero su hijo, Martyn, tiene diecinueve años y se está tomando uno de esos años sabáticos.

—¿Está viajando?

—Sí, así es. Esa es la cuestión, de hecho. Kim habló con él anoche. Ha estado viajando por Europa, y se ha quedado en el Reino Unido durante las últimas tres semanas.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Graves no tenía la dirección de Martyn Walton en el Reino Unido.

—Hablan por WhatsApp —dijo él, como si eso fuera una explicación.

La mente de Louise era un torbellino de posibilidades. ¿Podría ser que Martyn Walton, ahora Renwick, hubiera vuelto al Reino Unido solo para atormentarla? Y si era así, ¿por qué lo había hecho de esa manera? Reiteró al detective sudafricano la importancia de la situación.

—Necesitamos su dirección en el Reino Unido, e idealmente una fotografía.

—Tengo una foto suya. Está en nuestra base de datos —dijo Graves, que mantenía el mismo patrón de discurso monótono.

—¿Tiene antecedentes?

—Sí.

—¿Quiere darnos más detalles? —dijo Louise, exasperada por la aparente indiferencia del detective.

—Veamos. Un poco de hurto. Un par de peleas, incluido un cargo por agresión.

Louise esperaba que dijera algo sobre un incendio provocado, pero el detective dejó de hablar.

—¿Eso es todo?

—La última vez que tuvo problemas fue hace dos años. Estaba amenazado con una pena de cárcel, así que parece que se ha calmado.

—¿Podría enviarme el archivo?

—Sí.

Respiró hondo.

—Connah, aprecio su ayuda en esto. ¿Sería posible que viajara a la casa de Kim Renwick y hablara con ella cara a cara? Tenemos que averiguar dónde se aloja Martyn. Una persona ya ha perdido la vida aquí. Si Martyn se parece en algo a su padre y está implicado, las cosas podrían empeorar mucho.

—Puedo hacerlo —dijo Graves.

Louise dio las gracias al detective antes de llamar a Tracey y contarle que el hijo de Max Walton estaba en el Reino Unido.

—Acabo de salir de casa de Justin Walton. Se está recuperando de algo. Parece horrible, por su estado.

—Bien, espérame ahí. Creo que tenemos que hablar con él sobre su primo.



LOUISE REORGANIZÓ su cita con Bryce Milner, del grupo de veteranos de Insgrove, y realizó el corto trayecto hasta Bournville, donde Tracey la esperaba. La aparición de Martyn Walton-Renwick como posible sospechoso lo cambiaba todo, y se conectaba a la perfección con el último mensaje. Si alguien creía que Louise era culpable de un crimen, ése era el hijo de Max Walton.

—Lo último que necesitamos es otro Walton merodeando por aquí —dijo Tracey, como si le hubiera leído el pensamiento, mientras se dirigían a la casa adosada donde vivía Justin—. Tengo que advertirte que no es un lugar agradable de ver. Y en cuanto al olor —sacudió la cabeza.

Ella se rio, pero al entrar en la casa, se dio cuenta de que Tracey había subestimado el lugar. El suelo era una alfombra de basura creciente: paquetes crujientes, cajas de pizza, latas de bebidas energéticas y botellas vacías de alcohol cubrían cada centímetro visible, excepto donde ese espacio estaba ocupado por un humano comatoso. El olor de la casa era una tórrida mezcla de olor corporal, hierba, excrementos y orina.

—Jesús, debería usar una mascarilla —dijo Louise. Intentó respirar solo por la boca.

—Cuidado con las agujas —dijo Tracey mientras pasaba por encima de una joven tumbada al pie de la escalera—. Walton está arriba.

—Deberíamos llamar a Sanidad Ambiental —dijo cuando subía las escaleras, aunque ambas sabían que eso no cambiaría nada. El edificio era propiedad del ayuntamiento. El estado del lugar y de sus habitantes formaba parte de un problema mucho mayor, no solo en Weston sino en todo el país, y Louise tuvo que aceptar a regañadientes que no era algo de lo que pudiera ocuparse ahora.

—He vuelto, Justin —dijo Tracey. Abrió de golpe la puerta de una habitación sucia con empapelado amarillento. Justin Walton estaba tumbado en una cama individual. Las miró antes de hacer una señal de pistola con los dedos y apuntar a Louise—. Has traído a la asesina contigo.

Louise abrió una ventana.

—¿Qué ha consumido, Justin?

—¿Qué no he consumido? —respondió riendo.

Walton parecía estar desnudo bajo la sábana, con el torso delgado y sin músculos.

—Tengo que hablarle de su primo, Martyn Walton. O Martyn Renwick, como se lo conoce ahora.

El joven no habría podido ocultar el parpadeo de reconocimiento ni aunque lo hubiera intentado.

—No conozco a ningún primo —dijo y tiró de la sábana sobre sus huesudos hombros.

—¿Sabe que su padre tenía un hermano? —dijo Louise.

—Claro que lo sé. Tú lo mataste —dijo Walton con sorna. La sábana seguía subiendo hasta que solo pudo ver su rostro demacrado con la piel llena de manchas.

Ella se volvió hacia Tracey, que se encogió de hombros.

—¿Lo llevamos a la comisaría? —dijo.

—No, no —Walton se retorció bajo la sábana.

—Su tío, Max Walton, tenía un hijo. Martyn.

—Sí, sí —aceptó Walton, resignado.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Hace siglos. Cuando éramos niños. Antes de irse a donde sea que fueron.

—¿Sudáfrica?

—Si tú lo dices.

Fue el turno de Louise de sacudir la cabeza.

—¿Dónde está su teléfono? —dijo.

Walton miró la basura del suelo antes de estirar el brazo, pero Tracey fue demasiado rápida.

—Necesito una ducha —dijo. Hizo una mueca mientras sacaba un teléfono con la pantalla destrozada de entre un montón de ropa sucia—. Sin batería.

—¿Vamos a encontrar algún mensaje de Martyn Walton en este teléfono? —preguntó Louise.

—No —respondió Walton, como si la sugerencia fuera ridícula.

—¿Entonces nos da permiso para llevarnos el teléfono para analizarlo?

—No.

—Bien, lo llevaremos a la estación.

Walton parecía estar al borde de las lágrimas o a punto de vomitar. Su piel pálida pareció perder otro grado de color.

—Ok, Ok, pueden tomarlo.

—¿Sabe lo que está pasando aquí, Justin? —Louise suavizó su tono—. Alguien murió ayer. Alguien fue asesinado. Si descubrimos que Martyn tuvo algo que ver, vendremos por usted. Ser cómplice de un asesino es casi tan malo como cometer el crimen, y los tribunales lo verán así.

—Me envió un mensaje, ¿de acuerdo? En Facebook —dijo Walton, haciendo acopio de todas sus fuerzas para gritarle.

—Ahora sí —dijo Louise. Se habría sentado en su cama si no hubiera parecido tan sucia. A pesar de que la ventana estaba abierta, el olor a podrido flotaba en el aire—. ¿Cuándo hablaron?

—Hace un par de meses. Dijo que venía a Inglaterra y que quería que nos viéramos.

—¿Y cuándo se reunieron?

Walton levantó la cabeza.

—Buen intento. No lo hemos hecho.

—¿Cuándo llegó?

—Creo que llegó al Reino Unido hace cuatro semanas, pero sinceramente, no lo he visto.

—¿Tiene su número en el teléfono? —preguntó Tracey.

—Sí.

—Genial, ¿dónde está el cargador?

Louise recorrió la casa mientras Tracey esperaba a que se cargara el teléfono. Las demás personas en la casa volvían lentamente a la vida, y contó ocho de ellos cuando se dirigió de habitación en habitación. Los interrogó lo mejor que pudo, pero sus respuestas fueron monosilábicas y todos negaron conocer a Martyn Walton-Renwick. Tres de ellos incluso negaron conocer a Justin.

El teléfono tenía algo de carga cuando llegó arriba. Tracey estaba revisando los mensajes y los registros telefónicos de Justin.

—El historial de llamadas está borrado. Solo hay registro de ayer —dijo.

—¿Tenemos el número de Martyn?

Tracey le mostró la pantalla con un número. El contacto aparecía como “M”.

—Como James Bond —dijo Walton.

—Cuando nos encarguemos de esto, podremos encontrar sus mensajes perdidos.

—Buena suerte con eso.

—Y cuando habló por última vez con Martyn.

—Y con eso.

Louise suspiró. Si habían usado una aplicación Wi-Fi encriptada para hacer las llamadas, sería imposible rastrear nada. Que Justin hubiera borrado sus registros sugería que tal vez sabía más de lo que estaba dando a entender. Sacó el teléfono del cargador y le hizo una señal a Tracey para que saliera al pasillo.

—¿Vas a llamar ahora? —preguntó Tracey.

—No, es probable que cuelgue en cuanto escuche mi voz. Estaba pensando en llevárselo a Coulson y ver si puede rastrearlo.

—¿Qué hacemos con este tipo?

—Tendremos que llevarlo con nosotros. A ver si podemos convencerlo de hacer la llamada.

Se oyó un estruendo en la otra habitación, y las dos se dieron la vuelta y entraron corriendo. La visión fue lo más nauseabundo que había experimentado ese día: Justin Walton, completamente desnudo, había intentado escapar por la ventana del dormitorio, pero se había resbalado y estaba boca abajo en el suelo.

CAPÍTULO TREINTA

Louise preparó una cafetera en tanto Tracey y ella esperaban la llegada de Simon Coulson. Tras su risible intento de fuga, habían detenido a Justin Walton y lo habían llevado a las celdas de la cárcel de Weston, donde seguía recuperándose. Se había negado a seguir cooperando, pero pensaban darle una oportunidad más cuando llegara Coulson,.

La comisaría estaba un poco más tranquila en un domingo que Portishead. Todo el edificio estaba ocupado por un equipo reducido. Se había vuelto más bien un centro de policía de proximidad tras la marcha del DIC, y sin la energía de su antiguo equipo, el lugar parecía cansado y deteriorado.

Tracey tenía el teléfono de Justin Walton en sus manos e intentaba recuperar su historial de navegación, pero sin éxito.

—Es como si nos hubiera esperando —dijo mientras Louise le servía una taza de café.

—O es un procedimiento que hace a diario.

Antes de irse, habían llamado a un equipo para que registrara la casa de Walton de arriba abajo, y ya les habían informado que habían encontrado drogas, aunque no era una cantidad importante como para sugerir que estuviera traficando.

—¿Has hablado ya con Thomas? —dijo Tracey, y sorprendió a Louise con su franqueza a medida sorbía inocentemente su bebida.

—He estado un poco ocupada.

Tracey sonrió y asintió.

—Ya veo.

—No ves nada —dijo Louise, sonriendo.

—A veces eres tonta.

—¿Yo? —dijo Louise.

—Sí, tú. Llevas años enamorada de este hombre, y por fin están juntos... ¿y ahora vas a tirarlo todo por la borda por un malentendido?

—Creo que estás leyendo más de lo que hay —dijo Louise, cruzándose de brazos.

—¿Has hablado con él desde el ataque en Thornbury?

—Sí.

—¿Y hoy? Después de que Greg hablara con él.

—Todavía no, pero he estado ocupada —dijo Louise, molesta por la mirada cómplice de Tracey.

—Sabes que no está involucrado en esto. Tendría que ser un maestro de los disfraces para

haberte engañado. A nosotros, por cierto. Lo conozco desde hace casi tanto tiempo como tú y sé que no tiene nada que ver con esto. Tú también lo sabes.

—No he dicho que piense que es culpable —dijo Louise, un poco demasiado rápido.

—Lou, te conozco. Siempre estás buscando una excusa. Como ese patólogo.

—¿Dempsey? Vamos.

—Es un buen tipo, y ni siquiera le diste una oportunidad. Le echaste la culpa al vino y a tu vida.

Louise se había acostado con Dempsey en una de sus primeras noches en Weston tras ser transferida. Tracey tenía razón al decir que lo había achacado a una noche de copas, pero había sido un error y se había sentido bien al disuadirle de que siguiera insinuándose.

—Lo estaba pasando mal.

—Lo sé, lo sé. ¿Pero nunca pensaste que ser estar así por Finch? Confiaste en él, o al menos eso creo, y ya sabemos cómo resultó. Tal vez por eso te cuesta confiar en alguien ahora. Incluso en Thomas. Quizá intentas autosabotear tu relación. Y esta mierda con la redada de drogas en Thornbury te dio la oportunidad perfecta para no intentarlo.

—Ok, Dra. Corazón. ¿Has estado leyendo alguna guía sobre relaciones o algo así?

Tracey sonrió con satisfacción.

—Tal vez, pero no se trata de eso.

Louise se rio. Tenía razón, pero sus acciones no tenían nada que ver con Finch. Nunca había confiado en él, aunque tampoco se había dado cuenta del monstruo que era hasta que fue demasiado tarde. Pero si era sincera, sabía que estaba usando la situación de Thornbury para frenar su relación con Thomas. Todo se debía a su sugerencia de que los chicos se conocieran, aunque no iba a darle más argumentos a Tracey.

—Vale, lo llamaré —dijo, a punto de coger el teléfono cuando llegó Simon Coulson.

—Continuará —dijo Tracey.

Louise bebió un trago de su café antes de dejarlo a un lado.

—Gracias por venir, Simon —dijo.

—De nada. Odio los domingos por regla general.

De cualquier otra persona se lo habría tomado como una broma, pero Coulson vivía para su trabajo y nunca parecía más feliz que cuando estaba delante de una pantalla. Louise le reiteró la situación.

—Si es necesario, voy a preguntarle a Justin Walton una vez más si quiere intentar hablar con su primo por teléfono. Si se niega, tendré que llamarlo directamente.

—Si su teléfono está encendido, debería poder localizarlo. Podría valer la pena intentar eso antes de llamar. En cuanto a las llamadas y mensajes borrados, eso dependerá de si estaban encriptados o no, y parece que probablemente lo estaban.

—Según Justin Walton, sí.

—Lo intentaré. ¿Tienes el número?

Louise le dio el teléfono.

—Está como “M”.

—Ok, déjame prepararlo.

—Hablaré una vez más con Walton —dijo Louise.

—Tu café —dijo Tracey y le tendió la taza.

Louise negó con la cabeza. La idea de beber café en ese momento le hacía doler el estómago.



—ES SU ÚLTIMA OPORTUNIDAD —dijo a Justin Walton en la sala de interrogatorios número tres.

Le habían dado algo de comida y bebida, pero Walton tenía peor aspecto que un par de horas antes en la casa. Tenía un bajón tremendo, le temblaban los dedos amarillentos por la nicotina mientras hacía todo lo posible por no mirarla directamente.

—Dinos dónde está Martyn ahora, y no estará obstruyendo nuestra investigación.

—No sé dónde está.

—Tenemos a alguien revisando su teléfono mientras hablamos. No solo encontraremos la ubicación de Martyn, sino que recuperaremos toda comunicación entre ustedes. Esta será su última oportunidad de confesar lo que ha estado haciendo y su implicación en los incendios.

El cuerpo de Walton se tensó, pero no respondió. Louise se preguntó qué habría pensado Max Walton de su sobrino. Max era un tipo corpulento que se aprovechaba de las debilidades de los demás para divertirse. ¿Se había burlado de Justin cuando era niño y le había hecho tomar el camino que llevaba ahora? ¿O había sido una relación mucho más abusiva, como la de Max con su mujer?

—Te dije que no sé nada de eso. Martyn me llamó para ver si podíamos vernos. Eso es todo.

No tenía sentido seguir. Hizo una señal al guardia uniformado para que se lo llevara antes de volver al despacho, donde Coulson parecía más animado que nunca, casi dando saltos cuando giró la pantalla para que Tracey pudiera verlo.

—Tengo la localización de Walton-Renwick —dijo en cuanto Louise se acercó—. Actualizada al segundo, además. Su teléfono acaba de enviar un ping a una de las torres cercanas. Está en el camping Hampstead Park, en Locking.

Louise trató de contener su creciente excitación. Si Walton-Renwick había usado su teléfono tan cerca de Weston, entonces había una posibilidad real de que pudieran llegar a él y acabar con todo antes de que empeorara.

—¿Qué estamos esperando? —dijo, y corrió hacia la puerta con Tracey y Coulson detrás.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Tracey llevó a Louise y a Coulson al camping. En el coche, Louise dispuso que los equipos de patrulla de refuerzo permanecieran a la espera en las afueras del pueblo, mientras Coulson intentaba localizar al propietario o al gerente del lugar.

—Tengo un número de este lugar. Es de Sr. Joseph Dalby. Aparece como administrador del lugar —dijo Coulson. Le mostró el número a Louise, que lo introdujo en su teléfono.

—Hola —le contestó cuatro tonos después.

Louise se presentó al Sr. Dalby, quien le confirmó que era el director de la obra.

—Estoy en casa ahora —dijo.

—¿Hay alguien en la camping en este momento? —preguntó Louise, con el cuerpo tenso contra el cinturón de seguridad mientras Tracey tomaba una curva a una velocidad alarmante.

—Hoy no. Me apunto como contacto de emergencia y para las reservas. Hago una parada por la mañana y tengo que estar allí esta noche a las seis. Solo atendemos a campistas y autocaravanas. Nada fijo en el lugar.

—¿Tiene una lista de quién se aloja en el lugar?

—Sí. Más bien, tengo los nombres de los que reservaron. Se supone que tienen que decirnos quién se aloja, pero no siempre es así, sobre todo en el caso de las tiendas de campaña —dice Dalby. Repetía las palabras del propietario del parque de caravanas de Kewstoke.

—¿Tiene registrado el nombre de Martyn Renwick, o Martyn Walton?

—Aguarda un segundo —dijo Dalby, la línea se quedó en silencio.

—Estamos menos de media milla ahora, Lou.

—Señor, ¿está ahí? —dijo Louise.

—Sí, lo siento. No. Nadie con el nombre de Walton o Renwick. Aunque, como dije, eso no significa que no esté allí.

Louise pidió al Sr. Dalby que se encontrara con ellos mientras Tracey conducía por el camino de tierra hacia el lugar. El lugar era un marcado contraste con el parque de caravanas de Kewstoke. El camping era literalmente un campo delimitado, con una pequeña zona asfaltada para coches y autocaravanas. Al salir del coche, Louise contó treinta tiendas repartidas al azar por el campo. Imaginó que debía ser barato alojarse allí, ya que no veía ninguna otra atracción. El aire desprendía el olor a estiércol de una granja cercana, y al este se podía ver y oír el tráfico de la autopista.

—¿Hubo suerte? —le preguntó a Coulson, que estaba consultando la última información de rastreo en su iPad.

—En este momento está desconectado, quizá en modo avión, pero su última ubicación fue aquí. Eso fue hace veinte minutos.

—Será mejor que vayamos a golpear algunas puertas —dijo Louise. Salió al campo, agradecida de que no hubiera llovido recientemente, a medida que caminaba por el barro seco. Tanteó algunas tiendas vacías antes de llegar a un grupo de jóvenes que habían montado una pequeña aldea de seis tiendas junto al bloque de aseos en ruinas. Estaban sentados en tumbonas y bebían bebidas energéticas y latas de cerveza. Tenían la misma mirada perdida que había visto en Justin Walton aquella mañana.

—Me preguntaba si podrían ayudarme —dijo ella al acercarse.

—Te ayudaré, cariño —dijo uno de los chicos, con el pelo rubio teñido.

Sus amigos se rieron de su respuesta hasta que Louise sacó su tarjeta de autorización.

—Es bueno saberlo —les dijo y mostró la foto del carné de conducir de Martyn Renwick que le había enviado Graves desde Sudáfrica—. Estoy buscando a este hombre. Podría hacerse llamar Martyn.

El rubio con tinte de peróxido ahora se mostraba hiper cooperativo.

—No, no lo creo —dijo, negando con la cabeza—. Había un par de muchachos en esas dos tiendas de allí —señaló a cien metros de distancia en el campo.

—¿Qué ha hecho? —preguntó uno de los otros. Bajito y fornido, con la cabeza rapada, fue el único que no se rio de la broma del rubio.

—Es muy importante que hablemos con él.

El joven se lo pensó un momento.

—¿Puedo volver a ver esa foto, por favor? —dijo. Su cortesía y su forma de hablar clara hicieron pensar a Louise que podría ser militar. Le enseñó de nuevo la foto en su móvil, que él amplió.

—No estoy seguro de que fuera él, pero había un tipo que se alojaba solo en una pequeña tienda. Lo vi cuando estaba haciendo la maleta de prisa hace unas horas, y a juzgar por el carné de conducir, ¿es de Sudáfrica?

—Sí —dijo Louise.

El hombre se encogió de hombros.

—Podría no ser nada, pero llevaba una camiseta de rugby de Sudáfrica.

Louise llamó a Coulson y Tracey, y pidió al joven que los guiara hasta el lugar en el borde del terreno.

—Probablemente allí —dijo el joven, señalando las estacas de la tienda.

Coulson envió otro ping para ver si el teléfono seguía en la zona, solo para que Tracey se adentrara entre los árboles y regresara unos instantes después con los restos de un viejo teléfono ladrillo Nokia.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Solo en el patio con su traje, Finch podría haber creído que era libre. Solo la visión del carcelero Wilson en su periferia y las puertas cerradas disiparon esa idea. Contaba mientras esperaba a que lo llevaran al tribunal para el primer día del juicio.

El aire de primera hora de la mañana seguía siendo frío, pero él mantuvo el mismo paso firme que cada vez que lo traían a este lugar, pues se negaba a ceder aún a las inclemencias del tiempo. Al oír el traqueteo de las puertas y algunas voces apagadas, continuó su recorrido sin mirar hasta que lo llamaron por su nombre.

—Clemons —saludó cuando el hombre pasó junto a Wilson y se dirigió hacia Finch.

Clemons vestía su traje de presidiario. El contraste con el traje de Finch hizo que pareciera que todo había vuelto a la normalidad, que Finch había venido a interrogar a Clemons. Se mantuvo firme, pero tensó el cuerpo en espera de un ataque.

—¿Nos dejas? —dijo Clemons. Se detuvo a unos metros para que no estuvieran a distancia de contacto.

—Día libre por buen comportamiento.

—¿Buenas probabilidades?

Finch sabía que iba a ser culpable de algo. Los cargos contra él eran numerosos, y su abogado casi había admitido que las pruebas eran irrefutables. Su principal preocupación era el cargo de intento de asesinato de Amira Hood. Si se llegaba a un veredicto de culpabilidad por ese delito, le esperaban más de diez años de cárcel, y más si el juez que dictara la sentencia tenía algo en contra de los policías corruptos, como era el caso de la mayoría de ellos.

—Ya veremos —dijo, sin querer revelar nada. Su mejor oportunidad para librarse de la acusación era desacreditar el testimonio de Louise Blackwell. Ella había estado presente la noche en que él intentó matar a Amira Hood. Debido a su historia, en particular a su desencuentro en la granja Walton, su plan había sido alegar que todo había sido preparado por Louise y que él había sido víctima de una trampa. Era una posibilidad remota, pero necesitaba plantar dudas en la mente de los jurados.

—Las cosas fueron bien la semana pasada. Creo que detuvieron a su ex colega, Thomas Ireland —dijo Clemons.

La redada antidroga en Thornbury había sido idea de Clemons, a cambio de que el sargento Eddie Perkins hiciera la vista gorda ante una entrega de droga en los muelles de Avonmouth, Clemons había dispuesto que se colocara un pequeño alijo de droga en las furgonetas de los repartidores de Ireland y que se realizara el ataque por el que se había alertado a la policía. Finch

sabía que Thomas no había sido detenido, pero había sido llamado para interrogación, y él había podido explotar ese hecho con la ayuda de la periodista Tania Elliot.

Asintió.

—Crees que llevo un micrófono —dijo Clemons y se subió el jersey.

—¿Qué quieres?

El hombre fingió retroceder, como si le doliera el comentario.

—No sea así, Detective en Jefe Finch —dijo.

—Wilson —llamó al guardia de la prisión.

—Ok. Escucha, fue un buen trabajo el que hicimos juntos. Está bien, no tienes que admitirlo en voz alta —dijo Clemons con la mano en alto—. Nuestro cargamento llegó bien, y tu hombre Perkins nos despejó el camino.

—No tengo idea de lo que estás hablando —dijo Finch.

—El novio de Blackwell ha visto arruinada su reputación, y estoy seguro de que eso te vendría bien durante el juicio.

Finch se desabrochó el botón superior de la camisa.

—¿Tienes algo que decir, Clemons?

—Tanto si te quedas como si te vas, creo que podríamos trabajar juntos. ¿No crees?

En cualquier otra circunstancia, Finch se habría reído en su cara o habría hecho algo mucho peor. Pero le gustara o no, las cosas habían cambiado. Aunque pudiera librarse de la acusación de intento de asesinato, tenía que pasar algún tiempo en la cárcel, y eso significaba seguirle la corriente a gente como el hombre que tenía delante.

—¿Qué quieres?

—Tu amigo, Eddie Perkins. Me gustaría añadirlo a la nómina.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Obtendrías una parte, claro. Fuera o dentro de la prisión. Adentro, tendrías garantizada nuestra protección. Si te sueltan al área común, podría valer oro.

Finch recordó las últimas palabras de Perkins: *“Esto será todo, jefe.”* Entonces supo que esas palabras significaban muy poco. Perkins se doblegaría a su voluntad con un poco de presión, y si esa presión significaba que Finch tenía que acercarse a Clemons, que así fuera.

—Veré a Perkins esta semana —dijo.

—Bien, bien. Te daremos los detalles —dijo Clemons.

Finch bajó la cabeza medio centímetro.

—Ahora, si me disculpas, tengo una cita con mi biógrafo —dijo, y dejó a Clemons en medio del patio de la prisión mientras caminaba hacia las puertas.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Ya había presencia policial cuando Louise llevó a Emily al colegio. Había coches patrulla y furgonetas repartidos por el paseo marítimo, y se veían agentes en la calle. A pesar de la explosión del sábado en el colegio, la amenaza implícita en la nota de suicidio de Karl Insgrove se estaba tomando en serio. Más ahora que Martyn Walton-Renwick era otro sospechoso posible.

Después de descubrir el teléfono desechado, un equipo de búsqueda había recuperado los restos de una tarjeta SIM rota en numerosos pedazos. Coulson no había podido recuperar ningún dato de la tarjeta y había pasado la tarde trabajando en el teléfono de Justin Walton, pero no se había recuperado ningún mensaje entre Justin Walton y Martyn Walton-Renwick.

Se habían retenido las tarjetas de débito y crédito de Martyn, pero no había utilizado ninguna de las dos desde su entrada en el Reino Unido, lo que sugería que disponía de otros medios de financiación imposibles de rastrear.

Louise se detuvo frente a la escuela y aparcó junto a un coche patrulla que permanecería fuera del edificio todo el día. Al principio, había querido mantener a Emily en casa por el día, pero Adam King había accedido a hacer otro rastreo del edificio esa misma mañana, y sus hallazgos la habían tranquilizado al asegurarle que no había ninguna amenaza inminente a la escuela.

Seguía siendo difícil dejar marchar a Emily después de abrazarla y despedirse de ella en el patio, que estaba tan lleno nunca lo había visto antes. Una vez más, sintió que los padres convergían y le lanzaban miradas extrañas, como si ella fuera la culpable de la situación.

—Tiempos extraños —dijo Graham Pritchard. Se acercó a ella cuando estaba a punto de entrar en su coche. Llevaba un traje elegante que ella nunca le había visto antes.

—Lo es —dijo ella, abriendo la puerta del coche.

—¿Sabes lo que pasó en el colegio? —preguntó él en complicidad.

—Sé tanto como tú, Graham.

—Dudo que eso sea cierto —dijo él. Se acercó un paso más para que ella pudiera oler su aftershave.

—No puedo hablar al respecto.

—Debes pensar que están a salvo. Si traes a Emily. ¿Supongo que fue un último ataque del cuidador?

—Te lo dije, no puedo hablar al respecto —dijo Louise, tratando de no perder la calma. Era natural que todo el mundo estuviera un poco nervioso, y ella entendía su preocupación. La verdad era que aún no comprendía del todo la implicación de Karl Insgrove en todo esto. En

muchos sentidos, esperaba que Graham tuviera razón, que Insgrove hubiera sido el responsable desde el principio, que la explosión del sábado fuera su último ataque y que todos pudieran despreocuparse. Por desgracia, el hecho de que el hijo de Max Walton estuviera en el país significaba que eso estaba lejos de ser una realidad.

—Lo comprendo. Es una pena lo de la limpiadora.

—Hana Sanchez —aclaró Louise.

—Sí. Espero que la escuela haga algo especial por ella y su familia. ¿Le has contado a Emily lo que pasó en realidad?

Emily estaba demasiado familiarizada con la muerte y la tragedia para cualquier edad, en especial para sus siete años. Había perdido a sus padres y había visto cosas que habrían puesto a prueba a cualquier adulto, incluida Louise. Había querido hablar con Emily sobre Hana, pero se había visto obligada a delegar esa tarea en los abuelos, ya que había estado trabajando hasta altas horas de la madrugada.

—Le explicamos que hubo un terrible accidente. ¿Y tú, con Toby?

—Lo mismo. Es tan difícil. Estuvo con su madre este fin de semana, así que ella habló con él —dijo Graham—. Es horrible que tengan que lidiar con esto.

—Lo es. Que tengas un buen día, Graham. ¿Vas a algún sitio en especial? —preguntó Louise al entrar en el coche.

A Graham se le iluminó la cara como si le hubiera hecho el mayor cumplido de su vida.

—Oh, esto —dijo y tiró de su traje—. Entrevista de trabajo.

—Mucha suerte —dijo Louise. Cerró la puerta y echó un vistazo a su teléfono en tanto esperaba a que el padre se fuera.

Instintivamente, fue a su hilo de texto con Thomas. Los dos habían querido tomarse su relación con calma, pero era el tiempo más largo que llevaban sin hablarse desde que se conocieron. Era comprensible con los últimos acontecimientos y su excesiva carga de trabajo, pero ella sentía que estaba llegando a un punto de ruptura.

—Esto es ridículo —se dijo. Escribió un mensaje de texto:

Hola, parece que hace siglos que no te veo. ¿Quedamos esta noche?

Esperó un par de minutos, pero el mensaje seguía sin leer, así que se dirigió a su siguiente destino: el Tribunal de la Corona, donde iba a comenzar el juicio de Finch.



LOUISE HABÍA ASISTIDO a cientos de juicios a lo largo de los años, pero éste no se parecía a nada de lo que se había enfrentado antes. Era la primera vez que la llamaban como testigo en lugar de como oficial de arresto. Había tantos cargos y tantos testigos creíbles que era casi inevitable que Finch se enfrentara a una pena privativa de libertad. Se le oprimió el pecho al pensar que Finch podría librarse de algún modo de la acusación de intento de asesinato. Sí, se alegraría de que lo declararan culpable de sus otros delitos, pero necesitaba el cargo de intento de asesinato más que los demás.

Después de aquella noche en su casa, cuando rescató a Amira y le rompió la pierna a Finch, pensó que todo había terminado. Finch le había arruinado la vida desde la muerte de Max Walton, y por fin había sentido que había cerrado el caso. Pero ahora se daba cuenta de que ese

cierre solo llegaría si lo condenaban a la pena más larga posible y si el mundo por fin comprendía quién era realmente Finch.

Amira la esperaba en una de las pequeñas salas de interrogatorios. Estaba con Antony Meades y la abogada de la acusación, Amanda Knight. Knight era una abogada de primera que ya había trabajado en casos con Louise, además de ser abogada defensora de la parte contraria en ocasiones.

—El Sr. Finch ha contratado a un gran abogado de Londres, y te aseguro que no trabajará con asistencia jurídica —dijo mientras hablaban del procedimiento de la semana siguiente.

—Me pregunto de dónde habrá sacado el dinero para eso —dijo Louise, e intercambió una mirada cómplice con Amira, que se mordía las uñas.

—No importa para nuestro caso. Los hechos son los hechos. Mientras las dos digan lo mismo, todo irá bien —dijo Knight. Las había interrogado a ambas en numerosas ocasiones durante los últimos meses en preparación para esta semana.

—¿Cuándo crees que me necesitarán? —preguntó Louise.

—Depende del tiempo que Charles Boothroyd, QC (Abogado de la Reina), pretenda prolongar los acontecimientos, aunque no creo que sea hasta el miércoles o el jueves, como muy pronto. Tenemos mucho que hacer antes de esa fecha, así que creo que será el jueves. Por supuesto, pueden decidir centrarse solo en uno o dos de nuestros testigos y reducir el interrogatorio al mínimo. Lo sabremos mejor a última hora del día.

—Va a ser difícil que está aquí la mayor parte del tiempo.

Knight se mordió el labio inferior y miró a Meades en busca de apoyo.

—Lo entiendo, pero cuanto más puedas estar aquí, mejor. Quiero que el jurado te vea lo más posible para que entiendan por lo que has pasado. Las dos —añadió al mirar a Amira.

Un funcionario llamó a la puerta y les dijo que se prepararan. Louise acompañó a Amira al juzgado.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí. Es solo que no lo he visto desde esa noche. No estoy segura de querer volver a verlo.

Louise se acercó.

—Que se joda, Amira. No se trata de él, se trata de todas las mujeres cuyas vidas ha destruido. Intentó matarte, pero ahora está entre rejas. Hay una razón para eso, ¿recuerdas? Tú. Si tú no hubieras tenido el valor de acudir a mí en primer lugar, no estaríamos aquí. Unos días más, y estará fuera de nuestras vidas para siempre. ¿Sí?

—Vale —dijo Amira y forzó una sonrisa.

Tomó la mano de la mujer cuando Finch entró. Era extraño volver a verlo, sobre todo bajo custodia. Esperaba que el tiempo que había pasado en prisión preventiva y la herida que le había infligido aquella noche hubieran tenido un efecto mayor. Pero aparte del bastón, su aspecto no era diferente al de la última vez que lo vio: iba vestido con uno de los trajes que siempre usaba para ir a trabajar, y a ella le resultaba difícil creer que él estuviera allí para ser juzgado y no para trabajar.

Mientras esperaban al juez, Finch miró furtivamente a Louise. Puede que se lo estuviera imaginando, pero estaba segura de que podía oler su aftershave cítrico alejarse cuando él miró hacia otro lado, sin reconocer su presencia.

Louise trató de no mirarlo mientras Amanda Knight exponía los argumentos de la acusación y los cargos que se le imputaban. Como era de esperarse, Finch era imposible de leer. Permaneció pasivo cuando Knight lo acusó de traicionar la confianza no solo de aquellos con los

que había trabajado, sino del público en general.

Echó un vistazo a la tribuna a medida que se leían los nombres de las mujeres de las que Finch había abusado a lo largo de los años.

—Y, por último, aportaremos pruebas de que el Sr. Finch tomó como rehén por la fuerza a una antigua colega suya, la Sra. Amira Hood, y planeó acabar con la vida de la Sra. Hood y de otra de sus antiguas colegas, laInspectora Louise Blackwell —dijo Knight.

Hizo todo lo posible por no reaccionar. Agarró una vez más el brazo de Amira y estrechó su agarre, con la mirada fija en el juez.

Dejó escapar un suspiro cuando Knight tomó asiento, con los recuerdos de aquella noche revoloteando por su mente: Amira atada, Finch agitando el cuchillo de cocina como si fuera una porra y el crujido que se produjo cuando Finch plantó la pierna y ella le dio una patada en la rodilla. Miró a Finch, que se había agitado lo suficiente como para negar las acusaciones lentamente con la cabeza. Fue eso, más que cualquier otra cosa, lo que provocó su ira. ¿Cómo se atrevía, después de todo lo que había hecho, a sentarse allí con esa mirada de víctima, como si no hubiera hecho nada malo?

Charles Boothroyd (QC, Abogado de la Reina) hizo una introducción breve que Louise ya había oído cientos de veces. Como la mayoría de los abogados defensores, insistió en el hecho de que los miembros del jurado tenían que estar seguros, más allá de toda duda razonable, de que su cliente era culpable de los cargos. Louise quiso ponerse en pie y discutir cuando el abogado pasó a pintar a Finch como una víctima. Argumentó que Finch, un policía trabajador durante casi dos décadas, había tenido que enfrentarse al tipo de delincuentes endurecidos con los que la mayoría de la gente, e incluso la mayoría de los policías, no trataría. Según Boothroyd, Finch había sufrido graves daños psicológicos durante su permanencia en el cuerpo que le habían llevado a una crisis nerviosa, durante la cual había tenido el altercado con Amira y Louise. Nunca había querido hacer daño a nadie y se reunía a diario con un psicólogo desde que estaba en prisión preventiva. El abogado no llegó a culpar a Louise de la situación de Finch, pero insinuó que había sido tratado injustamente e incluso mencionó la herida infligida en su pierna.

Era risible, y ella ya lo había oído antes, pero seguía siendo irritante oír semejante defensa. Lo que Boothroyd no mencionó fue que Finch se había roto la pierna cuando atacó a Louise con el cuchillo, mientras Amira estaba atada en la cocina. Deseaba explicárselo al jurado más adelante, pero por el momento tuvo que callarse a regañadientes.

Desde la declaración inicial de los testigos, se hizo evidente que Boothroyd iba a interrogar a todos y cada uno de los testigos de la acusación. Intentaba sembrar la duda en la mente de los miembros del jurado y estaba dispuesto a hacer todo lo posible para conseguirlo, incluida la difamación para que sus testimonios parecieran poco sólidos. La primera mujer que subió al estrado, Lindsey Saunders, había trabajado como directora de una oficina civil en Portishead en la época en que Finch empezó a trabajar en el DIC. Contó al tribunal que Finch la había seducido antes de intentar echarla del departamento.

El abogado intentó darle la vuelta a la situación y, cuando terminó de interrogarla y el juez pidió un receso, la mujer estaba llorando a lágrima viva.

Louise se reunió con Antony Meades en la cafetería.

—No va a ser fácil, ¿verdad? —le dijo al abogado.

—No esperábamos que fuera de otra manera. No hay diferencia. Puede intentar eso con todos los testigos, pero el hecho es que tenemos pruebas abrumadoras. Puede intentar pintar a Finch como la víctima, pero no va a funcionar... mientras...

—¿Amira y yo no la caguemos?

—Esa no iba a ser exactamente mi elección de palabras —dijo Meades, con una sonrisa—. Tenemos la grabación de esa noche, y me atrevería a sugerir que Finch prácticamente se inculpa a sí mismo. Sin embargo, habrá presión sobre ti. Pero creo que eso ya lo sabes.

Louise asintió.

—Tengo que volver a Weston. ¿Me mantendrás informada?

—Paso a paso —dijo Meades.

Le llevó un café a Amira antes de marcharse. Estaba a punto de entrar en la sala de reuniones cuando en el pasillo vio a Tania Elliot salir de otro despacho. La periodista no la había visto, y Louise se escondió detrás de un pilar mientras se alejaba. No tardó mucho en averiguar con quién había estado hablando la periodista. Unos minutos más tarde, el abogado de Finch salió del mismo despacho.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Louise observó cómo Tania Elliot se dirigía de nuevo al juzgado antes de volver a salir. ¿A qué demonios estaba jugando la periodista? Sabía con certeza que Tania ya había publicado artículos sobre el caso Finch. Podía aceptar que la mujer estuviera hablando con el abogado, pero si hubiera estado hablando con el propio Finch...

Respiró hondo. El equipo jurídico de Finch no sería tan estúpido como para permitirlo. Si Tania había hablado con él y estaba utilizando sus artículos como medio para influir en el caso, podría echar por tierra todo el juicio.

Sin embargo, Louise tenía problemas más acuciantes de los que ocuparse. Un grupo de periodistas, cámaras de televisión incluidas, estaban fuera del juzgado como si estuvieran esperando en una emboscada. Louise dijo con las únicas palabras que iba a utilizar, “*Sin comentarios*”, a medida que le realizaban preguntas. Algunas se referían al caso: “¿Qué sintió al ver a su antiguo colega en el banquillo?” “¿Cree que el Detective en Jefe Finch se enfrentará a una pena de prisión?” Y su favorita: “¿Cree que es culpable?”

Pero cuando caminaba hacia el aparcamiento, las preguntas se volvieron más personales: “¿Es cierto que tiene una relación con Thomas Ireland?” Y mientras subía a su coche, escuchó: “¿Cree que la acusación previa de asesinato ilegal la perjudicará?”

Ahí estaba. Si ya era una pregunta en boca de los periodistas, era seguro que sería un ángulo utilizado por el equipo de la defensa. Louise cerró la puerta del coche de un portazo, cuando lo que quería era dar una rueda de prensa improvisada y volver a explicar que ya había sido absuelta de cualquier delito.

Comprobó su teléfono antes de ponerse en marcha, no sorprendida pero sí frustrada al ver que Thomas no había respondido.

Al regresar a Weston, su mente se llenó de recuerdos de la noche en la granja Walton. La lejanía del lugar, con sus aperos de labranza abandonados, sus corrales y establos apestando a cadáveres putrefactos de animales muertos, nunca estaba lejos de sus pensamientos. Lo había visitado muchas veces, pero aquella noche le había parecido más siniestro que antes. Lo más probable es que fuera una percepción, pero mientras avanzaba por las pocilgas y llegaba a la granja principal, estaba segura de que algo trascendental estaba a punto de suceder.

—No dejarás que esto te afecte —se dijo a sí misma y sacudió la cabeza para deshacerse de los recuerdos indeseados. De alguna manera, ya había llegado a Weston. Apenas recordaba el viaje, su cuerpo y su mente funcionaban con el piloto automático cuando se detuvo frente a la iglesia de la Santísima Trinidad.

Volvió a mirar el teléfono, sin ningún mensaje de Thomas, antes de acercarse a la iglesia. Un hombre delgado y enjuto de unos setenta años la saludó al abrir la puerta.

—Inspectora Blackwell —saludó.

Louise asintió.

—Usted debe de ser Bryce Milner —dijo. Recordaba el acento galés del hombre de su breve llamada telefónica.

—En efecto. Pase, por favor. ¿Desea algo? Tenemos el mejor té para el desayuno y el mejor café instantáneo.

—Estoy bien, Sr. Milner, gracias.

El Sr. Milner dirigía el grupo de veteranos de guerra al que Karl Insgrove había asistido.

—¿Cuándo fue la última vez que vio al señor Insgrove? —preguntó Louise en tanto se sentaba en una de las sillas del centro de la sala.

—Llámeme Bryce, por favor. Me llamó después de que encontraran esa bomba falsa en el colegio —dijo Bryce, que dejó un espacio de una silla entre ellos al sentarse—. Me dijo que era poco probable que asistiera a la reunión esa semana.

—¿Suelen reunirse los jueves por la noche?

—Así es. Le pregunté si todo estaba bien. Parecía un poco alterado, pero no esperaba que.... —Bryce miró hacia otro lado, como atrapado en un recuerdo lejano—. Pero tampoco esperaba que lo sometieran a semejante calvario. Supongo que habrá una investigación.

Louise no estaba segura de si el hombre la estaba acusando de algo. Su tono era brusco, y había una sugerencia subyacente de que la participación de la policía había provocado la muerte de Insgrove.

—Es una investigación en curso —dijo ella. No quería entrar en discusiones al respecto.

—Pero hubo una explosión en la escuela después de su muerte, ¿no?

—Es cierto. No puedo hablar más al respecto, pero le aseguro que obtendrá toda nuestra atención.

Bryce murmuró algo en voz baja, poco satisfecho con lo que le había dicho.

—Una pérdida terrible.

—¿Hacía mucho que conocía a Karl?

—Creé este grupo hace unos diez años. Me había mudado recientemente a la zona y solía asistir a un grupo similar en Taunton, donde vivía. La cuestión es que, para los que no tienen un pasado militar, ese tipo de vida es inimaginable. No es como en las películas o los programas de televisión. Es posible que lo entienda un poco, como está en la policía, no sé —Hizo otra pausa, ensimismado—. Supongo que es un cliché, pero la guerra te cambia sin importar cuál sea tu implicación directa. No se trata solo de la muerte o de las terribles heridas, aunque eso lo haría, ¿no? —dijo Bryce, riendo.

—Estoy segura de que este grupo fue un gran consuelo para Karl.

—Lo fue. Por eso me llamó. Odiaba perderse una reunión, lo odiaba. Tenemos algunos jóvenes que asisten en la actualidad. Muchachos respetuosos. Escuchan lo que Karl y nosotros los veteranos tenemos que decir. A Karl le gustaba eso. Le daba la oportunidad de transmitir su experiencia y, al mismo tiempo, de hablar de cosas que normalmente no compartiría.

—¿Podría contarme algo más sobre Karl? Sé que estuvo en la marina y que participó en el conflicto de las Malvinas.

Los ojos de Bryce se entrecerraron y, al estudiarla, ella vio su edad en los profundos surcos de su rostro. Parecía oscilar entre la amabilidad y la desconfianza, como si no supiera muy bien

cómo juzgarla.

—Sabe que no puedo contarle lo que pasa aquí —le dijo.

—Entiendo que hay cuestiones de confidencialidad que debe mantener, pero hay partes de la vida de Karl de las que no sabemos lo suficiente. No hemos descartado la posibilidad de que vuelva a ocurrir algo en la ciudad —dijo, aún no dispuesta a divulgar detalles sobre el último mensaje telefónico.

Bryce pareció meditarlo. Concentrado, su rostro era un lienzo de líneas, pero ella percibió una fuerza subyacente en el hombre a pesar de su edad.

—Sirvió en el HMS *Coventry*, ¿lo sabía? Estaba allí cuando cayeron las bombas. Tuvo suerte de escapar.

—No lo sabía. Pensé que había servido en un barco diferente.

—Estaba en el HMS *Bristol*, pero había sido transferido unos días antes al *Coventry*. Estuvo atrapado a bordo durante veinte minutos mientras se hundía. Vio cosas terribles —dijo Bryce, y frunció el ceño—. Sus amigos en llamas —añadió. Mostró los dientes y negó con la cabeza.

La conexión era obvia, y ella pudo ver en los ojos de Bryce que él también lo entendía. La señora Harrison le había hablado de los problemas de Insgrove con las drogas después de dejar la Marina, pero nunca le había contado los detalles concretos.

—¿Alguna vez recibió ayuda por lo que le pasó? Más allá de este grupo, claro.

—Había menos ayuda disponible en ese entonces, y no es mucho mejor hoy en día. Estoy seguro de que eres consciente del camino que Karl tomó con la bebida y las drogas, pero él había dejado todo eso en el pasado. Y sé que usted está pensando que sus experiencias definieron sus acciones posteriores, pero no puedo imaginar que él lo hiciera.

—Estaba involucrado, Bryce. No hay forma de negarlo. Nuestra preocupación ahora es que puede haber estado trabajando con alguien, y esa persona sigue siendo una amenaza potencial.

—¿Qué? No —dijo el hombre, sacudiendo la cabeza.

—¿Hay alguien en el grupo al que Karl estuviera especialmente unido?

—Como he dicho, se llevaba bien con todo el mundo. Los más jóvenes lo admiraban.

—¿Y los mayores?

—A los mayores también nos agradaba —dijo Bryce con una sonrisa.

—¿Alguno de ustedes sirvió con él? ¿O estuvo en las Malvinas al mismo tiempo?

Bryce se tapó la boca con la mano al pensar.

—¿Cree que dirigimos una especie de célula terrorista? ¿Es eso? Viejos vengándose de una sociedad que les falló. Haciendo explotar escuelas en un intento desesperado por llamar la atención. No diga estupideces.

—Nadie está diciendo eso, Bryce, pero es muy probable que el Sr. Insgrove no trabajara solo, así que creo que es una pregunta legítima.

—El único otro tipo que estuvo en las Malvinas fue Ben. Ben Coles. Pero era un soldado paracaidista. Nunca se conocieron antes de que se formara este grupo.

—¿Tiene la dirección del Sr. Coles?

—Claro —dijo Bryce. Se levantó y sacó una vieja libreta de direcciones que abrió para ella.

Louise tomó una foto de la dirección de Coles antes de entregar su tarjeta a Bryce.

—Me doy cuenta de que es una realidad horrible de considerar, pero si se le ocurre algo más que pueda ayudarnos, llámeme, por favor.

—Solo hace su trabajo, lo sé. Si lo hubiera oído hablar aquí, estaría tan sorprendida como yo. Todavía estoy tratando de entenderlo.

—Lo entiendo. Si le sirve de consuelo, creo que Karl estaba muy conflictuado por lo que pasó. Sabía que estaba actuando fuera de lugar. Por eso es importante que encontremos a quien lo estaba ayudando.

—Hablaré con los demás, veré qué puedo hacer —dijo Bryce, con los ojos enrojecidos mientras la acompañaba a la puerta.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Era divertido estar del otro lado por una vez. Finch era consciente de que ser el acusado jugaba a favor de su ego, pero eso no le importaba. Estaba feliz de ser el centro de atención. Disfrutaba el desafío que esa perra gorda de abogada le había planteado con su alegato inicial, pero su equipo le había aconsejado que tuviera cuidado, como si hubiera nacido ayer. Intentó parecer arrepentido pero no culpable, consciente de que había hecho algo malo pero que no era tan grave como lo pintaban. De vez en cuando, lanzaba miradas tímidas a los miembros del jurado para demostrarles su fragilidad. Era una actuación, pero había actuado casi toda su vida.

Blackwell se había ido a la mierda después del receso. Se alegró de no sentir sus ojos clavados en él. Durante el receso, le pidió a su abogado que se reuniera con la periodista Tania Elliot. Siempre había sido una presencia molesta en su vida laboral, pero las cosas habían cambiado ahora. La cualidad que antes tanto detestaba en ella, su determinación, podría resultarle favorable. Ya había empezado el trabajo que le había prometido, y con la información que él le había proporcionado hoy, esperaba que para cuando Louise Blackwell se sentara en el banquillo de los acusados, estuviera destrozada a los ojos de los jurados y de todos los implicados en el caso.

De momento, tenía que conformarse con ver cómo su abogado hacía trizas a todos los testigos que le presentaban. Finch había sido cuidadoso durante años. Utilizaba teléfonos imposibles de rastrear para todas sus conquistas, por lo que muchas de las pruebas que se presentaban eran circunstanciales, y Boothroyd lo estaba utilizando a su favor.

Donde había metido la pata fue en guardar en su laptop imágenes de las mujeres que había manipulado. Había intentado borrarlas momentos antes de ser emboscado por Blackwell, pero todo había sucedido demasiado rápido. En estas circunstancias, el plan consistía en hacer creer a los miembros del jurado que había tenido permiso para tomar esas imágenes, lo que era cierto en la mayoría de los casos. El trabajo de Boothroyd consistía en crear las dudas suficientes para que consideraran esa posibilidad.

El juez dio por terminada la jornada justo cuando Knight empezaba con las pruebas en torno a Ruby Williams, una pelirroja que había sido muy guapa y trabajaba en el equipo de relaciones públicas de la central. Debió de ser hacía solo seis o siete años, pero la mujer se había arruinado mucho. En cierto modo, era vergonzoso tenerla allí. O había tenido hijos o se había comido sus sentimientos en los últimos años, y su aspecto no era bueno. El único consuelo era que debía ser difícil para los miembros del jurado aceptar su historia de sexo y engaño, ya que era bastante difícil imaginar que alguien quisiera acostarse con ella en primer lugar.

Finch actuó como un buen chico mientras el juez hacía lo suyo antes de parar para comer. *Compungido y respetuoso*. Lo llevaron a una celda donde le dieron su papilla diaria, antes de conducirlo al furgón de la prisión donde Wilson había organizado una reunión con Eddie Perkins.

—Choca esos cinco, Wilson, ¿quieres? —dijo Finch.

Wilson sabía que no debía discutir, y el guardia en el asiento del conductor estaba dispuesto a mirar hacia otro lado, literalmente.

—¿Qué demonios estoy haciendo aquí? —preguntó Perkins.

—Cálmate, Eddie, quería verte mientras aún tenemos tiempo. Quién sabe dónde acabarán enviándome si esto se va a la mierda.

Perkins apretó los labios e hizo todo lo posible por fingir que tenía el poder del pensamiento.

—Todo ha ido bien —dijo, y parecía calcular las posibilidades reales de que Finch fuera trasladado fuera de la región.

—Lo sé, Eddie. El Sr. Clemons quedó muy impresionado. Por eso quería hablar contigo.

—¿El Sr. Clemons? —dijo Perkins.

—Así es como quiere que lo llames de ahora en adelante, Eddie. Ahora que vas a hacer negocios con él.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Sin importar lo que Farrell pensara de Eddie Perkins, no estaba seguro de qué tan ético era seguir a otro agente. La primera vez, lo había hecho por una duda persistente, y ahora se esforzaba por justificárselo a sí mismo. Sí, Perkins se había reunido con Tania Elliot, pero eso no era delito. Farrell había hablado con ella en varias ocasiones. Aunque Perkins se había reunido con ella más o menos al mismo tiempo que aparecían artículos en el periódico sobre Thomas y Louise, eso no justificaba la vigilancia extraoficial.

Se había convencido a sí mismo de que había algo raro en Perkins, pero tenía que admitir que era poco más que una corazonada. También tenía que admitir que estaba predispuesto en su contra por naturaleza, ya que era el último hombre del círculo íntimo de Finch que quedaba en pie. Nada de eso hacía más llevaderos los confines del asiento delantero de su coche.

Esperaba que Perkins acabara en el juzgado en algún momento de aquel día, así que se arriesgó y aparcó cerca del edificio, con vista a la entrada principal de Small Street. Perkins había llegado poco antes de que Louise se fuera. Farrell decidió esperar en el coche a que el hombre volviera, pues no ganaba mucho observando a Perkins dentro, donde iba a ver el espectáculo que era el juicio de Finch.

Tuvo que soportar ver a Louise ser acosada por los periodistas mientras se dirigía a su coche, lo que hizo que quisiera quería saltar y golpear algunas cabezas. No tenían ni idea de lo que Louise había pasado con Finch, ni quería saberlo. Solo esperaba que pronto se olvidaran definitivamente de él, y que Perkins y los de su calaña fueran cosa del pasado.

Farrell recibió la notificación de que el juicio había terminado treinta minutos antes de que Perkins abandonara el edificio. Parecía estar furioso, con el cuerpo tenso a medida que se abría paso entre los periodistas que no le prestaban atención. Farrell no tuvo tiempo de preguntarse por qué; cuando quiso seguir a Perkins, que iba a pie, una furgoneta de la prisión salió del aparcamiento situado debajo del juzgado. No podía saber con seguridad si Finch iba en la parte trasera del furgón, pero se preguntó si Perkins habría conseguido hablar con su antiguo colega antes de marcharse. No estaba permitido, pero cabía la posibilidad.

Farrell observó a la furgoneta alejarse, y llegó a Quay Street a tiempo para ver a Perkins subir a su coche. Había pensado en pedir prestado el coche de un amigo con anticipación, pero no dejaba de ser un procedimiento arriesgado. Perkins no se lo esperaba, pero si estaba alerta, en algún momento se daría cuenta de que lo seguían. Era una forma de pensar común en los agentes de policía, así que Farrell tuvo que mantenerse lo más lejos posible sin arriesgarse a perderlo. Por suerte, su trabajo se vio facilitado por la lentitud del tráfico que salía del centro. Iba al menos

diez coches por detrás de Perkins cuando pasaron Anchor Road.

Se mantuvo muy lejos y se sintió aliviado cuando, unos minutos más tarde, Perkins tomó el desvío hacia Brandon Hill, el parque público que albergaba la Torre Cabot. Farrell aparcó en la carretera y esperó a que Perkins saliera del coche antes de seguirlo a pie.

Una cosa que Farrell sabía con certeza era que Perkins no era un amante del ejercicio ni del aire libre. No se trataba de una visita de recreación, y dudaba que el agente hubiera elegido el parque como lugar adecuado para reunirse. Farrell se había decidido por usar un par de botas de montaña aquella mañana, aunque la decisión le pareció exagerada a medida que avanzaba por el sendero.

Perkins avanzaba a un ritmo lento y, en dos ocasiones, Farrell tuvo que arrodillarse para fingir que se ataba el zapato porque el otro detective se detuvo para recuperar el aliento. Cuando Perkins llegó a la zona de juegos, Farrell miró su reloj. Niños de todas las edades pululaban por la zona de juegos, y en los campos circundantes jugaban a la pelota y lanzaban frisbees bajo el sol de junio. Algunos padres se unían a sus hijos, mientras que otros descansaban en los bancos del parque; algunos leían, pero la mayoría estaban pegados a sus teléfonos o conversando entre ellos.

Farrell tomó el camino más largo, mientras el otro agente se dirigía hacia un grupo de tres hombres ubicados bajo un roble gigante. Los tres estaban fumando y no prestaban atención a ninguno de los niños cuando Perkins se acercó a ellos.

Él ya había presenciado antes este tipo de intercambios. A juzgar por el lenguaje corporal de los hombres, se dio cuenta de que Perkins no era bienvenido; dos de ellos lo miraban de arriba abajo mientras apuraban sus cigarrillos. Farrell quería acercarse, tanto para ver lo que ocurría como para estar allí en caso de que el agente corriera peligro, pero sería imposible explicar su presencia si lo pillaban. Había traído una cámara, y empezó a tomar instantáneas de las numerosas ardillas en un intento de no llamar la atención mientras giraba la cámara hacia Perkins y sus amigos, con el zoom casi al máximo.

Con el corazón a mil, puso la cámara en modo ráfaga y tomó una serie de fotos antes de apartar la mirada. Se desplazó por las imágenes y pudo ver que había tenido la suerte de conseguir algunas buenas tomas.

Tuvo que ampliar la imagen para asegurarse de que no se había equivocado. No reconoció a dos de los hombres, pero el tercero era sin duda Martin Sinclair, el delincuente que Perkins había detenido en Thornbury. El mismo delincuente que había intentado implicar a Thomas Ireland como traficante de drogas.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Cuando Louise salió de la iglesia, miró el móvil y la adrenalina le recorrió el cuerpo al ver las cinco llamadas perdidas de su madre. Estaba a punto de devolverle la llamada cuando comprobó sus mensajes de texto y vio que solo la había llamado para decirle que habían recogido a Emily del colegio. No entendía por qué su madre había intentado llamarla cinco veces, aunque su enfado se vio mitigado por el alivio.

No era el momento de dormirse en los laureles, pero cuanto más tiempo pasaba, más esperaba que la advertencia de despedida de Karl Insgrove ya se hubiera cumplido con la explosión del sábado en el colegio.

Eso no significaba que la investigación hubiera llegado a su fin, pero el nudo que había sentido en la boca del estómago durante todo el día estaba desapareciendo. Ahora, solo tenían que averiguar quién había hecho la llamada amenazadora tras la muerte de Insgrove. Sería estupendo que pudieran explicarlo como una farsa, aunque todo apuntaba a que se trataba de un intento desesperado de Martyn Walton-Renwick, en un esfuerzo por perturbar el juicio de Finch.

Si Walton-Renwick había estado trabajando con Insgrove, y por qué, era una pregunta que tendrían que responder tarde o temprano. No obstante, seguía siendo doloroso saber que habían estado tan cerca el día anterior. Lo que la hacía sentir peor era que ahora tenía que revivir esa experiencia delante del Ayudante del Jefe de Policía Brightman y los agentes de la UAT.



LLAMÓ A THOMAS cuando se aparcó en Portishead treinta minutos más tarde, y se sorprendió tanto cuando él atendió que tardó un par de segundos en balbucear una respuesta a su “Hola”.

—Hola a ti también —consiguió decir al fin.

—Lo siento, iba a llamarte. Hoy era el primer día del juicio, ¿no? ¿Cómo ha ido?

Hablaba como si no pasara nada entre ellos, lo que hacía que el intercambio fuera aún más confuso. Hacía tanto tiempo que no tenía una relación seria que había olvidado cómo podían ser las interacciones cotidianas. ¿Había interpretado demasiado los últimos acontecimientos? Thomas tenía tanto que hacer que era inevitable que estuviera un poco distraído. ¿Podría ser que todos los pensamientos negativos que pululaban por su cabeza fueran solo su imaginación hiperactiva?

—No estuvo tan mal. Fue un poco raro ver a Finch, aunque debo decir que ayudó un poco verlo con un bastón.

—Bien. Esperemos que lo tenga por el resto de su vida.

—¿Cómo has estado? Sé que Greg tuvo que hablar contigo.

—Eso fue una mierda, pero puedo entenderlo. Tengo que ser honesto, apenas puedo lidiar con esto. A juzgar por toda la publicidad negativa, creo que seré yo el que cargue con la culpa.

—Oh, no, Tom. Eso es terrible. No pueden hacer eso. No fue tu culpa.

—Soy el jefe de seguridad. De todos modos, ¿cuándo podré verte? —La pregunta parecía simple, pero Louise sintió una incomodidad, como si fuera un poco forzada.

—Estoy enfocada en la explosión en Weston. Probablemente no podamos vernos hasta después del espectáculo aéreo.

—De acuerdo —dijo Thomas, su decepción evidente en su voz.

Se arrepintió de sus palabras en cuanto colgó el teléfono. Estaba ocupada, pero podría haber hecho un hueco para verlo antes del fin de semana. No sabía por qué quería evitarlo. Intentó convencerse de que no tenía nada que ver con lo ocurrido en Thornbury y con el hecho de que Farrell se viera obligado a entrevistarlos. Había cometido errores en el pasado, pero en general sabía juzgar a las personas, y conocía a Thomas mejor que nadie. No era propio de él involucrarse en ningún tipo de actividad ilegal. Había pasado muchos años luchando contra el tráfico de drogas, así que él había visto de primera mano los efectos tanto en los consumidores finales como en los implicados en la producción y distribución en todos los niveles. El hecho era que no era tan estúpido como para seguir ese camino, y con su nuevo trabajo ganaba más de lo que nunca había ganado en la policía, así que nada le cuadraba.

En algún lugar de su mente, le asaltaba la idea de que sus temores se debían a sus problemas de confianza. No quería que fuera cierto, pero ver a Finch en el juzgado le había recordado lo tonta que había sido en el pasado. Ahora no era el momento de pensar en eso, así que apartó de su mente los pensamientos sobre Finch y Thomas mientras se dirigía a la sala de incidentes.



FAULKNER Y HARTSON ya estaban allí. Estaban sentados uno junto al otro, y parecían inseparables.

—¿Café,Inspectora Blackwell? —dijo Faulkner al ponerse de pie.

—No, gracias —dijo Louise. No sabía si su encanto era una actuación o no.

—¿Qué tal el juicio de esta mañana? —le preguntó cuando ella se sentó.

—Estuvo bien, gracias —dijo Louise. Era una pregunta bastante inocua, pero no quería hablar con ellos sobre lo que estaba pasando. Después del fiasco de la granja Walton, había tenido la sensación de que la vigilaban mucho más de cerca que antes. Y no sin razón. Durante el primer año, más o menos, había estado segura de que Finch la seguía de algún modo y que le enviaba mensajes de texto anónimos para intentar alejarla de la policía.

Pero no había sido solo Finch. El Ayudante del Jefe de Policía, Terrence Morley, había sido una piedra en el zapato para ella. No había ocultado que la quería fuera de la fuerza tras la muerte de Max Walton, y había hecho todo lo posible por pasar cualquiera de sus casos importantes al Equipo de Investigación Mayor. De hecho, si no hubiera sido por el Inspector Robertson, se imaginaba que todos los casos importantes que había tenido en Weston habrían pasado a manos de Finch.

Como invocado por sus pensamientos, Robertson llegó y saludó con la cabeza a todos los

presentes.

—Empecemos —dijo y se sentó antes de que nadie pudiera responder.

Como había prometido, Louise los puso al corriente de los acontecimientos, que se centraban principalmente en Martyn Walton-Renwick y su reciente conversación con Bryce Milner, del grupo de veteranos.

—Entrevistaremos a todos los miembros de ese grupo hoy y mañana —informó—. He quedado en hablar con Ben Coles, que estuvo en las Malvinas al mismo tiempo que Karl Insgrove.

—¿Cómo vamos con la localización del hijo de Max Walton? —preguntó Evelyn Hartson, que hablaba por primera vez desde que Louise había llegado.

—Pusimos una alerta sobre él. Como no utiliza ninguna de sus tarjetas bancarias, está resultando difícil encontrarlo —dijo Robertson.

—¿Pero ayer dieron con su paradero? —dijo Hartson y miró a Louise, con las cejas enarcadas.

Se mordió el labio inferior antes de responder.

—Tenemos equipos yendo a todos los campings locales, hoteles, establecimientos de alojamiento y desayuno, incluso Airbnbs.

—Pero podría estar en cualquier parte —concluyó Hartson.

La reacción del Detective en Jefe fue innecesaria y provocadora a propósito, pero Louise se negó a dejarse arrastrar a una discusión. Comprendía que la UAT quería hacerse cargo del caso, y Hartson intentaba encontrar excusas para arrebatarse la investigación.

—¿Qué tienen para nosotros? —dijo Louise. Le recordó al par que se trataba de un acuerdo bidireccional.

Faulkner asumió el papel de policía bueno y respondió, con su encantadora sonrisa.

—Nada sugiere un ataque inminente este fin de semana por parte de los grupos que estamos vigilando. No puedo entrar en demasiados detalles, pero el nivel de amenaza es moderado.

—¿Con los grupos que vigilan? —dijo Louise.

—Moderado en general para la región. Claro que puede haber otros grupos o individuos, pero de momento no ha llegado nada a nuestros oídos —Faulkner entrelazó las manos y aspiró antes de mirar a su colega, que asintió—. Hay otra cosa que podría interesarle. Está relacionado con lo que acaba de contarnos sobre Karl Insgrove.

Louise miró a Robertson, que se encogió de hombros.

—Continúa.

—Después de la muerte de Karl Insgrove, pedimos algunos archivos sobre Max Walton. Sabíamos que era un ex militar, pero parte de su expediente estaba en blanco.

—Escúpelo, hijo —instó Robertson.

—Necesitábamos autorización, así que acaba de salir a la luz ahora. Max Walton formó parte de un equipo encubierto que trabajó en la guerra de las Malvinas.

Louise cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Se enteraron de esto ahora.

—Muchas de estas cosas permanecen clasificadas a menos que alguien lo solicite. He leído el expediente, las partes que no están redactadas. Puedo enviarle los detalles, pero puedo decirle con certeza que tanto Max Walton como Karl Insgrove estaban a bordo del HMS *Coventry* el día que se hundió.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Aunque el lunes había transcurrido sin incidentes, todo el mundo seguía en estado de alerta. Ahora existía un vínculo definitivo entre Max Walton y Karl Insgrove, y con el hijo de Walton en el país, a Louise le parecía inevitable que las cosas estuvieran lejos de acabarse.

Había llegado veinte minutos antes a la casa de Ben Coles, antiguo compañero de grupo de Karl Insgrove, en Blagdon, pero aún no se había bajado del coche. Tras la revelación hecha ayer por la UAT de que tanto Insgrove como Max Walton habían estado en el HMS *Coventry*, todos los miembros del grupo de veteranos de Insgrove estaban siendo sometidos a un minucioso escrutinio. La UAT estaba examinando sus historiales y relaciones, y como Coles había servido en las Malvinas, ella quería hablar con él primero.

De vez en cuando iba a tomar un sorbo de café de su taza térmica, para luego se detenía. Habría salido del coche si no la hubiera distraído el periódico en el asiento del copiloto, que contenía el último artículo de Tania. Desde su publicación, había recibido un aluvión de llamadas de otros periodistas. Había llegado un punto en que se había visto obligada a poner el teléfono en silencio y ahora dependía de la radio de la policía. El sensacionalismo del último artículo, *“Presunto asesinato en escuela”*, le parecía insulso en comparación:

“El acusado es amante de una policía activa”

Era cuestión de tiempo antes de que saliera a la luz la historia de su anterior relación con Finch. Esperaba que la noticia saliera a la luz durante su declaración, pero era evidente que Tania la había estado ocultando y había decidido hacerla pública ahora para darle máxima publicidad. Aunque lo sabía al pie de la letra, volvió a leer el artículo y se estremeció cuando Tania dijo que Louise y Finch habían sido amantes antes del asesinato de Max Walton en Bridgwater. En un giro absurdo de los acontecimientos, Tania afirmó tener una fuente que le había dicho que Finch había quedado destrozado tras la muerte de Walton cuando su relación se había estropeado.

Ella sospechaba que la “fuente” de Tania era el propio Finch. La cínica que había en Louise estaba segura de que Tania sabía que Finch mentía y estaba manipulando la historia para sus propios fines, pero ¿qué podía hacer ella? Ahora parecía concebible que Finch intentara utilizar esta triste historia durante su propio testimonio.

No había hablado con Thomas desde que salió el artículo. Él le había dicho que no le molestaba lo que había pasado entre ella y Finch, pero se preguntaba cómo se sentiría al ver que salía en los periódicos.

Olvidó que ahora no tomaba café y estuvo por beber de la petaca de nuevo antes de levantar la nariz por el olor. No debía dejar que la noticia la distrajera. Era eso lo que Finch habría

querido, y ella tenía prioridades más importantes en ese momento.

Tiró el periódico en el asiento trasero, salió del coche y se dirigió al pequeño bungalow donde vivía Ben Coles. El edificio de ladrillo gris, una de muchas casas idénticas, le recordaba al que había alquilado en Tavistock Road cuando se mudó a Weston.

Una cesta de flores colgaba de la puerta principal, y la planta que había dentro hacía tiempo que había muerto. Llamó al timbre y esperó a que le abrieran a medida que sonaba una melodía novedosa.

El hombre que abrió parecía mucho más joven y estaba en mejor forma que Bryce Milner y Karl Ingsroove. Medía más de metro ochenta, era delgado y musculoso, y tenía la cabeza afeitada. Llevaba vaqueros y una camiseta oscura, con tatuajes prominentes en cada antebrazo.

—¿Sr. Coles? —preguntó Louise.

—Sí, soy yo. ¿Eres la policía que hace esas preguntas estúpidas? —dijo Coles.

Suspiró para sus adentros.

—Soy la Inspectora Blackwell. ¿Puedo pasar?

Coles asintió y la condujo por un pequeño pasillo hasta una sala de estar inmaculadamente ordenada. No había nada fuera de lugar, ni muchos muebles aparte de dos sofás dobles y un televisor de pantalla grande.

—¿Quieres té? —dijo Coles.

—Gracias por su tiempo —dijo ella. Esperó a que hirviera la tetera y aceptó la taza de té, cuyo líquido marrón oscuro aún se arremolinaba en su interior.

—Hablaste con Bryce anoche. Me lo contó. Hiciste muchas preguntas sobre Karl.

—Estoy segura de que comprende la necesidad de hacerlo, Sr. Coles.

El hombre se sentó y un gemido de esfuerzo delató su edad.

—Está muerto, ¿no? Ya no es una amenaza.

Louise conocía muy bien el daño que la gente podía hacer desde el más allá, pero no estaba dispuesta a entrar en un debate con aquel hombre.

—¿Estuvieron juntos en las Malvinas? —preguntó.

Coles se tensó ante la pregunta, su espalda se enderezó y sus antebrazos quedaron firmes.

—Servimos al mismo tiempo. Hay una diferencia significativa.

—¿Así que nunca se cruzó con Karl Ingsroove durante ese período?

—La primera vez que vi a Karl fue en una de las reuniones de veteranos que organizó Bryce. ¿Sabes cuánta gente murió allí?

Louise había leído las estadísticas, pero dejó que Coles respondiera a su propia pregunta.

—Doscientos cincuenta y tres británicos, seiscientos cincuenta argentinos. De todos modos, yo era soldado y él trabajaba en la electrónica de los barcos. Sería difícil que nos encontremos.

Ella asintió, sorbió el té y apreció su sabor fuerte y amargo.

—Sé que Karl sufrió estrés postraumático después de eso. ¿Le importa si le pregunto por sus experiencias?

Coles sonrió y Louise se fijó en un tatuaje descolorido que llevaba en el cuello.

—¿Es una forma amable de preguntar si la guerra me jodió tanto como a Karl?

No contestó. Sonrió y esperó a que el hombre continuara.

—Para mí tampoco fue un picnic. Todos lo afrontamos de formas distintas, pero si lo piensas bien, es una experiencia tan antinatural. Si no has estado allí, no puedes explicarlo. Imagino que habrás visto algunas cosas en tu tiempo en la fuerza.

—Por supuesto.

—Piensa en lo peor que hayas visto. Un cuerpo mutilado, tal vez. Luego multiplica esa imagen por cien e imagina que está sucediendo a tu alrededor durante horas y horas con tu propia vida en juego, y tendrás una idea. Como Karl, me aficioné a la bebida cuando volví. Nunca me metí en las drogas como él, por suerte, pero seguía estando jodido. Llevo quince años sobrio ahora, pero todavía tengo esos flashbacks. Vi a mis amigos volando en pedazos, literalmente volando en pedazos a metros de donde yo estaba. Nunca he visto una película de guerra en mi vida que pueda representar eso.

—Solo puedo imaginarlo, Sr. Coles —dijo Louise, aunque no tenía que imaginarlo. Había visto y soportado suficientes horrores como para que no se cuestionaran sus credenciales.

Él sonrió y movió la cabeza, como reconociendo su experiencia.

—Me sorprendí cuando me enteré de que Karl se había involucrado en todas estas tonterías. Sé que seguía sufriendo, pero debe haber sido peor de lo que imaginaba.

—¿Habló alguna vez de querer hacer esto antes? ¿Sabía usted si tenía acceso a ese tipo de equipo?

—No, claro que no. Todos guardamos rencor. Hay mucha rabia contenida, incluso a nuestra edad. He visto a algunos veteranos recurrir a la violencia, siempre dirigida de forma equivocada contra las personas equivocadas. Por eso el grupo es tan valioso para nosotros, porque nos da la oportunidad de hablar de esas cosas que, de otro modo, nos corroerían. Quizá Karl era mucho mejor ocultando cosas.

Louise bebió un poco más de té. Coles era un hombre difícil de comprender. Su hostilidad anterior se había desvanecido, pero seguía burbujeando bajo la superficie. Tenía que presionarlo más, pero debía hacerlo de forma que no recuperara su lado hostil.

—Estoy segura que usted se enteró de la explosión del sábado.

—Esa pobre mujer. ¿Crees que Karl realmente dejó esa bomba allí? Una cosa que puedo decir es que le encantaba trabajar en esa escuela. Vivía para esos niños...

—No podemos estar seguros, pero creemos que es probable que Karl estuviera trabajando con alguien más.

—¿Alguien más? —dijo Coles, como si nunca se le hubiera ocurrido.

—Sí, y creemos que esa persona sigue en libertad. Aparte de su grupo, ¿sabe con quién más pudo haber tenido contacto Karl?

El hombre movió el labio inferior y negó con la cabeza.

—No. Quiero decir que tenía la escuela y el otro trabajo, pero se mantenía al margen. Tenemos una de esas cosas de WhatsApp, pero rara vez publicaba algo. Era muy reservado. Me cuesta creerlo.

Louise respiró hondo.

—Cuando estuvo en las Malvinas, ¿se habría cruzado alguna vez con otras unidades? Incluido el SAS.

—Los paras son las fuerzas especiales —dijo Coles, que se recostó en la silla—. Pero sí, trabajamos con otras unidades, incluido el SAS.

Estudió el rostro del hombre.

—¿Ha oído hablar de Max Walton?

Coles mantuvo el contacto visual.

—Si no lo hubiera hecho antes, lo habría oído esta semana. Está en los periódicos. ¿Fuiste tú quien le disparó?

No dijo las palabras en tono de confrontación. En todo caso, había un dejo de tristeza en su

pregunta.

—Max Walton era un asesino en masa. Un asesino en serie. También era miembro del SAS, que estuvo activo en las Malvinas más o menos en la misma época que Karl y usted.

El hombre se sentó derecho.

—¿Qué? No lo entiendo. Nunca conocí a Walton. Recuerdo cuando le disparaste, que saliste en los periódicos. Leí sobre toda la mierda que había hecho. Me sentí aliviado de que estuviera muerto, déjame decirte eso. No tenía idea de que era un ex militar. Era una puta vergüenza —dijo Coles, claramente agitado.

—¿Podría ser que sus caminos se cruzaran? Quiero decir, ¿puede recordar a todos con los que trabajó?

Coles dejó que su respiración volviera a la normalidad.

—Es posible, pero los SAS son escurridizos, ¿sabes? No se suponía que supieras que estaban allí. Esos tipos eran muy unidos, como era de esperar. Nuestros caminos se cruzaban en ocasiones, y conocía algunos de sus nombres, al menos sus apodos, pero nunca a Walton. Recuerdo caras y he visto la suya, pero no lo vi por allí.

—¿Seguro que lo habría recordado? Fue hace mucho tiempo.

—Créeme, lo habría recordado.

—¿Alguna vez Karl lo mencionó?

—¿A Max Walton? Dios, no. Quizá de pasada —se encogió de hombros—. De todos modos, es imposible que sus caminos se hubieran cruzado. Al menos no en las Malvinas. No sé lo que te han contado, pero Karl pasó la guerra a bordo de esos barcos. El SAS fueron trasladados en avión. Nunca se habría encontrado con Walton. Y si por casualidad estuvieron en el mismo barco, nunca se habrían hablado.



LA ÚLTIMA FRASE se le quedó grabada a Louise al volver a Portishead. Hasta ese momento, todo lo que había dicho Coles le había parecido razonable, pero no tenía forma de saber con seguridad si Walton e Insgrove habrían hablado durante su estancia a bordo del barco.

Lo que quería hacer ahora era ir al juzgado y ver los acontecimientos con Finch. En lugar de eso, volvió a la comisaría y se obligó a revivir la investigación más trascendental de su historia.

Al leer el expediente, Louise recordó que habían hablado con varios ex compañeros de Walton en las fuerzas armadas, pero nada en las notas sugería que hubiera pasado por el SAS. Hizo una búsqueda cruzada de Insgrove, Coles, Milner y los demás miembros del grupo de asesoramiento de veteranos, pero no apareció ninguno.

No le pasó desapercibida la ironía de que la única persona con la que valdría la pena hablar se encontrara en ese momento ante un tribunal acusada de intento de asesinato. En retrospectiva, la contribución de Finch a la investigación ya no era de fiar. Por lo que ella sabía, podía haber hablado con Ben Coles y Karl Insgrove durante su investigación sobre Walton y no haberlo reportado, bien porque no le había parecido relevante, o porque quería ocultárselo.

“El acusado es amante de una policía activa”

Le revolvía el estómago haber tenido algo que ver con ese hombre. Todo lo malo que le había pasado en la vida parecía originarse en aquel error, y aun así no podía escapar de él. Ella estaba en el periódico por su culpa, y de un modo u otro, él estaba relacionado con la

investigación en curso. Que Karl Insgrove y Max Walton hubieran estado de servicio en las Malvinas era más que una coincidencia, y que los incendios se hubieran producido la semana anterior a que Finch compareciera ante el tribunal le hizo preguntarse qué papel tenía él que desempeñar en todo aquello.

El olor a café llegó hasta ella y su reacción le hizo preguntarse si se estaría enfermando de algo.

—¿Tienes el teléfono apagado? —dijo Tracey, que llamó a la puerta y colocó una taza frente a ella.

—Mierda, está en silencio —dijo Louise. Sacó su teléfono de la chaqueta y encendió el volumen.

—Creo que Thomas ha estado intentando ponerse en contacto contigo.

—¿Te ha llamado?

—Está preocupado. Ha leído ese artículo.

Louise miró el teléfono. Entre las numerosas llamadas perdidas de periodistas y números desconocidos había cuatro de Thomas.

—Lo llamaré —dijo.

Tracey levantó la cabeza en señal de reconocimiento.

—¿Todo bien entre ustedes?

—Por supuesto. Hola —dijo cuando Thomas contestó al teléfono—. Siento no haberte contestado. Tenía el teléfono en silencio mientras hacía la entrevista. Soy la policía más popular de la ciudad en este momento.

—Siempre eres mi policía más popular —contestó Thomas—. ¿Estás bien? No puedo creer que Tania publicara ese artículo hoy.

—Iba a salir eventualmente, pero el momento no podía ser mejor para Finch —dijo ella, sin decirle que había visto a la periodista en el juzgado.

—No puedo esperar a que esto termine.

—Somos dos.

—De todas formas, me temo que tengo malas noticias para ti.

Louise sintió un revoltijo en el estómago mientras intentaba anticipar lo que iba a decir.

—Hoy he perdido mi trabajo —dijo él, antes de que ella tuviera la oportunidad de preguntarle nada.

Se quedó callada.

—¿Es broma? —contestó, después de procesar la información.

—No. Lo llaman reestructuración, pero sé cuál es la realidad. Solo quería que lo supieras por si te causa más preocupaciones.

—¿Has perdido tu trabajo y te preocupa el efecto que tenga en mí?

—No quiero que usen esto en tu contra.

Louise se quedó sin palabras. No debería haber necesitado algo así para recordar el desinterés de Thomas. Que su mayor preocupación fuera el efecto que su despido tendría en ella decía mucho de él y temía que dijera un poco de ella también.

—Haré que Greg hable con ellos. Él puede explicar que no tiene nada que ver contigo.

—No estoy segura de que ni siquiera el Sargento Farrell pueda sacarme de ésta. Supongo que no habrá trabajo en la central —rio él.

—Nos vendrías muy bien en este momento —dijo Louise—. Siento mucho lo que ha pasado, Tom.

—No es culpa tuya. Mal momento, supongo.

Louise sintió su vacilación, como si quisiera decir algo más pero no supiera qué decir o tuviera miedo de hacerlo. Nunca se había sentido incómoda hablando con Thomas, pero ahora había una brecha entre ellos que ella misma había creado.

—Ojalá pudiera estar ahí para ti. Es que...

—No tienes que explicarlo, pero estuve pensando. Seguro que ahora tengo algo de tiempo libre, así que cuando todo esto con Finch termine, ¿podríamos irnos juntos a algún sitio? Desde que te conozco, no recuerdo que hayas tenido vacaciones.

—Sería estupendo —dijo Louise. Dudaba de sus propias palabras.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Farrell había seguido a Perkins hasta la comisaría después de presenciar su acalorada reunión con Martin Sinclair. Sinclair había sido puesto en libertad sin cargos después de que el interrogatorio de Perkins se hubiera estancado, así que ¿por qué demonios se reunía ahora con él?

Estaba claro que algo estaba mal, pero tenía que tener cuidado con su siguiente movimiento. Perkins estaba más marginado en la comisaría que antes por el encarcelamiento de Finch, pero eso no significaba que no tuviera aliados dentro del cuerpo.

Farrell no pudo consultar los archivos de Perkins, pero a menos que estuviera trabajando en algo ultrasecreto, no parecía haber ninguna razón lógica para que hablara con Sinclair.

Los otros dos hombres con los que se había reunido Perkins acababan de ser identificados. Etienne Hoffman y Grant Frame eran dos villanos conocidos del norte de Londres que se habían hecho un nombre en Bristol y sus alrededores. No tardó en relacionarlos con Terry Clemons, que se encontraba en la misma prisión en la que Tim Finch estaba en prisión preventiva.

No estaba seguro de que existiera una conexión que valiera la pena, pero sabía con certeza que Perkins había estado en el tribunal para presenciar el juicio de Finch antes de reunirse con Sinclair y dos antiguos colegas de Clemons, y eso tenía que significar algo.

Las opciones de Farrell eran limitadas. Conocía a un agente de la Brigada Fantasma, pero era demasiado pronto para mencionarles sus sospechas. Puede que ya estuvieran investigando a Perkins, pero si lo planteaba ahora, todo cambiaría. Nadie quería oficiales corruptos en su equipo, y la condena generalizada de Finch era prueba suficiente de ello, pero ser conocido como posible soplón arruinaría la carrera de Farrell. Por bienintencionado que fuera, ir en contra de Perkins a estas alturas significaría que nunca se volvería a confiar en él del todo.

Si ella no estuviera directamente implicada, además de estar bajo suficiente presión en ese momento, él habría acudido a Louise. Era una de las pocas agentes en las que confiaba y, dada su relación con Finch, tenía la experiencia para saber qué hacer a continuación. El Inspector Robertson era otro al que podría haber acudido, pero estaría obligado a hacer algo oficial al respecto.

Como Thomas ya no formaba parte del equipo, solo podía hablar con otra agente: Tracey Pugh.

Farrell había trabajado con Tracey en su año sabático en Weston durante los asesinatos del Asesino de los Jubilados hacía unos años, y desde entonces había llegado a conocerla muy bien. Era la mejor amiga de Louise en la policía, y por eso podía confiar en ella.

Trabajaba en la oficina de Delitos Graves y estaba buscando en una base de datos de fotos.

—¿Perfiles de citas? —le preguntó al sentarse a su lado.

Tracey se volvió hacia él como aturdida antes de esbozar una sonrisa.

—Muy gracioso —dijo—. Aunque éste parece un poco apetitoso —añadió y señaló a un hombre delgado como un palo con la complexión de un adolescente.

—¿Todavía intentas localizar a nuestro fugitivo sudafricano?

—Hay algo en esta familia Walton que no me gusta. No puedo decir qué. De todos modos, ¿qué demonios estás haciendo en mi departamento?

—Me preguntaba si podría invitarte a un café —dijo Farrell.

Tracey frunció el ceño, antes de darse cuenta de que quería hablar con ella en privado.

—Conozco el sitio adecuado —dijo.

Cinco minutos más tarde, estaban sentados en el despacho de Louise y Farrell se había servido dos tazas de la máquina automática. Le contó que había seguido a Eddie Perkins y que había visto a Sinclair con dos hombres de Clemons.

—Eddie Perkins no es bueno, puedo confirmarlo. Es un secreto a voces que recibe sobornos, aunque todos hicieron la vista gorda bajo el reinado de Finch.

—No hay razón viable para que se reúna con Sinclair, ¿verdad?

—¿Te dije que no lo conocía? —preguntó Tracey.

—Podría decirse que sí. Y el día de su liberación.

—Conozco al líder de su equipo, Jake Chester. Hablaré discretamente y veré si puedo averiguar en qué está trabajando. ¿Qué quieres hacer?

—Me gustaría vigilarlo. Ver lo que hace después, pero tarde o temprano me va a descubrir.

—¿Quieres que te ayude?

—Dos ojos son mejor que uno.

Tracey pareció considerar la sugerencia.

—¿Te has enterado de que Thomas ha perdido su trabajo? Acabo de hablar con Louise.

—No puede ser —dijo Farrell—. ¿Solo por lo que pasó? No lo hemos acusado y no vamos a hacerlo. Esto no es por la acusación de Lloyd Bradshaw, ¿verdad? Es claro que Bradshaw nos engañó.

—Parece que no quieren arriesgarse. Tal vez podamos obtener algunas respuestas de Sinclair y Perkins. Cuenta conmigo.



AÚN ERA de día cuando Perkins salió de la oficina. Farrell había estado merodeando por el vestíbulo principal para poder vigilar la puerta mientras Tracey esperaba en su coche. Perkins no se percató de su presencia al salir, y Farrell llamó a Tracey para decirle que se preparara.

Se fueron en coches distintos y siguieron a Perkins a distancia. A pesar de lo que él sabía sobre Perkins, le seguía pareciendo mal seguir a un compañero. La deslealtad era algo que no se toleraba en la policía, y ese mensaje le había sido inculcado desde su primer día de entrenamiento en Hendon. Tenía que recordarse a sí mismo que Perkins podía estar haciendo algo ilegal y que sus acciones ponían en peligro la seguridad y el futuro de sus amigos y compañeros.

—Perkins vive cerca de Bedminster, ¿no? —dijo Tracey por teléfono.

—Creo que sí —dijo él. Observó a lo lejos que Perkins tomaba un desvío hacia Avonmouth.

—Me quedaré atrás —dijo Tracey, y dejó que Farrell la adelantara.

Farrell seguía utilizando el coche de su amigo, que había aparcado lejos de la estación, pero eso en sí era un riesgo si Perkins se hubiera dado cuenta ayer.

El tráfico entre su coche y el de Perkins empezó a disminuir y Farrell se vio obligado a detenerse.

—Se dirige a los muelles —le dijo a Tracey, que lo adelantó dos minutos después.

—Lo he visto —dijo ella, diez minutos después—. Está aparcado en la zona de tránsito de South Docks Five.

Farrell tenía la ubicación de Tracey en su teléfono y estacionó junto a ella.

—Conduce tú, yo iré a pie.

Tracey asintió y se puso en marcha cuando Farrell dejó el coche. Puede que los muelles ya no contuvieran la próspera industria de antaño, pero seguía habiendo un hervidero de actividad en la zona, que en ese momento albergaba un barco petrolero que parecía interminable y un gran transatlántico. Perkins había aparcado en una zona que contenía cientos de contenedores de transporte.

—Está saliendo del coche —le dijo Farrell a Tracey, que esperó un par de minutos antes de entrar en el aparcamiento.

Él se tapó la cabeza con la sudadera y sintió más visible al bajar la colina que en el coche. Seguía teniendo a la vista a Perkins, quien comprobaba constantemente su entorno. Se dirigió a la entrada de los contenedores, de donde acababan de salir tres hombres.

—Tiene compañía —dijo Farrell. Se puso en cuclillas mientras sacaba una cámara de objetivo largo de su bolso.

—¿Los reconoces? —dijo Tracey.

—Son los mismos tres. Sinclair, Hoffman y Frame.

—¿A qué está jugando? ¿Quieres que entre?

Farrell ajustó la vista. Los cuatro hombres se mantenían firmes. Sinclair parecía estar hablando y Perkins permanecía rígido en tanto escuchaba lo que el hombre tenía que decir.

—Si te mueves, estarás en peligro —dijo Farrell. Sacó fotos de los cuatro hombres. Enfocó a Sinclair, que era sin duda el más agitado, gesticulando con los brazos al hablar con Perkins.

Sinclair dejó de hablar y los cuatro hombres se quedaron mirándose antes de que Perkins metiera la mano en la chaqueta. A Farrell se le aceleró el pulso y empezó a pulsar la cámara de nuevo, pero Perkins sacó un teléfono.

Cuando Perkins iba a pulsarlo, Hoffman se lo quitó de las manos de un golpe. Sinclair negó con la cabeza mientras Farrell transmitía la información a Tracey.

—¿Entramos? —preguntó ella.

—Todavía no —dijo. El movimiento de Hoffman había sido agresivo, pero Perkins no había reaccionado. El teléfono yacía en el suelo entre los cuatro hombres y Perkins parecía considerar la situación. Al final, le dijo algo a Sinclair, y Farrell consiguió captar la sonrisa de éste mientras se dirigía al bolsillo del abrigo y sacaba algo.

Farrell centró toda su atención en el objeto. No pudo evitar una risita al ver el típico sobre marrón. Creía que era cosa del pasado y se reservaba a entrenadores de fútbol de los ochenta en los aseos públicos. Pero ahí estaba Sinclair, a la luz del día, entregándole a Perkins un sobre lleno de dinero.

CAPÍTULO CUARENTA

En el centro de Weston, los preparativos del espectáculo aéreo estaban en plena ebullición. Los jardines situados frente al paseo marítimo, al oeste del Grand Pier, se llenaban de puestos y se organizaron numerosas actividades en la playa. Junto con el motocross anual en la playa, era el fin de semana más concurrido de la temporada, y los hoteles y hostales de la zona estaban llenos.

Se habían establecido medidas de seguridad en toda la ciudad, pero a nadie parecía importarle. Mañana era el funeral de Hana Sánchez y, aunque no se había olvidado a la mujer, pues se había planeado un día en su memoria, la ciudad seguía adelante.

Louise percibía la emoción mientras iba de un sitio a otro para comprobar que se cumplían los protocolos de seguridad y buscar algún indicio de algo extraño, por pequeño que fuera. Sabía que todo podía reducirse a una casualidad. Estaba segura de que el delincuente, fuera Martyn Walton-Renwick o no, se revelaría en algún momento, y ella quería estar allí cuando sucediera.

Pasó por delante de los puestos del césped y se detuvo en uno de la RAF. Su padre había sido sargento de las Fuerzas Aéreas, pero lo dejó un par de años después de que naciera su hermano Paul. De niños, hacían el corto trayecto desde Bristol para asistir al espectáculo aéreo anual de Weston, cuyo punto culminante era siempre la exhibición de la escuadrilla de aviones acrobáticos de las fuerzas aéreas, los Red Arrows. Louise recordaba vívidamente el regocijo de su infancia al ver a los aviones realizar sus temerarios movimientos por el cielo, la alegría que había experimentado al coger a su padre de la mano a medida que los aviones se precipitaban unos hacia otros, solo para apartarse con una fracción de segundo de sobra.

El recuerdo le hizo pensar en Thomas y en su sugerencia sobre las vacaciones, que había llegado tan cerca después de que ella rechazara su sugerencia de salir juntos con los niños. Hasta hacía poco, se habían tomado las cosas con calma, sin sentir la necesidad de hacer planes para un futuro juntos. Ahora estaba claro que él quería que las cosas avanzaran, y de nuevo ella se vio obligada a preguntarse de dónde venía su reticencia.



DESPUÉS DE COMPROBAR el resto de la zona, Louise regresó a Bristol y llegó a tiempo para la sesión de la tarde. Puso su teléfono en vibrador y se presentó ante el juez. Había hecho un esfuerzo especial para estar allí esa tarde, ya que Terri Marsden estaba a punto de subir al

estrado. Junto con Amira, Terri había sido una de las primeras en ayudar en la lucha contra Finch. Seguía trabajando en la central como empleada temporal. Finch había entablado una relación con ella solo para dejarla como a las demás. Había esperado unos meses antes de sugerirle que dejara su trabajo, una táctica habitual que había probado con todas sus conquistas, ya fuera por la fuerza o por insinuación. Cuando ella se negó, la amenazó con distribuir fotos de ella desnuda a la comisaría y a los miembros de su familia.

Amanda Knight habló con Terri con sensibilidad y compasión. Terri rompió a llorar más de una vez al contar su historia. Louise echó humo cuando Terri contó las sutiles amenazas de Finch y el hecho de que al final hubiera tenido que dejar su trabajo, como tantas otras. Por desgracia, Louise sabía que hoy le esperaba algo peor.

El abogado defensor, Charles Boothroyd, también se mostró sensible durante el interrogatorio. A primera vista parecía que estaba de parte de Terri al realizar preguntas similares a las de Amanda Knight. Pero Louise se dio cuenta de que estaba ablandando a su testigo. Cuando llegó la primera pregunta dura, fue un shock tanto para ella como para Terri, que temblaba visiblemente en el estrado.

—¿Aceptó que mi cliente le tomara estas fotos? —preguntó Boothroyd.

—Sí, pero yo no...

—¿Cuánto tiempo llevaba viéndose con el Sr. Finch? —la interrumpió.

Terri ya estaba nerviosa.

—No sé si eso importa —dijo, y se volvió hacia el juez en busca de apoyo.

—Responda a la pregunta, por favor —dijo el juez con una autoridad segura que sugería que no se iba a meter con ella.

—Unas seis semanas.

Boothroyd frunció el ceño y miró al jurado antes de continuar.

—Seis semanas y le permitió que le tomara fotos desnuda. ¿Acostumbra a comportarse así?

—Protesto —dijo Knight, poniéndose en pie.

—Denegado. Así que, seis semanas de relación y permitió que el Sr. Finch le tome fotos. ¿Es correcto?

—Sí.

—Y usted... —Boothroyd se detuvo para mirar sus notas— afirma —añadió, con énfasis— que tras el fin de su relación, lo que debieron ser dos semanas después, ¿el señor Finch amenazó con enseñar estas fotos a sus colegas de la comisaría?

—Eso es correcto.

—Pero no tiene pruebas de ello.

Terri volvió a mirar al juez.

—No, yo...

—¿Y el Sr. Finch terminó la relación con usted?

—Sí, pero...

—Le diré, Srta. Marsden, que después de que el Sr. Finch pusiera fin a su breve relación, usted se sintió algo desconcertada. Cuando se le acercaron la detective Amira Hood y la Inspectora Blackwell, vio la oportunidad perfecta para vengarse del Sr. Finch. ¿Es cierto?

Los temblores de Terri se intensificaron.

—No, claro que no. Yo...

—No más preguntas —dijo Boothroyd, y se sentó justo cuando el teléfono de Louise empezó

a vibrar.

Enfurecida por el interrogatorio de Boothroyd, un claro indicio de cómo iba a proceder la defensa con el caso, Louise echó un vistazo al teléfono y vio que la llamaba el Inspector Robertson. Salió de forma silenciosa de la tribuna, lo que no era lo más cortés con el juicio en pleno desarrollo, y llamó la atención de Tania Elliot al pasar. Consiguió responder antes de que la llamada pasara al contestador.

—Sé que estás en el juzgado, Louise, pero pensé que querrías saberlo. Acabamos de ver a Martyn Walton en un albergue juvenil a la vuelta de la esquina.

Louise ni siquiera dudó. Salió del juzgado a toda velocidad y empezó a correr hacia el albergue.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

El albergue juvenil de Narrow Quay estaba a menos de media milla. Mientras Louise corría hacia Corn Street, vio una cara conocida al volante de un coche desconocido. Lanzó una mirada inquisitiva a Greg Farrell, que respondió con un firme movimiento de cabeza, como si no quisiera ser molestado. Miró hacia atrás para descifrar la línea de visión de Farrell y vio que tenía una vista perfecta de la entrada del tribunal.

No sabía por qué estaba allí, pero no podía pensar en ello ahora. Martyn Walton-Renwick se había registrado en el albergue juvenil ayer por la tarde con su propio nombre y era posible que estuviera ahora en el edificio. Robertson había enviado dos coches patrulla al lugar con instrucciones de asegurar el edificio, pero Louise quería estar presente.

Ignoró las miradas al trotar por Marsh Street, perpleja por el hecho de que Walton-Renwick hubiera utilizado su propio nombre para hacer la reserva. Eso significaba que no sabía que le buscaban, lo que parecía improbable después de su huida de última hora del camping de Locking, o que tal vez no era la persona más inteligente.

Se le ocurrió una tercera posibilidad al doblar la esquina de Prince Street: que quisiera que lo atraparan. No sería el primer delincuente al que perseguía que, de forma consciente o no, quería entregarse.

Las luces azules anunciaron su llegada al albergue. Fuera, varios jóvenes se arremolinaban a la espera de que les dejaran entrar a medida que los policías los interrogaban. Una agente uniformada estaba adentro hablando con un joven al que presentó como John Carpenter.

—Fue el señor Carpenter quien nos llamó esta mañana, señora —informó la agente.

—Le estaba diciendo a su colega que estaba viendo las noticias cuando apareció una foto de Martyn Renwick. Me sonaba de algún lado, y cuando dijeron que era sudafricano, me di cuenta. Cuando llegué hoy al trabajo, comprobé las reservas y, efectivamente, allí estaba, en la habitación treinta y dos.

El joven parecía satisfecho de sí mismo, y Louise esperaba que no hubiera esperado demasiado para llamar.

—¿Qué identificación exigen para alojarse aquí? —preguntó Louise.

—Por lo general, un pasaporte o una identificación con foto de algún tipo.

—¿Llevan un registro?

—Sí, tengo una foto de su pasaporte, si lo desea —dijo Carpenter. Fue detrás del mostrador y pulsó unos botones antes de que la cara de Walton-Renwick apareciera en la pantalla.

—¿La habitación treinta y dos es individual?

—No, es un dormitorio compartido. Actualmente hay siete personas en la habitación.

—¿Están dentro?

—Me temo que no seguimos sus movimientos.

—Necesito una lista de los que están en ese dormitorio. Nadie debe salir del edificio —dijo Louise, y llamó a los dos agentes uniformados que custodiaban la puerta.

El recepcionista imprimió una lista y se la mostró a los oficiales.

—¿Son todas reservas individuales?

Carpenter examinó la lista.

—Los cuatro primeros están juntos. Un grupo de chicos alemanes, muy simpáticos. Los otros tres son reservas individuales.

—¿Puede llevarnos a la habitación, por favor? —dijo Louise.

El hostel se parecía más a un pequeño hotel boutique que a lo que Louise esperaba de un hostel. Pasaron delante de una cantina donde había cuatro mujeres jóvenes sentadas en bancos, y cada una miraba su teléfono con atención. Carpenter los condujo por unas escaleras con paneles de madera y por el pasillo hasta la habitación 32.

—¿Hay alguna otra salida desde esa habitación?

—Hay una ventana, pero tenemos cerraduras de seguridad para que nadie pueda salir.

—Quiero que llame a la puerta, sea cual sea su rutina habitual, y pida entrar. Y dígame si está ahí. ¿Puede hacerlo por mí? —dijo Louise.

El joven se ajustó las gafas.

—Claro —dijo, y llamó a la puerta.

Unos segundos después, la puerta se abrió y un hombre que parecía tener unos veinte años se paró en el umbral. Miró de Carpenter a Louise y viceversa.

—Hola —dijo con acento alemán.

—Hola. Ludo, ¿verdad?

—Sí, hola —dijo Ludo, con los ojos moviéndose de uno a otro.

—Solo es una comprobación rápida del registro. ¿Te importa si entro?

—Claro que no —respondió Ludo y abrió la puerta.

—Voy a entrar —dijo Louise en su radio al seguir a Carpenter en el interior.

La habitación tenía cuatro literas. Al lado había un pequeño cuarto de baño con la puerta abierta. Aparte de Ludo, había otros tres hombres en la habitación, ninguno de los cuales era Walton-Renwick.

—¿Solo están ustedes cuatro? —preguntó Louise.

—Sí —dijo Ludo—. ¿Hay algo en lo que podamos ayudarle?

—Este hombre —le mostró a Ludo una foto de Walton-Renwick—. ¿Se alojaba aquí?

—Sí. Estaba aquí —dijo Ludo, que señaló la litera inferior de una cama junto a la ventana.

La cama estaba hecha, pero parecía que alguien había dormido allí.

—¿Cuándo fue la última vez que vio al hombre que se alojaba aquí? —preguntó ella.

Ludo negó con la cabeza.

—¿Anoche? —dijo, antes de hablar a sus amigos en alemán.

—Lo he visto esta mañana —dijo uno de los otros hombres en la litera de arriba, enfrente de donde habría estado durmiendo Walton-Renwick—. Lo oí hacer la maleta. Intentaba no hacer ruido. Yo llevaba el reloj puesto —dijo el hombre y giró la muñeca como prueba—. Eran las seis de la mañana.

Despejaron el dormitorio. Louise insistió en un registro completo del edificio antes de estar

dispuesta a permitir que nadie entrara o saliera.

—Debió de haber hecho las maletas con prisa —dijo uno de los miembros del equipo uniformado que ella había enviado al dormitorio de Walton-Renwick unos minutos más tarde. Le entregó a Louise un folleto A3 doblado del museo de Weston-super-Mare.

—¿Dónde estaba?

—Debajo de su colchón.

—Mire —dijo el agente tras abrir el folleto. En la última página había un plano del museo. En tres lugares distintos, Walton-Renwick había marcado tres cruces rojas.

Por el momento, Louise tuvo que asumir que eran lugares perfectos para potenciales artefactos explosivos improvisados.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Después de ver cómo Eddie Perkins aceptaba ayer lo que suponían que había sido un soborno, Farrell y Tracey tuvieron que tomar decisiones difíciles. Las fotos que él había tomado del intercambio eran claras, pero no servían mucho. Aún cabía la posibilidad de que Perkins estuviera trabajando en un caso y que la información al respecto no se hubiera compartido con la central, aunque la implicación de Martin Sinclair lo hacía muy improbable.

Por el momento, acordaron mantener la vigilancia. Así fue como Farrell se encontró de nuevo fuera del juzgado mientras Tracey vigilaba los movimientos de Sinclair.

A él se le heló el corazón cuando vio que Louise lo vio veinte minutos antes. En esa fracción de segundo, se había imaginado que Perkins salía del juzgado y los encontraba mirándose, y echando tierra a su investigación. Por suerte, Louise había reconocido con rapidez el movimiento de su cabeza antes de marcharse a la costa, donde Farrell oyó por la radio que Walton-Renwick había sido localizado.

Ese mismo día, él había visto a Tania Elliot entrar en el juzgado cinco minutos después que Perkins. Aunque ambos tenían motivos legítimos para estar allí, estaba seguro de que Perkins le estaba pasando información de Finch a Tania. Imaginaba que la última historia sobre que Finch y Louise eran amantes se había filtrado a la periodista de ese modo, y sólo por eso Perkins se merecía la vigilancia y, con suerte, todo lo demás que se le venía encima.

Tania Elliot primero. Por lo que Farrell pudo ver, no se había perdido ni un segundo del juicio. Siempre se había llevado bastante bien con ella, y la mayor parte del tiempo apreciaba que se limitara a hacer su trabajo. Sólo cuando se desviaba hacia el lado más personal de las cosas empezaba a tener problemas con ella. Y no podía creer que su reunión clandestina con Perkins fuera inocua. Su atención se centraba en el caso Finch, así como en el espectáculo secundario de las explosiones en Weston que se desarrolló paralelamente. Se podía argumentar que había hablado con Perkins para conocer su punto de vista, pero la forma reservada en que hablaban sugería algo más.

La vio alejarse en su elegante coche deportivo, y pasaron otros treinta minutos sin rastro de Perkins.

Finch fue el primero en marcharse. Farrell oyó la llamada de seguridad y el furgón de la prisión se alejó. Dos minutos más tarde, Perkins salió del juzgado. No creía que fuera coincidencia. ¿Perkins había podido hablar con Finch dentro del edificio?

No tuvo tiempo de reflexionar mucho. Perkins caminó decidido, con el ceño fruncido, y cruzó Corn Street sin preocuparse por el tráfico antes de entrar en su coche. Salió a toda

velocidad del aparcamiento, y el conductor de un todoterreno tuvo que frenar en seco para evitar una colisión.

Farrell se incorporó al tráfico con naturalidad y llamó a Tracey para decirle que estaba en marcha.

—Parece tener prisa, o está descargando su ira en el coche —dijo al seguir a Perkins fuera de la ciudad.

—¿Crees que se dirige a Cabot Tower?

—Podría ser, ¿por qué?

—Acabo de seguir a Sinclair hasta allí.

—¿Otro cobro? —preguntó Farrell.

—¿Podríamos enviar un equipo?" —dijo Tracey.

Perkins se dirigió a Anchor Road, su velocidad e impaciencia sólo limitadas por los coches delante de él. Sería la oportunidad perfecta para atrapar a Perkins y a los demás in fraganti, pero sabía que sería un riesgo enorme. Ni siquiera podían confirmar aún que se iban a reunir, y no tenían forma de saber en qué consistiría esa reunión. Las probabilidades de que no fuera nada eran demasiado altas por el momento, y si se equivocaban, no sólo arruinarían cualquier posibilidad de averiguar qué tramaba Perkins, sino que pondrían en peligro sus relaciones con todos los demás miembros del cuerpo.

Tracey lo comprendió, y no discutió cuando él decidió no hacerlo.

—¿Es el mismo lugar de encuentro? —preguntó.

—Eso parece.

—Bien, me quedará atrás para que no haya riesgo de que me vea. Avísame cuando llegue.



FARRELL ESTABA a cinco minutos del parque cuando Tracey llamó de nuevo.

—Está volviendo al coche —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Justo lo que dije. Perkins aparcó, fue a hablar con Sinclair, le quitó algo y ahora vuelve a su coche como si le hubieran dado una mala noticia. ¿Quieres que lo siga o que me quede vigilando a Sinclair?

—Síguelo. Esperaré en la carretera principal y luego me uniré.

Consiguió detenerse un minuto antes de que Perkins saliera del aparcamiento y se dirigiera hacia la autopista.

—Lo veo —le informó a Tracey cuando se incorporó al tráfico.

—Estoy detrás de ti —dijo ella.

Perkins estaba más agitado que antes, y en un momento dado, intentó adelantar a un automóvil que debía de ir a cincuenta kilómetros por hora.

—¿Has visto lo que han intercambiado? —dijo Farrell, que veía coche de Tracey por el retrovisor.

—Lo mismo que antes. Perkins ni siquiera se molestó en esconderlo esta vez, sino que se lo arrebató de las manos a Sinclair.

—¿Efectivo?

—Sí.

—Mierda —dijo Farrell, mientras Perkins se salía de la carretera—. Síguelo tú, yo aparcaré —añadió.

Tracey siguió a Perkins por la curva a la izquierda.

—Yo también voy a aparcar. Sabes lo que hay allí, ¿no?

Él ya había aparcado y corría hacia ella. Se sentía llamativo con su traje, y daba gracias por llevar zapatos cómodos. El desvío que había tomado Perkins conducía a la sede central de Oblong Distribution, la empresa en la que Thomas había trabajado como jefe de seguridad hasta hacía poco tiempo.

—Claro que sí.

—Ha entrado ahí. ¿De qué diablos se trata?

No creía que fuera a ocurrir, pero una parte de él temía que Tracey mencionara que Thomas estaba esperando para reunirse con Perkins.

—¿Puedes entrar?

—No es fácil. Ya está aparcado y caminando... Espera.

Farrell dobló una esquina y vio a Tracey cerca de la entrada del aparcamiento. Estaba apoyada detrás de un árbol, con la cámara preparada.

—Parece que Perkins es ahora repartidor —dijo.

Se puso a su altura y se agachó detrás del árbol mientras Tracey apuntaba.

—¿Lo reconoces? —le dijo al mostrarle la pantalla de la cámara.

—Sí, lo he entrevistado. Es Trent Wheatley. Es el director general de la empresa.

—¿El tipo que despidió a Thomas?

—Supongo —dijo Farrell.

—Entonces, ¿por qué diablos está recibiendo un paquete del Sargento Perkins?

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Volver a la prisión cada noche era más duro de lo que Finch había previsto. En prisión preventiva, no tenía más remedio que aceptarlo. Sabía dónde estaba y dónde se alojaría, y por eso había entrenado su cerebro en consecuencia. Pero cada día que iba al juzgado, su mente empezaba a engañarse al pensar que la libertad estaba al alcance de su mano.

Si ignoraba su posición en el banquillo de los acusados, le resultaba bastante fácil creer que estaba de nuevo en el juzgado por asuntos policiales, viendo cómo los mentirosos difundían sus tonterías sobre él. A pesar de que disfrutaba de las penurias que su abogado estaba haciendo pasar a los supuestos testigos, una parte de él solo quería que aquello terminara. Que lo declararan culpable o no era casi irrelevante; solo quería que conocer el veredicto para poder hacer planes para lo que vendría después.

Ni bien lo procesaron, Wilson golpeó su celda y lo llevó a ver a su titiritero, Terry Clemons. La situación con Clemons era otro enigma que quería resolver. Si alguna vez lo dejaban salir de este lugar, utilizaría todos los favores que tuviera a mano y aprovecharía toda la información a su disposición para acabar con Clemons y su banda. No por ningún sentido de la justicia, sino más bien por el hecho de que Clemons tuviera la audacia de tratarlo como lo hacía: como si fueran aliados, o peor aún, como si Finch fuera una especie de chico de los recados.

El hombre musculoso se hizo a un lado cuando acompañaron a Finch a la celda de Clemons.

—Debe de ser agradable volver a estar en un traje deportivo —dijo Clemons a modo de saludo, echando un vistazo al atuendo que llevaba Finch.

—Siempre es un placer verte, Clemons.

—Toma asiento.

Miró a su espalda y se preparó para una posible paliza, como siempre hacía en esta situación, antes de sentarse en la silla de madera junto a la litera de Clemons.

—El Sargento Perkins ha entregado el paquete.

—Qué rápido —dijo Finch. Había visto a Perkins justo después de que el tribunal terminara su jornada. El detective seguía quejándose de su nuevo papel, aunque eso no le había impedido aceptar su paga el otro día. Finch sabía tan bien como Clemons que no había necesitado enviar a Perkins a entregar el pago a Trent Wheatley. Era una prueba de poder por parte de Clemons y, lo más probable, una medida de seguridad. Si Perkins entregaba el soborno a Wheatley, se convertiría en cómplice.

Perkins lo había comprendido y había intentado negarse. La situación continuó durante unos minutos, hasta que Finch se vio obligado a recordarle lo que tenía en su contra. Entonces aguantó

un minuto de silencio a la espera de que Perkins decidiera si iba a desafiarlo o no. Al final, el hombre se había rendido, como él sabía que lo haría.

—Todo está en su sitio. Todo el mundo ha pagado. Deberíamos haber empezado a trabajar juntos hace años, Finch.

Él había trabajado con numerosos convictos en su época. Financió sus intereses, y eso había ayudado a su carrera hasta el final. Sabía cosas que otros policías no sabían, y esa información le había servido. Pero esto era diferente: con Clemons, los papeles estaban invertidos. No trabajaban juntos y nunca lo harían. Finch trabajaba para Clemons, y cuando ya no lo necesitaran, prescindirían de él.

—Brindo por el futuro —dijo Finch, y se preguntó si los guardias o el secuaz de Clemons llegarían primero a la celda si le quitaba la vida al criminal en ese instante.



DE VUELTA EN SU CELDA, ordenó sus escasas pertenencias y se tumbó en la cama, con los brazos cruzados sobre el pecho. Al principio, empezó a pensar cómo podía eliminar a Clemons de la ecuación. Había gente dentro, incluso en esta prisión de categoría B, que le debía. Y, lo que era más importante, sobre quién tenía trapos sucios. Estaba seguro de que podría arreglarse con facilidad, ya había ocurrido antes. Un resbalón en el baño, un suicidio asistido. No tenía por qué estar relacionado con Finch. Pero no, la batalla dinámica de poder con Clemons tendría que esperar por ahora. A su favor, el hombre había hecho todo lo que había prometido: Thomas Ireland había perdido su trabajo, y Tania Elliot estaba ahora en contacto directo con Finch y ayudaba a difundir la propaganda que, con suerte, arruinaría el caso de la acusación.

El plan desde el principio había sido debilitar a los testigos. Aunque había muchos, el verdadero objetivo eran Louise y Amira Hood. El ataque al carácter de Thomas Ireland solo había sido un primer paso. Cuando acabara con Blackwell y Hood, tendrían suerte si salían de la sala con su dignidad intacta.

Aquel pensamiento reconfortó a Finch. Cerró los ojos y cayó de inmediato en un sueño profundo y sin interrupciones.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Louise llegó al museo de Burlington Street una hora antes de que cerrara. Llamó a Robertson de camino y envió más personal para buscar a Martyn Walton-Renwick en los alrededores del albergue juvenil. Seguía sin entender por qué Walton-Renwick se arriesgaba a registrarse en el albergue con su propio nombre. Se había tomado la molestia de pagar en efectivo en lugar de con tarjeta, así que ¿por qué no había utilizado una identificación falsa? En cuanto al folleto que habían encontrado bajo su colchón, aún no estaba segura de si se trataba de un gran descuido, un grito de ayuda o un despiste. Por ahora, apostaba por lo segundo. Lo más probable era que Walton-Renwick se hubiera enterado de que lo habían descubierto y hubiera dejado el panfleto como maniobra de distracción.

No podían arriesgarse. La directora del museo les había preguntado si podían esperar hasta la hora de cierre, pero de ninguna manera iban a correr ese riesgo. Exigió la evacuación inmediata del edificio, a pesar de las molestias y la inevitable atención que atraería.

—La oficina de turismo debe adorarlos.

Louise había estado tan concentrada hablando con el gerente del museo que no había visto llegar a Adam King.

—¿Dónde está la furgoneta?

—Estoy de incógnito, no quería asustar a los locales. Hay un pequeño problema.

Louise suspiró. La tensión de los últimos días parecía haberse arraigado en su espalda y hombros y se estaba extendiendo a su estómago y pecho. Hacía tiempo que no tenía resaca, pero se sentía como si hubiera atravesado una durante esta última semana.

—Creo que necesito un café —dijo.

—Ahí —dijo King, y señaló la hilera de casas que había al lado del museo.

El museo era un antiguo edificio victoriano encajado entre dos grupos de casas adosadas. Enfrente había garajes con coches aparcados.

—¿Qué pasa con eso?

—Haré una búsqueda preliminar, pero tendremos que evacuarlos de inmediato. Hay que cerrar toda la calle.

—Genial.

—No es el final, me temo.

—¿Quieres que cierre toda la ciudad, Adam? —preguntó Louise, con un poco más de mordacidad de la que pretendía.

Si el hombre se ofendió, no fue evidente.

—No exactamente, pero también hay que evacuar los edificios de atrás. Si no tenemos forma de saber dónde se han colocado los artefactos, solo podemos adivinar el alcance de la explosión, y hay mucho cristal aquí dentro, si no recuerdo mal.

—El patio tiene un techo de cristal —dijo Louise y le entregó a King el folleto encontrado bajo el colchón de Walton-Renwick.

—Es muy amable de su parte señalarnos las zonas de peligro —dijo King al ver las cruces del mapa del museo—. Ojalá todos los pirómanos fueran tan serviciales.

Las cámaras de televisión empezaron a llegar mientras King y su equipo se preparaban. Burlington Street había sido bloqueada en ambos extremos, y Louise había ordenado evacuar toda la fila de edificios. Quienquiera que fuera el responsable, ya había demostrado su voluntad de ser algo más que una amenaza. Ya habían perdido una vida, y no estaba dispuesta a arriesgar otra.

El Inspector Robertson había llegado a la recepción del museo, y juntos vieron las imágenes de la cámara de seguridad de King y Mitch Norton mientras hacían un barrido preliminar del edificio y atravesaban la zona de recepción del museo hasta el patio.

—Aquí es donde se marcó la primera cruz —dijo Louise por el micrófono.

—Lástima que no fueran más específicos —dijo King, a medida que su cámara corporal escaneaba la zona abierta que abarcaba casi toda la longitud del museo.

—Sé que no quieres oír esto, pero el Consejo me está fastidiando. No saben qué hacer —dijo Robertson, con los ojos pegados a la pantalla mientras el equipo de desactivación de bombas avanzaba despacio por la zona del patio.

—¿No saben qué hacer con qué?

—Sobre el espectáculo aéreo —dijo Robertson, con un gruñido en la voz.

Louise quiso decir “*A la mierda el espectáculo aéreo*”, pero se dio cuenta de que le faltaba energía para quejarse. Un breve dolor punzante le subía desde el tobillo derecho, como si hubiera estado sentada sobre él, hacia el estómago. Pensó en la sugerencia de Thomas de tomarse un breve descanso, y nada le habría gustado más en aquel momento.

—Hasta que encontremos a Walton-Renwick, pienso que es un riesgo pero no creo que nadie quiera cerrar toda la ciudad.

—No, no quieren —dijo Robertson, en tanto King despejaba una parte del patio—. Es descuidado de su parte. Traernos aquí. ¿Crees que quiere que lo atrapen?

—Voy a ser honesta, Iain. Todavía no estoy segura de lo que está pasando. Más allá de la relación de que Insgrove y Max Walton hayan estado en las Malvinas, no veo cómo o por qué podrían estar trabajando juntos.

Robertson asintió en silencio. Sabía que no debía cuestionar su enfoque. Había sido así desde el principio: confiaba en ella, la dejaba trabajar y le ofrecía ayuda cuando la necesitaba.

—¿Estamos seguros de que estaba en el albergue juvenil?

—Hemos descargado los archivos de CCTV. Simon Coulson está dirigiendo la búsqueda a través de eso.

—¿Y lo otro? —añadió Robertson tras un rato de silencio, pues el metódico trabajo del equipo de King tenía un efecto hipnotizador sobre ellos.

—¿Finch? Intenta desbaratar el caso, como esperábamos. Tendrá su merecido.

—Sé que no necesitas oír esto, pero recuerda que tenías razón desde el principio. Algo que mucha gente olvida. Todos estaremos aquí para ti, ¿ok?

Louise se volvió hacia su jefe, sorprendida por el titubeo de su voz.

—No se va a poner sentimental conmigo, ¿verdad, señor? —dijo, y le puso la mano en el hombro en señal de agradecimiento.

—Mierda —dijo King a través de sus auriculares, lo que los transportó de vuelta al presente—. Creo que he encontrado algo.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Louise no podía distinguir del todo lo que King estaba mirando al trabajar en su descubrimiento.

—Mierda —repitió, con un tono ahora más agudo. Parecía hacer algo que ella no le había visto hacer antes: sucumbir al pánico.

—¿Qué es, Adam? —preguntó Louise.

—Un IED. Una bomba hecha en casa con un temporizador. No creo que tengamos tiempo para que Arnie lo desactive.

El robot de desactivación de bombas estaba en la recepción, a la espera de ser activado.

—¿Cuánto tiempo? —dijo Robertson.

—Dos minutos, cuarenta y dos segundos y contando. También está lleno de basura. Tuercas y tornillos. Tienes que hacer retroceder el cordón... especialmente en el lado derecho del edificio. Eso te incluye a ti y a todos los demás.

—¿Qué vas a hacer? —dijo Louise.

—Primero me largaré de aquí y luego meteremos a Arnie. Mitch, vamos.

Robertson empezó a organizar a los agentes con precisión militar mientras Louise veía como King y Norton abandonaban el edificio y corrían hacia ella para activar a Arnie.

Era un milagro que hubieran encontrado al dispositivo a tiempo. Cuando habían llegado, se habían visto obligados a escoltar a niños y familias fuera de la zona, y si el temporizador se hubiera activado antes, era horrible pensar en lo que podría haber pasado.

Por lo que King les había dicho, el artefacto explosivo improvisado estaba lleno de material que se esparciría por la explosión y mataría o heriría de gravedad a cualquiera que estuviera cerca.

Dicho esto, ya había pasado la hora de cierre del museo. Louise no sabía hasta qué hora solía quedarse el personal, pero parecía que el delincuente había programado deliberadamente el temporizador para un período de tiempo en el que el lugar estaría cerrado. Eso apoyaba la posibilidad de que Walton-Renwick, si era el responsable, no tuviera intención de causar el máximo daño. Si hubiera querido hacerlo, podría haber activado el temporizador un par de horas antes. Louise habría deseado que este artefacto explosivo improvisado fuera otra bomba falsa, como la que habían encontrado en la escuela en un inicio, pero tenía la sensación de que las cosas habían escalado. El agresor ya había matado a alguien, intencionadamente o no, y era muy poco probable que estuviera a punto de dar un paso atrás, por mucho que ella lo deseara.

Cautivados, vieron en la pantalla cómo Arnie se dirigía sobre sus orugas a la zona donde se

había encontrado la bolsa atascada detrás de uno de los objetos expuestos. Louise dio un respingo cuando detrás de ella se activó la alarma de un coche y sus latidos se aceleraron. Se preparaba para lo peor.

—¡Maldita sea! —gritó King mientras controlaba el brazo del robot e intentaba desatar la bolsa.

—Cincuenta y dos segundos —informó Louise por el auricular.

—Todo el mundo tiene que bajar —dijo King, todavía trabajando en la bolsa—. Necesito una línea de visión de la fuente de energía.

Robertson repitió las instrucciones a los agentes que vigilaban las líneas de control en una zona libre de civiles. A lo lejos, Louise oyó el ruido del tráfico, gente que se dedicaba a sus quehaceres ajena al peligro que se cernía sobre ella.

Le picaba el brazo, y fue entonces cuando se dio cuenta de que la zona en la que se estaban refugiando estaba a pocas puertas del salón de tatuajes donde había trabajado la mujer que le había hecho la cicatriz.

—Ocho segundos —dijo, mirando el reloj como si pudiera detener el tiempo.

La cuenta atrás terminó. Louise, y parecía que también los demás, habían contado mentalmente desde ocho. El silencio era tangible, incluso el sonido distante del tráfico se desvaneció en una instantánea en el tiempo antes de que la explosión rasgara el cielo.

No se parecía a nada que ella hubiera oído antes. Unos años atrás, había formado parte de un equipo de rescate en el viejo muelle de la isla de Birnbeck y había visto cómo el edificio en ruinas ardía en llamas, pero nada la había preparado para esto.

Incluso desde la seguridad de esta posición, el ruido era abrumador. Al inicio sonaba como un tren, antes de transformarse en un trueno furioso cuando la explosión arrasó la fachada del edificio. El daño fue considerable, y Louise se esforzó por bloquear las imágenes mentales que tenía del museo lleno de familias, y de las muertes y heridas que la explosión habría causado.



PASÓ una hora antes de que intentaran acercarse al lugar. King y Nolan fueron los primeros, que escanearon la zona en busca de más artefactos.

Cuando entraron en el edificio, sus cámaras corporales mostraron el alcance de los daños. La explosión había destruido casi por completo la parte delantera derecha del patio y había avanzado hacia arriba, lo que destrozó el techo de cristal. Los fragmentos de cristal colgaban de los montantes metálicos como estalactitas mortales, y las partes del edificio que seguían en pie estaban salpicadas de fragmentos de la explosión.

—Tengan cuidado —dijo Louise a través del auricular, sin importarle lo inútiles que eran las palabras mientras los BDU atravesaban la zona, cada uno a una fracción de segundo de morir a causa del cristal o de una segunda explosión.

—Toma —dijo Robertson, que apareció de la nada y le ofreció un café.

Louise lo olió y se lo devolvió.

—No se ofenda, señor, pero huele horrible.

Robertson frunció el ceño y recibió la bebida, olfateándola como si Louise hubiera perdido la cabeza.

—Esto no tiene nada de malo —dijo, y vertió el contenido en su taza—. Janice Sutton y su

equipo están aquí.

—Vale, hablaré con ellos, pero Adam dice que nadie puede entrar hasta que él haya asegurado la zona.

Con Robertson presente en las últimas horas, Louise se preguntó por la ausencia de Tracey y Farrell. No había hablado con Farrell desde que lo vio a la salida del juzgado, donde obviamente había estado trabajando en algo. Tenían sus propios casos, pero por lo general ya habrían aparecido para algo así. Se dio cuenta de que no solo los echaba de menos a ellos, sino también a Thomas. Aunque Farrell y Tracey llevaban tiempo en la central, el traslado fuera de Weston había cambiado por completo la dinámica. Estaba acostumbrada a los cambios, sobre todo en su vida laboral, pero una parte de ella echaba de menos el antiguo Departamento de Investigación Criminal de Worle.

Mientras pensaba al respecto, se dio cuenta de que a quien de verdad echaba de menos era a Thomas. ¿Por qué se resistía tanto a aceptarlo? No tuvo tiempo de preguntárselo, ya que su teléfono sonó justo cuando se puso en contacto con Janice y el resto de los agentes.

—Blackwell —dijo, suponiendo que el número oculto estaba relacionado con el trabajo.

—¿Inspectora Blackwell? —dijo la voz al otro lado.

—¿Quién es?

La persona que llamaba era un hombre, con la voz modulada por algún tipo de software.

—Creo que ya lo sabes.

Louise chasqueó los dedos e indicó a Janice que se acercara.

—Creo que es el delincuente —dijo en voz baja—. ¿Podrías decirme tu nombre?

—Fuiste advertida. Hasta ahora he sido indulgente contigo, pero no has hecho lo que te pedí.

—¿Te refieres a mi renuncia? ¿Qué conseguirías con eso?

—Esta es tu última oportunidad. Renuncia ahora y no habrá más muertes.

—Martyn, ¿eres tú? Puedo ayudarte —dijo Louise, pero el interlocutor ya había colgado.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Farrell se sirvió los últimos restos de café de su petaca y se lamentó de sus decisiones en la vida. Llevaba siguiendo la pista del Sargento Perkins desde su último encuentro con Sinclair, y había pasado la noche en observación no oficial ante la casa de Perkins en Hartcliffe.

Perkins era de lo más predecible. Su vida parecía un bucle interminable de rutina: levantarse, trabajar, ir al bar, dormir, repetir. Farrell estaba seguro de que podría haberlo detenido en dos ocasiones para arrestarlo por conducir un vehículo ebrio. Que el agente pudiera levantarse cada mañana después de pasar cuatro o cinco horas en el bar local era una maravilla, pero allí estaba de nuevo cerrando la puerta principal tras de sí mientras se arrastraba hasta su coche.

Farrell se miró en el espejo antes de arrancar, y se dio cuenta de que su aspecto no era mejor que el de su colega. Había conseguido dormir unos minutos aquí y allá durante la noche, pero se despertaba cada vez que el motor de un coche arrancaba. No era lo ideal, pero la vigilancia no era oficial y él ya estaba al límite. Sus ojos estaban llenos de líneas rojas y su reflejo parecía aturdido. Le recordaba a las fotos que había visto de sí mismo estando borracho.

—Buenos días —dijo cuando respondió a la llamada de Tracey—. Perkins está en movimiento.

—No hay movimiento aquí —dijo Tracey, que había estado observando a Sinclair. Habían decidido vigilar a los hombres hasta el fin de semana y reevaluar sus opciones entonces. Si no hubiera sido por la implicación de Thomas, por tenue que probablemente fuera, y sus vínculos con Louise, habrían hecho las cosas de otra manera. Como estaban las cosas, esperaban a ver qué hacía Perkins antes de decidir su siguiente paso.

—¿Y tu apuesto y joven novio? —preguntó Farrell con una sonrisa mientras Tracey gemía como respuesta. Ella había pedido ayuda a su novio Sam para que vigilara a Trent Wheatley, el ex jefe de Thomas. Sam era unos años menor que Tracey, y Farrell podía arriesgarse a hacerle algún que otro comentario burlón, aunque prefería hacerlo desde la segura distancia de una llamada telefónica.

—Solo estás celoso —dijo Tracey—. Él está bien. Wheatley se levantó temprano y ya está trabajando. Ayer no ocurrió nada fuera de lo normal. ¿Vamos a seguir así el resto del día? Estoy hecha polvo.

Este tipo de vigilancia suele implicar a un gran número de agentes. Con solo ellos tres, era una tarea desagradable que no podía durar mucho más.

—Parece que Perkins vuelve al juzgado. ¿Podríamos cambiar de objetivos?

—Puedo aguantar unas horas más si tú puedes.

—Vale, volvamos a reunirnos a la hora de comer o, con suerte, antes —dijo Farrell y colgó.

Siguió a Perkins hasta un aparcamiento cerca del centro. Aparcó fuera e iba a esperar a que se dirigiera al juzgado cuando Tania Elliot entró en el aparcamiento. Farrell rara vez creía en las coincidencias, y abandonó el coche para seguir a la periodista.

Cuanto más trataba con Tania Elliot, más le disgustaba. La conocía desde que era una reportera novata en The Mercury y apenas reconocía a la persona en la que se había convertido. Ni siquiera Perkins sería tan estúpido como para confiar en ella, pero eso no significaba que no le diera información a cuentagotas. Farrell se asombraba de algunas de las cosas que hacía. En la última semana, se había ensañado con Louise, y todo se estaba agravando durante el juicio de Finch. Era casi como si quisiera que Finch fuera declarado inocente y, aunque obtuviera un final de libro exitoso o no, Farrell no entendía qué la motivaba.

Encontró la escalera mientras Tania subía por la primera rampa. Decidió tomar el ascensor hasta el último piso y bajar. Si Perkins lo veía, podría explicarle que había aparcado allí para dirigirse al juzgado. Sería incómodo, pero explicable.

Respiró hondo cuando se abrió la puerta del ascensor y sus pulmones se llenaron de olor a nicotina rancia y orina. Salió de esa prisión móvil y atravesó las puertas batientes que daban a la parte superior del edificio, agradecido por poder respirar un poco de aire fresco. Tania aparcó junto a Perkins y Farrell caminó en dirección contraria y fingió atarse los cordones de los zapatos detrás de un Land Rover negro que lo cubría.

No estaba seguro de lo que esperaba conseguir. La planta superior del aparcamiento estaba a un cuarto de su capacidad, y llamaría la atención si salía de detrás del Land Rover. Lo ideal habría sido acercarse lo suficiente para oír de qué hablaban. Hoy en día, se desaconsejan los encuentros clandestinos con periodistas. Todo debía pasar directamente por la oficina de prensa, pero era la segunda vez que veía a Perkins con Tania y a él no le parecía que había ningún motivo legítimo para que se reunieran.

Tomó fotos lo mejor que pudo, con la esperanza de que en algún momento le fueran útiles. Tania y Perkins estaban muy juntos. Desde su punto de vista, parecía que Perkins estaba invadiendo el espacio personal de la periodista, pero Tania se mantenía firme. Ambos tenían la cara seria, y la única animación provenía de los movimientos de la mano de Perkins. Tania se dio la vuelta y Perkins tiró de su brazo, manteniendo la mano en su sitio mientras ella volvía a mirarlo. Ella le apartó la mano y él buscó algo en el interior del coche para dárselo.

Tania negó con la cabeza justo cuando Farrell se distrajo con una llamada entrante en su teléfono.

—Mierda —murmuró, sin dejar de mirar a los dos al contestar.

—Greg, Wheatley se está moviendo. Parece que se dirige a Weston —dijo Tracey.

Farrell solo se había dado la vuelta una fracción de segundo, pero había perdido la oportunidad de tomar una foto de Perkins entregándole algo a Tania.

—¿Lo sigue Sam?

—Lo mejor que puede.

—Vale, dame unos minutos y te llamo —dijo antes de colgar. Tania volvió al coche y se marchó.

Diez minutos después, tras ver a Perkins entrar en el juzgado, volvió a llamar a Tracey y le explicó lo que había visto.

—¿No hay duda de que le entregó algo? —preguntó Tracey.

—No estoy seguro. ¿Qué está haciendo Sam?

—Conduce por Nailsea —dijo Tracey—. Mira, creo que hemos llegado al punto en que necesitamos ir a Normas Profesionales sobre esto. Ya hemos hecho suficiente.

Farrell estuvo de acuerdo en que era lo más sensato, aunque hacerlo a estas alturas tenía sus propios riesgos. El enfoque que habían adoptado era en sí mismo muy poco profesional, y era probable que se enfrentaran a sanciones por sus acciones, por muy bienintencionadas que fueran.

—Espera —dijo Tracey, interrumpiendo sus pensamientos—. Sam me está llamando. Te pondré en conferencia.

—Acaba de llegar a Tamar Road en Worle. Está dejando su coche y caminando por el sendero.

Farrell no necesitó revisar sus notas para saber la dirección.

—Es la casa de Thomas —dijo.

—Está tocando el timbre —dijo Sam—. Este es el tipo que despidió a Thomas, ¿verdad?

—Es su empresa —dijo Farrell.

—Espera. Está sacando algo de su abrigo. No puedo distinguirlo, pero parece bastante voluminoso. Bien, lo pasó por la puerta y se dirige a su auto. ¿Lo sigo?

—Mierda —murmuró Farrell. ¿Qué demonios estaba pasando?—. Sí, por favor, Sam —dijo, y esperó a que colgara antes de hablar con Tracey—. ¿Sabes lo que parece?

—¿Por qué despediría a Thomas y luego le daría algo?

—¿Chantaje? ¿Un agradecimiento? —dijo Farrell.

—¿Podríamos detener a Wheatley e interrogarlo?

—Eso lo destaparía todo.

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

Él suspiró.

—Necesito localizar a Thomas y darle la oportunidad de explicarse. Dame una hora —dijo. Colgó antes de que Tracey pudiera convencerlo de que tomara otro curso de acción.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Louise hizo todo lo posible por ignorar los flashes de las cámaras y las voces de los periodistas mientras se dirigía al juzgado. Después de que la BDU despejara por fin el museo y sus alrededores a primera hora de la mañana, condujo hasta su casa y pasó unas horas intranquilas medio dormida en las que su mente se agitó al pensar en lo que podría ocurrir a continuación.

Era un milagro que Hana Sánchez hubiera sido la única persona que había perdido la vida hasta el momento. No sabía si habían terminado en el museo a tiempo por una cuestión de suerte. No habían podido rastrear la llamada de la noche anterior, pero ella estaba segura de que había sido Martyn Walton-Renwick. Tal vez estaba viendo cosas que no existían, pero ¿no había habido algo de súplica en su petición de la noche anterior? En lugar de decirle que debía renunciar, había sido como si se lo suplicara. Como si estuviera desesperado por no causar más daño del que ya había causado.

Desde entonces, no había dejado de darle vueltas a esa pregunta. Su teoría actual era que Walton-Renwick estaba haciendo esto por su padre, eso era obvio, pero parecía resistirse a su rol. Ella comprendía el impacto de haber crecido sin un padre. De algún modo retorcido, Walton-Renwick podría considerar que era su deber vengar la muerte de su padre. Pero si ése era el caso, ¿por qué no había atacado a Louise de una manera más específica? Que quisiera que ella renunciara como una especie de castigo sugería que no tenía el tipo de impulso violento que había poseído su padre. Eso no significaba que no volvería a atacar, pero le daba esperanzas de que, si lograba ponerse en contacto con él, podría detenerlo.

Amira la esperaba en la cantina del tribunal. Iba a ser llamada a declarar hoy, y como Louise era la siguiente en la lista de llamadas, cabía la posibilidad de que también tuviera que declarar ese día. Louise trajo dos tazas de té y se sentó enfrente. Por las bolsas bajo sus ojos, parecía que Amira había dormido lo mismo que ella la noche anterior. Se inclinó sobre la mesa y puso la mano sobre la de Amira.

—Todo va a salir bien —le dijo.

La mujer le dedicó una débil sonrisa y puso su mano libre sobre la de Louise antes de retirarla para beber su té.

—Llevo tanto tiempo esperando esto que se me hace raro que estemos casi al final. En cierto modo, no quiero que termine. Prefiero que se pudra en prisión preventiva a tener que sufrir esperando la decisión del jurado.

—Lo comprendo. Las dos sabemos lo que es esperar un veredicto, pero imagina lo que

sentirás cuando lo encierren para siempre.

—Si es que lo encierran —dijo Amira.

Entendía su negatividad. Todo había conducido a estos últimos días, y ahora que todo era una realidad, era fácil centrarse en lo que podía salir mal.

—Lo único que tienes que hacer es contarle al jurado lo que sucedió. Antony te ha preparado para las preguntas que te hará la defensa. Ambas sabemos que se ensañan con cualquier cosa. Mientras no te pongas nerviosa, estarás bien y Finch caerá por todo esto.

La sonrisa de Amira fue más fuerte esta vez, y sostuvo la mirada de Louise un poco más antes de que Antony Meades se acercara y les dijera que el tribunal entraría en sesión en breve.



ROBERTSON ESPERABA en el pasillo con aspecto de haberse esforzado para lucir bien, a juzgar por su traje.

—El museo está despejado —dijo a modo de saludo—. Aunque pasará algún tiempo antes de que vuelva a abrir.

—¿Viene a ver el espectáculo, señor?

—Pensé en darle un poco de apoyo moral. Y me gustaría mirar a ese cabrón a los ojos —dijo Robertson y le abrió la puerta del patio.

Se sentaron en la primera fila de la tribuna, y él hizo ademán de volverse hacia Finch cuando éste apareció cojeando.

—¿Cómo está tu sobrinita? —preguntó Robertson, que ahora giró a verla.

—Está bien. Es difícil asustarla hoy en día. Ayer celebraron un funeral por Hana Sanchez en el colegio. Conseguí llevarla al colegio esta mañana, pero hace mucho que no paso tiempo con ella.

—A veces puede ser duro. Dale una semana y todo esto pasará. ¿Te deben algunos días libres? Cuando encierren a ese cabrón, deberías irte un par de semanas.

Se preguntó brevemente si Robertson había estado hablando con Thomas, antes de descartar la idea. Era una sorpresa que se mostrara tan abierto con ella, pero no podía imaginárselo intentando hablar con Thomas.

—Suenan genial en teoría.

—Suenan genial en la realidad. Te vendrá bien —dijo Robertson, mientras un funcionario les pedía que se pusieran de pie.

A medida que entraba el jurado, Louise especuló cuántos de ellos habían estado leyendo los artículos basura de Tania sobre ella durante la última semana. La periodista se las había arreglado para mantenerse dentro de lo permisible, sin entrar en demasiados detalles sobre el caso de Finch. Hizo todo lo que pudo: arrastró a Thomas por el fango en relación con el incidente de Thornbury (el periódico de hoy también filtró la noticia de que había sido despedido), cuestionó la gestión de Louise de los actuales ataques en Weston y destacó su papel en la muerte de Max Walton. Louise sabía que Tania era parcial, pero nada de lo que escribía parecía equilibrado. Ciertas normas le impedían entrar en demasiados detalles sobre el caso de Finch, pero apenas había mencionado su papel en la muerte de Max Walton y las consecuencias posteriores. Era probable que todo eso cambiara cuando Finch fuera declarado culpable, pero por el momento era como si Tania quisiera que saliera libre.

Amira se mantuvo erguida al dirigirse al estrado. Louise le había recordado lo fuerte que había sido en tantas ocasiones. Habían llegado hasta allí gracias a su determinación, solo tenía que acceder a esa determinación y no tendría de qué preocuparse.

La joven la hizo sentir orgullosa mientras Amanda Knight exponía el caso contra Finch. Fue difícil escuchar el testimonio de Amira, desde el período inicial cuando empezó a salir con Finch, hasta los últimos momentos en su casa cuando él la ató y pensó que iba a morir.

Louise robó miradas al acusado a medida que Amira relataba los últimos y angustiosos momentos de aquella noche, cuando Louise llegó y se enfrentó a Finch. Casi podía oír el sonido del hueso rompiéndose cuando Amira relataba la patada que Louise le había dado a Finch. Reprimió una sonrisa al recordarlo.

Amanda Knight se sentó y Charles Boothroyd ocupó el centro del escenario. Esta sería la verdadera prueba para Amira. Louise asintió animada mientras la testigo se preparaba para la embestida. Meades y Knight ya habían preparado a Amira y Louise para todo lo que Boothroyd pudiera preguntarles, pero ningún entrenamiento podía preparar por completo a un testigo para la presión de ser interrogado ante un jurado.

Boothroyd continuó en la misma línea que durante todo el caso y se mostró compasivo y comprensivo. Interrogó a Amira sobre su relación con Finch, consiguiendo que admitiera que había sido feliz con él en un momento dado y también que había accedido a que le tomara fotos obscenas, pero omitió la parte en la que Finch había utilizado más tarde las mismas fotos para chantajearla. El abogado nunca fue agresivo y le dio tiempo para responder a sus preguntas.

El enfoque del abogado solo cambió cuando Amira contó al tribunal que Finch había intentado obligarla a dejar la fuerza. Fue un sutil cambio de tono, su voz bajó ligeramente a medida que sus preguntas se volvían más urgentes y su paciencia ante las respuestas de Amira vaciló.

—Le pregunto si la razón por la que le pidieron que se marchara no tenía nada que ver con su relación con el señor Finch.

—Eso no es cierto —dijo Amira.

—La verdad es que usted estaba fuera de lugar en el trabajo, lo que se refleja en el hecho de que haya dejado la policía.

—No.

—Y que el Sr. Finch rompió su relación, una relación en la que acaba de admitir que era muy feliz.

—Era feliz en un inicio...

—Por lo que admite, consintió que el Sr. Finch le tomara fotos.

—No consentí a que...

—Y cuando él terminó su relación, se sintió humillada e inútil y decidió urdir un plan contra el Sr. Finch.

—No sea ridículo.

—El señor Finch, según sus propias palabras, era “un hombre muy popular en la oficina” que tenía varias ex relaciones, y usted decidió manipular a una de sus ex parejas como medio de vengarse de él.

Amira se quedó con la boca abierta, estupefacta, y no tuvo la oportunidad de responder.

—Le diré que se puso en contacto con la Inspectora Louise Blackwell y que juntas urdieron un plan para obligar al Sr. Finch a abandonar su puesto de Detective en Jefe. Y cuando las cosas no funcionaron para usted, llevó las cosas un poco más lejos.

—Ese no es el caso...

—Le diré, Sra. Hood —dijo Boothroyd, con la voz ahora a todo volumen—, que la noche en cuestión, usted y Louise Blackwell se dispusieron a atacar al Sr. Finch, y si la policía no hubiera llegado a tiempo, su pierna rota habría sido la menor de sus heridas. Usted fue suspendida una vez por un cargo de uso ilegal de la fuerza física durante un arresto, ¿no es así?

Amira parecía confundida, y murmuró que había sido absuelta del cargo. Amanda Knight gritó:

—Protesto.

—Se admite —dijo el juez.

—Pero el caso es que laInspectora Blackwell fue responsable de la muerte de un civil desarmado, ¿no es así?

—Protesto —gritó Knight, pero Louise se dio cuenta de que la duda ya se había instalado en la mente de los miembros del jurado.

—Señor Boothroyd, ¿podemos ir al grano? —preguntó el juez.

—Sí, Señoría —dijo el abogado, aprovechando cada segundo al máximo y mirando a cada rostro boquiabierto del jurado antes de volver a centrar su atención en Amira—. ¿No es cierto, Sra. Hood, que no es el Sr. Finch quien debería estar aquí acusado de intento de asesinato, sino usted y la Inspectora Louise Blackwell?

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Farrell no era tan egocéntrico como para no admitir que estaba fuera de lugar. Nunca debería haber involucrado a Tracey, y sin darse cuenta a Sam, en su vigilancia extraoficial. En especial ahora, por pura casualidad, que parecía que Thomas podría ser sospechoso una vez más.

Dejó a un lado su amistad con Thomas e intentó comprender la situación. Era factible que Thomas hubiera estado implicado desde el principio, pero ¿por qué Trent Wheatley lo había despedido solo para entregarle algo en su casa? Farrell no estaba seguro de lo que había entrado por la puerta, pero dudaba de que fueran expedientes de regulación de empleo.

Aparcó y se dirigió al juzgado. Tenía que hablar con Louise. Le molestaría que hubieran llevado a cabo una operación de vigilancia no autorizada, pero tenía que contarle lo que había pasado con Thomas.

Cuando llegó, el caso de Finch se había reanudado y él se sentó al fondo de la tribuna, con Louise unas filas más adelante, para observar el testimonio de la ex agente de policía Amira Hood. La noche en que Finch se había quebrado y casi había matado a Amira había sido un punto de inflexión para todo el departamento. Finch había reclutado a Farrell directamente de Weston, pero su lealtad siempre había estado con Louise. Con la marcha de Finch y el traslado del equipo de Weston, el cuartel general se había convertido en un lugar de trabajo distinto. Había un optimismo del que no se había percatado antes, y no fue hasta que Finch fue enviado a prisión preventiva que comprendió el impacto negativo que el hombre tenía en todo aquello con lo que entraba en contacto. Y con Perkins también presente, se preguntó qué papel había desempeñado el acusado en los últimos acontecimientos.

Farrell se dio cuenta de que había cometido un error cuando el abogado de Finch empezó a interrogar a Amira. Estaba claro que intentaba darle la vuelta a la tortilla, y lo último que quería era cargar a Louise con más preocupaciones. Abandonó el juzgado después de que el abogado acusara a Amira y Louise de conspirar contra Finch, sin ganas de oír más tonterías.

Afuera, decidió llamar a Thomas y confrontarlo directamente sobre lo que había visto.

—Siento que he hablado más contigo desde que dejé de ser policía que cuando lo era.

—Siento molestarte, Thomas. ¿Haces algo interesante?

Oyó una fracción de segundo de vacilación antes de que Thomas respondiera.

—Soy un hombre de ocio en este momento, como sabes. Acabo de dejar a Noah en el colegio. Quizá me vuelva loco y me tome un café más tarde. ¿Por qué? —dijo Thomas, con evidente sospecha.

Lo que Farrell quería saber en realidad era si ya estaba en casa, pero no podía preguntarlo

directamente.

—Sé que es una molestia, pero necesito que vengas más tarde. Para hablar de algunas cosas.

—¿Hay algo que no me estés diciendo, Greg?

—No, solo la mierda de siempre.

La vacilación estaba ahí de nuevo. Farrell no sabía si era porque ocultaba algo o si estaba enojado por la molestia.

—Recogeré a Noah más tarde, ahora que no tengo trabajo. Podría ir ahora o...

—Después estará bien. No estoy en la oficina de todos modos. A partir de las cuatro y media.

—De acuerdo —dijo Thomas y colgó.



A TRACEY no le hizo mucha gracia cuando le contó la conversación.

—¿Qué vas a hacer? ¿Preguntarle si le han enviado algo interesante últimamente? —le preguntó mientras estaban sentados juntos en la cantina de la sede central.

—¿Alguna sugerencia mejor?

—Sí. Vamos directo a Estándares, les contamos lo que sabemos de Perkins y dejamos que lo solucionen. Si no lo hacemos, Greg, serán ellos los que vengan por nosotros.



DIEZ MINUTOS DESPUÉS, parecía que la decisión estaba tomada. Volvían al Departamento de Investigación Criminal cuando Robertson pasó de prisa junto a ellos tras volver del juzgado.

—¿No se han enterado? —les dijo, llevándoselos aparte.

—¿Qué, señor? —dijo Tracey en tanto Farrell consultaba su teléfono.

—Ha llegado un aviso anónimo sobre Thomas.

Farrell miró a Tracey. Sentía que todo se les escapaba de las manos.

—¿Qué clase de aviso? —dijo Tracey, sin dejar de mirar a Robertson.

—Estoy intentando averiguarlo. Me mantienen al margen y no sé por qué. Han enviado un equipo a su casa. ¿Has sabido algo de él hoy?

—Hablé con él antes —dijo Farrell.

—¿Lo hiciste?

—Solo quería ponerlo al día sobre el caso de las drogas.

Robertson asintió.

—¿Qué mierda?

Farrell miró a su alrededor y vio a Thomas subir las escaleras con un pase de invitado colgado del cuello.

—Creía que me ardían los oídos —dijo.

—Llegas temprano —dijo Farrell.

—Sí, bueno, hice que Rebecca recogiera a Noah. ¿Podemos hablar?

Miró a Robertson, quien dijo:

—Los dejo solos. Me alegro de verte, Thomas.

—Vamos —dijo Farrell y lo guio a una sala de entrevistas.

—¿Puedes venir tú también, Tracey? —preguntó Thomas.

—Claro —dijo ella, como si no pasara nada.

En cuanto cruzaron la puerta, Thomas dejó caer un paquete de plástico sobre el escritorio.

—¿Por esto tenías tantas ganas de hablar conmigo por teléfono antes? —preguntó.

—¿Qué es eso? —dijo Farrell.

—Dejaron esto en mi casa. Lo encontré poco después de que habláramos —Thomas abrió la bolsa y reveló seis fajos de billetes de cincuenta libras bien envueltos—. Sesenta mil libras.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

Era uno de esos días perfectos de Weston que Louise recordaba de su infancia. Su memoria estaba distorsionada de ese modo porque sus padres solo solían llevarla a ella y a su hermano Paul a la ciudad costera cuando el clima era así: el cielo azul despejado era un indicio de que el día iba a estar lleno de un brillante sol de junio.

Después de que el testimonio de Amira se prolongara hasta después del almuerzo del jueves, el juez decidió suspender la sesión durante el fin de semana. Amira había abandonado el estrado, conmocionada y furiosa por el enfoque adoptado por el equipo de la defensa. Tanto Meades como Knight habían desestimado sus preocupaciones, pero Louise percibió cierta indecisión en ellos, como si no se hubieran esperado el cambio de táctica.

Eran las seis de la mañana del sábado y aún no había podido comprar los periódicos del día, pero el informe del tribunal ya estaba en Internet y la contraacusación de la defensa contra Amira y Louise ya era pública.

Estaba sentada en el jardín de la casa que compartía con sus padres y Emily. Bebía una taza de té del constructor y comía una tostada seca. Estaba sola, salvo por la energía maníaca de la perra Molly, que aprovechaba la rara oportunidad de estar a solas con Louise para traerle diferentes juguetes y animarla a jugar.

El resto del jueves y el viernes lo había pasado buscando en las imágenes de videovigilancia del museo para intentar encontrar al responsable y asistiendo a reuniones con personas de altos cargos y miembros del ayuntamiento para decidir si seguían adelante o no con el espectáculo aéreo del fin de semana.

Había sido una decisión difícil, pero solo podía ser de una manera. Había que hacer demasiados esfuerzos para cancelar el evento, e incluso con el incidente del museo, el consenso era que no se podía ceder a las amenazas terroristas.

Ayer por la tarde, se confirmó que el artefacto utilizado en el museo era del mismo tipo que el utilizado en el colegio. Se estaban utilizando todos los recursos disponibles para encontrar a Walton-Renwick, pero después de su imprudencia al mostrar su identificación en el albergue juvenil, había vuelto a ser escurridizo.

Treinta minutos más tarde, Louise se encontraba en el centro de Weston organizando los equipos de agentes uniformados del cuartel general y de numerosas comisarías locales, que registrarían todo el centro de la ciudad que pudieran en busca de indicios de artefactos explosivos improvisados antes de que las multitudes descendieran. La atención se centró principalmente en Beach Lawns, detrás del paseo marítimo, y en la propia playa, incluido el

edificio Tropicana, donde más tarde tendrían lugar los acontecimientos.

Por ahora, todo lo que podían hacer era asegurarse de que no se había colocado nada con antelación. Una vez que la zona estuviera lo más segura posible, podrían dedicarse a contener a los miles de personas que llegarían a Weston ese día.

Louise contó con la ayuda de los equipos de búsqueda especializados, que empezaron a organizar todo. Se habían traído perros rastreadores, y dos helicópteros estaban rastreando la zona y mantendrían una presencia constante durante el fin de semana.

La afluencia de público no se hizo esperar. El espectáculo aéreo atraía a turistas de todo el país y, con la promesa de buen clima para el fin de semana, muchos habían llegado a principios de semana. La gente ya estaba fuera aprovechando el sol. Las playas estaban abarrotadas, y los cafés y bares al aire libre se llenaban de gente a medida que aumentaba la expectación.

A pesar de la evidente presencia policial y de la explosión en el museo, todo el mundo parecía ajeno a la amenaza potencial. Louise nunca había dejado de asombrarse de hasta qué punto ciertos sectores de la población podían anteponer su propia diversión a otras preocupaciones, pero ahora era como si todo el mundo fuera ajeno a ello. Las familias caminaban de la mano por el paseo marítimo, grupos de adolescentes jugaban al críquet en la arena y los adultos más jóvenes se reunían en las cervecerías para beber como si fuera primera hora de la noche y no justo antes del almuerzo.

Louise se dirigió a la playa junto al antiguo acuario, que ahora era un restaurante, donde se iba a celebrar el primer evento. Estaba en alerta permanente, atenta no solo a Walton-Renwick, sino también a cualquier indicio sospechoso. Los pilones metálicos situados bajo el antiguo acuario habían sido revisados y había policías uniformados apostados allí. Se estaban realizando registros de bolsos a medida que la gente entraba en la playa, y ella estaba segura de que se habían cubierto todos los frentes. Aun así, iba a ser difícil durante el evento.

Era difícil no esperar que sonara una explosión en cualquier momento, y Louise sintió que todos los músculos de su cuerpo se tensaban cuando un coche petardeó al cruzar la calle. Sería un fin de semana largo, y aún no había despegado el primer avión.

Pasaron cuarenta minutos y, uno tras otro, varios aviones de época sobrevolaron el paseo marítimo. Cuando el primer avión sobrevoló la zona, con su motor gruñendo, se hizo evidente que el espectáculo aéreo era la distracción perfecta. Al mirar a su alrededor, casi todos los rostros estaban vueltos hacia arriba, incluidos los de la policía y los servicios de emergencia, lo que creó una serie de oportunidades para plantar un artefacto.

Una vez que el primer avión desapareció en dirección a Brean, Louise se comunicó por radio con los jefes de equipo para darles explicaciones e instrucciones de que todos los agentes de policía debían mantener los ojos alejados del cielo en todo momento.

Cuando el quinto avión del día surcó los cielos, el T67 Firefly, recibió una llamada de uno de los jefes de equipo desde el lado norte del paseo marítimo.

—Siento molestarla, señora, pensé que querría saberlo. Parece que tenemos un posible suicida en lo alto del edificio del Weston College, en Knightstone Road. Parece ser un hombre blanco soltero. De unos veinte años. Ahora está sentado en la cúspide del techo, con los pies colgando sobre el borde. Se han enviado equipos de emergencia.

Louise soltó un suspiro y dejó caer la cabeza sobre el hombro. Seguro no era nada, pero era una distracción de la que podía prescindir.

—Ojos abajo —dijo a un par de agentes uniformados mientras volvía a dirigirse al paseo marítimo. Esquivó a los grupos de turistas que se interponían en su camino, con los ojos muy

abiertos en dirección al cielo como si ovnis estuvieran sobrevolándolos.

Una ambulancia y un camión de bomberos se dirigieron hacia el paseo marítimo y avanzaron con lentitud mientras Louise pasaba por delante del Gran Muelle, repleto de turistas con ojos de lince que observaban el espectáculo aéreo. El avión Firefly dio otra vuelta a la zona a medida que ella doblaba la esquina para llegar a Knightstone Road. A pesar de sus advertencias anteriores, no pudo evitar levantar la vista hacia el avión. Volvió a preguntarse si ocurriría así: todo el mundo estaría distraído por los aviones, y el delincuente plantaría el artefacto y lo haría estallar antes de que nadie pudiera reaccionar.

Cuando llegó a la universidad, ya había un equipo preparado. Miró hacia arriba una vez más, y esta vez vio a un hombre sentado en la cornisa de un edificio de diez plantas. Un antiguo colega de Louise, el Inspector Baker, estaba organizando a todo el mundo. No ocultó su sorpresa al verla.

—Louise. Creía que estarías ocupada con el espectáculo aéreo —le dijo.

Baker era relativamente nuevo en el equipo de Weston. Cuando se incorporó, se habían enfrentado por su enfoque de la labor policial en la ciudad. Su misión había sido librar a Weston de algunos de sus problemas más antisociales, y lo había hecho con un celo evangélico que a veces había entorpecido sus investigaciones. El enfrentamiento ya estaba olvidado, pero ella seguía teniendo la sensación de que Baker se consideraba superior a ella.

—Ya sabes cómo es esto, Dan, pensé que me vendría bien un descanso. ¿Tenemos ya el nombre de esta persona?

Baker frunció el ceño como decepcionado por su comentario.

—Tenemos a alguien de camino a la azotea —dijo, y le entregó un par de prismáticos.

Louise cogió los prismáticos y los enfocó al tejado, parpadeando al captar accidentalmente el resplandor del sol. Tras ajustarlos, se posó en la figura y jugó con el zoom hasta que pudo distinguir la cara del hombre.

—Dan, es posible que no quieras enviar a nadie allí arriba —dijo ella. Le devolvió los prismáticos y accedió a una foto en su teléfono.

—¿Por qué? —dijo Baker.

Le enseñó la foto.

—Creo que nuestro saltador es Martyn Walton-Renwick.

CAPÍTULO CINCUENTA

La evacuación comenzó de inmediato cuando se llamó a la policía adicional para que hiciera un barrido del edificio. No era tarea fácil, debido a que tenía más de diez plantas y numerosas oficinas y aulas.

Louise llamó a Robertson después de avisar a Adam King, que estaba de guardia en la zona.

—¿Seguro que es él? —dijo Robertson.

—Tiene la misma cara que en la foto del pasaporte. Estamos intentando conseguirle un teléfono ahora para poder hablar con él.

—¿A qué diablos está jugando? —dijo Robertson, para sí mismo—. Voy para allá.

Otro avión pasó volando mientras Louise levantaba los prismáticos una vez más hacia Walton-Renwick. Su rostro era ilegible, con la mirada perdida en la distancia.

Por suerte, era sábado y en el edificio solo trabajaba personal esencial, con algunos estudiantes que utilizaban la biblioteca y las instalaciones informáticas. Pero, ¿y si el plan de Walton-Renwick hubiera sido atraer a todo el mundo hasta aquí para provocar una explosión? Con tanta gente en los alrededores y aún en el edificio, los daños podrían ser catastróficos.

Por primera vez, vio un atisbo de emoción en su rostro cuando se giró para mirar detrás de él con expresión de pánico.

—¿Martyn? ¿Es Martyn? —sonó la voz de uno de los miembros del equipo en la radio de Louise.

—Vete o saltaré ahora mismo —dijo Walton-Renwick.

—Puedo ayudarte, Martyn.

—Ahora —gritó el joven, que se puso en pie. Todos los de abajo contenían la respiración.

—Vale, Martyn, vale —dijo la voz. Louise se imaginó al agente retrocediendo—. Voy a dejarte esto aquí. Hay un número agendado. Puedes llamarme cuando quieras.

Walton-Renwick desapareció de la vista de Louise durante un segundo. Por la radio, ella le oyó hablar mientras presumiblemente cogía el teléfono.

—Blackwell —dijo él.

Segundos después, regresó al borde del tejado. La multitud, cada vez más escasa, volvió a jadear cuando él tomó asiento con el teléfono en la mano.

Louise pidió el número a Baker.

—¿Crees que esto es sensato? —preguntó.

—¿Tienes alguna idea mejor? Ha pedido hablar conmigo. Está sentado al borde del edificio, y es más que probable que sea el responsable de varias explosiones recientes en la zona. Está

conectado conmigo, lo sabes. Es el hijo de Max Walton, por el amor de Dios —Louise se sorprendió de encontrarse temblando de rabia—. Yo maté a su padre, Dan —apretó los dientes—. ¿Quieres decirle que no?

Baker la miró con reticencia antes de darle el número. No perdió el tiempo y conectó el teléfono al auricular para poder seguir observando a Walton-Renwick a través de los prismáticos.

El joven se quedó mirando el teléfono que tenía en la mano, como si estuviera confundido por su presencia.

—Sí —dijo al contestar.

Al escuchar la radio y oír su petición de hablar con ella, Louise pensó que parecía controlado y seguro de sí mismo, pero su opinión cambió en cuanto contestó. Sonaba distante y confuso, y lo primero que pensó fue que estaba tramando algo.

—Martyn, soy la Inspectora Louise Blackwell. Puedes llamarme Louise.

—Louise —dijo despacio, como si estuviera saboreando el nombre.

—Martyn, estoy aquí para ayudarte. Estamos muy preocupados por ti. ¿Sería posible que te alejaras del borde del edificio?

Vio que Walton-Renwick sonreía mientras pasaba otro avión; la ilusión creada por los prismáticos hacía parecer que el hombre podía estirar la mano y tocar el avión.

—Me gusta estar aquí arriba —dijo—. ¿De dónde han salido tantos aviones?

Walton-Renwick hablaba arrastrando las palabras y respondía con lentitud, lo que la convenció de que había tomado algún tipo de droga. Miraba al cielo y no parecía saber lo que pasaba. En cierto modo, eso podía ser positivo si significaba que estaría demasiado incapacitado para intentar cualquier cosa, pero si ya había colocado un artefacto explosivo improvisado en la universidad, bastaba con que se agotara un temporizador o con una llamada desde otro teléfono móvil para hacerlo estallar. Si tenía en cuenta que estaba sentado en lo alto de una caída letal, parecía que en ese momento no le importaba demasiado su propia vida.

—Es el espectáculo aéreo este fin de semana, Martyn, ¿recuerdas? ¿Por qué no bajas ahora?

—Tú mataste a mi padre —dijo Walton-Renwick, con la mirada aún en la procesión de tres aviones Spitfire.

A Louise se le puso la piel de gallina ante el comentario.

—Podemos hablar de eso, Martyn.

—De qué hay que hablar. Tú lo mataste. Pensé que te odiaba por eso —añadió, sus palabras se alejaron de él.

—Martyn, por favor, baja. Puedo ayudarte, te lo prometo.

—Quería ser como él, ¿sabes? Pero no lo soy —dijo, a medida que se ponía de pie.

—Martyn —dijo Louise, más urgente ahora que Robertson llegaba y se colocaba junto a Baker, con los ojos fijos en la figura que se tambaleaba en lo alto del edificio.

—No soy como ninguno de ellos —dijo Walton-Renwick. Saltó del tejado y cayó al suelo en lo que parecía cámara lenta.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

La mayoría de los transeúntes ya habían abandonado el lugar antes de que Martyn caminara hacia el borde, pero los que aún permanecían detrás del cordón policial miraban incrédulos tras haber presenciado algo que se les quedaría grabado para siempre. Incluso Louise se quedó momentáneamente atónita, con el teléfono con el que había estado hablando con Walton-Renwick a su lado mientras bajaba los prismáticos.

Habrían sido solo un par de segundos, pero le pareció que llevaba una eternidad allí de pie junto a Robertson y Baker, que estaban igual de sorprendidos, antes de ponerse en acción y correr hacia la zona donde el joven había aterrizado.

No abrigaba esperanzas, y le bastó un vistazo al ángulo imposible del cuerpo caído para darse cuenta de que Walton-Renwick ya no estaba con ellos. Se detuvo en seco y delimitó la línea que habría que mantener hasta que llegaran los SOCO. Aunque estaba claro que Walton-Renwick se había quitado la vida, estaba ebrio y no podía descartar la posibilidad de que lo hubieran coaccionado de alguna manera. Le recordó uno de sus primeros casos en Weston, cuando había investigado una secta de suicidas en la que se había inducido a mujeres jóvenes a quitarse la vida. Esto parecía diferente, pero no iba a arriesgarse, sobre todo teniendo en cuenta las últimas palabras de Walton-Renwick: *“No soy como ninguno de ellos”*.

—¿Ellos? —le dijo a Robertson. Un par de agentes uniformados aseguraron la zona que rodeaba el cuerpo destrozado de Walton-Renwick.

—Lo he oído. ¿Quizá se refería a Karl Insgrove? —dijo Robertson.

—Creo que es un hecho, pero dijo *“ellos”*, no *“él”*. Debe haber alguien más.

—¿Podría referirse a su padre? Como diciendo él no es como Insgrove y su padre. ¿*“Ellos”*? Louise sacudió la cabeza.

—No, no creo que esto haya terminado. Tenemos que revisar cada centímetro de ese edificio —dijo, con la idea de que podía estallar una explosión en cualquier momento, como en el museo.

“Ellos”. ¿Era posible que Walton-Renwick hubiera estado trabajando con Insgrove desde el principio? Él le había dicho que se había dado cuenta de que no era como su padre, pero ¿qué plan había puesto en marcha antes de quitarse la vida?

—Necesito ver a Joanne Harrison —dijo Louise. Pensaba que la directora sería la única que sabría si Insgrove había tenido contacto con Walton-Renwick.

Robertson no discutió. Ella se dirigía a su coche aparcado cuando vio a uno de los espectadores que observaba desde la barrera.

—Justin Walton —se dijo en voz baja.

El primo de Walton-Renwick debió darse cuenta de que lo habían visto, porque cuando Robertson se giró para mirar, empezó a retroceder.

—Detengan a ese hombre —gritó Louise al agente que custodiaba la cinta en tanto se movía hacia Justin, que había echado a correr por Lower Church Road.

El agente uniformado lo persiguió. Louise tomó la calle Wadham con la esperanza de cortar el paso a Walton en Grove Park. Trabajar en la misma ciudad durante tanto tiempo implicaba saber dónde se habían cometido todos los delitos anteriores. Aunque llevaba pocos años en Weston, tenía un catálogo de delitos en la cabeza. Podía entrar en casi cualquier calle de la ciudad y saber lo que había ocurrido allí anteriormente. Grove Park no era una excepción. El brazo empezó a picarle al recordar al hombre que había sido atacado en el parque por la misma persona que le había hecho la cicatriz a ella; la misma persona a la que había perseguido hasta lo alto del parque solo para que desapareciera entre las sombras.

Justin Walton no iba a tener tanta suerte. El joven giró la cabeza en busca del agente uniformado que lo perseguía y no vio venir a Louise. Solo había llegado al quiosco cuando ella lo alcanzó. Otro Spitfire pasó por delante y distrajo aún más a Walton, entonces ella no perdió el tiempo y se lanzó contra el hombre.

Walton estaba agotado por el ataque, pero Louise no correría ningún riesgo. Cuando el agente uniformado los alcanzó, ella puso a Walton de lado. Lo esposó y le leyó sus derechos antes de preguntarle:

—Ahora Justin, ¿te gustaría decirme qué demonios está pasando?

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

Deberían haber estado en Weston ayudando a Louise y a los demás con la amenaza de bomba, pero en lugar de eso estaban acampados frente a la sede de Oblong Distribution en Bristol haciendo los preparativos de última hora. Farrell se daba cuenta de que todos estaban nerviosos y hacía todo lo posible por controlar la situación.

Después de que Thomas entrara en la comisaría y dejara las 60.000 libras sobre la mesa, Farrell se vio obligado a involucrar a Robertson. Contarle al Detective en Jefe lo que había sucedido en los últimos días había sido una de las cosas más difíciles que había hecho nunca, y se había agravado por tener a Tracey en el despacho con él.

—Habría esperado algo mejor de ustedes dos —había dicho Robertson, y la decepción que se reflejaba en el bajo rumor de su acento de Glasgow era cien veces peor que cualquier bronca que pudiera haberles echado. Como estaban las cosas, los había dejado continuar, pero ahora se trataba de un caso oficial. Eddie Perkins estaba en la lista de vigilancia de la Brigada Fantasma, y el Sargento Kent Mooney, del equipo, los acompañaba a realizar un control de último minuto del micrófono de Thomas.

—¿Estás listo? —dijo Farrell.

—¿Y tú? —dijo Thomas. No podían haber pedido a una persona mejor para ir en su lugar. Le explicaron la vigilancia sobre Perkins y Sinclair que los había llevado hasta Wheatley, el antiguo jefe de Thomas. Seguía enfadado, pero no parecía tomárselo como algo personal.

—Recuerda que puedes parar en cualquier momento y que llegaremos en unos segundos —dijo Tracey, que le acomodaba a Thomas el cuello de la camisa como si lo estuviera enviando a una entrevista.

Él frunció el ceño y se dirigió hacia el centro de negocios.

—Me siento como la mierda —dijo Tracey al ver que se alejaba.

—¿Escuchan esto? —dijo Thomas, probando el cable unidireccional. La decisión de no dejar que tuviera un auricular fue una precaución de seguridad.

—No es algo bueno, pero ¿qué otra cosa podíamos haber hecho? No teníamos forma de saber que Thomas se involucraría tanto —dijo Farrell.

—Louise ni siquiera lo sabe.

—Ya tiene bastante con lo que lidiar en este momento.

—Ese no es el punto, Greg, ¿verdad? Es obvio que ellos están pasando por algún tipo de dificultad, y nosotros estamos usando a Thomas como cebo.

Farrell se frotó la frente. Ella tenía razón. Se había dejado llevar por la operación y ahora

estaba arriesgando su amistad con Thomas, su relación profesional con Louise y parecía que también con Tracey.

—Oh, hola, Tom —llegó una voz femenina, captada por el pequeño transmisor bajo el cuello de Thomas.

—Hola, Jane. ¿Está dentro?

—Umm, lo comprobaré.

—No hace falta —dijo Thomas. Pasaron unos instantes en los que pareció dirigirse al despacho de Wheatley.

—Tom, me alegro de verte. ¿Qué te trae por aquí un sábado?

—Déjate de estupideces, Trent.

—Jane, ¿podrías llamar a seguridad? —dijo Wheatley.

—Haz eso y voy directo a la policía.

—¿La policía, Tom? Creo que tal vez deberías estar buscando recuperar tu trabajo, ¿no?

—Este tipo tiene agallas —comentó Tracey.

—Si alguien entra aquí, iré a la policía para contarles sobre las 60 mil libras que me dejaste en mi casa.

Hubo una pausa. A Farrell le habría encantado ver la reacción de Wheatley.

—No sé de qué demonios estás hablando.

—Tengo cámaras de seguridad en mi casa, imbécil —dijo Thomas.

Esta vez, Farrell pudo imaginarse la escena en la que Wheatley entraba en pánico.

—No te preocupes, Jane. Mira, no sé qué decir. Me sentía mal por cómo habían quedado las cosas entre nosotros y quería darte un pequeño detalle.

—Oh, vete a la mierda, Trent. Deja de hacerme perder el tiempo. ¿Por qué lo has hecho? ¿Hay algún tipo de evidencia en el dinero? Algo que me relacione con más drogas. ¿Quién te metió en esto?

—Yo no...

—Detente —dijo Thomas—. La policía me persigue. Saben lo del dinero. Ahora, tienes que decirme quién está tratando de tenderme una trampa y por qué.

—Nadie quiere tenderme una trampa. Querían comprar tu silencio. Eliminate para que no pudieras causar problemas. Lo siento, Tom, esto me supera.

—¿Por qué me contrataste cuando toda esta mierda estaba pasando?

—Esa es la cosa, yo no sabía nada al respecto. Algunos del equipo han estado usando nuestras furgonetas para entregar cosas y cabrearon a los tipos equivocados.

—¿Por qué vinieron por mí? —dijo Thomas.

—No lo sé. Creo que tiene que ver con tu antigua colega.

La línea se quedó en silencio y a Farrell le preocupaba que Thomas fuera a atacar a Wheatley.

—¿Louise? —dijo, al final.

—Sé que están saliendo, lo siento. Me dieron el dinero y me dijeron que lo dejara en tu casa. Amenazaron a mi familia, Tom. Tuve que hacerlo.

—¿Quiénes?

—No puedo darte ningún nombre.

—Dímelo, deja que me encargue a mi manera, o díselo a la policía.

—Conozco a dos de ellos. Sinclair y este otro tipo, no sé su nombre.

—¿Alguien más? Si averiguo algo diferente, no terminará bien para ti.

—Jesús. Es uno de los tuyos —dijo Wheatley, la voz suplicante adquirió más fuerza.

—¿Quién? —preguntó Thomas.

—Perkins, ¿vale? El maldito Eddie Perkins.

Farrell soltó un suspiro.

—Vayan ahora —dijo por radio.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

Justin Walton hizo un elaborado esfuerzo por recuperar el aliento. Louise lo observó impasible mientras él tosía y balbuceaba para poder hablar. Al final, su primera palabra fue “¿Qué?”.

Levantó al hombre, utilizando las esposas de sus muñecas como palanca. Walton gimió ante la maniobra y volvió a toser a medida que se inclinaba. Esperó a que se recompusiera y volviera a ponerse derecho. Con solo mirarlo a los ojos, se dio cuenta de que seguía drogado. Sus pupilas se habían contraído tanto que parecían pequeños puntos en sus globos oculares.

—¿Qué has tomado, Justin?

—¿Qué no he tomado? —dijo Walton, que se reía para sí mismo.

Era inútil intentar razonar con el hombre en ese estado, pero en la universidad un equipo de agentes se estaba jugando la vida al despejar el edificio cuando una bomba podía arrasar la estructura en cualquier momento.

—Te vi en la escena. Tu primo estaba allí. ¿Lo viste, Justin? ¿Lo viste saltar?

—Lo vi —dijo Walton, de repente con la cara seria como si el shock lo hubiese vuelto sobrio.

—¿Estabas aquí con él? —dijo Louise. Se preguntaba qué demonios había pasado con la vigilancia del sobrino de Max Walton.

—No.

—¿Solo pasabas por aquí?

—No, pero...

—¿Qué, Justin? ¿Por qué estabas allí?

—Estaba tratando de detenerlo, ¿de acuerdo?

—¿Sabías que quería suicidarse?

—Me llamó anoche. Estaba fuera de sí. No entendí de qué hablaba, dijo algo sobre no ser como ellos.

—¿De quién hablaba?

—Cómo diablos voy a saberlo. Escucha, ni siquiera conozco al chico. Éramos amigos en Facebook antes de que apareciera aquí. Le dije que me reuniría con él cuando viniera al Reino Unido y le di mi número de teléfono. Lo conocí cuando era niño, pero no sé por qué me llamó anoche, aparte de que es mi primo.

A Louise no le parecía que fuera una actuación. No creía que Justin tuviera la destreza mental para pensar en tal historia, y menos aún en su estado actual.

—¿Por qué estás aquí entonces?

—Se suponía que me encontraría con él, ¿no? En el parque. Dijimos que iríamos a tomar unas copas. Pero llego aquí y me doy cuenta de todo el alboroto, y me acerco para verlo colgando sobre el borde del edificio.

—¿Y te quedaste a ver el espectáculo?

Walton dio un paso atrás como si lo hubiera insultado.

—Era mi primo. No podía hacer mucho, pero lo menos que podía hacer era estar a su lado. Recé para que no saltara.

Sonaba tan sincero que Louise sintió pena por él.

—Tengo que llevarte para interrogarte, Justin, pero podrías ayudarme al contestar algunas preguntas ahora mismo.

—¿Puedo sentarme? Me siento mal.

Louise asintió a su colega para que ayudara a Walton a sentarse. Se quedó sentado unos segundos, con la cabeza entre las piernas.

—¿Con quién trabajaba Martyn? —preguntó cuando él volvió a mirarla.

Walton se encogió de hombros, con los movimientos limitados por las esposas.

—Ya te lo he dicho, no sé nada de esto.

—Ha muerto gente, Justin. Y me preocupa que puedan morir más como consecuencia de lo que ha hecho Martyn. Sé que no trabajaba solo.

—Ya te dije, no lo sé. ¿Qué hay del cuidador? También se suicidó. Tal vez fue él.

Nada más allá del vago vínculo de que Karl Insgrove había servido en las Malvinas con Max Walton lo relacionaba con el hijo de Walton. El hecho de que ambos se hubieran suicidado sugería un vínculo adicional, pero la respuesta parecía más lejana que nunca.

Mientras Justin Walton regresaba a Portishead, Louise volvió al lugar donde yacía el cuerpo de Martyn Walton-Renwick en un ángulo antinatural. Janice Sutton y los SOCO se ocupaban de la escena. Le pidió a Janice que le informara si se encontraba alguna nota de suicidio, antes de regresar a la central.

Por encima de ella seguían sobrevolando los aviones, y los turistas deambulaban por los jardines y las calles de Weston, ajenos a lo que acababa de ocurrir. Sería fácil perder la concentración con Walton-Renwick fuera de escena, pero cuando Louise envió un mensaje a los jefes de equipo para ponerlos al día, les recordó que debían estar tan alerta como siempre. Reiteró el uso que Walton-Renwick había hecho de la palabra “ellos” y les recordó a todos que el riesgo distaba mucho de haber terminado.



TODO EL GRUPO la esperaba en Portishead. El Inspector Robertson se había adelantado y estaba sentado con el Ayudante del Jefe de Policía Brightman y los dos agentes de la UAT.

Louise se irguió al entrar en el despacho. Estaba agotada y últimamente le faltaba energía, pero no iba a dejar que se le notara.

—Lo positivo es que ha pasado un día y, de momento, no ha habido más explosiones —dijo Brightman cuando ella tomó asiento.

—Y un sospechoso potencial menos —dijo Robertson, tan serio que a sus compañeros les costó distinguir si estaba comentando la muerte de Walton-Renwick con humor negro o no.

Brightman hizo una pausa, como si estuviera dejando que esa información se asentara, antes de continuar.

—Intercambió unas palabras con Justin Walton cuando lo detuvo —le dijo a Louise.

Ella relató la conversación que había mantenido con el sobrino de Max Walton.

—Dice que había quedado con Martyn para tomar algo. Parecía conmocionado, pero sin duda había tomado alguna sustancia.

El Inspector Faulkner sonrió y a Louise se le revolvió el estómago.

—¿Las últimas palabras de Walton-Renwick fueron “No soy como ninguno de ellos”? —preguntó.

—Ese parece ser el consenso —dijo Louise. Se preguntó por la razón de su reacción negativa a la sonrisa de Faulkner.

—¿Y creemos que “ellos” se relacionan con . . . ? —preguntó el Ayudante del Jefe.

—Eso es lo que tenemos que averiguar. Posiblemente con Karl Insgrove. Pero es obvio que sugiere a más de una persona —respondió Louise.

—¿Max Walton? —dijo Faulkner—. Su padre.

Louise estuvo por agradecer sarcásticamente a Faulkner que aclarara la relación entre Max Walton y su hijo.

—Podría ser. Puede que se refiriera a su primo, Justin Walton. O a otra persona.

Cuando salió de la reunión, se preparó un té blanco en la cantina. Necesitaba serenarse antes de volver a hablar con Justin Walton, pues tenía que elaborar una estrategia para ganarse su confianza y su información. Tres personas habían muerto a causa de los últimos acontecimientos, y cada vez que oía el sonido de un teléfono sonando, esperaba que le informaran de otra explosión.

—¿Todo bien? —dijo Robertson, haciéndola dar un respingo.

—Jesús, Iain, no me sorprenda.

Los labios de Robertson se movieron en algo parecido a una sonrisa.

—¿Quieres que te acompañe en la entrevista con Walton?

—¿Cree que no estoy a la altura del trabajo? —dijo Louise, pero se arrepintió de sus palabras al instante.

Robertson ni siquiera reacciona.

—Podría ser bueno tener a alguien a quien recurrir. Para hacer las preguntas que podrían cabrearlo.

Ella asintió.

—Lo siento, tiene razón. Sería bueno.

—¿Qué diablos estás bebiendo? —preguntó Robertson al mirar su taza.

—¿Té blanco?

Robertson arrugó la frente.

—¿Maldito té blanco? —dijo en voz baja—. No dejes que los demás sepan que bebes esa mierda o te encerrarán —añadió, e hizo una mueca de dolor al beber un café tibio que llevaba horas fuera.



JUSTIN WALTON no hizo contacto visual cuando Louise entró en la sala de entrevistas con

Robertson. Estaba sentado arrellanado en su silla, como si tratara de ocultarse tras su cuerpo. Ella comenzó la entrevista al presentar a cada uno, incluida la abogada de oficio que se le había designado, y Justin Walton levantó la vista hacia ella. La mirada contraída de sus pupilas se había desvanecido y era evidente que estaba recuperándose de las drogas que había tomado.

La luz roja de la cámara captó la visión periférica de Louise cuando empezó a interrogar al primo de Martyn Walton-Renwick.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Martyn? —preguntó.

—No lo he visto desde que éramos niños. Ya te lo dije. Solo lo conocía por Facebook.

—¿Qué edad tenía la última vez que lo vio?

—Debía tener trece o algo así. Él era unos años más joven que yo. Había una especie de reunión familiar. En... —La voz de Justin se apagó, como si hubiera perdido el hilo de sus pensamientos.

—¿Dónde? —dijo Louise. Intentó imaginar cómo sería una reunión familiar tan disfuncional.

—En la granja —dijo Justin, que miró a su abogada como pidiendo perdón.

Louise mantuvo la mirada al frente mientras los olores a excrementos y podredumbre parecían flotar en el aire al recordar la noche que había estado en la granja con Finch.

—¿Se refiere a la granja de Max Walton? —dijo Robertson.

Justin asintió. En ese momento podría haber lanzado un comentario a Louise para recordarle cómo había disparado a su tío desarmado, pero no hizo ningún comentario, ya sea por miedo o por consideración.

—¿Ha estado en contacto con él desde entonces, a través de las redes sociales?

—La verdad es que no. He visto algún post sobre su vida en Sudáfrica en Facebook, pero nada más.

—¿Pero sabía que iba a volver? —dijo Robertson.

—Ya te lo he dicho —dijo Justin, que parecía haber encontrado su voz de la nada.

Robertson frunció el ceño.

—¿Me habla en ese tono, hijo? ¿Con todos los problemas que tienes —dijo, lo que hizo que Justin se encogía en su silla.

—Ya sabe lo que ha pasado en Weston —dijo Louise—. La explosión y el incendio.

—Me preguntas después de cada incidente, así que claro que lo sé.

—¿Por qué cree que Martyn estaría involucrado en eso?

—Tendrás que preguntarle a él, ¿no?

—Permíteme recordarle, Sr. Walton, que tres personas han muerto, una de las cuales fue asesinada, y tú eres actualmente nuestro sospechoso vivo número uno —dijo Robertson.

—¿Qué? —dijo Justin. Emitió un chillido agudo al darse cuenta del lío en que se había metido.

—Es el único vínculo que tenemos —dijo Louise—. De hecho, todo empezó con usted, ¿no?

—¿Qué quieres decir? —dijo Justin. Miró suplicante a la abogada de oficio, que parecía conmocionada por los acontecimientos.

—Hace casi dos semanas, me enteré de que planeaba una demanda civil contra mí en nombre de la familia Walton. Poco después, recibimos amenazas de bomba exigiendo que dejara mi puesto deInspectora.

—Va a ser difícil explicar eso —dijo Robertson—. Especialmente ahora que su primo está muerto.

—Vete a la mierda —dijo Justin, antes de añadir—: Lo siento, lo siento. Escucha, admito que la idea de la demanda puede haber provenido de Martyn. Me envió todos los detalles sobre cómo proceder antes de que él llegara. Yo no sabía lo que estaba haciendo.

—¿Le envió un email?

—Por Facebook Messenger.

Louise miró a Robertson.

—De todos modos, ya no hay caso. Retiré la demanda.

—¿Por qué la retiró? —dijo Louise.

—Me estaba trayendo demasiados problemas. Los abogados me acosaban con el dinero y Martyn no contestaba las llamadas.

—¿Por qué no nos lo dijo antes?

—No lo sé. No estaba haciendo nada malo. Tú le disparaste a mi tío, ¿sabes? —dijo Justin, que retrocedió en cuanto las palabras salieron de su boca.

—¿Acordó con reunirse con Martyn hoy? —dijo Robertson.

—Sí.

—¿Cuándo acordaron eso? —preguntó Louise.

—Me llamó anoche. De la nada, dijo que estaba por la zona y que quería quedar para tomar algo.

—¿Dónde acordaron encontrarse?

—En el paseo marítimo para ver los aviones, ese tipo de cosas.

—¿Eso fue antes o después de que usted colocara el siguiente explosivo? —dijo Louise.

—Oh, vamos.

—Él no estaba trabajando solo, Justin, ¿verdad?

—Bueno, no trabajaba conmigo. Te lo dije, después de lo del abogado, no contestó ningún mensaje hasta anoche. Ese conserje, es él. Estaba en esa escuela. Por lo que parece, trabajaban juntos.

—¿Pero por qué? —preguntó ella.

—No lo sé. No tenía nada que ver conmigo.

Louise se frotó los ojos.

—¿Quiere un rato a solas con su abogada, Justin?

El joven frunció el ceño.

—No, ¿por qué?

—Vamos, debe saber cómo se ve esto. Usted ha ideado todo esto, Justin. Es obvio. Inicia un caso civil contra mí, luego intenta hacer que renuncie. De alguna manera, involucró a Karl Insgrove. Imagino que le vendía drogas a Insgrove y él le debía un favor. ¿Escuchó que Martyn iba a venir, así que le pidió ayuda?

—¿Qué? No lo entiendo. ¿Por qué haría esto? ¿Por qué lastimaría a esa gente? No soy como ellos.

Louise se irguió mientras Justin bajaba la cara.

—¿A quién no se parece, Justin?

—Quienquiera que haya hecho todo esto. Martyn, y ese conserje.

—No creo que te refirieras a eso, hijo, ¿verdad? —dijo Robertson.

Justin levantó la cabeza. Sus ojos estaban rojos y llenos de lágrimas.

—No soy como el tío Max, eso es lo que quería decir.

—Dijo “ellos” —dijo Louise.

—¿Crees que Max era el único? Era un maldito depravado, hombre. Todos lo eran.

—¿Qué está tratando de decirnos, Justin? ¿Hay miembros de su familia que estuvieron involucrados con Max Walton y sus asesinatos?

—¿Familiares? Probablemente, no lo sé. Conoces la mierda en la que estaba metido. No eran solo los asesinatos, estaban metidos en cosas horribles. Intenté olvidarlo lo mejor que pude, pero vi algunas de las cosas que pasaban en esa granja. Yo no soy así —dijo Justin, derrumbándose.

—Creo que sería un buen momento para terminar —intervino dijo la abogada de Justin.

Justin tenía razón cuando decía que los crímenes de Max Walton no se limitaban a los numerosos asesinatos de los que se le había responsabilizado. Decenas de personas habían desaparecido a lo largo de los años en un radio de distancia muy corto de la granja Walton, y uno de los remordimientos que Louise sentía por la prematura muerte de Walton era el hecho de que nunca hubieran podido interrogarlo a fondo sobre los casos de personas desaparecidas. A lo largo de los años, habían persistido los rumores sobre extrañas prácticas en la granja. El lugar había estado abandonado durante mucho tiempo antes de la muerte de Walton, y aunque posteriormente se habían encontrado cadáveres en la granja, la investigación de los crímenes de Max Walton se había visto afectada por la falta de personas dispuestas a hablar en su contra. Louise sospechaba desde hacía tiempo que Walton no había trabajado solo, pero tras su muerte no le habían permitido avanzar en ninguna investigación sobre él.

—¿Max le ha hecho algo? —preguntó Louise, ignorando a la abogada.

Justin negó con la cabeza mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—No —dijo, como si tratara de convencerse a sí mismo.

—¿Quién más estuvo implicado? —dijo ella. Suavizó el tono, pues comprendió ahora qué podía haber llevado al joven a ese estilo de vida.

—No lo sé —dijo Justin, que se derrumbó hasta tal punto que su abogada acabó insistiendo en terminar la entrevista.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

Louise volvió a la sala de incidentes, convencida de que aún tenía asuntos pendientes con Justin Walton. Habían estado a punto de conseguir una revelación y, de no haber sido porque su abogada de oficio encontró por fin su voz, Justin habría contado todo.

—Buen trabajo, Louise —dijo Brightman, casi condescendiente.

—No es suficiente. Sabe más de lo que dice.

—Déjeme hablar con su abogada —dijo el Ayudante del Jefe, que se puso de pie.

—¿Hubo otros sospechosos durante su investigación sobre Max Walton? —preguntó el Detective en Jefe Hartson, dirigiéndose a Louise por primera vez aquella noche.

—Walton fue siempre nuestro principal sospechoso, pero durante años hubo informes de que en esa familia ocurrían otras cosas. Los servicios sociales tienen archivos sobre ellos de varios centímetros de grosor. Informes de abusos de una milla de largo, pero nada más allá de un par de primos lejanos que fueron encarcelados en los años ochenta por su participación en una red de pedofilia.

—¿Pero alguna vez tuvo la sensación de que Max Walton estaba trabajando con alguien más? ¿Tal vez su esposa estaba involucrada?

En su momento, tenían pruebas irrefutables de que Max Walton era responsable de los asesinatos de tres personas. Todos adolescentes que habían estado viajando por la zona. Sus cuerpos habían sido encontrados con ADN que coincidía con el tomado de Max Walton durante su anterior arresto. Todas sus energías se habían centrado en Walton, y un posible cómplice había pasado a un segundo plano en la lista de preocupaciones.

—La madre no estaba involucrada, al menos no de manera directa. Sabía cómo era Walton, eso lo supimos en las entrevistas. Intentó irse en varias ocasiones después del nacimiento de Martyn, pero Walton la arrastró de vuelta. Solo consiguió escapar para siempre cuando él se vio obligado a huir.

—¿Y después de su muerte? —dijo Faulkner.

Louise miró a Robertson. Comprendió la pregunta. Había habido una petición, y luego una investigación en curso después de que ella disparara a Walton. Se habían encontrado más cadáveres en la granja, muertes atribuidas a Walton, pero que ella supiera nunca se había descubierto a ningún cómplice.

—Me temo que no se me permitió acceder a ninguna investigación posterior sobre Max Walton, como seguro sabrán —dijo a los dos detectives de la UAT.

—¿Y quién tenía acceso? —dijo Hartson.

La mujer no era tan ignorante, pensó Louise en tanto intentaba controlar su temperamento.

—El antiguo Detective en Jefe caído en desgracia, Timothy Finch —dijo Robertson—. Y no le sacaremos nada de información por lo pronto.

—¿Yo podría hablar con él, si eso ayudara? —dijo Faulkner, con su sonrisa sobrecargada.

—No, hijo, eso no va a suceder durante su juicio. Si Finch tiene algo que compartir, será a un precio demasiado alto.

El Ayudante del Jefe regresó.

—Justin Walton está con el médico. Han recomendado que lo dejemos hasta mañana antes de volver a hablar con él.

—Debe ser broma —dijo Louise.

—Es frustrante, pero así son las cosas. Sugiero que todos descansen un poco y regresemos al amanecer —dijo el hombre, y se marchó antes de que hubiera tiempo para objeciones.

Louise esperó a que se fueran los dos agentes de la UAT antes de hablar con Robertson.

—Por la mañana, volveré a hablar con el grupo de apoyo para veteranos de Karl Insgrove y con la señora Harrison. Pero antes tengo que hablar con Justin, Iain —añadió, sin dejar lugar a dudas de lo que esperaba de él.

—Lo arreglaré. Ahora vete de aquí —dijo Robertson.

Estaba en el aparcamiento cuando su teléfono empezó a sonar.

—Mierda —dijo al ver el nombre de Glyn Rhinehart, el periodista de The Times.

Estaba a punto de contestar cuando alguien la llamó por su nombre.

—Eh, ¿qué haces aquí? —dijo, girándose para ver a Thomas saliendo de su coche.

—¿Vas a contestar? —dijo Thomas con una sonrisa mientras señalaba el teléfono que sonaba.

Louise miró el teléfono.

—No, eso puede esperar. ¿Te apetece un trago?



CONDUJERON hasta un bar nocturno de Park Street, en Bristol. Louise se sentía nerviosa y cansada, y Thomas pidió bebidas no alcohólicas para los dos. Era como una primera cita de nuevo, y él no podía ocultar su preocupación.

—Bonito y público —dijo, con una media sonrisa—. ¿Es por si me enojo?

Una de las cosas que siempre le habían gustado de él era su facilidad para calmar una situación.

—Creo que nunca te he visto enojarte.

—No es agradable, créeme.

Louise se rio.

—He estado un poco distraída últimamente.

Él se encogió de hombros.

—Es comprensible. Has tenido mucho que hacer, y me imagino que te advirtieron que te mantuvieras alejada de mí.

—Bueno, no del todo.

Thomas se rascó detrás de la oreja, algo que Louise había aprendido que hacía cuando estaba nervioso.

—¿Fue mi sugerencia de que reuniéramos a los chicos? —preguntó, y enfocó su atención a la etiqueta de su botella.

—Me tomó por sorpresa, pero no debería. ¿Te diste cuenta?

—A veces eres misteriosa,Inspectora Blackwell, pero a veces eres un libro abierto.

—Lo siento, no debería haber reaccionado así. En realidad, es algo que deberíamos haber hecho antes.

—No necesitas disculparte. A veces me precipito.

—Y yo puedo ser un poco demasiado indecisa. Entonces, ¿qué estabas haciendo en la estación?

Thomas le contó lo que había estado haciendo en los últimos días. Al principio, ella pensó que estaba bromeando sobre la operación encubierta, pero pronto se dio cuenta de que estaba diciendo la verdad.

—¿Cómo no me enteré de esto?

—En tu defensa, has estado bastante ocupada.

—¿En mi defensa?

Thomas se rio.

—No seas dura con Tracey y Greg. Les pedí que no te involucraran.

Louise fingió poner mala cara.

—Bien —dijo—. Volvamos. Por suerte para ellos dos, es un poco tarde para una reprimenda.

—¿Te vas a quedar en mi casa?

Louise sonrió.

—Es una buena idea.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

Louise se despertó sola y le tomó unos segundos aclimatarse a su entorno. La luz se colaba por las cortinas del dormitorio de Thomas. En ese preciso momento, no había nada que deseara más que darse la vuelta y volver a dormir, pero se obligó a levantarse. Se puso una bata de repuesto que había detrás de la puerta del dormitorio y bajó las escaleras, donde Thomas estaba preparando el desayuno.

—Pensé que necesitarías salir temprano —dijo él, mientras sonaba el timbre de la cafetera.

Louise sonrió y se preguntó por su estupidez al tardar tanto en hablar con Thomas de sus preocupaciones. Se sentía tan correcto que no podía creer que hubiera estado tan cerca de destruirlo. No es que no estuviera enojada con Tracey y Farrell, quienes le habían dejado mensajes en el teléfono a los que aún no había respondido.

—¿Te importa si me tomo un té? —dijo cuando Thomas estuvo por servirle un café.

—Dios mío, ¿cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que te vi?

—Estoy pasando por una fase, qué puedo decir.

—¿Sigues comiendo huevos?

—No ha pasado tanto tiempo, Tom —dijo Louise, recibéndole el plato. Intentó no comer rápido porque quería pasar el mayor tiempo posible con Thomas, pero a pesar de lo temprano que era, ya tenía ganas de volver al trabajo. Si conseguía sobrevivir al día de hoy, el último del festival aéreo, tal vez todo llegaría a su fin. Si había alguien más que Insgrove y Martyn Walton-Renwick involucrado, entonces hoy sería el día más probable para que ataquen de nuevo.

—¿A dónde vas primero? —dijo Thomas, mientras Louise comía los huevos y las tostadas con el té.

—Veré si puedo hablar con la directora de Emily antes de ir a la oficina. La pondré al corriente de los últimos acontecimientos y veré si eso le refresca la memoria.

—Ojalá pudiera hacer algo. Se supone que iré al espectáculo aéreo con Noah más tarde, pero no estoy seguro de querer arriesgarme.

—Trata de mantenerlo en casa, Tom. Le diré lo mismo a mis padres.

Louise subió las escaleras y se duchó, contenta de tener una muda de ropa en casa de Thomas. Al darle un beso de despedida, se maravilló de lo rápido que las cosas habían vuelto a la normalidad; cuánto tiempo había perdido dudando y preocupándose, cuando debería haberse dado cuenta de lo feliz que era.



LLEGÓ a casa de Joanne Harrison justo cuando la directora se marchaba, el sonido de los perros ladrando le llegaba desde el interior. La señora Harrison llevaba un vestido de verano floreado que la hacía parecer diez años más joven de lo que era.

—Glorioso día —dijo cuando Louise se acercó.

—Siento molestarla un domingo por la mañana, Sra. Harrison, pero le agradecería que me dedicara unos minutos.

—Llegaré tarde a la iglesia.

—Por favor, cinco minutos.

No perdió tiempo en contarle a la Sra. Harrison lo que había sucedido en los últimos dos días. La directora se retorció a medida que ella le contaba sobre el suicidio de Martyn Walton-Renwick desde el edificio de la universidad.

—¿Cuándo terminará esta tragedia, Inspectora? —preguntó.

—Ojalá lo supiera.

—Me temo que no entiendo muy bien qué tiene que ver esto conmigo.

Louise trató de explicar las últimas palabras de Martyn Walton.

—Creemos que Martyn estaba trabajando con al menos otra persona, es probable que con dos. Con lo que pasó en la escuela... —dijo Louise, que notó cómo la directora se encogía al pronunciar esas palabras—. Sé que no quiere oírlo, pero todo apunta a que Karl Insgrove está implicado. Si averiguamos con quién más trabajaba, podremos impedir que se produzcan más incidentes. Y como Karl y Martyn se quitaron la vida... creo que es posible que estuvieran bajo coacción, de alguna manera. Podríamos ayudar a limpiar el nombre de Karl, o al menos explicar por qué hizo lo que hizo.

—Eso suena maravilloso —dijo la Sra. Harrison, caminando hacia su coche—, ¿pero qué tiene eso que ver conmigo?

—Necesito que piense, señora Harrison. Necesito saber con quién podría haber estado Karl tan unido, quién podría haber tenido una influencia tan negativa sobre él.

—Te he ayudado todo lo que he podido. Fue esa maldita guerra la que cambió a Karl. Esa es la influencia negativa. También me cambió a mí. Desperdicié toda una vida esperando que ocurriera algo que nunca iba a ocurrir. Esperando a que el verdadero Karl volviera, el que murió el día que el barco voló por los aires. Ahora, si me disculpas.

Louise vio que la mujer se alejaba. Conocía la iglesia a la que iba, pero dudaba si seguirla o no. Parecía que había poco que ganar, pero la Santísima Trinidad era el mismo lugar donde Karl Insgrove había asistido a su grupo de veteranos de guerra, así que había una posibilidad de que pudiera hablar con Bryce Milner y otros del grupo antes de tener que volver al cuartel general.

Las carreteras ya estaban abarrotadas de turistas y lugareños que se dirigían al centro. Los equipos uniformados estarían en el paseo marítimo y en la costa, y harían controles aleatorios como ayer. La muerte de Justin Walton había sido trágica y evitable, pero si podían librarse de otro día de traumas relativamente menores, Louise lo aceptaría encantada. Nunca había sido una persona supersticiosa, ni el tipo de policía que se guiaba por corazonadas, pero no podía negar la sensación de vacío en la boca del estómago que le sugería que algo mucho peor estaba por llegar.

Aparcó frente a la iglesia y vio cómo la Sra. Harrison se unía a los demás congregados fuera del edificio. La escuela de Emily era aconfesional y no estaba afiliada a ninguna iglesia, pero tenía estrechos vínculos con la Santísima Trinidad y había celebrado allí un concierto de villancicos el año pasado. Aun así, a Louise le sorprendió el número de padres que reconoció en

el exterior del edificio, incluido Graham Pritchard, que llevaba el mismo traje que el otro día. Había un sentido de comunidad en la forma en que todos se mezclaban que estaba ausente en las mañanas en el patio de recreo, y Louise se sintió como si de alguna manera hubiera sido excluida de este grupo.

Cuando los feligreses empezaron a entrar, miró hacia la iglesia donde había conocido a Bryce Milner a principios de semana. Un conserje estaba abriendo el edificio, pero no había rastro de Milner ni de ninguno de los otros miembros del grupo de veteranos de Karl Insgrove.

Robertson la llamó cuando estaba decidiendo si entrar o no en la iglesia y le informó que Justin Walton había sido autorizado para la entrevista. Pero ella se demoró, como si lo que estaba ocurriendo tras los muros de piedra de la iglesia contuviera las respuestas que buscaba.

—¿Vienes? —preguntó Robertson por teléfono, lo que hizo que volviera al presente.

—Estaré allí en treinta minutos —dijo Louise. Apartó la mirada del bonito patio y se dirigió rumbo a Portishead.



TRACEY Y GREG la saludaron al entrar en el Departamento de Investigación Criminal.

—Oh, me acuerdo de ustedes —dijo ella. Miraba a uno y a otro con fingida sorpresa—. ¿Qué han estado haciendo, aparte de acosar a Thomas y ocultarme secretos?

El par parecía cómicamente avergonzado, por lo que era difícil para Louise mantener una cara seria.

—Pensamos que ya tenías bastante con qué lidiar como para involucrarte —dijo Tracey, con los ojos muy abiertos. A su lado, Farrell evadía su mirada.

Louise los dejó sufrir unos segundos.

—Supongo que todo salió bien. Y ahora están los dos aquí. Podría haber mucho que hacer. Vamos —dijo y los condujo a la sala de incidentes, donde informó a toda la oficina—. No vamos a pasar el día esperando a que pase algo. Quiero que salgamos a hablar con todos los que podamos —dijo al equipo. Encargó a Tracey y Farrell las tareas específicas de reunir a los miembros del grupo de veteranos de Karl Insgrove y a los amigos de Justin Walton.

—Nos tocan los viejos —dijo Tracey, después de que la reunión se había dispersado y era solo de ellos tres.

—Hay un chiste en alguna parte —dijo Farrell.

—Si lo hay, te aconsejo que no lo uses —respondió Tracey—. ¿Quieres que esperemos hasta que vuelvas a hablar con Justin Walton?

—No, está bien —dijo Louise—. Estoy segura de que Robbo quiere estar presente, de todos modos. Márchense, les avisaré en cuanto tenga noticias.

Robertson salió de su despacho cuando Tracey y Farrell se dirigían a los ascensores. Señaló con la cabeza a la sala de interrogatorios.

—Están listos —dijo—. Doc dice que tenemos que tener cuidado con él —añadió.

—¿Tenemos que tener cuidado por las resacas ahora?

—Exacto. Esa abogada no hablará, así que estaremos bien —dijo Robertson, y le abrió la puerta de la sala de interrogatorios.

Justin Walton parecía menos abatido que el día anterior, pero seguía encorvado sobre sí mismo. Sus ojos parecían más despiertos al mirar brevemente a Louise antes de dirigirse a algo

invisible en el suelo.

—Buenos días, Justin. Espero que hoy esté más a gusto con nosotros —dijo Louise, comenzando la entrevista y presentando a cada una de las personas reunidas, antes de añadir: — Espero que también haya tenido algo más de tiempo para pensar.

El joven se encogió de hombros, y ella sintió una tirantez en la columna vertebral.

—Ya sabe que llevamos toda la semana recibiendo amenazas. Digo hemos, pero esas amenazas se han centrado directamente en mí. Alguien quiere quitarme el trabajo, o al menos lo utilizan como excusa para cometer crímenes terribles. Creo que Karl Insgrove y Martyn tuvieron algo que ver, pero no creo que usted esté involucrado. ¿Me entiende, Justin?

Él levantó la cabeza y la miró.

—Entonces, ¿por qué quieres hablar conmigo?

—Porque creo que sabe quién más es responsable. Quién está detrás de todo esto.

—No lo sé —negó con la cabeza.

Louise se sintió como si hubiera vuelto al principio, y temió verse obligada a soportar la misma conversación interminable con Justin Walton durante una eternidad. Tal vez estaba en una especie de purgatorio donde la castigaban por haber matado a Max Walton, pero entonces ¿qué dios la castigaría por haber hecho eso?

—¿Sabe lo que pensé al principio? Al principio, me pregunté si de alguna manera Max Walton había regresado de la tumba. Ridículo, ¿no? Pero ese es el tipo de influencia que la gente como él puede tener en una persona. Verlos muertos no es suficiente, siguen persiguiéndote para siempre. ¿Alguna vez se sintió así, Justin?

Él se puso la mano derecha bajo la barbilla. Louise no sabía si le estaba escuchando o no, pero continuó.

—Anoche empezó a contarme lo que pasó en la granja de Max Walton —dijo.

Justin respiró hondo y se pasó las manos por la cara.

—Sé que es un infierno enfrentarse a esto ahora, y si pudiéramos hacerlo de otra manera, lo haría. Pero ha muerto gente, Justin. Karl Insgrove, Martyn... Hana Sanchez, una inocente madre de dos. ¿Y puede imaginarse si no hubiéramos llegado al museo a tiempo? Había tantas familias allí, y las cosas que habían puesto en esa bomba —sacudió la cabeza—. Sé que no quería que les pasara nada a estas personas inocentes, pero si no nos ayuda ahora, me temo que algo así podría volver a ocurrir hoy.

—¿No puede parar esto? —dijo Justin, que apartó las manos de la cara para suplicar a su abogada, con las mejillas húmedas y rojas.

—Es un interrogatorio muy agresivo, Inspectora Blackwell —dijo la abogada de oficio.

Louise había mantenido la voz baja y uniforme a propósito.

—Nadie está siendo agresivo. Solo quiero lo mejor para todos, Justin —explicó.

—Pero yo no sé nada —dijo él.

—Sé que esto es muy duro para usted, pero intenta recordar si puede. Me dijo que solía ir a la granja Walton cuando era más joven.

El calor de la cara de Justin se disipó en un instante, y Louise pensó que podría estar enfermo.

—Me dijo que Max Walton estaba allí, pero ¿a quién más recuerda? ¿Había alguien más, quizá alguien cercano a Max?

Justin empezó a murmurar, sus labios moviéndose mientras empezaba a balancearse en la silla.

Louise miró a Robertson, que asintió.

—Lo siento mucho, Justin. Tiene mi palabra: lo protegeré y encerraré al responsable. Solo dime su nombre.

—No sé cómo se llama —dijo Justin, con la boca temblorosa como si le estuviera dando un ataque.

—¿Recuerda algo de él, su aspecto o su forma de hablar?

Justin dejó de moverse.

—Tenía acento. Lo recuerdo. No sabía cuál era en ese entonces, pero ahora supongo que era galés.

Louise tomó aire. Sacó su teléfono y buscó una imagen, a medida que su mente empezaba a hacer conexiones.

—¿Es este hombre? —dijo, y le mostró a Justin una imagen de Bryce Milner de los años ochenta.

Justin echó un vistazo a la foto, se volvió hacia su abogada y vomitó sobre ella.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

Robertson cogió las llaves de un coche patrulla y, en pocos minutos atravesaban el pueblo en dirección a la M5.

—A este tal Milner ya lo conoces —dijo, en tanto Louise enviaba imágenes de Milner a todo el equipo de Weston.

—Solo una vez. La UAT lo exculpó —dijo ella, y odió la actitud defensiva de su voz—. Creó el grupo de veteranos de guerra al que asistía Karl Insgrove. Era un poco distante, pero parecía servicial.

Louise recibió la notificación de que se habían enviado coches a la casa de Milner en Ashcombe.

—¿Ningún antecedente?

—Ninguno. Contraterrorismo notó algunas faltas durante su estancia en el ejército, pero nada que sugiriera alguna relación con Max Walton.

—¿Y su nombre nunca apareció durante tu investigación sobre Walton?

—Jesús, ¿qué es esto, Iain? Por supuesto que no.

—Lo siento —dijo Robertson, con los ojos fijos en el tráfico que le dejaba paso.

—Milner ya tiene setenta años. Si es el responsable, habría necesitado ayuda.

—Parece que la consiguió con Insgrove y Walton-Renwick.

—Esperemos que solo hayan sido ellos.

Habían llegado al cruce con Weston cuando les avisaron que Milner no estaba en su casa. Robertson convino en que tenían justificación suficiente para entrar en la propiedad, y Louise dio las órdenes.

—Lleven a todos los agentes disponibles al paseo marítimo. Si tiene algo planeado para hoy, podría ir a ver su obra.

—Vayamos primero a la iglesia, donde tienen sus reuniones —dijo Louise.

—¿Estuviste allí esta mañana?

—Sí. No lo vi, pero podría haber estado allí. Tenían planeada una especie de fiesta por la tarde, para ver los aviones. Puede que se haya dirigido allí.

Llamó a Adam King mientras Robertson aceleraba por las calles secundarias.

—Yo también me dirigiré a la iglesia —dijo King—. Por si es su objetivo.

Robertson apagó la sirena cuando estaban a pocas calles de distancia, pues no quería anunciar su llegada. La misma multitud de la mañana estaba ahora reunida en el patio, donde se habían instalado mesas y puestos con comida y juegos para los niños. Se preguntó brevemente

por qué Emily y su familia no habían sido invitados a la reunión, ya que recibió miradas de varios padres de la clase de su sobrina.

—Louise, ¿cómo estás? —dijo Graham.

Su rostro perdió la sonrisa cuando ella respondió su saludo con la pregunta: “¿Has visto a la señora Harrison?”

—Creo que está en el salón de la iglesia —dijo Graham, cabizbajo. Miraba de Louise a Robertson.

Ella se sintió momentáneamente mareada al cruzar el patio. La temperatura debía de rondar los veinte grados y no había comido ni bebido nada desde el desayuno de aquella mañana con Thomas. El fresco interior de la iglesia fue un bienvenido alivio, y Louise vio a Joanne Harrison conversando con el vicario.

—Señora Harrison, ¿podría hablar con usted? —le dijo, interrumpiendo su conversación.

Esperó a que el vicario se alejara antes de presentar a Robertson.

—Estamos buscando a Bryce Milner. Es importante que hablemos con él de inmediato.

—¿Bryce? ¿Por qué?

—¿Estuvo en misa esta mañana?

—No, no lo he visto en todo el día.

—¿Suele asistir a estos eventos?

—Esperaba verlo, sí, pero su salud no es muy buena en este momento. Por eso no me sorprende que no esté aquí. De todas formas, ¿de qué se trata esto?

Robertson maldijo y varias cabezas se giraron en su dirección.

—¿Se le ocurre dónde puede estar, Sra. Harrison? No puedo enfatizar lo importante que es que lo veamos —dijo.

—¿Ha probado en su casa?

—Sí —dijo Robertson, con la paciencia al límite.

La Sra. Harrison se encogió de hombros.

—Oh —dijo, inspirada—. Podrías probar en su huerto. Sé que le encanta pasar tiempo allí.

—¿Su huerto?

—Sí, en Bath Street. Creo que podrían ir caminando.



ROBERTSON PIDIÓ refuerzos mientras corrían hacia los huertos. El calor era agobiante, y Louise tenía la garganta seca mientras recorría las callejuelas. El olor a hierba cortada flotaba en el aire a medida que se dirigían hacia la puerta. Un maltrecho cartel de madera mostraba un mapa de los pequeños huertos. Estaba claro que hacía años que no se actualizaba, y ninguno de los nombres era legible.

El primer avión del día había despegado a lo lejos, detrás de ellos, en cuanto Louise y Robertson avanzaban por el sendero de barro seco. Estaba alerta a los más mínimos movimientos, y los insectos zumbaban alrededor de su pelo. Estaba desesperada por beber algo, con la vista nublada por la luz del sol, cuando tropezó con una piedra suelta.

—¿Estás bien? —preguntó Robertson.

Louise asintió y miró hacia el movimiento al pie de la colina. No podía distinguir a la

persona que se movía detrás de las enredaderas que bloqueaban la entrada. Caminaron colina abajo, Robertson agarró la puerta oxidada que se abrió chirriando y ella la atravesó.

Bryce Milner estaba cavando junto a un huerto a cincuenta metros de donde se encontraban. Estaba agachado, con el pie apoyado en la pala de mango largo que llevaba en la mano, mientras Louise se acercaba y Robertson la seguía de cerca.

Milner se irguió con un gemido, dejó caer la pala al darse la vuelta y se dirigió cojeando hacia el pequeño cobertizo de madera que había en el otro extremo de la parcela, aparentemente sin percatarse de su presencia.

—Señor Milner, somos la Inspectora Blackwell y el Detective en Jefe Robertson —gritó ella.

El perímetro del huerto estaba vallado. Aunque tenía menos de dos metros de altura, dudaba que Milner pudiera escapar por encima. Dejó de caminar y se giró hacia ellos con lentitud, sonriendo.

—Inspectora Blackwell, me alegro de verla. Pasen —dijo, y les indicó con la mano que lo siguieran hasta el cobertizo.

—Me gustaría que se detuviera en donde está, señor Milner —pidió Louise, mientras Milner se acercaba a la entrada.

—Solo voy por agua —dijo él, sin mirar a su alrededor.

—Mierda —dijo Louise al unísono con Robertson. Empezaron a correr hacia el cobertizo, solo para detenerse a cinco metros de la puerta cuando Milner volteó.

—Me alegro mucho de volver a verte, Louise —dijo. La escopeta en sus manos temblaba como si la moviera la brisa—. ¿Quién te habló de mí? ¿Fue el hijo de Max?

—¿Trabajabas con Martyn? —preguntó Louise.

El asaltante se rio, con la escopeta balanceándose precariamente en sus manos.

—¿Qué, quieres una confesión antes de que te mate?

CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

—**L**ouise —dijo Robertson con suavidad, mientras se acercaba a ella.

Los últimos momentos habían pasado volando. Robertson atacó a Milner con la pala, y el hombre respondió sacando el grueso alambre de metal y apretándolo contra la garganta de Robertson. Era un milagro que su colega siguiera vivo, y Louise pensó lo fácil que sería apretar el gatillo ahora para poner fin a toda la miseria causada por Milner.

—Lo has roto —gritó Milner en una agonía sin aliento, con el brazo herido retorcido detrás de él en las esposas.

—¿Louise? —repitió Robertson.

Ella negó con la cabeza, con la pistola todavía apuntando a la cabeza de Milner.

—Su confesión —dijo.

Milner estaba tendido en el suelo, con la cara contorsionada.

—Yo lo hice todo —dijo, y su risa volvió a convertirse en tos.

—¿Fuiste el responsable de las explosiones? —preguntó Robertson.

—De una forma u otra. Sí, utilicé a Karl y a Martyn. Ambos tenían sus demonios que yo podía explotar para mis propios fines.

—¿Por qué? —dijo Louise.

—¿Es importante?

—Me pediste que dejara mi trabajo. ¿Todo esto es por eso? ¿Por lo que le pasó a Max Walton?

Fue como si el comentario hubiera activado un interruptor que atravesó la cara de Milner. La fachada sonriente desapareció para dejar ver el interior duro y despiadado que solo había vislumbrado la última vez que habían hablado.

—Arruinaste lo que teníamos juntos.

—¿Cometiste crímenes con Max Walton? —preguntó Louise.

Milner negó con la cabeza, volviendo al presente.

—¿De verdad crees que se trata de ti? —Volvió a escupir al suelo—. Podría haberte liquidado cuando hubiera querido. A ti, y también a ese estúpido al que están juzgando ahora. No significan nada para mí. ¿Lo entiendes? Nada. Te usé como distracción. Estaba planeando algo grande y necesitaba su ayuda.

—¿La ayuda de Karl y Martyn?

—No podía hacerlo yo solo. Karl fue bastante fácil. Me lo debía, y tenía un montón de rencores acumulados. Contra la autoridad, entiendes. Dicho esto, era un maldito drogadicto y

haría cualquier cosa por un poco de heroína.

—¿Y Martyn? Si te gustaba tanto Max, ¿por qué involucraste a su hijo?

—Mírame a mí. ¿Me imaginas llevando explosivos, colándome en edificios y colocándolos? Tal vez hace veinte años. He estado en contacto con ese muchacho durante algunos años. Siempre estaba confundido, no sabía si quería seguir los pasos de su padre o no. No fue difícil traerlo aquí. Le dije que Finch estaba en juicio y que podíamos hacer algo con respecto a ti. El muy estúpido pensó que podíamos deshacernos de ti sin causar bajas. Su corazón nunca estuvo en el plan, en verdad, pero hizo lo que se le pidió.

—¿Pero por qué? —dijo Louise, y Milner empezó a toser de nuevo.

—¿Por qué? *¿Por qué*, joder? Porque nadie me conoce, por eso. Todo lo que conocen es a Max, y a esos chicos y chicas que mató. Jesús, no saben ni la mitad de las cosas. Lo que hicimos... Demonios —dijo Milner, que sacudió la cabeza como perdido en el recuerdo.

—¿Haces esto por notoriedad? —dijo Louise, incapaz de ocultar la incredulidad en sus palabras, a medida que su dedo se dirigía al gatillo.

—Supongo que se puede decir que sí. Aunque también lo echaba de menos. Ya sabes, estar con Max. Las cosas que hicimos. Ya no soy un hombre joven, pero todavía puedo disfrutar de las cosas. ¿Entiendes? Eso me recuerda, ¿qué hora es? —dijo Milner, levantando la cabeza del suelo.

—Las dos y cuarto de la tarde —dijo Robertson.

—En cuarenta y cinco minutos, esto habrá terminado.

Los brazos de Louise empezaron a temblar.

—¿Qué has hecho, Milner?

—Ya lo verás.

Robertson ya había escuchado suficiente. Se acercó a Milner y le agarró el brazo herido.

—¿Qué has hecho? —dijo, saliva cayendo de su boca mientras hablaba con los dientes apretados, su voz ronca por el alambre de metal que había dejado una marca alrededor de su cuello.

Milner hacía lo posible por reír, pero el dolor era evidente en su rostro. Murmuró algo inaudible desde el suelo.

—No tenemos tiempo para esto —dijo Louise.

Robertson asintió hacia la pistola, una instrucción silenciosa para que Louise bajara el arma, pero ella lo ignoró. Pensó en todo lo que había ocurrido. No solo en los dos suicidios y en el asesinato de Hana Sánchez, sino en las innumerables muertes que podrían haber ocurrido y que aún podían ocurrir. Dio otro paso hacia Milner, con la pistola a escasos centímetros de su cara.

—Louise —dijo Robertson, las palabras casi se perdieron mientras Louise miraba a Milner.

—Atacaste la escuela de mi sobrina —dijo, que imaginaba en su mente a su dedo apretando el gatillo.

—No quieres esto, Louise —dijo Robertson.

Mantuvo la mirada fija en Milner, que parecía más perplejo que asustado ante el arma. No era solo el daño que había causado en las últimas dos semanas. El hombre había sido cómplice de Max Walton y había admitido una serie de atrocidades cometidas hacía años. Merecía morir, pero ella no iba a dejar que la hundiera con él.

—Levántalo —ordenó.

Robertson levantó al hombre y presionó con sus dedos en la herida.

—Cuéntanos —dijo.

El cuerpo de Milner dio un respingo y se tambaleó, como si lo hubieran golpeado con electricidad. Robertson mantuvo la presión durante unos segundos más y Louise comprobó si veía refuerzos. Sabía que si alguien presenciaba lo que estaba ocurriendo, ambos perderían su trabajo.

—¿Dónde está la bomba? —dijo Louise, con la pistola apuntando a Milner y los dedos de Robertson sobre la herida. Por un segundo, se preguntó si Milner iba a guardar silencio. La pistola le pesaba más que antes, y tuvo que emplear todas sus fuerzas para mantenerla en su sitio sin que le temblaran los brazos—. Última oportunidad.

Milner cerró los ojos.

—Vale, vale —dijo sin aliento.

—¿Dónde? —gritó Louise y clavó la pistola en la frente del hombre. Al igual que Max Walton, Milner estaba desarmado, pero ella necesitaba saber dónde se encontraba la bomba.

Milner torció el cuello para mostrar su sonrisa desalmada.

—El muelle —dijo—. Llévame allí y te mostraré exactamente dónde la colocamos.



UN PARAMÉDICO INSISTIÓ en acompañarlos cuando se dirigían al Gran Muelle. Robertson se sentó atrás con Milner, que sonreía en tanto el paramédico le curaba la herida. Louise conducía y daba órdenes por radio de que evacuaran el muelle.

Llegaron a la entrada del Grand Pier diez minutos más tarde. El Inspector Baker ya estaba en el lugar y había empezado a acordonar la zona y a organizar la evacuación. No era tarea fácil. El muelle podía albergar a miles de personas, y en un día como aquel, era probable que estuviera al máximo de su capacidad. El principal riesgo era sembrar el pánico y provocar más heridos. Cuando Louise salió del coche, vio a padres que empujaban a sus hijos por la pasarela, a ancianos y discapacitados que recibían ayuda de sus colegas, mientras algunas personas se aferraban a los lados del muelle, con la atención centrada en los aviones que seguían surcando los cielos.

—¿Ya ha llegado King? —preguntó Louise. Intentaba controlar su creciente pánico.

—Llegaron antes que nosotros. Ahora están buscando el artefacto, pero tenemos que evacuar a todo el mundo. Aún debe de haber dos mil personas dentro —dijo Baker, mientras sonaban las alarmas de incendio.

Robertson sacó a Milner por la parte trasera del coche.

—¿A qué hora está prevista la detonación? —preguntó Louise en voz baja.

—¿Dónde está tu pistola ahora? —desafió el hombre.

Robertson tiró con fuerza de las esposas y Milner jadeó de dolor.

—¿A qué hora?

—Te lo dije, tres de la tarde. Gracias por traerme a ver el espectáculo. No pensaba venir, pero me alegro de que me hayas hecho cambiar de opinión.

No tenía sentido tratar de entenderlo. Lo único que importaba ahora era encontrar la bomba y neutralizarla.

—¿Dónde está, Milner? —dijo ella.

Él seguía sonriendo y miraba los aviones como si no hubiera visto el cielo en años. Louise nunca se había sentido tan inquieta. Robertson volvió a apretar las esposas, pero era imposible

que Milner respondiera ante la mirada de todos.

—Yo lo subiré —dijo Louise. El atacante seguía mirando el cielo sin comprometerse.

—De ninguna manera —dijo Baker—. No voy a arriesgarme a sufrir más lesiones, y no se puede llevar a un prisionero bajo custodia a un entorno así.

Louise miró a Robertson, que parecía más desaliñado de lo que nunca le había visto, con el pelo apelmazado contra el cuero cabelludo mientras el sudor le caía por la frente. Se llevó la mano a la marca que aún tenía en el cuello.

—Nos está ayudando con nuestras investigaciones, ¿verdad, Milner? —dijo, señalándola a ella con la cabeza.



FUE el viaje más extraño por el muelle que Louise había hecho en su vida. Aunque iban deprisa, Milner casi flotando en el aire mientras ella y Robertson trotaban a su lado, tuvo unos momentos para recordar todas las veces que había hecho ese recorrido viaje antes. Aparte de las recientes visitas de trabajo, la mayoría eran recuerdos agradables. Recordó las veces que lo había visitado de niña, y la expectación cuando ella y Paul miraban la arena, o a veces el agua, a través de las grietas de las tablas de madera y apuraban el paso de sus padres. El muelle parecía tan largo entonces, las promesas de ruido y emoción, los juegos y los premios, siempre fuera de su alcance. Intentó ignorar la mirada de pánico de los ciudadanos que se movían en dirección contraria, cuyo terror aumentaba al ver cómo arrastraban al prisionero enloquecido hacia las alarmas de incendio.

—¿Qué demonios hacen aquí? —dijo King, cuando llegaron al edificio principal del muelle.

El interior del muelle era caótico. Las alarmas de incendio luchaban contra el ruido de las máquinas recreativas y tragamonedas, y el parloteo ansioso de los cientos de personas que los agentes uniformados estaban sacando del edificio.

Tanto King como Mitch Norton llevaban su equipo completo, y Arnie estaba listo para la acción.

—Este hombre sabe dónde está el dispositivo, pero no nos dice —explicó Louise.

King se quitó el casco y miró fijo a Milner.

—Solías estar en el ejército —le dijo, más como una afirmación que como una pregunta.

Milner asintió.

—Guardia de Gales —dijo, con la cabeza erguida.

—Cabo Primero King. ¿A qué demonios estás jugando?

Louise se sorprendió al ver una expresión que parecía de vergüenza en el rostro de Milner. Después de lo que había hecho y estaba dispuesto a hacer, todo en nombre de la notoriedad, parecía ridículo que una acusación de un miembro en activo del ejército pudiera afectarle de alguna manera, pero el hombre parecía más que incómodo.

—Sabes lo que estás haciendo. Detonar tantos artefactos de forma tan controlada. Es difícil hacerlo, incluso con ayuda, pero tienes que parar ahora. No sé con exactitud por lo que has pasado, pero esta no es la respuesta. Gente inocente va a salir lastimada. Tú no quieres eso —dijo King.

Louise se dio cuenta de que Robertson quería sacudir a Milner para que respondiera, y ella misma también quería hacerlo, pero tuvieron que esperar. Milner miraba fijamente a King, boquiabierto, con las voces en su cabeza casi visibles. Ella miró a su alrededor. Los agentes uniformados buscaban lo mejor que podían, pero había muchos lugares donde podía haberse colocado una bomba sin ser detectada. El edificio tenía dos plantas principales y varias secciones, como el tren fantasma y el parque de atracciones, que no estaban a la vista. El problema se intensificó por todas las pertenencias que la gente había dejado atrás en su pánico a abandonar el lugar.

—Solíamos venir aquí. Max y yo —explicó Milner.

Louise bajó la mirada. La idea de que Max Walton estuviera suelto en este edificio le revolvía el estómago. Intentó pensar en el lugar más probable donde Milner podría haber colocado el artefacto, pero el tictac de los minutos la distrajo. Cerró los ojos y recordó el testimonio de Justin, y se estremeció al recordar lo que había descrito en la granja de Walton cuando era niño.

—Arriba. Hay una de esas zonas de juegos infantiles, ¿verdad? —dijo Louise.

—Hay un café allí —dijo Robertson—. ¿Es ahí donde solías ir, maldito enfermo? —agregó y tiró de las esposas de Milner.

—Fuera de aquí —dijo King. Se movió con Norton mientras guiaban al robot desactivador de bombas escaleras arriba hasta la zona de juegos infantiles de la última planta.

Louise y Robertson comenzaron a ayudar con la evacuación. Canceló la búsqueda del dispositivo y liberó a los otros oficiales. La gente corría ahora por la pasarela, y se alegró de ver que el número disminuía.

—Míralos—dijo Milner mientras se dirigían hacia el muelle—. Espero que lleguen a tiempo.

Robertson lo empujó hacia delante. Louise tenía la intención de llevarlo de vuelta al edificio principal y dejarlo allí. Estaba intentando acceder a las cámaras corporales de King y Norton en su teléfono cuando se oyó un estruendo por encima de ellos que hizo temblar la estructura del muelle.

Un humo azul, blanco y rojo se filtró en el aire cuando los Red Arrows (Grupo Acrobático de la Real Fuerza Aérea) pasaron por encima de ellos, y el sonido retumbó en los oídos de Louise.

—Lo hemos localizado —dijo King—. Enviando a Arnie.

Llegaron al pie del muelle y Robertson ordenó a uno de los miembros del equipo que se llevara a Milner en tanto Louise cargaba la cámara del robot en su teléfono móvil.

—¿Qué clase de monstruo haría eso? —dijo Louise. Arnie se dirigió hacia el pilar situado en la parte trasera de la zona de juegos infantiles y sus orugas no dejaron de moverse por el material blando. Si no hubieran localizado a Milner, el lugar estaría lleno de niños. Y por lo que parecía, la instalación era similar a la del museo: el dispositivo estaba encajado fuera de la vista y debía de haber sido colocado allí a principios de semana, quizás por Martyn Walton-Renwick.

King y Norton no perdieron el tiempo y el robot envió una ráfaga para neutralizar el dispositivo mientras los Red Arrows volvían a pasar ensordecedoramente por encima de ellos.

CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO

—Qué oportuno —dijo Thomas, que le mostró a Louise el artículo del periódico matutino.

—Todo forma parte de mi plan maestro —dijo Louise, y tomó un sorbo de té antes de hojear el artículo de Tania Elliot sobre los acontecimientos de ayer. Thomas tenía razón, no podía haber llegado en mejor momento. A pesar de todo lo que había pasado entre ellas, Tania la estaba pintando como una especie de heroína por su participación en la detención de la explosión en el muelle, e incluso llegó a decir que sus acciones la mantendrían en una buena posición cuando estuviera en el banquillo de los testigos más tarde—. Di lo que quieras sobre ella, pero no le asusta cambiar de bando —añadió. Cerró el periódico antes de leer el segundo artículo de Tania, en el que arremetía contra Tim Finch.

—¿Nerviosa por lo de hoy?

—La verdad es que no. Lo único que puedo hacer es decir la verdad. Es lo único que podría hacer.

Thomas limpió la mesa y guardó los platos. Anoche había ido a casa un par de horas para ver a Emily y a sus padres, pero había pasado la noche aquí con él. Aún no entendía por qué se había esforzado tanto en crear distancia entre ellos, pero no había ningún otro lugar en el que quisiera pasar la noche anterior, ni que nadie más la llevara hoy al juzgado. Se sentía bien admitirlo, aunque solo fuera para sí misma.



UNA MULTITUD ESPERABA en el juzgado. Esta vez, la prensa gritaba preguntas sobre la evacuación del muelle, mientras que el equipo de Louise se reunía en el interior para apoyarla. Robertson, Tracey, Farrell y Simon Coulson la saludaron como si no la hubieran visto en años. Podría haber sido desalentador, pero se sintió fortalecida por su presencia, y aún más por la visión de Amira Hood.

—Supongo que intentaré hacer lo que tú hiciste —dijo Louise.

Amira la abrazó en silencio, y juntas entraron en el juzgado.



FUE mejor de lo que ella hubiera imaginado. Hubo algunos momentos incómodos cuando la abogada de la acusación, Amanda Knight, le hizo relatar la noche de la detención de Finch, pero lo que le había dicho a Thomas había sido correcto: lo único que tenía que hacer era decir la verdad. No había motivos ocultos, no había sentido de venganza. Sí, hacía tiempo que quería que Finch recibiera su merecido por las terribles injusticias que había cometido contra tanta gente, pero aquella noche no había habido ningún plan maestro, ninguna trampa elaborada. Amira había ido a ver a Finch y las cosas se le habían ido de las manos. Cuando Louise llegó, estaba claro que había planeado matar a Amira y que, de haberse salido con la suya, también la habría matado a ella.

Se sintió tan bien diciéndolo en voz alta, incluso mejor cuando se dio cuenta de que Finch la miraba. Sintió la derrota en el abogado de Finch en cuanto empezó a interrogarla. Boothroyd la acusó de prepararlo todo, de hacer la guerra a Finch por la injusticia que suponía su traslado a Weston, pero no mencionó la muerte de Max Walton en la granja de las afueras de Bridgwater. Cuando terminó, estaba claro que cualquier posible difamación que hubiera planeado el equipo de Finch debía haber sido archivada.

—Debe haber sido una decisión calculada —dijo Antony Meades después. Siempre se le dijo al jurado que ignorara las noticias sobre el caso, pero no se les habría pasado por alto que Louise había detenido ayer mismo a uno de los cómplices de Max Walton, sospechoso de dirigir una red de pedofilia de larga duración con Walton.

—¿Crees que habrían mencionado la muerte de Max Walton si no hubiera sido por lo que sucedió ayer? —preguntó Louise.

—Lo esperábamos, pero no creo que esto haya salido como esperaban. Amira estuvo fantástica la semana pasada, y tú... Bueno, contigo creo que lo tenemos.

EPÍLOGO

Louise se sentó con Amira en la cafetería del juzgado, mientras Thomas iba a buscarles bebidas.

—Esta parte nunca se vuelve más fácil, ¿verdad? —dijo.

El jurado del caso Finch había salido hacía una hora. Aún era relativamente pronto, ya que tenían que discutir varios cargos, pero la tensión aumentaba en cada minuto que pasaba. Siempre era así cuando se esperaba a un jurado. Por muy sólido que creyeras que era tu caso, siempre tenías la sensación de que el jurado lo vería de otra manera.

—No lo echo de menos, eso seguro —dijo Amira—. Me alegraré cuando todo esto acabe y pueda olvidar el nombre de Tim Finch para siempre.

Finch estaba tan cerca de convertirse en otro mal recuerdo que ella ya podía sentirlo. Después del trabajo encubierto de Thomas, Eddie Perkins, el último de los antiguos colegas corruptos de Finch, había sido arrestado por su trabajo en la operación de drogas en Thornbury y demás. Era como si el viejo orden estuviera agonizando. Ahora, lo único que necesitaban era un veredicto de culpabilidad para Finch.

Louise captó la mirada de Amira y, al ver duda en sus ojos, aún se preguntaba si alguna de las dos sería capaz de escapar de la sombra de Finch. Para Amira, sería difícil librarse de aquella noche en casa de Finch: los recuerdos de estar atrapada allí con el temor de que él le quitara la vida en cualquier momento, la perseguirían durante mucho tiempo. Louise dudaba de poder olvidar aquella noche en la granja Walton. En los últimos días, había aprendido aún más sobre la depravación de Max Walton, pero nada de lo que había hecho la hacía sentir mejor por su muerte. Finch la había obligado a hacer eso, y nunca se lo perdonaría. Si hubieran mantenido vivo a Walton aquella noche, se habrían evitado muchas tragedias futuras. Habrían descubierto antes lo de Bryce Milner y nunca habrían tenido que enfrentarse a los sucesos de las dos últimas semanas.

Milner había admitido en el interrogatorio que había planeado los atentados de Weston. Como les había dicho a ella y a Robertson en los huertos, había utilizado a Karl Insgrove y Martyn Walton-Renwick para hacer el trabajo sucio. Ahora tenían registros de correspondencia entre él y Walton-Renwick de años atrás, donde Milner había sentado con sutileza las bases para la venganza de Walton-Renwick. El hombre había arruinado la vida de aquel chico tanto como la de Justin, al crear la idea de que Louise debía pagar por lo que le había hecho al padre de Walton-Renwick, cuando lo solo quería utilizar al chico para sus dudosos fines.

Con Insgrove, utilizó otro tipo de presión mental. Manipuló la experiencia de Insgrove en la

marina y su antigua dependencia de las drogas, lo que terminó de forma trágica.

Lo maravilloso de todo eran los años de preparación desde la muerte de Max Walton, y en todo ese tiempo que Bryce Milner había estado anhelando algo que incluso a él le costaba definir. Seguía afirmando que quería ser conocido, del mismo modo que Max Walton lo era, pero Louise se preguntaba si se trataba de algo más. Habían empezado a hablar con sus antiguos colegas y, al igual que Insgrove, Milner había visto cosas espantosas durante sus años de servicio. En la guerra del Golfo, había presenciado una explosión en una refinería de petróleo que había matado a docenas de personas. Sin duda, los psicólogos hablarían de ello con Milner a su debido tiempo, y era posible que se utilizara como atenuante. Pero que hubiera empezado allí o no era irrelevante en aquel momento. Estaba entre rejas, y así permanecería el resto de su vida, de un modo u otro.

—Nos han llamado —dijo Thomas, que puso la mano en el hombro de Louise para traerla al presente.

Esta era la parte más difícil de todas. Ella cogió a Amira de la mano y entraron juntas en el juzgado. Louise trató de contener la adrenalina mientras Finch se dirigía a su puesto, pero le llegó en oleadas. Lo único que podía hacer era pensar en lo que pasaría si lo declaraban inocente, y casi se le doblaron las piernas cuando todos se levantaron para recibir al juez.

La mano de Amira sudaba en la suya cuando el oficial se puso en pie y se dirigió al jurado, repasando uno a uno los cargos de Finch. Louise sintió un gran alivio y Amira le agarró la mano con fuerza mientras los cargos de culpabilidad se sucedían.

—¿Y al cargo de intento de asesinato de Amira Hood?

Su parte malhumorada se preguntó si el jurado principal era una dramaturga aficionada, a juzgar por la duración de la pausa antes de dar su veredicto. Incluso miró a Finch antes de hablar, lo que hizo que Louise temiera que el jurado fallara a su favor.

—Culpable —dijo la mujer, después de una eternidad.

El sonido de la celebración en la tribuna llevó a Louise de vuelta al muelle y al ruido de los Red Arrows volando sobre ella. Se levantó demasiado deprisa y tuvo que volver a sentarse. El mundo se le desenfocó por un segundo hasta que Thomas la condujo fuera y le dio un poco de agua.

—Lo siento, creo que me ha afectado —dijo. Bebía el agua mientras el calor se disipaba en su piel.

—¿Qué te parece ese tiempo libre ahora? —dijo Thomas, con los ojos llenos de preocupación.

—Creo que esta vez tienes razón. Pero primero, tengo que volver ahí dentro y ver a Amira y a todos los demás.



FINCH NO QUERÍA DARLES esa satisfacción, pero no podía evitarlo. Lo empujaron fuera de la furgoneta y cayó de bruces sobre su pierna mala, que se dobló con el impacto.

—¿Estás molesto o qué, Finch? —dijo el guardia, un tipo desagradable llamado Rutland que llevaba acosándolo desde que lo habían metido en la furgoneta en mitad de la noche.

El viaje a la prisión de categoría A había sido una letanía interminable de insultos y amenazas. Finch comprendió que era una forma de condicionarlo para lo que estaba a punto de

afrontar, y en realidad no le molestaba. Ya sabía que Eddie Perkins había metido la pata y había sido detenido junto con miembros del equipo de Terry Clemons, pero Rutland se había deleitado al recordárselo.

—Ya no hay nadie afuera para ti, Finch. Esos días se acabaron. Tampoco hay nadie dentro para ti —había añadido, y le informó que Clemons también sería trasladado a una prisión de categoría A no revelada y que culpaba a Finch del problema.

Se levantó del suelo, sin el bastón que le habían dejado llevar en el juzgado. La nublada oscuridad parecía envolver el imponente edificio de la prisión en tanto Rutland y su colega lo empujaban hacia las puertas enrejadas donde fue procesado, antes de conducirlo a una segunda sala húmeda y más fría que el exterior donde le hicieron quitarse la ropa.

Las indignidades del cacheo al desnudo eran siempre lo más difícil de soportar para él. El encarcelamiento podía soportarlo, era simplemente un estado mental, pero que lo obligaran a agacharse para esos cabrones era difícil de digerir.

—No seas tímido ahora, Finch —dijo Rutland, y le pidieron que se pusiera en cuclillas—. No podemos ser demasiado cuidadosos.

Perkins y Clemons no habían sido las únicas víctimas últimamente. Su antiguo carcelero, Derek Wilson, había perdido su trabajo tras las revelaciones sobre cómo había facilitado que Eddie Perkins y Clemons trabajaran juntos, y ahora se enfrentaba a cargos penales. Eso no había sido accidental. Y tampoco lo había sido trasladar a Finch tan lejos de Bristol. Rutland había dejado claro que ninguno de los empleados de aquí era corruptible, que Finch no recibiría ayuda de ninguno de los guardias y que sus antiguos cargos no influirían en el trato que recibiría.

Esa última parte, al menos, era mentira. Los ex policías eran tratados con el mismo desdén tanto por los convictos como por los guardias. Finch estaba preparado para ello. Aceptaba que le llevaría tiempo imponer su dominio en cualquier ala en la que lo pusieran. La amenaza de violencia no era algo que le inquietara. Recibiría la inevitable paliza que le correspondía, esperaría hasta que su pasado dejara de tener importancia y empezaría a construir de nuevo. Por muy seguro de sí mismo que estuviera Rutland, la verdad era que Finch tenía apoyo tanto dentro como fuera. Eddie Perkins y Derek Wilson no eran los únicos sobre los que tenía trapos sucios. La lista parecía interminable.

—Ya no estás en una prisión de categoría B, Finch —dijo Rutland, una vez que se había puesto su nueva ropa de prisión—. No habrá una forma fácil de que cumplas condena aquí, pero habrá una forma difícil de que lo hagas, y una aún más difícil. ¿Me entiendes?

Él no le dio al guardia la satisfacción de una respuesta a medida que lo conducían a las celdas donde los presos esperaban para recibirlo. Mantuvo la cabeza alta entre los gesticulantes habitantes y dejó que los silbidos y abucheos, los insultos obscenos y las amenazas lo invadieran. Llevaba una década casi gobernando todo Avon y Somerset. Estos bastardos no eran nada en comparación.

—Tu nuevo hogar para los próximos quince o veinte años —dijo Rutland al abrir la puerta de la celda a una habitación estrecha—. Desayuno en veinte minutos, cariño —añadió y cerró la puerta tras de sí.

Al menos estaba solo, aunque la litera era una ominosa advertencia. Finch se sentó en la litera inferior e intentó ignorar el olor de la taza del inodoro, que estaría a menos de unos metros de él en todo momento. Por más que lo intentaba, su mente volvía a la razón por la que estaba aquí y al descuido que había permitido que ella prosperara.

Blackwell se había puesto tan contenta por el veredicto de culpabilidad, que casi se había

desmayado y había sido sacada del juzgado en brazos de ese don nadie llamado Thomas Ireland. Los fallos de Finch en lo que a ella se refería le habían enseñado que nunca se podía ser demasiado despiadado. Después de aquella noche en la granja Walton, creyó que estaba rota y vencida, pero se recompuso.

No volvería a cometer ese error, se dijo a sí mismo, mientras sonaba el timbre y se abría su puerta. El pensamiento se perdió tan pronto como había llegado, cuando tres reclusos entraron por la puerta abierta.

—Un regalito de bienvenida, Detective en Jefe Finch —dijo uno de los hombres, que tiró a Finch al suelo antes de que tuviera oportunidad de responder.



NO ERAN EXACTAMENTE las vacaciones en Mallorca que Thomas había planeado, pero le sentó bien pasear por la playa principal de Weston después de todo lo que había pasado. Louise iba de la mano de Thomas, mientras Emily y Noah hacían todo lo posible por seguir los alocados movimientos de Molly al perseguir las hojas de arena que soplaban a lo largo de la orilla. No había ninguna sensación de vacilación en cuanto caminaban bajo el Gran Muelle, el lugar ahora totalmente abierto después del susto anterior.

La ciudad se movía como siempre, y era alentador ver a tanta gente bajo el sol de julio. Cerca del paseo marítimo, un grupo de niños daba un paseo en burro, y más allá, un grupo de adolescentes empezaba un partido de fútbol playa. Cuando salieron al otro lado del muelle, Molly, que parecía perseguir todos los granos de arena a la vez, era una mancha borrosa, y Thomas le agarró con más fuerza la mano.

Era la primera vez que Emily y Noah se veían, y a ella le sorprendió la facilidad con que jugaban juntos, con Molly como centro de atención compartido.

Aunque los niños no se daban cuenta, estaban celebrando la sentencia de Finch. Louise había insistido en esperar a conocer la sentencia antes de aceptar tomarse un tiempo libre. La vida le había parecido más fácil con Finch en prisión preventiva, pero saber que estaría entre rejas un mínimo de quince años lo cambió todo para ella. Sentía como si le hubieran devuelto su carrera y, aparte de sus padres, no podía pensar en nadie más con quien quisiera compartir ese sentimiento.

—¿Tomamos un café antes de volver? —preguntó. Thomas.

—Tal vez un chocolate caliente —dijo Louise.

—Ah, sí, me había olvidado de tu nueva fobia. Recuerda que ya he trabajado contigo. Dios sabe cómo te las arreglarás sin tu dosis diaria de cafeína.

Ella le soltó la mano y volvió a comprobar que los niños estaban fuera del alcance del oído.

—En realidad, investigué un poco sobre eso.

—No me digas que prescindir de la cafeína es bueno para ti. Pues no cuentes conmigo, el café es un placer del que no puedo prescindir.

—No, tonto —dijo Louise entre risas mientras él fingía sentirse herido por su comentario—. Investigué por qué dejé el café.

—Oh.

—Sí, oh. Parece que a menudo puede ser un efecto secundario del embarazo. Algo sobre el

olor de los granos de café. No necesitas saber los detalles.

Los labios de Thomas se separaron ligeramente a medida que dejaba que las palabras se asentaran.

—¿Estás diciendo...?

Louise asintió.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó ella. Estudiaba a Thomas con la misma atención que a cualquier sospechoso en un interrogatorio.

—¿Qué cómo me siento? ¿Hablas en serio? —dijo, acercándola a su cuerpo.

Detrás de él, Louise observó que Emily y Noah alcanzaban a Molly. Abrazó a Thomas con fuerza y sonrió mientras el perro saltaba hacia los dos niños encantados, y dijo:

—Supongo que sientes lo mismo que yo.

AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias a todos los que han contribuido de alguna manera a El muelle:

Al maravilloso equipo de Thomas & Mercer: a mi increíble editora, Leodora Darlington, por su ayuda a la hora de dar forma a este libro, a Sadie Mayne por las perfectas correcciones, a Gemma Wain por su detallada corrección de pruebas, a Tom Sanderson por sus preciosas cubiertas, a Nicole Wagner por toda su ayuda entre bastidores, y a Bekah Graham y a todo el equipo de marketing por ayudar a que los libros lleguen a un público lo más amplio posible.

A mi maravilloso editor de desarrollo, Russel McLean, que siempre lleva el libro al mejor nivel posible.

A Graham Bartlett por sus inigualables consejos sobre procedimientos policiales, y a Simon Andrews por sus conocimientos sobre desactivación de bombas. (Cualquier error en la novela es solo mío).

A Alison, Freya y Hamish por ser mi inspiración.

Y, como siempre, muchas gracias a la encantadora gente de Weston-super-Mare por aguantar que escriba historias de miedo sobre su preciosa ciudad.

SOBRE EL AUTOR

FOTO © 2019 LISA VISSER



Tras licenciarse en Derecho, donde se interesó por el Derecho penal, Matt Brolly cursó un máster en Escritura Creativa en la Universidad de Glasgow. Es el autor más vendido de las novelas policíacas del Detective en Jefe Lambert, Dead Eyed, Dead Lucky, Dead Embers, Dead Time y Dead Water, y del thriller de Lynch y Rose The Controller. Además, es autor de la aclamada novela policíaca Zero. La primera novela de la serie policíaca de la Inspectora Louise Blackwell, The Crossing, se publicó en 2020. Matt también escribe libros infantiles con el nombre de M. J. Brolly. Su primer libro infantil fue The Sleeping Bug. Matt vive en Londres con su mujer y sus dos hijos. Puedes encontrar más información sobre él en www.mattbrolly.com o siguiéndole en Twitter: @MattBrollyUK.